

EL
REINO
DE LOS
MALDITOS



MARIO GARRIDO



EL
REINO
DE LOS
MALDITOS



MARIO GARRIDO



El Reino
de los
MALDITOS



Mario Garrido

Título: El Reino de los
Malditos

© 2016, Mario Garrido

Ilustración y diseño de
portada: Mario Garrido

Primera edición: Julio 2016.

Todos los derechos reservados

<https://www.facebook.com/ElR>

A mis padres y hermano.

A todos los que creyeron en esta novela, los que la compraron en su primigenio formato ebook, los que la leyeron y me dieron su opinión (buena o mala), los que se quedaron con ganas de más, de una segunda parte, los que me afeaban el gusto por aquello de que a un personaje le pasaba tal cosa o tal otra,

los que me pidieron nuevas aventuras de los protagonistas, los que estaban activos, día tras día, en las redes sociales para con su granito de arena (su “me gusta”, su comentario o su “compartir”) intentar que se conociera lo que escribo, creyendo tanto o más que yo en que este sueño se haría realidad.

A Juanjo, que fue mi primer lector, hace muchos años.

Y también a los que, siendo dolorosamente cercanos, no hicieron absolutamente nada. No seamos rencorosos a estas alturas.

ÍNDICE

Capítulo 1 - La intromisión del torpe

Capítulo 2 - El pasado de don Higinio

Capítulo 3 - Día de mercado

Capítulo 4 - En manos de la hermana

Capítulo 5 - La sospecha de don Higinio

Capítulo 6 - Pequeña y triste Historia del bachiller Castaños

Capítulo 7 - El juego de la caída del fardo

Capítulo 8 - El bastardo de la deshonra

Capítulo 9 - El tonel del moribundo

Capítulo 10 - La decisión de don Higinio

Capítulo 11 - Conversación en la penumbra

Capítulo 12 - La caza de la bestia

Capítulo 13 - Domar al diablo

Capítulo 14 - Noche Piel

Capítulo 15 - Convencer a un idiota

Capítulo 16 - La juventud de Turhaii

Capítulo 17 - La masacre del día de San
Buenaventura

Capítulo 18 - Cuentos y cuidados

Capítulo 19 - La Lisiada Destripamonjas

Capítulo 20 - El final de la canción

1

LA INTROMISIÓN DEL TORPE

1

Esta parte de las cuatro grandes hiedras que, a base de enmarañarse unas

con otras, cubrían la pequeña mansión, estaba medio seca y a punto de morir. A primera vista podía parecer que el ramaje se adosaba a la pared como si fuera parte de la piedra de su estructura, pero no era así. En esta zona, más bien, ocurría todo lo contrario, dando la sensación de que el muro y el follaje se profesaran, el uno hacia el otro, una antigua e incomprensible repulsión.

El lugar sólo era sombrío durante unas pocas horas del día. El sol, durante el estío, castigaba con toda su furia la pared del edificio. El alto, solitario y anciano olmo de la plazuela, con su robusto y derecho tronco, se apropiaba, con la autoridad que da ser el primero

que llegó, de todo el calor del sol que le era posible, aliviando, sin quererlo, algunas zonas del muro —y la hiedra que lo recubría— del infierno reinante cuando mediaba el día. Pero el olmo no lograba abarcar toda la hiedra y la canícula insufrible estaba acabando con cada una de las gotas de agua que recorrían su estructura. Además, nadie se ocupó de regar las trepadoras a partir del día en que don Higinio se instaló de forma definitiva en la mansión. De hecho, antes de que parte de las plantas perdieran la mayoría de su humedad, el dueño había pensado en la posibilidad de arrancarlas y dejar las paredes desnudas. Al final, debido en parte al

titánico trabajo que nadie quería realizar —aunque habría sido bien pagado—, la hiedra seguía allí, muriéndose con la lentitud propia del caminar de una tortuga.

Por todo ello, no fue buena idea intentar el ascenso por aquella ruta.

Sonó un pequeño y delicado crujido, casi imperceptible, pero para Mario Tolón Raboso del Vozmediano resultó ser tan fuerte y claro, tan atronador, como si sólo hubiera existido este ruido sobre la tierra. Al instante empezó a ser consciente de que su vida pendía de un hilo o, para ser más exactos, de una ramita de igual tamaño.

No era buen escalador. A decir

verdad ésta era la primera vez que trepaba por una pared. Era un hombre capaz de recorrer, sin descanso, enormes distancias en horizontal y a pie—de hecho no tenía, ni sabía montar a caballo, cosa harto rara por aquellos lares—, pero jamás se había planteado, hasta ahora, la posibilidad de desplazarse hacia arriba y en total verticalidad.

Siendo manifiesta la poca seguridad y experiencia que demostraba, Mario Tolón comenzó a bajar, con sumo cuidado, por donde había subido. Se tomó su tiempo en buscar entre aquellas malditas hojas ovaladas las ramas más gruesas y teóricamente más fuertes, pero

el follaje ocultaba, casi de forma malintencionada, los improvisados asideros... Llegó, teniendo mucha suerte, a la zona de la trepadora que no parecía seca. Enroscó un pie en una de sus abundantes ramas, llenas de nudos por esa zona. De esta manera consiguió — sin que fuera su primera intención— descargar en parte su peso en la pierna y así quitar algo de responsabilidad a sus temblorosas manos, ya que éstas todavía agarraban, con mucho miedo, zonas casi secas.

El hombre pasó un buen rato en esta última postura. Quieto, como una ridícula araña negra que dormitara con sus ocho patas pegadas a la pared.

Parecía descansar pero, en realidad, lo que ocurría es que no sabía por dónde seguir. De vez en cuando temblaba penosamente si, por acción de su propio peso, la planta se movía un poco. Esta agitación fue máxima cuando se decidió a desprender una de sus manos creyendo haber encontrado otra rama donde amarrarla. De inmediato, la intrépida mano volvió a su lugar originario.

Sudaba como nunca. Sus manos, entre el sudor y el cansancio, ya no resultaban de la efectividad del principio. Se resbalaban, casi sin que se notara, entre las hojas calientes. Y por si todo esto fuera poco, empezó a tener inoportunos calambres en brazos y piernas, que

aguantó con gallardía, pues no tenía más remedio.

Tras la quinta dolorosa contracción de sus músculos —que ahora se produjo en la pantorrilla izquierda— descubrió una rama que cruzaba la pared casi de manera horizontal, y que, estando delante de sus narices, había pasado por alto hasta ese momento. Consiguió atenazarse a ella, después de ejecutar una maniobra de poca dificultad, pero que para Mario Tolón resultó ser una proeza digna de mención. A pesar de este último esfuerzo y de que había mejorado notablemente su posición, sus manos —cuyas palmas protestaban emitiendo un dolor intenso y constante

—, persistían en escurrirse traidoramente.

¿Cuánto tiempo podía permanecer así? En breves segundos sus castigados puños se negarían a permanecer cerrados por más tiempo...

Un nuevo calambre estalló en su mano izquierda. Luego le tocó el turno a la derecha. El tercer calambre fue tan violento que el hombre soltó sus dos manos de la rama cuya posición era paralela al suelo. Al verse medio suspendido en el vacío intentó impulsarse, de forma harto imprecisa y desesperada, para agarrarse otra vez a la rama. Con la mano izquierda alcanzó su objetivo, pero el tirón fue tan fuerte

que la planta rugió con otro de sus ya familiares crujidos, para luego partirse definitivamente.

Cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes y esperó con sufrida resignación el golpe contra el suelo. Y esperó. Y Esperó un rato que le pareció muy grande. ¡A tanta altura estaba! ¡El golpe iba a ser terrible! Encogió los hombros, se encasquetó hasta las cejas el sombrero y volvió a apretar los dientes. Esperó. Escuchaba su corazón palpitando al límite. Siguió esperando. Y esperó... pero ya era demasiado tiempo, de modo que abrió los ojos y comprobó con sorpresa que no se precipitaba en dirección al suelo; tan

sólo experimentaba un leve mecimiento. Respiró hondo y tomó conciencia de su peligrosa postura: se encontraba boca abajo, a cinco o seis metros de altura, sostenido sólo por aquel pie que había enroscado en la hiedra. Finalmente, hizo un esfuerzo, a pesar de su aturdimiento, por pensar cómo iba a salir de aquella situación. Una situación que sólo él se había buscado.

2

La inmensa mujer paró en la fuente, dando la espalda a Mario Tolón. Éste, al verla, contuvo la respiración e intento

que su balanceo fuera mínimo. La moza, que era bien entrada en carnes y en años, descargó un cesto de huevos en el suelo incandescente, asumiendo el riesgo de que reventaran por la alta temperatura del empedrado. Oteó el fondo de las tres calles que desembocaban en la poco concurrida Plaza de Los Cien Fuegos. Estaban desiertas. No se molestó en mirar la parte alta de las casas, tal vez pensando que nadie a las cuatro de la tarde, con un sol de mil demonios, estaría asomado a una ventana. Parecía más probable que se encontraran durmiendo la siesta en la habitación más fresca, en espera de que el implacable calor cediera al ir acabando el día.

La gorda mujer se levantó el gigantesco y raído faldón que, a base de muchos metros de tela, la cubría una panza descomunal terminada en dos piernas del tamaño de sendos barriles de vino, y ausentes, por tanto, de cualquier forma femenina. Acto seguido salpicó de agua todo lo largo y ancho de esa parte de su cuerpo. Luego, no sin dificultad, se ahuecó el escote sacando uno por uno sus dos caídos, venosos y feísimos pechos, similares en volumen a su desmedida barriga. Se refrescó abundantemente aquel par de ubres y cuando lo tuvo a bien se dio media vuelta, se sentó en la pileta y, para espanto de Mario, acomodó otra vez en

su sitio el par de fofas tetas.

El hombre empezaba a desesperarse: primero por el horrible espectáculo; y segundo porque el ramaje que lo sostenía ya no parecía resistir su peso y se rompería pronto. Además, por sus oídos se metía el bramido odioso de un par de chicharras macho, que lo impedía pensar con claridad en una forma de evitar el inminente y seguro golpe.

La corpulenta mujer, ya más despacio, se mojó la cara. Debió de entender que meter la cabeza en la pileta era un método más rápido que el de aproximar el agua, utilizando las manos a modo de cuenco, a su fea jeta, y, sin pensarlo dos veces, introdujo el cráneo

de un golpe hasta mojarse los hombros. Las olas que se formaron desbordaron en parte el agua acumulada.

Mario Tolón empezó a notar algunos problemas para insuflar aire a sus pulmones. Con el calor y la postura comenzó a ponerse rojo. Al poco su vista quedó nublada. “¡Desaparece de una vez, maldita gorda!”, gritaba con el pensamiento el pobre hombre, y no podía evitar sentir cierto horror al ver, ahora de forma bastante borrosa, la cara de la mujer, que se mostraba con su engrasado, mojado y negro cabello pegado a la frente y a sus tremendos mofletes, donde a poco que te fijaras podías descubrir pequeñas llagas mal

curadas.

Las chicharras seguían frotando las zonas rugosas de su primer par de alas, compitiendo por ver quién molestaba más con aquel ruido.

La descomedida moza reflejaba una cara de inmensa satisfacción y suspiraba de alivio de forma ostentosa. Mario Tolón, sin embargo, ensayaba con su cara extrañas muecas y a juzgar por el nuevo color que empezaba a tomar su rostro, no debía de faltar mucho para que toda la sangre almacenada en el cuerpo terminara por alojársele en la cabeza.

La mujer miró por primera vez desde hacía algunos minutos a izquierda y

derecha, para luego descalzarse un pie y, con una agilidad no imaginable en un principio, elevarlo y sumergirlo en la pileta, alzando, con cierto donaire, su pierna de carnes abundantes, varicosas y en constante bamboleo, como si fuera la de una niña de pocos años y muchas docenas de kilos menos. Después, el otro pie recibió igual trato.

—¡Que se marche de una vez...! —suplicaba Mario Tolón, con los ojos nublados del todo, a cualquier divinidad que pudiera estar escuchándole.

Justo en ese momento la mujer tosió como si algo la obstruyera el gástrico. Se aclaró la garganta con fuerza y, tomando impulso, escupió una sustancia marrón

verdosa que atravesó el agua de la pileta como si fuera una piedra, para terminar alojándose entre el verdín del fondo formando un pequeño cráter. El agua se enturbió en parte durante unos segundos.

El color de la tez de Mario Tolón pasó ahora a tomar tonalidades verdosas, curiosamente parecidas a las de los cuerpos de los dos insectos, que no sólo no callaban, sino que por momentos parecían hacer un estruendo mayor.

Por fin, tras largo rato, la megalítica mujer cogió su cesto de huevos, ensayó un último suspiro de placer y se fue por donde había venido, dejando un rastro de agua que era absorbido por el piso de

forma inmediata. Mario Tolón respiró con fuerza todo el aire que le faltaba y, al hacerlo, la rama de la esforzada planta, ya medio partida, se partió del todo.

El sonido del golpe silenció a las dos chicharras.

La caída se había efectuado a increíble velocidad. La cabeza fue la primera parte del cuerpo de Mario Tolón que dio contra el empedrado de la calle, junto a los agujeros de donde salían las ramas principales de las hiedras.

Dos minutos después se incorporó medio aturdido y quedó sentado, apoyado en las palmas de sus manos en

posición ligeramente estúpida. No era muy consciente de la realidad que la rodeaba y seguía con la vista una colección de estrellas y chiribitas que sólo él podía ver. Al instante notó que sus manos, piernas y trasero ardían como el infierno. El suelo de la calle, por culpa de las últimas horas de implacable sol, estaba abrasando. Se levantó de un brinco y, recordando súbitamente cuales eran las indignas intenciones por las que había llegado hasta aquella plaza, corrió a esconderse.

Mario Tolón, medio ocultado en un callejón, observó durante unos cuantos minutos la quietud del lugar. Nadie parecía haber oído nada o simplemente no querían asomarse al brasero que era en ese momento la Plaza de los Cien Fuegos. Cuando entendió que había pasado el peligro —peligro que, a decir verdad, nunca existió—, decidió evaluar los daños.

Se quitó primero el sombrero, que era curiosamente parecido al que habían lucido los mosqueteros franceses medio centenar de años atrás, y observó que estaba totalmente arrugado y deforme. Aquel sombrero, con sus adornos de plumas desplumadas, nunca había sido

gran cosa. De hecho, lo había encontrado perdido —tal vez tirado— en la linde de un camino por el que no pasaba nunca nadie. Desde entonces lo lucía en todo lo alto de su testa, teniéndole gran cariño. Hoy se mostraba más viejo que nunca, pero el ladrón lo adecentó como pudo con un golpe aquí y otro allá, y no quedó peor que antes del golpe.

Como en un acto reflejo se echó mano a la cabeza. Le dolía bastante. Explorando su cráneo palpó algunos pedazos de algo adherido al pelo por los sitios donde más malestar notaba. Se arrancó una de estas partículas y sin saber reconocer que era, en un acto

instintivo, se la metió en la boca, donde la saboreó y mordió. Al rato la escupió sin apreciar que se trataba de uno de los pegotes de sangre de las brechas pequeñas que se crearon en el impacto final de la fenomenal caída, y que con el horrible calor habían secado pronto, formando unas poco agraciadas costras de color rojo oscuro. No se preocupó en exceso pues hacía mucho tiempo que ese cabello no tocaba el agua y, todavía menos, el jabón. Pensó, finalmente, que serían restos de suciedad de los que era costumbre que poblaran cualquier parte de su anatomía, y zanjando así el asunto se volvió raudo a poner su maltrecho y apreciado sombrero, ya que sentía como

cocía su cabeza.

Examinó su espada —que con seguridad no era de acero toledano— y vio que con la caída había cambiado su forma recta por la de una *e*le mayúscula. La enderezó a patadas contra el suelo y cuando estuvo más o menos derecha —cosa que no exigió demasiado trabajo—, estudió otro camino por donde subir.

No tardó ni un minuto en darse cuenta de que no podía pensar con claridad. Sus ropas, curiosamente cortesana y de colores oscuros, que se completaban con una corbata de lino y encaje muy a la moda —sabe Dios de dónde la habría robado—, lo estaban achicharrando. El ladrón tenía que aliviar de alguna

manera aquel bochorno tan insufrible que empezaba a sentir, de manera que, haciendo el menor ruido posible, entró ambas piernas en la pileta de la fuente, y, cuando lo creyó conveniente, metió el resto de su cuerpo en el agua, incluyendo la cabeza y el sombrero, que, en vez de flotar, se quedó acoplado a su cráneo, como si su pelo generara un fuerte pegamento.

4

Esta vez subió sin problemas. El agua fresca de la fuente consiguió despejarle del aturdimiento acumulado por el calor

y el terrible golpe. Primero estudió tranquilamente un itinerario desde el suelo y así eligió, de forma cuidadosa, las que a priori parecían mejores ramas. Había aprendido la lección y ahora no pensaba ascender sin más, dando así alas a su torpeza respecto de la disciplina de la escalada. En consecuencia, ubicó los pies en los lugares adecuados, las manos agarraron las ramas correctas y en breves segundos, con una facilidad formidable, alcanzó su objetivo. Fue desde aquella perspectiva cuando comprobó que a cada lado de todas las ventanas reposaba un escudo de armas cuartelado en cruz, esculpido en la piedra. Desde

abajo, por culpa de la tupida hiedra apenas se podían distinguir. Algunos de ellos se encontraban algo deteriorados, sin embargo, los más cercanos a él conservaban el aspecto del primer día. No era la primera vez que veía este tipo de emblema, pero no recordaba el motivo por el que le resultaba tan familiar. Enseguida se olvidó del asunto de los escudos y se dispuso a observar, a través de la ventana, lo que se albergaba dentro de la mansión.

Allí estaba, deslumbrante al abrigo de la intimidad. Mario Tolón se alegró grandemente por no haberse equivocado. Casi un par de horas antes la había distinguido justo en esta ventana, cuando

se encaminaba hacia la mansión, por la calle más ancha de las tres que iban a dar a la Plaza de los Cien Fuegos. En esos momentos no tenía muy claro cómo se las iba a ingeniar para llegar hasta ella, pero en cuanto la divisó por la ventana, de repente, le vino a la mente la idea de la loca escalada. En caso de no haberla visto, no se habría atrevido a intentar nada y el futuro de todos, por tanto, habría sido menos dramático.

5

En verdad era bella aquella mujer. Se llamaba Laura Lopezosa Quesada, y ese

nombre habría de perdurar en la memoria del ladrón durante el resto de su corta vida.

En la última hora había estado ocupada preparándose un agradable baño. Iba de un sitio a otro con cubos de madera llenos de agua, recogida del caño de la fuente del patio interior de la mansión. Previamente caldeó en el fuego de la cocina un poco de agua, mezclándola después con un cuenco mediano de perfume de olor a rosas. Vertió el líquido caliente en el barreño enorme de metal que había utilizado para bañarse desde que era niña. Esperó a que la mezcla se enfriara un poco y toda la habitación terminara oliendo

maravillosamente.

Todo este trabajo lo podría haber hecho algún criado, pero Laura sabía por propia experiencia que nunca estaba el agua como ella quería: ni en cantidad, ni en temperatura, ni en aroma a rosas... ni en nada. De manera que todo se lo hacía ella, y con la fuerza de la costumbre terminó realizando estos trabajos con agrado; no en vano era una manera como otra cualquiera de combatir el aburrimiento permanente del pueblo en que la había tocado vivir.

Una vez estuvo lleno el recipiente ovalado, metió sus finos dedos en el agua y comprobó que estaba a su gusto. Satisfecha del resultado dejó los cubos

que había utilizado en la puerta de su estancia para que algún criado se lo llevara; luego cerró con llave.

Siempre se sentía muy feliz en los prolegómenos de un buen baño. Cada dos o tres días —cadencia excepcionalmente corta para las costumbres de aquel Reino— dedicaba un par de horas a su higiene personal con gran agrado y éste estado de ánimo la hacía recitar poemas y cantar viejas tonadas infantiles que de manera perpetúa se habían instalado en su memoria. Así, casi sin ser consciente de ello, inició la entonación de las primeras estrofas de una famosa canción:

En un reino oriental,
un obscuro día fatal,
bien claro se escuchaba
en un palacio suntuoso
con pasillos sinuosos
que una princesa lloraba.

Su tez de color rosa
ya no era tan hermosa.
Sus lágrimas escapaban
entre alfombras de colores
y tras perfumes y vapores
una princesa lloraba.

De todas las canciones que Laura

había aprendido, su preferida era ‘El Árbol Princesa’. Se trataba de una antigua, inocente y larga canción que muy pocos en el Reino de Gurracam no habían escuchado —aunque sólo fuera alguno de sus más de trescientos sesenta versos— de boca de algún juglar o cantante ocasional. Laura se la sabía entera y era capaz de cantarla de principio a fin o empezando por cualquiera de sus estrofas. Recitarla siempre la ponía de buen humor; a pesar de la indiscutible tristeza del cuento, Laura era consciente de su final feliz. Continúo con la canción infantil:

El palacio entristeció,

todo era gris, sin color.

El rey se preocupaba:

—¡La heredera mimada
de qué está apenada!

Y la princesa lloraba.

Trajeron mil objetos de oro,
pero no cesó su lloro.

La Reina se preocupaba:

—¡Qué era lo que ocurría
que tan triste parecía!

Y la princesa lloraba.

Mario Tolón se asomó a la ventana
justo cuando Laura Lopezosa empezaba
a recogerse el cabello en un moño,
dejándose sin querer un gracioso

mechón de pelo suelto por mitad de la cara. Sin saber que era espiada, dispuso una pastilla de jabón verde, traído desde San Josafar, y una blanca toalla de pelo suave y esponjoso a un lado de la improvisada bañera. Mario aprovechó para abrir un poco una de las hojas de la ventana. Aquel movimiento hizo más ruido del esperado de modo que el ladrón interrumpió su acción dejando una rendija. Laura seguía cantando ajena a la ventana por donde nada debería de existir fuera de lo normal. Entonces Mario pudo escucharla:

El Rey, para no ir a peores,
trajo los dos médicos mejores.

Fueron recibidos cuando llegaban
Nopal de Polandia
y Sipol de Palandia.
Y la princesa lloraba.

Los médicos aplicaron
su ciencia, que demostraron,
pero solución no hallaban.
Fracasos consiguieron
y fracasados se fueron.
Y la princesa lloraba.

Laura empezó a quitarse sus ya de por
sí pocas vestiduras. Mario Tolón no
pudo evitar excitarse con el simple
hecho de ver la forma tan femenina que
tenía de desnudarse la mujer que

espiaba. Lo hacía pieza por pieza, doblando perfectamente cada prenda y depositándola en un mismo lugar. Parecía estar realizando una especie de ritual altamente atractivo, con pasos y movimientos hechos desde hacía mucho tiempo de esa sola manera.

El hombre pensó en entrar en ese momento pues su posición, colgado de una traicionera planta, no daba ningún tipo de seguridad, pero esperó para ver cómo se deshacía de todos sus ropajes, casi infantiles; y disfrutó contemplando la manera majestuosa en que se inclinaba para dejar la ropa o el gesto mecánico, constante y provocativo de apartarse de los ojos aquel mechón de

pelo que no había recogido en su moño. Cuando empezó a desprenderse de las últimas prendas, el ladrón cambió su excitación por pura y llana admiración hacia el cuerpo de mujer que tenía la suerte de contemplar, moviéndose con libre naturalidad.

Laura, ajena a todo, seguía cantando con un tono cada vez más alto, armonioso y perfecto:

Bellos y gentiles vinieron
mil príncipes solteros.
Más decían que la amaban
y arrodillados la aclamaban,
pero ella los rechazaba.
Y la princesa lloraba.

Mil bufones con el Reino fueron a dar,
los más graciosos de cualquier lugar.

Con sus chanzas la atención llamaban.

Ver reír a la princesa querían
pero ella ni siquiera sonreía.
Y la princesa lloraba.

Mil encumbrados magos
llegaron al oír el estrago
y aunque estos miraban
en sus libros de pociones
no hallaron soluciones.
Y la princesa lloraba.

“Ahora se meterá en el barreño y se enjabonará por todo el cuerpo”, dedujo la mente lamentable del hombre, justo en el instante en que Laura Lopezosa estuvo totalmente desnuda e interrumpió su canto para, poco a poco, ir entrando en el agua templada y perfumada.

De repente, la hiedra crujió, avisando así de que no quería soportar más el peso de Mario Tolón. Éste, entendiendo que su posición dejaba de ser segura, se decidió a actuar.

Laura Lopezosa Quesada casi había metido un pie en el agua cuando vio estupefacta como un hombre abría de un golpe la única ventana de su habitación para acto seguido pasar tranquilamente. Tenía el largo pelo despeinado, sucio y mojado de sudor. Su ridículo sombrero y sus vestiduras arrugadas parecían haber estado empapadas minutos antes. Su cara congestionada le resultaba conocida —a decir verdad, demasiado—, pero no recordaba quién era ni la situación resultaba propicia para pensar en ello.

—¡Dios santo! —gritó mientras se apresuraba para intentar cubrirse con la toalla de pelo blanco.

—¿No te acuerdas de mí? —comentó el ladrón en voz baja—. Soy don Mario Tolón, vuestro más ferviente servidor...

—¡Fuera de aquí!

—No te asustes. Nunca te haría daño.

—¡Voy a llamar a mi padre...!

—Sosiégate mi querida Laura.

Permíteme antes recordarte quién soy —chistó Mario Tolón, que había notado con mucho agrado la enorme diferencia de temperatura que se disfrutaba dentro de la habitación en comparación con la de la calle. La mansión parecía tener propiedades parecidas a las de una cueva. Tal vez era ese el motivo por el que la ventana estaba cerrada. Además, el suave olor a rosas de la habitación

resultó ser el más delicioso que su poco entrenado olfato había tenido ocasión de detectar a lo largo de su vida.

Laura Lopezosa, presa del nerviosismo, corrió en dirección a la puerta, haciendo oídos sordos a lo que pudiera decir aquel hombre, que seguía soltando por su boca palabras fuera de toda razón. Mario Tolón fue más rápido y la impidió llegar hasta la salida, dando un salto de ardilla voladora y cogiéndola milagrosamente por uno de sus finos tobillos. A pesar de todo, la muchacha llegó a alcanzar el picaporte de la puerta, pero como estaba cerrada con llave no consiguió abrirla. Desesperada, empezó, sin descuidar la

toalla, a sacudir y tirar de su pierna, pero la manaza del hombre no le soltaba su delicado tobillo.

—¡Me hace usted daño! —protestó asustada.

—No intentes huir de mí —suplicó el ladrón, mientras seguía tumbado en el suelo agarrando firmemente el tobillo de la muchacha. Entonces hubo un momento de silencio. Fue apenas un instante pero los dos se quedaron quietos en sus ridículas posiciones y Mario, más versado en estas lides, aprovechó el desconcierto y besó los dedos del pie que aferraba. Tras ello levantó la vista buscando los hermosos y grandes ojos aterrados de la muchacha.

—Ves como mis intenciones son buenas...

Laura miró al hombre con evidente extrañeza.

—Suélteme entonces...

—No, hasta que te tranquilices.

Al ver que no conseguiría nada con las palabras, Laura flexionó las piernas y con las dos manos intentó abrir la garra que la inmovilizaba el tobillo. Fue un gran error, pues Mario Tolón aprovechó para cogerla de su suave muñeca derecha.

—¡Que me suelte! —insistió sulfurada.

—Por favor, no puedo creer que no sepas quién soy.

Mario tiró del brazo de Laura y se colocó de espaldas a la puerta. Ella, que apenas podía controlar la toalla con la mano que la quedaba libre, empezó a sentir una enorme vergüenza.

—Ayer en la Plaza Mayor —indicó el ladrón sin alzar la voz—. ¿Recuerdas?

La muchacha pensó en lo sucedido en el día anterior y enseguida supo, con cierto terror y asco, quién era aquel hombre. Era curioso cómo había desaparecido de su mente aquel sujeto a pesar de todo lo ocurrido en la Plaza Mayor unas cuantas decenas de horas antes. En estas estaba cuando pegó un respingo al ver que una mano venía amenazante hacía su pecho izquierdo. La

toalla que la cubría parte del cuerpo se había caído por ese lado, dejando al descubierto un virginal pecho redondo, en el que sobresalía un pezón pequeño de un color marrón muy oscuro, que contrastaba con la blancura rosácea del resto de su piel. Con la mano libre pegó un sonoro manotazo, acompañado de un chillido nervioso, consiguiendo desviar así la trayectoria de la confiada mano de Mario Tolón. Ésta enrojeció tras el impacto ya que la moza portaba en su dedo índice un gordo y pesado anillo de oro en el que iba engarzada una piedra azul que, tal vez sin serlo, podría pasar por una turquesa. Con la mitad de lo que valía esa joya Mario Tolón podría haber

vivido a cuerpo de rey muchos meses.

—No seas arisca. No tengas esta actitud conmigo —suplicó Mario Tolón mientras escrutaba con la mirada el delgado cuerpo de Laura Lopezosa, que ahora se mostraba totalmente desnudo, casi indefenso, ya que al apartar la mano del ladrón, la toalla que lo tapaba en parte, había caído al suelo—. Deja de una vez ya en libertad a tu conciencia. En el fondo sé lo que quieres y coincide con lo que yo anhelo —añadió a la vez que se frotaba con el pecho la mano que había sido golpeada por el anillo de Laura y en la que sentía ahora un intenso dolor—. Es una tontería demorar algo que los dos deseamos fuertemente.

Dicho esto el hombre soltó a Laura Lopezosa y, sin moverse del sitio, se dispuso a quitarse sus ropajes y armas.

—¡Qué hace! ¡Vístase y márchese! ¡Yo no quiero nada con vos! —avisó Laura desesperada, mientras recuperaba la toalla.

—Claro que quieres algo. Ayer me lo dijiste con tu cara, con tus gestos y con esa sonrisa y esa mirada tan linda que me regalaste —contestó cuando quedó del todo desnudo, dejando al descubierto un cuerpo que no era precisamente de belleza excepcional—. Acaso piensas que soy tan necio como para no saber entender el significado de aquella última mirada tuya.

Laura Lopezosa no recordaba haber puesto ningún tipo específico de mirada. Como mucho debió de mostrar cara de alegría al librarse de él. De inmediato y por puro instinto fijó su vista en el cuerpo de Mario Tolón y su rostro la delató: no había visto nunca a un hombre desnudo. Mario se dio cuenta de ello y se alegró interiormente. Con cierta seguridad debía de ser el primero y, por tanto, ella habría de ser virgen. Antes de que saliera de su estúpido ensimismamiento la dejó sin la toalla de un sólo tirón. Ella quiso chillar pero no pudo, absorta en la contemplación de aquella cosa colgante de la que tanto había oído hablar, sobre todo a su

hermana —que hasta la hacía dibujos de dudoso gusto—, pero que nunca había visto al natural. Estaba confusa. No sabía si aquello era realmente así o es que su hermana la había engañado, describiéndola cosas no pertenecientes a este mundo. Laura no lo sabía aún, pero su sentimiento en esos momentos era de pura decepción ante lo que allí mostraba el asaltante. La muchacha se lo imaginaba como algo mucho más espectacular, pero en aquel hombre sólo había un trozo de carne fea, macilenta y aparentemente lasa, que luchaba por despuntar de entre un matojo de pelo negro, enmarañado y sucio.

Una persona espiaba, escuchando con la oreja derecha pegada a la pared, desde el instante en que Laura Lopezosa emitiera su primer grito. Parecía esperar con pasmosa paciencia el momento adecuado para intervenir. De vez en cuando reía quedamente o arrancaba y se comía una uva de un racimo enorme que reposaba en una bandeja de plata, justo encima de la mesa de madera de roble arrimada al tabique de separación de las dos habitaciones.

—¡Ven aquí! —ordenó Mario Tolón, ajeno a que alguien más oía su voz.

Laura Lopezosa pronunció un “no” inaudible y se fue echando hacia atrás con pasos cortos, a la vez que intentaba ocultar todo lo que podía con sus manos y brazos. Pero en realidad, cuando tapaba una parte de su cuerpo, descuidaba otra, y en esta situación Mario no podía evitar que su imaginación calenturienta formara cotas todavía más ideales de belleza y su excitación, naturalmente, fuera en aumento. Su miembro, en consecuencia, empezaba a tomar un volumen poco manejable, ante la cara de espanto de Laura, que por momentos se estaba quedando sin la facultad para poder articular palabras. La pobre, parecía

estar inmersa en medio de una pesadilla repugnante. Pero no era un sueño. Todo era muy real y por eso no dejaba de preguntarse con asombro cómo era posible que la pudiera pasar a ella algo así en su propia casa.

El ladrón, por fin, se lanzó hacia la muchacha como un león sediento de sangre, pero sin calcular bien su propio impulso —como tantas veces le había pasado a lo largo de su vida—, de manera que Laura supo apartarse a tiempo con un grácil y rápido movimiento de su perfecto cuerpo, y el imperfecto cuerpo de Mario se desplomó de golpe en el barreño lleno de agua. El ladrón no pudo evitar

esbozar una exclamación de desagrado al notar la sensación horrible del cambio de temperatura entre su cuerpo ardiente y el agua fresca con perfume a rosas. Después comprobó con fastidio que aquello que empezaba a tomar un tamaño distinto al normal, volvió súbitamente a su triste estado original.

La persona que espiaba en la estancia contigua se decidió a actuar. Justo ahora era el momento de entrar en la habitación de Laura.

2

EL PASADO DE DON HIGINIO

1

Don Higinio Lopezosa Quesada era un hombre inmensamente rico. No sabía

con exactitud el volumen de su fortuna, pero no por ello era una persona dichosa, ya que en otro tiempo, a pesar de contar con mucho menos patrimonio, había conocido una felicidad que no volvió a sentir nunca más en su vida. Ni todo ese dinero —cantidad no menor a los novecientos cincuenta mil alejandrinos de oro—, sus tierras y sus lujos podían proporcionarle la dicha que en su día le regaló sinceramente su esposa, la hermosa Escolástica Eugenia Ortega.

Fue militar, ocupando un cargo importante desde muy joven, pero lo abandonó cuando su mujer murió tres meses después del parto de Laura,

aquejada de una fiebre espantosa y pertinaz. Llevaba siendo viudo, por tanto, todos los años que tenía Laura y su carácter malicioso había empeorado desde aquel desafortunado día en que dejó de respirar su amada.

La enfermedad de Escolástica Eugenia fue causada por una inexplicable infección alimenticia, que se apoderó de ella durante dos semanas y media de sufrimientos y recaídas, y que los caros y prestigiosos médicos que don Higinio contrató, entre los mejores de todo San Josafar, no supieron contener. Hasta los regios oídos del Rey Bartolomé III El Magnífico —apodado así no por sus

hazañas, sino por su afición a un vino recio del norte del país que recibía este nombre— llegó la noticia del padecimiento de la bella esposa de don Higinio. Mandó a su médico personal que se acercara hasta la casa donde penaba la enferma, pero cuando el galeno se presentó para prestar sus servicios, ya era demasiado tarde.

Tras este terrible suceso, don Higinio se trasladó a vivir, en un destierro voluntario, a La Alpurria del Campo; y allí, poniendo una distancia mayor a las setenta y cinco leguas entre sus recuerdos en la capital del Reino y él, intentó olvidar a su amada... Pero le fue imposible.

Era todavía un joven militar, con algo más de cuatro años de servicio, cuando conoció a la imponente Escolástica Eugenia. Ocurrió en la fiesta de Mayas más multitudinaria que se recordaba en San Josafar. Fue un cuatro de mayo en el que se celebraba, como en los siguientes días, la invención de la Santa Cruz y por todos los barrios se había instalado uno de estos símbolos, que los vecinos adornaban en proporción directa a su nivel económico, devoción y desprendimiento.

En el momento de elegir a la Reina de Mayo todo era un rumor de dudas. Antes habían desfilado por la tarima puesta al efecto veinte preciosas, solteras y

jóvenes aspirantes, que, según rezaba en los carteles anunciadores del evento, estaban bajo la influencia y protección de Camael, ángel de la belleza. Por fin, el alcalde Juan de la Cuadra nombró como Maya a Escolástica, y aunque fue casualidad, la ganadora resultó ser la justa, a pesar de que el máximo edil de la ciudad era buen amigo —de los que deben favores y grandes— de los padres de la bella aspirante.

Acto seguido de resolverse el dilema, la nueva Reina de Mayo fue vestida galanamente, entronizada con todos los honores y rodeada de cestas de flores que exaltaban aún más su indiscutible belleza y estilo. Por al lado de

Escolástica Eugenia fueron pasando todas las personalidades que se prestaban a este juego, haciendo la correspondiente reverencia real. Cuando acabó la audiencia pasó a encabezar una comitiva de otras muchachas, que se dedicarían a pedir dinero, como era costumbre, a los asistentes a la fiesta. Más de uno pensó, a la vez que entregaba algún alejandrino, en lo agradable que resultaría llevarse a la cama a semejante mujer, pero afortunadamente sólo llegaron a ser pensamientos.

Don Higinio no faltó a la hora de presentar sus respetos a la flamante Reina de Mayo, pero lo hizo cuando la

pantomima había acabado. Lucía su tupido bigote con las puntas perfectamente enceradas y se cubría con su traje militar de gala impoluto del que colgaban algunas condecoraciones y medallas poco importantes, si las comparamos con las que vendrían en los siguientes años. Tan maravillado quedó con aquella niña que decidió que habría de ser suya y de nadie más. Y como tantas otras cosas en su vida, fue de él y de nadie más; así de sencillo.

Al día siguiente, don Higinio Lopezosa hizo que lo afeitaran y cortaran el pelo en la mejor barbería de todo San Josafar. Ya en su casa se acicaló despacio y concienzudamente, y

cuando entendió que no se podía sacar más partido a su aspecto, se encaminó resueltamente hacia la casa de los señores de Ortega Villa de la Guindalera, duques de Sotopontoso y Luciergapo. Su intención era felicitarles formalmente por el nuevo reinado de su hija Escolástica Eugenia. Los duques quedaron fascinados con el porte, el brillo de las medallas, y la fina educación del joven y prometedor militar. Ganada la confianza de los padres, el acto de pedir la mano de la hija al poco tiempo resultó ser facilísimo —sobre todo porque la mimada hija de los marqueses no pudo evitar enamorarse del joven y guapo

militar al tercer día que resultó ser agasajada con flores, piropos y promesas, que de ningún modo iban a ser incumplidas—; y así, en menos de cinco meses llegó el día de la boda.

El enlace matrimonial fue casi tan sonado como el de un príncipe; de hecho, se murmuraba que al banquete nupcial acudió el Rey Bartolomé III El Magnífico —haciendo durante la velada honor a su apodo— y la Reina Engracia La Tuerta, cosa harto rara ya que el Monarca no permitía casi nunca que su esposa fuera vista en público, tal vez pensando que el mote podía degenerar en otro peor si la gente la veía más de cerca.

Los novios llegaron al altar mayor de la catedral de Baruc y Ezequiel, situada en la céntrica calle de la Arriería, montados en una carroza tirada por cuatro caballos percherones bellamente enjaezados, traídos expresamente del sur de Francia. El cortejo iba acompañado de oficiales a caballo y las calles cercanas a la catedral se adornaron con guirnaldas y estrechos gallardetes de todos los colores, dando a algunas avenidas el aspecto del terreno de una justa medieval.

La solemne misa, oficiada por el cardenal Luis Amalio Isidro Farnesio, duró casi cuatro horas y media y no acabó con la paciencia de la totalidad

de los invitados de puro milagro. Con todo, se contaron por decenas los que desertaron en mitad de la empalagante eucaristía. En los días siguientes una coplilla burlona, realizada por algún aspirante a poeta, se difundía de calle en calle contando que al finalizar la celebración habían suspirado de alivio hasta las imágenes del altar mayor, que parecieron pasar igual calvario que el que representaban desde siempre en la parte superior del inmenso retablo.

A la salida de la ceremonia se repartieron quince toneles de vino joven gratis para todo aquel que quisiera brindar por la buena salud de los recién casados. Fueron regalo de la familia

Ortega Villa de la Guindalera, que también pagaron los festejos y bailes en honor de su única hija y su nuevo yerno. Éstos se prolongaron durante el resto de la semana, aunque no todo el mundo participó de ellos, pues en San Josafar se tenía a don Higinio por el más cruel y despiadado guardia alguacil que se había conocido; y más de la mitad de los vecinos de la capital habían tenido la desgracia de mantener algún desagradable encuentro con él o con alguno de sus subordinados.

Los padres de Escolástica Eugenia, además, corrieron con las demás costas derivadas de la boda y, en consecuencia, se gastaron un dineral; pero lo hicieron

con gusto, pues estaban orgullosos de aquel marido que habían proporcionado a su única descendiente. Este orgullo menguó bastante el día que vio la luz la primera hija fruto del matrimonio, Irene, que por expreso capricho de don Higinio Lopezosa, no llevaría ninguno de los apellidos de la familia Ortega. A partir de entonces las reuniones del militar con los duques fueron esporádicas y raramente gratas.

A pesar del distanciamiento de sus padres, Escolástica Eugenia debió de ser muy feliz en su escaso tiempo como casada, pues aunque era legendario el mal carácter de su marido, éste nunca fue brusco con ella, ya que la amaba con

locura, casi con un fervor religioso; y sus malas e imprevisibles maneras se las guardaba para los delincuentes, la soldadesca y el acuartelamiento donde trabajaba.

2

En su época militar, don Higinio Lopezosa Quesada destacó por su innecesaria violencia y eficacia a la hora de sofocar revueltas y altercados en San Josafar, pisoteando a bandoleros, timadores, artesanos, jornaleros y fulleros por igual; sin distinguir, en demasiadas ocasiones, quien era el

honrado y quien el malhechor. Se hizo famoso, además, por evitar el pillaje y el robo durante las romerías de la ermita de San Blas y del Ángel de la Guarda, en el parque que llamaban Hogar del Campo, así como en las de San Isidoro, Santiago y San Marcos, donde los soldados a sus órdenes, más que respeto, infundían pánico a su paso.

Don Higinio terminó siendo en poco tiempo capitán de los Reales Guardias de Alguacilería de San Josafar. Este pequeño ejército había sido creado pocos años antes de morir por Calixto X —el bisabuelo del actual Rey—, hacía ya cien años. La capital de Gurracam era en aquel tiempo un hervidero de

delincuentes y gente de mal vivir, y se estaba convirtiendo con incontrolable rapidez en el lugar más peligroso de todo el Reino. Prueba de ello era la enorme cantidad de personas dedicadas a la mendicidad, que el Rey pensaba que al no vivir de un trabajo fijo inducían a malas costumbres en la vecindad, y que habrían de hacer mejor servicio regresando a sus lugares de origen o enrolados en la marina, descubriendo mundos o muriendo en batallas en cualquiera de los océanos donde Gurracam estuviera presente. Famosos eran también los baños en el río Manzana, que dividía San Josafar en dos. Muchos vecinos lo hacían

desnudos, lo que conducían a una falta de decencia que el Monarca no estaba dispuesto a tolerar, teniendo en cuenta, además, que muchos de estos baños se disfrutaban delante de palacio. Por último eran de preocupar los pequeños —pero frecuentes— motines populares que estallaban por causas —que poca o ninguna importancia tenían para el antepasado de Bartolomé III— como la carestía del pan, la falta de faroles en las calles o por el hecho de que la mayoría de los vecinos comieran sopa con ninguna sustancia y tocino seco y rancio en el mejor de los casos, y en palacio las viandas fueran, en el peor de los casos, pierna de carnero, queso de

Parma costosamente traído de la vecina península Itálica y truchas recién sacadas y transportadas desde el lejano río Trillón.

Para solucionar todos estos molestos problemas, el Rey Calixto X instauró un ejército que tenía un cuartel cada tres calles de la ciudad y que, no sólo se dedicaba a ejecutar autos de arresto o de prisión, mandamientos de ejecución y embargos, y a mantener la seguridad y el orden en las calles y plazas, sino que gozaban de plena libertad para hacer su trabajo de la manera más efectiva posible, siendo norma general hacer la vista gorda siempre que fuera preciso.

—La gloria y la fama de los guardias

alguaciles de San Josafar será medida en el futuro por sus estupendos resultados —llegó a decir Calixto X en un discurso de arenga tras la imposición de una cuantas medallas—. A nadie ha de importarle entonces, ni ahora ni nunca, los medios utilizados para llegar hasta ella.

Moviéndose en este ambiente don Higinio subió rápidamente a los altos mandos por ser el más sangriento —pero al fin y al cabo, efectivo— de todos los guardias alguaciles que en sus cien años de existencia se había alistado en el cuerpo. No es de extrañar que don Higinio Lopezosa Quesada llegara a ser conocido por todos los delincuentes de

la ciudad y su contorno, que empezaron a llamarle El Carnicero; aunque pronto el mote cayó casi en total desuso, pues el pobre hombre que lo había inventado murió de forma no explicada durante un periodo que estuvo residiendo de manera forzada en los sucios calabozos de la calle de Toneleros.

Sabido era que si El Carnicero te buscaba por algún delito y te pillaba, no te librabas de una paliza salvaje, que, en el mejor de los casos, te dejaba postrado en cualquier parte durante tres o cuatro semanas, eso sí, con muy pocas ganas de volver a delinquir... Y este comportamiento, siempre por encima de todos, humildes o ricos, se le quedó

grabado a don Higinio para toda la vida. Tanto es así que a pesar de sus muchos años como civil, seguía pensado de la manera cerrada, autoritaria e irracional de un alto mando del ejército gurracamés y en general —exceptuando a sus hijas y algunas personas más— trataba a la gente de manera militar, independientemente de que estuvieran a su servicio o no, de que gozaran de mayor poder económico o no, de que tuvieran mayor edad o no, de que fueran gente culta o no... En definitiva, se comunicaba con los demás como si se trataran de subordinados suyos o soldados recién llegados a su cuartel de guardias alguaciles. Lógicamente, no

llegó a tener ningún amigo íntimo en La Alpurria del Campo.

3

Tras la muerte de su hija, los duques de Sotopontoso y Luciergapo marcharon a Francia para olvidar lo ocurrido, y aunque prometieron volver de vez en cuando para ver a sus nietas, no aparecieron más por Gurracam. Los duques pensaban en secreto que don Higinio llevaba parte de la culpa en la muerte de Escolástica Eugenia y tenían clavado en su corazón el hecho de que sus nietas no portaran ninguno de sus

ilustres apellidos. Los señores de Ortega Villa de la Guindalera acarrearón consigo toda su fortuna sin dejar nada a su yerno o a sus nietas, y con el tiempo vendieron sus vastas posesiones gurracamesas, con la ayuda de un prestigioso y caro intermediario contratado en París.

Los duques y la familia Lopezosa Quesada no volvieron a coincidir nunca más.

Don Higinio buscó un culpable para la muerte de su querida esposa. Durante días anduvo convenciéndose a sí mismo de que había sido envenenada, y la autoría de esta acción horrible —que jamás efectuó nadie— fue adjudicada a

un hombre de raza gitana llamado Manuel Montoya, al que desde muy joven lo habían motejado como El Tostaó. Manuel había visitado los calabozos de la cárcel de la Villa y Corte en numerosas ocasiones por robo y siempre don Higinio fue el encargado de capturarlo o de hacer que se cumpliera la condena con la mayor rudeza; tal vez por esta razón pensaba que aquel hombre había matado, en venganza, a la mujer que más quería.

El capitán de la Guardia de Alguacilería no podía ocultar el total desprecio que sentía por Manuel Montoya y por los gitanos en general. En su descargo se podía decir que jamás

tuvo trato —tal vez debido a su trabajo — con ninguno que fuera buena persona.

El Tostaó lucía la piel muy morena, ojos y cabello muy negros y nariz aguileña. Su sola presencia daba miedo y la faca albaceteña —regalo de algún pariente español— que escondía entre sus ropas no era nada tranquilizadora. Don Higinio la había probado alguna vez, y bien que había lamentado después Manuel aquel insignificante arañazo.

Tras varias interminables noches de no dejar de pensar en el gitano, don Higinio estuvo totalmente convencido de que Montoya era el asesino de Escolática Eugenia; y así, una mañana de un día de enero —que fue fría e

inundada de niebla— se fue a por él.

Aquel iba a ser el último día que estuviera en San Josafar. Una vez terminado el trabajo pensaba iniciar su marcha hacía La Alpurria del Campo. Con tal motivo cargó un carromato con todas las posesiones que consideró importantes y dejó a sus dos hijas subidas al mismo, habiendo antes ordenado a la pequeña Irene de cuatro años que lo esperara en silencio en el interior del carro con su hermana casi recién nacida en brazos y siempre dispuesta para la partida. Al cuidado del vehículo permanecieron cinco guardias alguaciles, que a buen seguro habrían dado su vida antes de que se extraviara

el más mínimo objeto del interior del carromato o, peor aún, que alguna de las dos niñas sufriera el más nimio accidente.

No le resultó difícil dar con Manuel Montoya. Cuando don Higinio preguntaba a la canalla o al puterio, éste siempre respondía sin perder un segundo. Aquel día no fue una excepción y a buen seguro que los interrogados debieron de dar gracias al cielo porque el guardia alguacil sólo quisiera saber el paradero de El Tostaó; y nada más.

Lo encontró medio dormido en una hedionda taberna de la calle San Juliano, con una resaca bastante fuerte.

Tres hombres jugaban al tresillo

mientras se servían —a pesar de la hora de la mañana que era— vasos hasta el borde del tinto, espeso y pésimo vino de una jarra. Al más gordo debían de irle muy bien las cosas pues ya era la quinta vez consecutiva que superaba en bazas a sus dos contrincantes, los cuales empezaban a intuir algo más que simple suerte en el juego de aquel hombre mofletudo y risueño al que, por otra parte, no recordaban haber visto nunca por el barrio. Cuando entró don Higinio dejaron los naipes en la mesa, echaron mano de sus armas colgadas del cinto y suplicaron que no fuera a ninguno de ellos al que buscaba.

Manuel Montoya, a pesar de su

estado, vio con claridad las intenciones de don Higinio y comprendió que hoy no iba a recibir una paliza para luego acabar encerrado en alguna de las dos torres enchapiteladas de la cárcel de la calle de la Santa Cruz. Hoy, aquel militar, salvaje y sanguinario, venía a por su vida.

—¿Cuánto tiempo Carnicero? —
masculló El Tostaó.

—Mucho tiempo. Demasiado —
respondió mientras se apartaba la capa y desenfundaba su espada limpia y afilada.

—¿A qué vienes? —preguntó el gitano a la vez que, con muchos nervios y la torpeza debida a su estado, se

afanaba en buscar la navaja entre los pliegues de la camisa.

—¡Bien sabes el motivo! —dijo entre dientes el militar.

No hubo tiempo para intentar, al menos, encontrar la albaceteña. La espada de don Higinio atravesó el sucio cuello del gitano de un sólo golpe. La sangre salió muy roja y a borbotones.

En ese momento apareció por la puerta un chaval que venía corriendo. Estaba sudoroso y se le notaba en la cara unos rasgos agitanados que en pocos años lo convertirían en un hombre cuya sola presencia infundiría respeto y miedo. Venía a avisar a El Tostaó, pero ya era tarde. Don Higinio se volvió

sacando la espada chorreante de sangre de Manuel y con un gesto de la cara permitió al muchacho que se marchara, perdonándole así, tal vez, la vida. Luego volvió a mirar al gitano que tenía delante agonizando como sólo un moribundo puede hacer.

—¡Con esto no pagas lo suficiente, cabrón, pero soy hombre piadoso! — sentenció el joven guardia alguacil y ensartó media espada en el pecho, para que así dejara de sufrir. Luego, apoyando su pie en el hombro del moribundo, sacó su arma de las entrañas que había rasgado. Con el impulso, el gitano cayó al suelo.

Antes del último suspiro, Manuel

Montoya encontró la empuñadura de su navaja. Cerró los ojos. Murió. Mientras, don Higinio limpió la hoja de su espada con un mantel, la enfundó y se marchó sin mediar más palabras.

Las tres personas que jugaban al tresillo y el posadero —más acostumbrado a grescas y pendencias— tardaron en reaccionar largos minutos.

4

Los orígenes de la fenomenal fortuna de don Higinio eran, cuanto menos, dudosos. En su tiempo castrense no fue un gran ahorrador. Además, se gastó

fortunas enteras en complacer los caprichos de su amada esposa, que a decir verdad fueron bien pocos. Escolástica Eugenia era una mujer que para vivir feliz no necesitaba demasiadas cosas materiales, pero también es cierto que algunas resultaban ser muy caras.

El militar retirado llegó a La Alpurria del Campo subido en un carromato que, en un principio, confundieron con el de un vendedor ambulante. Cuando puso sus pies por primera vez en el suelo de aquel pueblo escondía entre los bultos del interior de su vehículo apenas dinero para subsistir él y sus dos hijas durante un año y medio, pero muy pronto se las

ingeniaría para incrementar espectacularmente su patrimonio.

El Rey Bartolomé III El Magnífico lamentó profundamente la decisión de don Higinio de dejar la Real Guardia de Alguacilería y marcharse de San Josafar. El Rey no desconocía el hecho de que hacía unos cuantos años que la capital del Reino era, con altos y bajos, como una balsa de aceite y que esto era en parte gracias a la mano —bien es cierto que asesina— del capitán Lopezosa Quesada. De modo que Bartolomé III hizo que viniera a palacio para tratar de persuadirle. El monarca, a pesar de que llegó a ofrecer el quintuple de su sueldo, un par de propiedades —dos palacetes

de tamaño medio— situados en una de las calles centrales de San Josafar y hasta la posibilidad de ascender en unos pocos años a capitán general de todos los guardias alguaciles de San Josafar, no consiguió que don Higinio cambiara de idea; ni siquiera que dudara.

Bartolomé III también sabía que en su calidad de Rey bastaba con ordenarle que siguiera en su puesto para que el joven militar tuviera que acatar su mandato sin poner objeciones, pero se temía que aquello convertiría a don Higinio en su enemigo; y éste era un enemigo que ningún Rey, aunque fuera el que reinaba en las vastas tierras ocupadas por Gurracam, se podía

permitir. De manera que haciendo uso de su indudable astucia, el Rey Bartolomé III, en agradecimiento por los servicios prestados, le entregó la medalla del mérito militar, el premio recompensa al trabajo —que además de otra bonita medalla contaba con cincuenta alejandrinos de plata—, veinticinco alejandrinos de oro sacados directamente de las arcas reales —que se nutrían de los impuestos arrebatados a las gentes que tanto había hecho sufrir don Higinio— y lo nombró dueño de todas las tierras aledañas al pueblo de La Alpurria del Campo, con pleno poder para hacer con ellas lo que quisiera. En su conjunto era un regalo importante y el

Rey se aseguró así la fidelidad del capitán, que en un futuro, tal vez, le podría ser necesaria... Por eso, cuando don Higinio aposentó por primera vez los dos pies en la tierra alpurriana, después del largo viaje, sabía que aquello que pisaba era suyo.

5

De camino a la Alpurria don Higinio atravesó por tierras propiedad de monasterios y allí, descansando del viaje, o en conversaciones con los propios monjes pudo ir haciéndose una idea de cómo sacaría partido de todas

las hectáreas que ahora eran propiedad suya.

—Las gentes de por aquí son ignorantes comedores de castañas y bellotas. Peores que los mismos puercos —le confió el Abad de la Abadía de San Salzedo y Buçedo, Marcelino Taruoca, que tomó rápida confianza con el militar retirado tras ver las enseñas de la Guardia Alguacilería—. Y de eso nos hemos valido siempre los del Cister... y los que no lo son, también —remachó con una franqueza espantosa.

En especial de aquella extraña conversación, surgida de la casualidad y el buen beber del Abad, sacó don Higinio todo el conocimiento esencial

que necesitaba para forjar su futuro negocio y fortuna. En realidad, aquel religioso no le contó nada que fuera secreto: las prácticas de la Iglesia en Gurracan eran bien conocidas y el militar retirado sólo las aplicó copiándolas descaradamente.

—Las gentes siempre han vivido de la tierra, del ganado y, en definitiva, de lo que se saca de estas montañas— continuaba el Abad Marcelino Taruoca con su visión sencilla y clara de las cosas—. Un buen día de hace no sé cuántos siglos uno de mis hermanos salió de su cueva y junto a otros como él fundó nuestra querida Abadía; supongo que al principio siguieron al pie de la

letra la Regla de San Benito, pero el tiempo pasó y la santísima Regla dejó paso a otras más acordes a nuestro tiempo y más beneficiosas para la Santa Madre Iglesia, que al fin y al cabo necesita de algún recurso para no sucumbir y dejar desvalidos a toda esta pobre gente... Pobres, ¿qué harían sin nosotros? Se convertirían en bestias pecaminosas deseosas de fornicar todo el tiempo y terminarían creando manadas como los lobos, haciendo el mal allí por donde pisaran—. El Abad hizo un silencio, miró a los ojos de su interlocutor, y tras comprobar que sus últimas palabras no se las creían ninguno de los dos, siguió el discurso en

el tono sincero del principio—: En definitiva, lo que era de nadie y de todos, estos montes y sus alrededores, empezó a ser nuestro. Antes las gentes de los pueblos recogían frutos silvestres sin mayor preocupación; y cazaban; y pastoreaban... ahora nos deben de dar una renta todos los años por el derecho a hacer lo que sus antepasados realizaban gratis por estos mismos lares.

El Abad eructaba entre frase y frase pero no por ello dejaba de beber vino. Entre sorbo y sorbo le salían los pensamientos con toda nitidez.

—Ha sido labor de siglos, pero ahora no hay quien nos mueva de aquí. Mientras estas gentes sigan siendo un

puñado de analfabetos, todo nos irá bien. —Y se concedió una última frase que dejara ver su condición—: Por supuesto con la ayuda de Dios... y que no nos falte.

Don Higinio vio al instante la similitud de los comentarios del Abad con su inminente situación y así, empezó por cercar los bosques de los que era nuevo señor. Después impuso a los habitantes del contorno una tasa de leñamen y pastoreo que enseguida se vio que era abusiva. Bajó los precios pero impuso el uso de sus propios mulos para el transporte de la leña, con lo que terminó por sacar casi igual suma de alejandrinos. Con todo, aquellas tierras

no eran especialmente ganaderas y la leña no terminaba de ser buen negocio.

El militar retirado, entonces, alquiló la totalidad de sus terrenos de labranza. El pago se realizaba al final de cada cosecha y consistía en las tres cuartas partes del producto recolectado, estimando siempre una cantidad mínima de dinero para cuando las cosechas no dieran lo suficiente. Así, la plácida vida de los campesinos del pueblo cambió de manera radical, pues hasta ese día habían estado felizmente al margen de las leyes que pudiera imponer una persona en particular, siendo las tierras colindantes de cultivo libre, aunque reglamentado por un real decreto de

hacía más de doscientos años, que, mejor o peor, permitía la convivencia de las gentes del lugar y, lo que es más importante, su supervivencia. Ahora habían cambiado tristemente las cosas.

Era inevitable que algunos años la sequía hiciera estragos en la zona o el pedrisco echara a perder una cosecha. En esas ocasiones don Higinio hacía valer el documento en el que se obligaba a pagar al campesino el alquiler de las tierras con una suma de alejandrinos; pero esta cantidad era siempre tan desproporcionada que ningún labriego —y los había con ahorros de toda la vida— pudo nunca reunir la totalidad de dinero reclamado. Entonces el antiguo

militar se quedaba impunemente con los animales de su deudor: gallinas, patos, conejos, gansos, burros, cerdos, caballos y hasta vacas, que vendía en las ferias de ganado de los pueblos que había al norte de la región. Pero lo habitual era que las pobres gentes no poseyeran animales —al menos con un valor suficiente—, con lo cual no se les volvía a ceder la tierra hasta que saldaran la deuda de un modo u otro. Para este fin don Higinio utilizaba a sus llamados hombres de confianza. Éstos eran un pequeño ejército de asesinos y mala gente reclutada en los alrededores. Todo el mundo los conocían y trataban de que no se cruzaran en su camino.

Estaban muy bien pagados y sólo tenían una cosa en común: respetaban al viejo militar, incluso lo temían, pues hasta en ese pueblo se sabía de las andanzas de don Higinio cuando era capitán de los Reales Guardias Alguaciles de San Josafar.

Las palizas, en consecuencia, estaban al orden del día y en ocasiones, al entender don Higinio que no iba a cobrar nunca, mandaba a sus hombres de confianza para que mataran al deudor. Estos asesinatos eran pronto conocidos por el resto de morosos, lo cual provocaba que las pobres gentes hicieran lo imposible por pagar. Los más valientes —o desesperados—

terminaban por marcharse del pueblo, huyendo —poniendo en peligro sus vidas— de un lugar en el que no tenían tierras que trabajar y en el que debían de soportar las vejaciones constantes de los hombres de confianza de don Higinio, los cuales empezaron a utilizar de manera autoritaria los servicios de las jóvenes hijas de los hortelanos o, si todavía eran de su agrado, de las esposas. Don Higinio consentía estas prácticas, que se convirtieron en algo habitual, pues se dio cuenta que producían mayor espanto que la muerte en extrañas circunstancias de cualquier campesino deudor.

De los más de treinta hombres que no

soportaron más los ultrajes del militar retirado e intentaron fugarse del pueblo, sólo media docena consiguieron escapar. Don Higinio no se preocupó mucho por atraparlos, sabedor de que no faltarían otros que llegaran en busca de trabajo, pues el hambre de los pobres habitantes del Reino de Gurracam fue siempre el mejor aliado de su fortuna.

Por último el guardia alguacil retirado se adueñó de las tierras que lindaban con las suyas, comprándolas — en general de manera ilegal—, con precios muy por debajo de su valor real y poniendo en peligro la vida de sus propietarios con amenazas e incendios provocados. Así, llegó a convertirse en

el mayor terrateniente que hubo nunca en aquel Reino —a excepción, claro está, de la Iglesia, que en cierto modo era su mentora—, lo que hizo que su fortuna aumentara casi de manera incontrolada.

6

En menos de doce meses desde que llegaran al pueblo, los Lopezosa Quesada dejaron de vivir al lado de la plaza, en una casucha no muy mal acondicionada, por la que pagaban muy poco dinero. Don Higinio compró a una familia de marqueses, que ya no vivía en el lugar, la mansión en la que habría de

terminar sus días. En el momento de su adquisición era una especie de ruina que parecía a punto de caerse en cualquier momento, pero en tan sólo tres años el nuevo dueño la remodeló a su gusto y la convirtió casi en un palacio. Así, alfombró de escudos todos sus muros, levantó altos torreones en los cuatro costados del edificio de forma que pudiera otear hasta el último confín de sus tierras, fortificó las entradas de la casa con puertas de un grosor y tonelaje innecesario, e incrustó antiparas en todas las ventanas del piso inferior, para evitar las miradas curiosas que pudieran echar los paseantes al interior de la casa. Sin quererlo, consiguió que él y

sus hijas tampoco pudieran ver apenas la calle desde el piso bajo.

Dado el crudo invierno reinante en la región, el antiguo guardia alguacil hizo que construyeran un complicado sistema de chimeneas, que al distribuirse por puntos estratégicos de la mansión inducían a que cualquier rincón se mantuviera razonablemente caldeado. Para alimentar las quince enormes chimeneas don Higinio almacenaba entre las columnas de piedra del patio interior —en cualquier estación del año— de quince a veinte estéreos de leña de encina de primera calidad, que contrastaban con las casas más humildes, donde en mitad del invierno

ya se empezaba a pasar frío.

En el interior de la casa se hicieron también importantes reformas. Así, fueron recubiertos los techos de los pasillos de vigas de maderas nobles, y los de los aposentos se llenaron de artesones con distintas formas de polígonos regulares casi perfectos, siendo el mejor un magnífico artesonado mudéjar que cubrió el techo del dormitorio de don Higinio y que tenía un sospechoso parecido a otro que casualmente —coincidiendo con las fechas de su adquisición— se había quemado en una de las estancias interiores de la iglesia de La Alpurria.

En algunas habitaciones ocultó las

paredes con costosos tapices traídos desde las Real Fábrica de San Josafar y que generalmente representaban exóticas batallas de los tiempos en que el rey de Macedonia Alejandro III el Grande extendía su imperio por Mesopotamia, Babilonia y Persia. Además, recargó las habitaciones de inútiles muebles decorados hasta la estupidez, de sillones fraileros, de cómodas, lámparas, espejos, mesas, camas de exageradas proporciones y hasta algún busto de algún senador romano que jamás existió. Por si fuera poco, en la totalidad de las estancias descansaban un par de arcones de maderas gruesas, forrados de cuero o adornados con motivos de cadeneta. La

mayoría de ellos estaban vacíos y mostraban sus goznes, cerraduras, bisagras y candados totalmente nuevos y relucientes, debidos al poco o ningún uso. En conjunto, todos estos objetos y adornos, daban más sensación de agobio que de riqueza y esplendor.

7

Aunque en general la vida transcurría plácidamente mientras el militar retirado convertía la ruina de la calle de los Cien Fuegos en una mansión con el aspecto y los recursos de una fortaleza, hubo ocasiones en que sus muchos deudores,

agraviados hasta el límite de sus fuerzas, intentaron alguna escaramuza contra él, pero debido a la poca maña para estos menesteres siempre mostraban torpeza, convirtiendo su acción en algo inútil y lo que es peor, letal. Sin embargo, hubo un incidente en el que don Higinio estuvo a punto de perder la vida a manos de un campesino embrutecido por las muchas e infructuosas horas perdidas labrando la tierra bajo el sol de La Alpujarrá. Aquel hombre no dudó en poner fin a las prácticas del antiguo guardia alguacil justo después de oír a su joven hija el terrible relato de cómo habían abusado de ella tres hombres de confianza mandados por el terrateniente y ver,

literalmente loco de rabia, la sangre reseca entre sus piernas. El campesino esperó pacientemente durante dos horas y media escondido en una calleja desde donde se podía ver la puerta de la mansión de la calle de los Cien Fuegos. Con la vista fija en la madera de la puerta consiguió que se le nublara unas cuantas veces, pero su mano derecha, de la que asía una hoz vieja pero bien afilada, no tembló un ápice. En un momento dado salió un criado, pero el campesino siguió quieto en su lugar. Sólo la presencia de Don Higinio lo haría moverse. La tensión de sus músculos se volvió dolor pero él no quería enterarse y aguantó con la mirada

fija en la puerta.

De pronto uno de los carruajes del militar retirado avanzó por la calle y se posicionó frente a la puerta. Segundos después apareció don Higinio que, como siempre, giró dos vueltas de llave en la cerradura de la pesada puerta que daba acceso a su mansión, más por costumbre que por miedo a que nadie se atreviera a entrar sin permiso, cosa que ningún hombre cuerdo haría aunque la dejara de par en par; y entonces, justo cuando abría la puerta de su carruaje, fue sorprendido por el labriego. El pobre hombre, fuera de sí, utilizó su hoz para rodearle el cuello e intentar rebanárselo de un sólo golpe. Hubo un momento en

que nadie hubiera apostado nada por la vida de don Higinio, pero éste contaba sólo cuarenta y tantos años y conservaba sus trucos para con aquel que quisiera pendencias con él. Con rapidez felina sacó una daga de su capa y de tres certeras cuchilladas en un costado logró que el campesino soltara la hoz y cayera al suelo tan débil e indefenso como el día en que nació.

—¡Maldito hijo de perra! —exclamó en voz baja. Luego miró a la persona que acababa de insultar. Se estaba desangrando. Sabía, ya que no era la primera vez que despachaba de esta manera a una persona, que en breve empezaría a vomitar sangre y a sufrir

espasmos. Antes de que esto ocurriera don Higinio descargó cuatro furiosas patadas en la cabeza del hombre tendido en el suelo. El labriego quedó prácticamente muerto.

—¿Está bien señor? —preguntó el cochero, que bajó del pescante apresuradamente cuando el lance, que ocurrió en cuestión de segundos, estaba claramente a favor de su patrón.

—Estoy bien —fue la pronta respuesta—. En peores me he visto —recalcó, mientras se palpaba la fina herida que había dejado la hoz en su cuello. Luego miró con dureza a su interlocutor —. En peores, pero con mejores aliados.

El cochero miró al suelo en actitud de total sumisión, esperando algún golpe, tal vez dos bofetadas, cualquier tipo de humillación física. Él no había experimentado todavía ninguna vejación de esa índole por parte de su patrón, pero sabía que los demás criados tenían unas cuantas señaladas en su cuerpo.

Pero no hubo tal.

—Vete a buscar a Hernando —ordenó don Higinio—. Él me llevará hoy. Tú deshazte de esta basura y luego lo limpias todo. No quiero ver ningún rastro de la sangre de este cerdo delante de mi puerta.

—Sí señor.

—Cuando vuelva revisaré tu trabajo.

Hazlo bien o de lo contrario hoy será el último día que veras la luz del sol.

8

Fuera por temor a los labriegos incontrolados o por simple aburrimiento, don Higinio, con el paso de los años, empezó a estar harto de andar tras sus deudores y decidió emplear aquellas hectáreas, que con tan poco esfuerzo había conseguido reunir, para cultivar por su cuenta patata, remolacha y cebollas —que era lo que mejor crecía por allí—, en vez de alquilarlas. La operación fue muy

sencilla en realidad: hizo que los campesinos que todavía tuvieran deudas con él y sus hijos en edad de trabajar firmaran un documento —en el que el Rey había estampado su sello—, por el que el militar retirado les perdonaba su débito a cambio de que trabajaran el resto de su vida sus terrenos, cobrando un sueldo de miseria. Nadie voluntariamente habría firmado aquel pacto, pero los hombres de confianza del militar retirado se dedicaron a conseguir la mano de obra de forma que nadie se pudiera escapar de la clara línea trazada por el plan de su jefe.

Los labriegos aceptaron su triste destino pues ya nadie dudaba que aquel

militar retirado, condecorado por Su Majestad el Rey Bartolomé III El Magnífico en cinco ocasiones y que había servido a Gurracam con honor y valentía, tenía el derecho casi divino de hacer lo que le viniera en gana en aquel pueblo olvidado de Dios, del Rey y casi de la Santa Inquisición gurracamesa.

3

DÍA DE MERCADO

1

Aquella mañana fue moderadamente calurosa, y la temperatura, en consecuencia, bastante agradable. Tal

vez por esta razón la gente fue más numerosa en el mercado ambulante de todos los miércoles. Desde que empezara el verano era la primera vez que los habitantes de La Alpurria del Campo se habían agolpado de aquella manera y en tal cantidad para comprar los variados productos que se vendían en los distintos puestos ubicados de forma caótica en cualquier lugar de la Plaza Mayor.

El desorden era absoluto y la algarabía indescriptible. Las personas, algunas repletas de dinero para gastar —aunque la mayoría iban con cuatro monedas contadas—, se amontonaban en los puestos de venta al por menor con el

fin de conseguir alimentos, bebidas, ropajes, herramientas e incluso dudosos cosméticos, perfumes y brebajes — supuestamente afrodisiacos—, transportados desde sabe Dios dónde. Proliferaban las tiendas de ultramarinos, que vendían todo tipo de productos comestibles, traídos de allende el mar por comerciantes ingleses, franceses y holandeses, con la interesante propiedad de poder ser conservados sin que se alteraran fácilmente. Las gentes del lugar, y algunas de las aldeas y pueblos aledaños, se restregaban unas contra las otras para conseguir alguna de estas mercancías, para hacerse sitio o simplemente para poder pasar a través

de los estrechos pasillos que dejaban los tenderetes, enfrentados tan cerca que si los productos tuvieran brazos y manos habrían podido tocarse... Y así, en la más absoluta falta de concierto, se mezclaban los olores, las voces y los sudores de todo el mundo con los propios del género en venta y sus vendedores.

Para Mario Tolón, que poco se imaginaba que al día siguiente iba a dedicarse a escalar las paredes de la mansión de los Lopezosa Quesada, era la ocasión ideal para poder robar sin demasiada dificultad ni peligro. Ésta era una actividad con la que disfrutaba grandemente. Además, en estos rastros

ocasionales sacaba sus mejores botines. Entre tanto gentío se movía a sus anchas y las bolsas con monedas eran presas fáciles para alguien que, como él, demostraba tener una habilidad para sustraerlas a todas luces sin igual.

—Son muchos años ya los que llevo haciendo lo mismo y, a riesgo de pecar de inmodestia, puedo decir que soy un genio en lo mío —aseguró, diciendo una gran verdad, una de las raras veces que estuvo borracho en su vida a un alfarero compañero de tragos de mal vino, que en ningún momento estuvo en condiciones para poder entender lo que decía el de al lado.

Mario Tolón sabía perfectamente a

quien tenía que robar. Así, se beneficiaba primordialmente de aquellas personas que andaban preocupadas de que no lo arrebataran cierto artículo, o de aquellas otras que se mostraban vigilantes para que nadie se le colara a la hora de hacer la compra. Todas ellas, de forma fatal, descuidaban su bolsa de alejandrinos. Por otro lado, era inevitable que la manera de actuar del ladrón fuera sospechosa, ya que no compraba nada ni tampoco miraba la mercancía; pero nadie parecía fijarse en él, debido, en gran parte, a que su maestría para escabullirse entre la gente era, cuanto menos, diabólica.

Hoy no se había dado mal el negocio

y cuando buscaba a un último incauto comprador de baratijas inútiles al que poder robar, se fijó en una carroza lujosa como la de un príncipe —tirada por dos limpios caballos blancos—, que llegó a la plaza y estacionó en una calle que iba a dar al mercado. Era imposible no reparar en ella pues destacaba respecto del resto del paisaje como resaltaría una araña, moviendo sus ocho peludas patas, encima de un ramo de margaritas recién cogidas. Aquello parecía traído de otro lugar distinto, casi de otro mundo, donde, al menos, el nivel económico era muy superior al demostrado por las gentes del mercadillo.

En la puerta del vehículo —que más tarde se enteraría que era de la propiedad de don Higinio Lopezosa Quesada— figuraba pintado el escudo de armas que su dueño inventó cuando era joven y ejercía de guardia alguacil. Aunque no tenía nada que ver con sus apellidos ni con la historia de su familia, él mismo decidió —sin consultar a nadie— que sería su emblema y el de toda su descendencia. En el escudo figuraban pintadas dos torres, un corazón y un árbol. No existía ninguna relación entre ellos. Seguramente don Higinio los copió de otros escudos que observó en las casas nobles o hidalgas de San Josafar; o los

calcó sin más de algún tratado de heráldica de la grande, polvorienta y olvidada colección de libros —formada por más de medio millar de volúmenes — de la familia de su amada Escolástica Eugenia.

Esa increíble biblioteca era tan grande como poco utilizada. Para cualquier persona de la época resultaba impresionante situarse justo delante de tanto libro, ya que era un espectáculo sumamente raro en Gurracam. Don Higinio no pudo escapar a este embrujo y, aunque jamás fue su intención leer un libro, robó medio centenar de volúmenes, que luego olvidó en San Josafar. Pero no fue éste el peor suceso

que le ocurrió a la biblioteca pues, a pesar de que era una de las únicas que en todo Gurracam tenía una familia particular, no fue conservada. Se vendió y desperdigó mientras los duques de Sotopontoso y Luciergapo residían en Francia, perdiéndose así para siempre.

2

De la formidable carroza bajaron dos mujeres jóvenes de excepcional belleza. Les costó bastante salir por la estrecha puerta del vehículo, debido a la gran envergadura de sus trajes. La que era de mayor edad lucía una larga cabellera

rubia, maravillosamente trenzada y peinada; y su lujoso traje, lleno de encajes, de empedrados de joyas y de perlas, de volantes y de bordados encañonados, dejaba suponer que ocultaba un cuerpo de pocas y proporcionales carnes, pero con pechos grandes, impropios de tal delgadez. No era descartable la posibilidad de que hubiera un relleno postizo a la altura del escote, pero a Mario Tolón no pareció seducirle esa especie de engaño y siguió pensando que todo era real. La más joven tenía, sin embargo, todo aquello que al ladrón le gustaba en una mujer. Todo en ella era estilizado sin que nada fuera mayor o menor, más llamativo o

más oculto, más liso o más curvo, más bello o más feo de lo deseado; o al menos esa impresión le daba al ladrón. Era la mujer que un hombre desea tener al lado durante toda su vida, aunque a Mario ese tipo de relación no sólo no le interesaba, sino que era contraria a su naturaleza infiel, libre y canalla. Como no podía ser de otro modo en el ladrón, el razonamiento que su mente esgrimió casi de forma automática fue previsible y necio: “He de poseer a esa mujer como sea”.

Las dos damas, que no eran otras que Irene y Laura Lopezosa Quesada, las hijas de don Higinio, pasaron por delante del ladrón y la más joven

pareció mirarle de forma insinuante; o al menos eso se imaginó Mario Tolón, que no pudo evitar reparar en el emballenado corpiño que se ajustaba a su cuerpo como una garra asfixiaste. Tanto era así que parecía que el ceñido podría tener el poder de romperle o desviarle alguna costilla; aunque ella parecía llevarlo como si fuera un camisón, sin ningún tipo de molestia aparente. Su cintura era tan delgada que Mario calculó a ojo de buen cubero que no habría de ser mucho mayor que su propio cuello. Además, la moza dejaba al descubierto un escote generoso, pero sin exageraciones, donde uno de los pechos lucía un llamativo lunar postizo

de terciopelo negro con forma de corazón.

—Un detalle delicioso. Quién pudiera quitarlo con la mano, o mejor con la boca —se atrevió a decir Mario Tolón, hablando en voz baja, sobrepasando así el colmo de la ordinariez y de la falta de decencia, sin sospechar que haciendo gala de su natural torpeza lo más probable sería que tras la operación, se atragantara sin remedio con el lunar falso.

Pensando en estas cosas andaba el ladrón cuando, de repente, una fea mujer cuarentona, delgada y baja, tal vez algo desnutrida y vestida con ropa muy vieja y remendada, se abrió paso entre la

gente como una loca, se puso delante de la mujer rubia que parecía de más edad, y de esta manera la impidió el paso diciendo:

—¡Putá! Fue usted la que ayer pervirtió a mi Feliciano en mi propia casa. ¡Que se entere todo el mundo! No piense que no la vi cuando escapaba. ¡Arpía!

—Señora, se confunde —replicó con toda calma la rubia mujer joven de pectoral abultado—. Hágase a un lado y deje de molestarme con sus necedades.

—¡Fue usted! —repitió la fea mujer con toda su furia—. Yo misma pude ver como salía por una de las ventanas de mi casa —gritó para que todo el que

estuviera cerca y tuviera ganas de cotillear se acercara para ver qué ocurría.

—Acaso ese vástago vuestro ha dicho mi nombre.

—Bien sabe todo el pueblo que mi pobre hijo es mudo.

—¿Tal vez lo escribió? —preguntó, sin poder evitar esbozar su típica sonrisa.

Era evidente que tampoco sabía escribir e Irene Lopezosa conocía este detalle. En cualquier caso, aunque el mudo hubiera tenido la mejor de las caligrafías, allí no había dinero para pagar algo tan inútil y descabellado como un trozo de pergamino; de manera

que la madre de Feliciano no respondió y siguió con su historia:

—Sólo usted lo puede haber enseñado las cosas que esta mañana he visto que hacía a escondidas. ¡Él, por sí sólo, jamás habría sido capaz de...!

—¿A qué cosas se refiere, buena mujer? —preguntó riéndose.

La cuarentona empezaba a enfurecerse de verdad. La hija mayor de don Higinio rió quedamente al ver que la mujer fea y enfurecida no parecía querer describir aquello que su hijo tan bien había aprendido. Por fin dijo:

—¡Usted sabe bien a qué cosas me refiero!

La joven volvió a reír de forma

rastrera y ordenó:

—Apártese. Me aburre. Tengo cosas que hacer.

Pero la cuarentona continuó con sus argumentos, gritando más fuerte para que nadie perdiera el interés y se pusieran de su parte.

—¡Qué vergüenza! Aprovecharse de mi pobre hijo, que es un poco retrasado, y ni puede defenderse ni sabe lo que hace. —Hizo una pausa en espera de que el corrillo de gente creciera—. ¡Esta mujer no tiene perdón! ¡Es una puta y un demonio! ¡Es la peste de este pueblo! ¡Tendríamos que quemarla como a una bruja!

—¡Hay que echarla de la comarca a

pedradas! —añadió alguien entre el gentío, no se sabe si por enzarzar aún más a las dos mujeres, por odio a Irene Lopezosa o por desprecio a su padre, pues casi nadie allí desconocía que aquella era la hija primogénita de don Higinio.

—¡Irene, no tienes bastante con los sanos, ahora te empleas hasta con los anormales! —gritó otro para sembrar más discordia, pero Irene reconoció en aquella voz la de alguno de los amantes a los que ya no hacía caso.

—¿Anormal? ¡Tú sí que eres un auténtico retrasado en la cama, Cosme de Flores! —gritó Irene, poniendo en evidencia al antiguo amante.

La gente empezó a reírse del pobre Cosme. Laura se mantenía a cierta distancia de su hermana con la cara roja de vergüenza. Mario Tolón no la quitaba ojo, pero tampoco descuidaba a Irene, la cual volvió a hablar a la mujer que no paraba de insultarla.

—Todos sabemos que Feliciano El tontito es un completo idiota, que no tuvo nunca nada dentro de su cabezota. En ese sentido nadie puede negar que es hijo vuestro —rió, mientras distanciaba a la mujer con el brazo.

—Irene Lopezosa Quesada. ¡Pagará por esto! ¡Os juro que moveré cielo y tierra si es necesario para haceros desgraciada! —sentenció la madre de

Feliciano en un tono que pretendía ser sincero.

—Señora, parece mentira que una dama como yo os lo tenga que explicar, pero en fin, sea: ese bastardo vuestro es un retrasado, y los retrasados suelen jugar con sus... con sus miserias —manifestó Irene, que ni siquiera rió su última gracia pues parecía querer zanzar el asunto—. Es la única forma que tienen de divertirse. ¡Entiende! Además, les gusta como a todos los hombres. Sean tontos o no. Pero como vuestro hijo lo es y en gran medida —señaló, recalcando grandemente sus últimas palabras—, no sabe contenerse...

—¡Es usted una miserable! —gritó la

mujer, casi desgañitándose, pero Irene siguió su discurso:

—¿Quién se puede creer esta historia? Yo jamás me acercaría a un anormal, ni siquiera por caridad. —Rió de forma rastrera—. Esta mujer se inventa cosas. Mucho me temo que necesita usted más cuidados que vuestro propio hijo, que parece demostrar, por lo que veo, más cordura que su madre. —Y culminó—: ¡Déjeme ya en paz, señora! ¡Molestar a las piedras si eso os place, que lo aguantan todo!

La horrenda mujer no pudo contenerse más y empezó a tirar de la larga cabellera rubia de la joven Irene, mientras lanzaba patadas sin control,

que no siempre daban en su objetivo.

El corrillo de gente se amplió en espera de una buena pelea. Laura se aproximó a las dos mujeres para intentar separarlas, pero no pudo, pues era empujada y zarandeada por el gentío, mostrando una enorme fragilidad que a Mario Tolón le pareció encantadora.

A pesar de que su falda redonda, acabada en una gran cola, no la dejaba mucha libertad de movimientos, Irene Lopezosa lanzó un zarpazo que provocó un buen arañazo en la cara de su adversaria. La mujer cuarentona se separó un momento de su enemiga, soltándole el cabello. Su atacante se había llevado entre las uñas algo de la

carne de su mejilla. La gente aplaudió al ver que se animaba la disputa y empezaba a aflorar la sangre. De inmediato se escuchó algún murmullo de apuestas.

—¡A por ella Fernanda! —gritó alguien que debió de apostar a favor de la cuarentona.

La madre de Feliciano no escuchaba a la chusma. Se tocó la cara y palpó su sangre —que resbalaba hasta ensuciar la pechera de su vestido—. Miró con furia la expresión de satisfacción y superioridad que su contrincante mostraba. Esto hizo que su cólera fuera máxima y sus pensamientos se orientaran a un solo objetivo: la muerte de Irene

Lopezosa; pero entonces apareció Mario Tolón, como un héroe idiota al que nadie ha llamado. De un certero puntapié en el estómago, aprovechando su propia investidura, tiró al suelo a la fea cuarentona. La mujer se retorció chillando, tendida encima del empedrado. Vio una piedra. La cogió y la lanzó contra el hombre con rapidez. Aunque quiso dar en la cabeza dio más abajo: donde el cuerpo casi ya son piernas. La muchedumbre vitoreó el buen acierto de la mujer y la joven que era defendida sonrió maliciosa y disimulada, tapándose con la mano sus labios muy finamente. Mario Tolón se estremeció de dolor y la mujer

aprovechó para levantarse. Iba a propinar una patada en igual lugar para dejar definitivamente fuera de combate a aquel entrometido, pero éste fue más rápido y de un descomunal puñetazo tiró otra vez a la mujer al suelo, dejando su nariz sangrante y quizás partida. La madre de Feliciano, más horrible que nunca, con la cara llena de sangre y la nariz un tanto desfigurada, se levantó otra vez del suelo llevándose las manos al rostro. Estudió sus posibilidades dado el cariz que había tomado la contienda y viendo que no podía ganar, decidió irse.

—Ya te volveré a pillar, Irene Lopezosa Quesada; y a ti, cabrón.

¡Algún día cuando menos lo esperéis!
¡Habréis de pagar caro! —rugió llena de ira, mientras se marchaba corriendo y salpicando sangre.

—¡Me produce usted un miedo horroroso! —repuso Irene, para quedar encima, mientras reía sonoramente—. No sé si podré dormir el resto de mi vida.

La multitud quedó decepcionada. La pelea había acabada muy pronto, de modo que la gente se disipó murmurando, mientras lanzaban miradas de desaprobación hacia el ladrón. Había ganado Mario Tolón, así que no quedaban muy claros los resultados de las posibles apuestas pactadas durante

la refriega. En consecuencia, un corrillo de hombres de baja estofa se alejaron discutiendo acaloradamente, mientras apoyaban la mano en el pomo de sus respectivas espadas ya que todo indicaba que más tarde o más temprano cada cual tendría que defender su postura con otras razones.

Al poco tiempo el mercadillo volvió a tomar su aspecto original de revoltijo de gentes que van de un sitio a otro. Cuando hubo el suficiente espacio apareció el hombre, bajito y moreno, que conducía la carroza en la que habían llegado las dos mujeres.

—Ya no hace falta que venga González —gritó Irene muy autoritaria

antes de que el hombre dijera nada—. Ya es tarde, ¿no le parece?

—Lo siento mucho doña Irene —dijo el hombre con los ojos puestos en las botas de su ridículo y anticuado uniforme.

—Mi padre será informado de su actitud. —Irene pensó que no sería tampoco mala idea hablarle de cierta mujer, madre de un anormal—. Ahora vuelva a pegar su sucio culo al pescante que tanto le gusta —ordenó de una manera tan impropia que no parecía poder salir de los labios de una dama vestida tan fina y ricamente.

—Pero doña Irene, yo intenté pasar pero la gente no me dejaba...

—No quiero escuchar un comentario más. ¡Fuera de mi vista!

—Si señora —respondió González, entendiendo que su futuro iba a ser muy negro.

3

—Muchas Gracias, caballero —le dijo Irene cuando González se alejó unos pasos —Fue usted muy gentil y valeroso al acudir en mi ayuda y salvarme de esa mujer loca. Sin usted no sé qué habría pasado... —comentó, aunque no era la primera mujer con la que había reñido, luchado y ganado de

manera contundente.

—No fue nada —admitió el ladrón y luego se presentó—: Don Mario Tolón Raboso del Vozmediano, para servir las bellas damas.

Acto seguido saludó quitándose el sombrero y dejando ver su ridículo mechón blanco situado en la parte izquierda de su cabello negro. En realidad el mechón se mostraba de color gris debido a la poca higiene de su pelo.

Las dos mujeres esbozaron una dulce sonrisa, y dijeron sus nombres. Mario Tolón les besó la mano como en una recepción real. La que decía llamarse Laura miraba al hombre como a un bicho raro, pero curioso. Era la primera

persona desconocida que la besaba en la mano. Un pequeño e inoportuno rubor subió a sus dos mejillas.

—Bueno Laura, te dejo en compañía de este caballero mientras compro las telas en aquel puesto —dijo Irene, atusándose el cabello y recomponiendo en la medida de lo posible su vestido, que tenía algunas manchas de salpicaduras de sangre.

—Pero yo quiero escoger alguna de las telas... —protestó Laura.

—No te preocupes y deja a tu hermana elegir. Atiende a este apuesto caballero.

La mujer rubia se fue a un tenderete a veinte pasos de allí, sin decir nada más.

Antes de llegar colocó su imponente pechera con ambas manos, empleando de nuevo unas maneras no imaginables a primera vista. La más joven la siguió con la mirada, lamentando que la hubiera dejado con aquel desconocido.

—¡Es usted muy valeroso! —dijo por fin la muchacha, siendo esta tontería lo primero que le pareció mejor para lograr romper el incómodo silencio.

—Y vos muy bella.

—Me aduláis.

Laura tenía ahora un bien visible azoramiento en su cara.

—Me limito a describir la realidad.

Mario Tolón estaba tan cerca de Laura que podía oler su perfume de

muchos alejandrinos de plata. Parecía estar delante de un manojo fresco de rosas. Se asomó al escote con cierto descaro, preguntándose si ese aroma podía venir de tan deseado lugar. El hombre se imaginó divertido cómo sería aquello que no dejaba ver la escotadura.

La joven dio un paso atrás.

—¡Va a conseguir que me sonroje! — exclamó, aunque sentía desde hace rato el calor de sus mejillas.

—Sonrójese pues. Así será doblemente bella. —dijo a la vez que seguía escrutándola con la mirada.

—Por favor, ¡no continúe...! — protestó Laura ejecutando un gracioso ademán con la mano.

—No puedo hacerlo. Deje de mirarme de esa manera. No me trate como a un desconocido. —Mario Tolón cambió su forma de hablar por la que emplearía con alguien que conoce de toda la vida. Con enorme desfachatez dijo—: ¡Eres tan hermosa!

—Caballero, ¡pare ya de una vez! —ordenó Laura, que estaba roja como un tomate, ahora más por irritación que por timidez o vergüenza.

—No me obligues a parar. Pídeme cualquier cosa menos que deje de admirar tu hermosura. Me has dejado hechizado desde que te he visto por primera vez, hace un momento.

—Usted... usted también es muy

guapo —dijo Laura, por decir algo que correspondiera a las palabras del charlatán, aunque evidentemente no se creía nada de lo que acababa de pronunciar. Ni siquiera se había planteado el descubrir alguna belleza en aquel individuo, que no debía de tener muchas.

—Gracias, señora. ¡Mil gracias! Pero jamás yo podría igualar una hermosura tan generosa como la tuya...

—Ya no sé qué decirle para que se calle —confesó la niña.

—Decir. ¿Que podrías decir? Dime, por ejemplo, que me amas —manifestó Mario Tolón con algo de frescura.

—Pero ¡cómo se atreve! ¡Modere sus

palabras!

—Acaso no me amas.

—¡Pues no! ¡Claro que no!

Laura Lopezosa, después de la rápida respuesta, miró a su interlocutor con extrañeza e indignación.

—No lo puedes decir de verdad. — Agitó la cabeza—. Todavía es pronto para que te des cuenta de tus verdaderos sentimientos hacia mí. Déjame al menos la esperanza de que llegarás a amarme algún día no muy lejano... —Hizo una pausa—. Quizá mañana...

—No... No sé si lo amaré —fue la insegura respuesta—. ¡Acabamos de conocernos! ¡Deje ya de ir por ese camino o me obligará a que marche

junto a mi hermana!

—No, por favor, no me dejes huérfano de tu preciosidad —suplicó Mario, que para las cursilerías, las gansadas y las simplezas parecía estar especialmente dotado.

—¡Pues pare ya de una vez! —repitió.

Pero Mario Tolón siguió con sus comentarios de baja estofa; y así discurrió una estúpida conversación hasta que se vio, al fin, interrumpida:

—Ya he hecho la compra. ¡Vámonos Laura! —ordenó la hermana mayor, cosa que agradeció grandemente la más joven, pues ya estaba harta de escuchar tantas memeces de la boca de aquel

extraño hombre.

El ladrón se despidió de las dos damas besando sus manos de forma aún más chapucera que la vez anterior. La más joven, Laura, devolvió una sonrisa y una no muy bien calculada mirada de complicidad, más por costumbre, buena educación y por la índole de la anterior conversación, que por ganas de hacerlo.

La carroza inició su camino en cuanto Irene dio la orden al cabizbajo González. Las dos hermanas rieron como niñas —la más joven de puro nerviosismo— cuando cerraron la puerta de su vehículo, y la mayor imitó burlescamente y con acierto algunos de los gestos, posturas y comentarios de su

nuevo conocido.

—¿Por qué me dejaste con aquel hombre? —quiso saber Laura.

—Creí que te gustaba —se burló su hermana.

—Pues no sé porque lo creíste —la reprochó indignada—. No lo vuelvas a hacer.

—Está bien, está bien. Pero reconocerás que era un buen mozo...

—¡Cómo!

—Sí, Laura, sí. Puede que no sea guapo, pero tiene algo distinto. —Irene calló unos segundos mientras hacía una reflexión muy íntima—. No sé, pero no se parece demasiado a los hombres que conocemos en La Alpurrría.

—Sin duda. Se diferencia en la insolencia y la suciedad...

—No, no es eso. No sabría explicar el qué... Lo que sí está claro es que fuera de este maldito pueblo hay mucho por descubrir —dijo Irene pensando en voz alta sobre la idea de que ya llevaban demasiados años en aquel lugar del que no habían salido nunca.

Laura se mantenía refunfuñada mirando sin mirar nada por la ventana del vehículo.

—Anda, no seas niña y dime de qué habéis hablado —pidió Irene—. Parecíaís enzarzados en una interesante conversación.

Laura Lopezosa confesó las

increíbles tonterías que el supuesto caballero había dicho. Irene, muy calmada y segura, aseguró a su hermana que peores pamplinas había ella escuchado y que ello no la impidió hacer su santa voluntad con los hombres que las habían pronunciado.

—Quien es capaz de tales atrevimientos nada más conocer a una dama, es luego el más tonto y manejable de los hombres —la confió cuando llegaban a la calle de los Cien fuegos—. Sin embargo, aquel que oculta sus pensamientos es el más impredecible y peligroso.

Mientras se alejaba el carruaje Mario Tolón no podía pensar en otra cosa:

aquella sonrisa deliciosa que Laura había desplegado en sus labios por simple y pura educación. Se le había quedado clavada en el alma. Aunque era una mueca graciosa de lo más normal y ensayada, a él —que no pasaba de ser un galán torpón— le pareció la demostración precisa de que la belleza existe. Y la mirada. ¡Qué mirada! Se quedó tras aquella visión demolido por dentro, abstraído del mundo. Si se hubiera muerto en ese momento lo habría hecho con la seguridad de que ya no le faltaba nada mejor, ni nada más bonito, que ver en la Tierra.

Con las mujeres bellas, y Laura Lopezosa lo era en gran medida, Mario

Tolón se comportaba como un exagerado incorregible.

4

Cuando el carro principesco torció por una calle a la derecha y se perdió de vista, Mario Tolón pareció volver en sí. Todavía con la mente puesta en aquella sonrisa de Laura, se acercó a un esquelético y mugriento hombre. Estaba encorvado, mal vestido y mal afeitado. Parecía haber visto todo desde una esquina, donde pedía limosna con cierto dominio de su oficio. El paso de Mario Tolón era indeciso, pues todavía sentía

el dolor de la pedrada de la madre de Feliciano, que a duras penas había disimulado durante la insulsa conversación con la angelical y delicada dama que lo tenía medio hipnotizado.

—¿Las conoce? —preguntó nada más llegar a la esquina.

—¿De qué me habla, caballero? Yo no sé nada. Por caridad, un alejandrino de bronce —imploró el mendigo, controlando los músculos de su cara para que simularan mayor pena y desamparo.

—No juegue conmigo. He visto que no quitaba ojo desde que apareció la loca. Quiero saber si conoce a las dos damas con las que he hablado hace un

momento y que defendí de aquella mujer —repitió en un tono más severo.

El hombre dejó de disimular, puso una expresión en su cara menos forzada, y contestó:

—Claro que las conozco. ¿Quién no?

—¿Quiénes son?

—Irene y Laura Lopezosa Quesada, las hijas de don Higinio. —Hizo una pausa—. ¿Es usted forastero, verdad?

—Sí. ¿Quién es la de pelo más oscuro? —quiso saber Mario, que no parecía recordar a quién pertenecía cada uno de esos nombres, a pesar de que los había oído de la propia voz de cada una de las hermanas.

—¿Se refiere a la más joven?

—Sí. Ha de ser la más joven.

—Esa es Laurita.

Era cierto. Ahora lo recordaba: Laura era el nombre de la personificación terrena de la belleza absoluta, siempre según la percepción del ladrón. Ya no se le iba a olvidar jamás en su vida aquel nombre.

—¿Sabe dónde viven?

—Claro. ¿Quién no?

—Ya ha repetido lo mismo un par de veces —le reprochó resignado—. Le estoy preguntando en dónde viven.

—Lo veo muy interesado en estas dos mujeres. Tal vez ellas no quieran que usted sepa todas estas cosas.

Mario Tolón miró de arriba abajo al

pordiosero. No le fue fácil, pero pudo intuir el alcance de las últimas palabras que había escuchado y, actuando en consecuencia, dijo:

—Está bien. Ya sé lo que pretende. Le doy un alejandrino de plata por la información.

—Que sean mejor tres, noble señor.

—Dos es lo justo.

—Añada un alejandrino más a esa cantidad y sí habrá pagado un precio justo.

—Míreme bien. ¡Tengo cara de necio!

—El mendigo no dijo ni que sí ni que no —. Por lo que veo, cualquier rata de este condenado pueblo conoce a estas señoras. ¿Me equivoco?

El mendigo se limitó a encogerse de hombros.

—Si no es usted será otro el que me informe. ¡Ha sido un insolente! Ahora ya no le voy a entregar dos monedas de plata. Ni una tampoco. Habrá de conformarse con diez alejandrinos de bronce.

El mendigo no parecía estar muy de acuerdo, pero no dijo nada. Mario Tolón empezó a buscar entre lo robado. Tenía escondido en diferentes partes de su cuerpo la totalidad de la cosecha de sus robos. Exactamente dieciocho alejandrinos de plata y cincuenta y seis de bronce. Al fin, tras rebuscar por varios resquicios de sus ropajes, sacó

los diez alejandrinos de bronce.

—Tome, y más vale que me indique bien el camino o juro que volveré a por usted para matarle.

El hombre contó las monedas despacio y torpemente, y aceptó el trato moviendo la cabeza en forma de aprobación. Hacía muchos meses que no tenía sobre su mano tantas monedas juntas.

—¡Hable de una vez! —gritó impaciente el ladrón.

El hombre, que parecía un mendigo con pocos años de profesión a sus espaldas, aunque muy bien aprovechados, guardó con lentitud las monedas entre sus harapos y tras

suspirar sonoramente se dispuso a dar la información:

—Siga por esa calle hasta llegar a la posada del Reposo Eterno del Jabalí Feliz. Tuerza a la derecha y siga recto un buen trecho, casi hasta que se acabe el pueblo. Allí verá una gran casa toda cubierta de hiedra. Esa es. La reconocerá porque por la parte trasera hay una plaza, y en el medio una fuente con un pilón enorme.

—Muy bien —dijo satisfecho Mario y con un gesto de la cara se despidió.

—Me permite un consejo —interrumpió el hombre antes de que Mario se apartara de él.

—Y ¿cuánto me va a costar?

—Éste se lo doy gratis. Se ha comportado usted como un miserable conmigo, pero a pesar de ello, ningún hombre merece ignorar lo que os quiero decir; ni siquiera vos. No es de aquí y desconoce a las gentes de este pueblo. Lo hago porque, de otro modo, me remordería la conciencia después.

—Hable entonces.

—No se acerque a esa familia.

—¿A qué familia?

—A los Lopezosa Quesada. Es mala gente. De lo peor que ha parido este asqueroso mundo. Se dedican a explotar personas trabajadoras y honradas — replicó el mendigo mirándole a los ojos como si lo retara—. El cabrón de don

Higinio, el padre de las dos mujeres que habéis conocido hoy, consiguió arruinarme a mí y a toda mi familia. Nuestro único pecado fue el despellejarnos al sol mientras nos partíamos la espalda sembrando sus asquerosas tierras, que luego no dieron su fruto por culpa de la sequía de hace tres años. ¡La sequía!, ¿Se acuerda?

—Sí, sí —musitó Mario, aunque en realidad él no estaba al tanto de esas cosas.

—Se quedó con todo el poco beneficio que sacamos aquel año y como no le debió de parecer bastante, al hijo de puta, me robó las cuatro cosas que tenía... Sólo nos dejó la ropa que

llevábamos puesta y unos cuantos golpes repartidos por todo cuerpo.

El hombre escupió al suelo algo de color verde oscuro. Luego se restregó la boca con la sucia manga raída de su camisa.

—En cuanto a Irene, es una puta como todo este pueblo de grande —señaló—, y no me extrañaría nada que la historia que contaba la mujer a la que habéis golpeado fuera tan verdad como que ahora es de día y luce el sol.

—Como hombre de honor debería castigaros aquí mismo por decir semejantes cosas de tan delicada dama —advirtió el ladrón, llevándose la mano a la empuñadura de su ridícula espada.

—Usted no es un hombre de honor. —
Negó convencido—. Acaso regatear un
miserable alejandrino a un pobre
demuestra algo de honor. Usted, más
bien, es un insensato que no sabe en
dónde se mete...

Mario Tolón se vio en parte
descubierto y dijo:

—Como comprenderá, no puedo
creer las palabras de un pordiosero...

—Entonces id con Dios, y que no os
pase nada.

Pero Mario quiso saber algo más:

—Y de Laura... También tiene una
opinión.

—Es la única que se salva, pero
quién sabe si con el tiempo se convertirá

en lo mismo que toda su familia: En un maldito diablo.

—No quiero escuchar más sandeces.

—Muy bien. Ya está avisado. Mi conciencia queda tranquila. Ahora haga lo que quiera —fue la seca despedida.

Al momento el pobre desapareció entre la gente como si nunca hubiera estado en aquel lugar. Mientras, Mario Tolón quedó pensativo.

—¡Bah... ! —exclamó al rato, desechando de esta manera el mejor consejo que recibiría en toda su vida.

4

EN MANOS DE LA HERMANA

1

Irene Lopezosa Quesada, que en un principio estaba peinando su rubio y

cuidado pelo —largo hasta más allá de la cintura—, había dejado de hacerlo para escuchar a los vecinos de habitación, pues resultaba evidente que eran más de los habituales. Estuvo un buen rato quieta con la oreja pegada a la pared —divirtiéndose a la vez que comía uvas de un racimo que algún criado había traído unas horas antes —, pero cuando Mario Tolón se desplomó en el agua, no supo identificar el ruido provocado y salió con curiosidad a ver con sus propios ojos qué ocurría en el compartimiento de su hermana.

Primero cogió la copia de la llave que Laura, tal vez de forma ingenua, había confiado a su cargo hacía algunos

años. Fue de puntillas hasta la puerta y la abrió despacio y sin ruido. Se encontró con una situación harto graciosa a su entender: Laura la miraba asustada en un rincón, tapándose sus redondos pechos de Venus recién nacida con el brazo y la mano izquierda y el vello púbico con su mano derecha; y al otro lado se situaba el hombre que conociera ayer, empapado y desnudo, metido en un barreño y paralizado por la sorpresa de ver que lo habían descubierto.

Laura pedía ayuda de forma silenciosa, sin decir nada; sólo bastaba verla. Pero su hermana no reparó en ello fijando su atención en la cara de Mario

Tolón, que resultaba ser de una comicidad gigantesca. Irene contuvo la risa y pasó al aposento. Hizo girar la llave en la cerradura y, además, atrancó la puerta con una madera en forma de cuña que tenía allí Laura para este fin. Revisó otra vez la escena que tenía ante sus ojos y rió un poco, dejando una sonrisa en el semblante que permaneció intacta el resto de la velada. Cogió la toalla que estaba abandonada en el suelo y la extendió sobre el agua derramada, para que se empapara de ésta y no calara al piso de abajo. Luego, ante el asombro de las otras dos personas, que continuaban mudas, se acercó tranquilamente a la ventana y la cerró,

evitando así que dejara de entrar la bocanada constante de calor del exterior.

—Bueno, bueno... —susurró pensativa.

Mario Tolón seguía quieto sin reaccionar, absorto y avergonzado por el insolente examen visual de su anatomía —muy despacio y de arriba abajo— que Irene Lopezosa, con absoluta cara de malicia, había realizado. Con ese gesto quería dar a entender que el control de la situación era suyo; que sabía muy bien lo que iba a hacer.

—Caballero —saludó, haciendo una jocosa reverencia, levantando un poco su falda hecha de tela de finísima

muselina, adornada de cintas y pompones multicolores; y flexionando sus piernas a la vez que su cabeza se inclinaba hacia delante. Fue una postura más cómica que creíble.

El ladrón también movió su cabeza hacia delante sin saber muy bien porqué, tal vez por inercia, y entonces se tapó presto sus partes con las manos, como si todavía no le hubiera dado tiempo a Irene a verlas en la minúscula totalidad en que se mostraba en ese momento.

—Usted, que tan amablemente ha llegado hasta aquí, me va a servir para dar unas lecciones prácticas a mi hermana —dijo Irene, cuya desequilibrada mente trabajaba con

escalofriante rapidez—. Son cosas que hacía tiempo que quería inculcarla, pero por desgracia no he contado con ningún voluntario que se prestara a tan caritativa y benefactora enseñanza —añadió sin dejar de sonreír—. La pobre sólo tiene quince años y necesita soltura y aprendizaje en según qué cosas. ¿Me entiende vuestra merced? —Preguntó, mofándose aún más—. Créame cuando le digo que me he esforzado tremendamente para que Laura no acabara ignorante de todo lo que hay que saber sobre estas lides, pero en esto, convendréis conmigo, la práctica es parte esencial y necesaria...

—Quince años —musitó Mario,

como si a él le pareciera que la hija menor de don Higinio hubiera de tener un mínimo de cinco más; pero entonces sintió como algo le golpeaba en la cara. Tras el impacto pudo comprobar que se trataba de una toalla blanca que Irene había enrollado. Antes la había cogido de uno de los armarios mientras explicaba, con aquella facilidad de palabra tan suya, algunos pormenores de la educación de su hermana.

—Salga de ahí y séquese, buen señor —ordenó.

Laura, mientras tanto, se mantenía callada, quieta y sin saber qué hacer. No entendía de qué estaba hablando su hermana ni tampoco cuales iban a ser

sus intenciones; pero confiaba en ella, y ahora que estaba allí se encontraba mucho más tranquila. A pesar de todo no pudo evitar poner una enorme cara de sorpresa cuando Irene se quitó el blusón blanco y amarillo de andar por casa. La prenda era con mucho más lujosa y cara que la de cualquiera de las que se podían ver por las calles del pueblo, pero parecía más de hombre que de mujer y no mostraba ningún adorno, por lo que Irene Lopezosa nunca la utilizaba fuera de la protección de las paredes de la mansión de la calle de los Cien Fuegos. Una vez tiró el blusón al suelo, dejó al descubierto dos enormes, hermosos y erguidos pechos que

parecían imposibles en una mujer con la cintura tan delgada.

—¡He de repetíroslo! —exclamó Irene mientras se desprendía de su falda sin ningún tipo de timidez.

Mario Tolón admitió que, a pesar de la situación, la orden de salir del barreño y secarse era bastante razonable; de modo que se puso a ello, pero le resultaba complicado apartar la vista de aquella mujer que se despojaba de las ropas con rapidez felina. El ladrón pudo apreciar que sus piernas eran largas y finas, como su cuello, pero acababan en un trasero tal vez un poco sobrado de carnes. El abdomen y los hombros, curiosamente, los tenía

musculados y definidos como los de una persona acostumbrada al trabajo duro. El triángulo de pelo rizado que daba paso a sus muslos, duros y redondos, estaba afeitado de forma que representaba un corazón. Un corazón que terminaba en lo único que ocultaba en ese momento. Todas las partes de su cuerpo encajaban como si cada una perteneciera a una persona distinta, pero el resultado de esta curiosa mezcla era increíblemente atractivo.

El ladrón, una vez seco, se acondicionó la toalla a modo de falda. Se dijo que tenía que ser fuerte y dirigir la mirada hacia otro lado donde no estuvieran ese par de pechos que a

cualquier movimiento de su dueña se cimbreaban sensualmente sin dejar de apuntar al techo. Y al final reunió las fuerzas suficientes y tras comprobar que la toalla no podía caerse de la cintura, caminó hasta donde había tirado su ropa. Estaba dispuesto a marcharse ya que la situación se le escapaba claramente de las manos: Aunque tenía delante de sus ojos un par de bellísimas mujeres totalmente desnudas, capaces de volver loco a cualquier hombre, no se sentía capaz de dominarlas. En especial a una de ellas. El hechizo de amor que Laura parecía haberle mandado, ahora se desvanecía ante el inesperado cambio de papeles. La mujer con las tetas

enormes pretendía, sin lugar a dudas, querer mandar sobre él y eso era algo que no aguantaba de ninguna persona del género femenino.

—No, no, no —negó Irene moviendo la cabeza de un lado a otro—. No será tan descortés, después de que ha llegado hasta aquí, después de tantas molestias por su parte... —Puso una estudiada cara de estar ofendida—. Ahora no se negará a enseñar al que no sabe con su inestimable ejemplo, noble señor.

—Escuche señora: Ha convertido usted algo que habría de ser bello y limpio en un completo disparate —lamentó Mario Tolón sin que Laura compartiera su opinión—. Nada ha

pasado, con lo cual me marchó. No me gusta vuestro juego; de hecho, no lo entiendo.

—Le recuerdo que está en esta casa sin el consentimiento del dueño. Acaso es honrado vuestro juego...

—Si piensa de esa manera debe de denunciarme a la justicia —respondió velozmente Mario.

No era la primera vez que recibía una amenaza parecida. En general nadie las cumplía, pues sabían que sólo los guardias alguaciles de las grandes ciudades del Reino eran eficaces. En los pueblos raramente se movía un dedo por resolver los problemas de sus habitantes.

—No es mala idea. Podría denunciarlo—reconoció Irene—. Sabe que mi padre fue guardia alguacil de la ciudad de San Josafar. Tiene muchas influencias...

—Puede ir y contar lo que le plazca —dijo el ladrón, pensando que la mujer mentía—. No dudo que le gustará inventar lo que aquí no ha pasado. No será la primera vez ni la última que me busca la justicia. Pero le advierto que para cuando quieran tomar cartas en el asunto yo ya estaré lejos, ¡muy lejos! —comentó contrariado, dando la espalda a las dos mujeres, e intentando ponerse los calzones sin quitarse la toalla de la cintura.

Entonces notó algo punzante en su espalda. Algo que le pinchaba justo hasta el límite en el que casi empieza a desgarrarse la piel. Al volverse vio a Irene sin intentar ocultar nada de su curvado cuerpo. La mujer empuñaba la ridícula espada del ladrón.

—Me ha convencido caballero: no le voy a denunciar. —Rió divertida—. Parece usted un buen hombre y ese juego mío que tanto le asusta, pronto verá que es de lo más inocente y agradable...

Irene Lopezosa realizó un movimiento con el arma, propio del mejor espadachín, que despojó a Mario Tolón de la toalla en el acto. La espada se dobló visiblemente con el simple peso

de la toalla, pero aguanto dignamente con su trabajo. El calzón que Mario tenía subido hasta las rodillas cayó al suelo y sintió un escalofrío terrible por todo el cuerpo. Un poco más y la hoja hubiera dado allí donde más duele. Cortar, no hubiera cortado nada, pues la espada hacía años que no tenía filo, pero sí que se habría llevado un golpe terriblemente doloroso. Tal vez castrante.

—Le di la toalla para que se secara. En ningún momento dije que se cubriera con ella —explicó irónicamente Irene mientras cedía la espada a su hermana—. Como ve, aquí nadie oculta nada. Es más, así tiene que ser —aclaró a Mario

Tolón, como si no fuera evidente, y luego se dirigió a Laura—: Al menor movimiento sospechoso, en cuanto haga algo distinto de lo que yo ordene, no dudes en utilizarla. Después de todo, él es el intruso y una vez herido siempre podemos alegar que pretendía violarnos. Nosotras, pobres damas indefensas e inocentes, sólo nos defendimos como pudimos. —Rió otra vez, saboreando una situación que de ocurrir le daría gran placer—. Puede estar seguro que no saldría vivo de esta casa. Cuando mañana en el pueblo se supiera de vuestro cadáver nadie haría preguntas y pobre de aquel que se atreviera a sospechar falsas vuestras intenciones

malignas. Espero que lo tenga ya claro, Mario Tolón Raboso del Vozmediano — señaló, mientras hacía ver que se acordaba perfectamente del nombre del ladrón—, porque aquí, en este pueblo, todos se creerán la historia que yo cuente. No porque sea cierta, sino porque no les queda más remedio... Y, además, usted no podrá hacer nada desde el infierno para defenderse.

Irene Lopezosa soltó una carcajada, mientras se sentaba en la cama cruzando las piernas de manera fuertemente atractiva.

—Comprobemos si es usted obediente. Haga el favor de darse la vuelta.

Mario acató la orden de Irene, aunque le fastidiaba el hacerlo.

—Mira Laura, ¡qué nalgas tan hermosas!

La hija menor de don Higinio observó aquel trasero y no vio por ningún lado la hermosura.

—Adelante hermana. Probad su consistencia. ¡Dad una buena palmada a ese culo!

La hermana obedeció y Mario Tolón, al segundo cachete, no podía ocultar su humillación.

—Basta ya Laura, no ves que estás incomodando a nuestro amigo.

Otra carcajada.

—Muy bien. Ahora, caballero, venga hacia el lecho —ordenó con inmensa bellaquería, mientras se recostaba moviéndose de forma más que sensual.

El ladrón estaba asustado e hizo caso del mandato, pero al dar el primer paso tropezó con el calzón que tenía entre sus pies y se desplomó, dando contra una gruesa mesa. Ésta se volcó, dejando caer un par de grandes jarrones —decorados con distintos motivos florales—, que se hicieron mil añicos contra el suelo. Él paró el golpe con las manos y las rodillas, y entre unas cosas y otras el entarimado de madera, que hacía las veces de suelo, retumbo de forma más que notable.

Irene Lopezosa, tras el estrépito, dejó de inmediato de moverse como una tentación prohibida, se levantó de la cama, saltó hacia su falda y buscó algo en ella.

—¡Torpe! —protestó Laura, que ya estaba metida en situación. Había olvidado cualquier ápice de miedo que pudiera haber tenido y llevaba tanto tiempo desnuda que ya no mostraba ningún pudor. Blandía la espada como si fuera una horrible prolongación mecánica de su delicado brazo y sabía a ciencia cierta que con Irene controlando esos momentos, a priori beneficiosos para ellas, no tenía nada que temer. Por fin iba a descubrir todo aquello de lo

que tenía inundada su inocente cabecita, por culpa de las asquerosas conversaciones con su hermana mayor.

Irene Lopezosa encontró rápidamente el estilete que buscaba. No era muy grande, pero lo suficiente como para quitar la vida a una persona. Lo sacó de su funda de cuero labrado y fue hasta donde estaba Mario. Como se encontraba boca abajo dirigió la punta del arma al codo, poniéndose encima de él a horcajadas. Al estar con una pierna a cada lado de la espalda del hombre parecía como si montara en un caballo al que le faltaran las patas.

—¿Habrás oído el golpe? —preguntó nerviosa Laura, en referencia a don

Higinio, que estaba en el piso de abajo.

—¡Pues claro que sí! —contestó Irene—. Vete pensando qué vas a decirle. Y usted, como abra la boca le clavo la hoja hasta la maldita empuñadura.

2

Efectivamente, el padre de las dos hermanas despertó de su siesta por el ruido del golpe de Mario Tolón y fue a ver medio aturdido que era lo que pasaba. Sus pisadas se escuchaban bien en el silencio del pasillo. Intentó abrir la

puerta que casi siempre se encontraba abierta, pero que en esta ocasión estaba cerrada con llave.

—¡Abre Laura! ¿Qué ha pasado? ¿Qué hace esta puerta atrancada? — preguntó don Higinio, mientras hacía girar el picaporte de forma inútil.

—Me estoy bañando padre —dijo la muchacha, metiendo una mano en el barreño para mover el agua del fondo, que hizo su sonido característico.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Nada padre. He tropezado y he caído al suelo.

—¿Te has hecho daño?

—No, no padre. No se preocupe.

—¿Con qué has tropezado?

Laura no sabía qué contestar, pero Irene le indicó con la mano que se acercara. Cuando estuvo a su lado le cuchicheó una historia pensada de prisa y mal.

—Laura ¿has oído lo que te he preguntado? —se impacientó don Higinio.

—Sí, sí. He tropezado con la consola.

—¡Con la consola! —exclamó perplejo el guardia alguacil retirado.

—Sí... Es que he estado cambiando los muebles de sitio... Me he dado la vuelta pensando que no había nada, justo donde he puesto ahora la consola.

Don Higinio calló durante unos segundos, que a los tres inquilinos de la

habitación les parecieron meses, y luego dijo:

—Laura ¿no me estarás engañando?

—¿Por qué le iba a mentir en una cosa así, padre?

Don Higinio debió de entender que su hija le ocultaba algo, pero dada la ingenuidad y bondad demostrada siempre por Laura, seguramente sería alguna tontería propia de una niña adolescente. Tarde o temprano se enteraría de alguna chiquillada y se acabaría el misterio.

—Bueno. Ten más cuidado. Me has dado un buen susto —dijo, zanjando así el asunto—. Y yo, en tu lugar, dejaría las cosas como estaban antes.

—Sí, padre. Probablemente lo haga. No me gusta mucho como ha quedado la habitación.

—Harás bien, hija, harás bien...

Y dicho esto don Higinio se fue a reanudar su siesta, o a intentarlo por lo menos.

Laura guiñó un ojo a Irene, y ésta se dio cuenta, con alegría y orgullo, de que su hermana parecía empezar a ser tan lista —o tan perversa—, como ella.

Mario Tolón no dijo nada en ningún momento ya que, aunque tuvo todo el rato un estilete pegado a la nuca —amenazando como la puntilla lo hace en un toro bravo moribundo—, y a pesar de que tampoco sabía muy bien qué iban a

hacer con él, en ningún caso le interesaba que mucha más gente supiera que estaba allí.

Irene, una vez pasado el peligro, ordenó al ladrón que se levantara y le hizo sentar con las piernas abiertas, apoyado en la cabecera de la cama. Evidentemente, Mario Tolón no estaba para demostrar proezas con sus genitales, y menos con la espada empuñada por Laura acechándole. Irene tomó cartas en el asunto.

—Observe —le ordenó, mientras se tumbaba enfrente poniendo los pies muy cerca de la parte interior de los muslos del hombre. Luego empezó a acariciar sus generosos pectorales, rodeándolos y

subiéndolos con sus manos, para que tomaran el tamaño de sandías y parecieran pesados como ese mismo fruto. Prosiguió con su cintura, mientras sus pies tocaban levemente los muslos del ladrón. Por último trabajó su sexo, justo debajo del corazón negro de pelo rizado, y poco a poco los pies arribaron al lugar dónde tenían que llegar.

Naturalmente, Mario Tolón se puso a tono como un búfalo en celo.

3

Cuarenta minutos después los tres quedaron tumbados en la cama. Mario

Tolón se sentía satisfecho y curiosamente feliz, pero cansado como si hubiera estado arando la tierra todo el día. De hecho, ésta era la primera vez que asistía de una forma tan participativa en una orgía de aquel calibre. En los últimos minutos había aprendido posturas y curiosidades sexuales que ni en sus sueños más repugnantemente eróticos habría podido imaginar. Todo ello gracias a la mujer de las tetas enormes y pesadas, que parecía dominar la totalidad de las artes de la más experimentada prostituta de la más lujosa mancebía; aunque, a decir verdad, él hubiera esperado que todo se hubiera desarrollado de manera más

delicada y no con la brusquedad de movimientos que desde un principio impuso Irene. A causa de ello acabaron los tres sudorosos y en parte extenuados. Estaba seguro de que a aquella mujer le asustaban tan poco como a él las terribles penas del Infierno que no se cansaban de predicar en las iglesias por hacer la mitad de lo que con tanto gusto y maña —y violencia— habían perpetrado. Por otro lado Mario no se podía olvidar de la inocente y bella Laura. En ese momento se abrazaba a su cuerpo soñolienta. A pesar de haber sido desflorada, con todo lo que ello conlleva, no parecía muy preocupada. Era evidente que confiaba en su hermana

mayor de una manera ciega, y a decir verdad, ésta se mantuvo en todo momento a su lado; sobre todo en el instante sublime en que por primera vez el excitado pene del ladrón profanó la vulva de Laura, para desgarrarle con facilidad el himen, sin ocasionarla, afortunadamente, apenas hemorragia ni dolor.

—¿Cómo sigue la canción? — preguntó Mario a Laura.

—¿Qué canción?

—La de la princesa que no podía dejar de llorar. La que cantabas antes, cuando yo llegué...

—Es sólo una canción para niños... —dijo Laura algo avergonzada.

—Anda, sigue cantando.

Irene se dispuso a cantar obediente, pero entonces cayó en la cuenta de que no tenía que acatar órdenes de aquel hombre. Se incorporó un poco y miró a su hermana. Irene la dio permiso con un movimiento de los ojos. Sabía que Laura cantaba fabulosamente y no vendría mal como acompañamiento de la recuperación del ejercicio anterior.

El buen Rey, desesperado,
buscó algún santo aliado.
Mandó a que lo encontrara
de sus soldados el mejor,
el cuál presto marchó.
Y la princesa lloraba.

El soldado mil sendas caminó,
en lo alto de mil colinas oteó.
Por un santo preguntaba
y en ningún lugar lo halló
hasta que al lago Nop llegó.
Y la princesa lloraba.

Allí encontró a un maestro:
El Buda, Gotama el Diestro.
El soldado le relataba
la historia ya cantada
y Gotama serio le escuchaba.
Y la princesa lloraba.

Hacia el Reino partieron

tan pronto como pudieron.

Cuando al palacio llegaban
encontraron al Rey como ido,
por el dolor envejecido.

Y la princesa lloraba.

El soldado a su Rey saludó
pero el Rey sólo a Gotama vio.

Pensó que la solución llegaba
y pronto rejuveneció.

A todo el palacio avisó.

Y la princesa lloraba.

Gotama con la princesa se enclaustró,
encerrado en una cerrada habitación.

Cuando el quinto día el Sol
alumbraba

salió el hombre santo de allí
y al Rey y la Reina habló así:
Y la princesa lloraba.

—No os preocupéis
pues pronto sabréis
la razón de tanta lágrima derramada:
la bondad de vuestra hija es grande
y en algo bello habrá de
transformarse.

Y la princesa lloraba.

Gotama marchó.

El Rey enfureció.

Con palabras extrañas hablaba
el santo, que nada aclaraban.

Acaso se burlaba.

Y la princesa lloraba.

Laura calló un instante. En este momento siempre se hacía una pausa, pues a partir de aquí la canción entraba en un terreno todavía más fantástico y cambiaba la melodía a otra menos pausada. Pero el ladrón, con su torpeza habitual, se impacientó en seguida:

—¿Así termina la canción? ¿Por qué no sigues cantando?

Antes de que Laura protestara ante la ignorancia y falta de sensibilidad de aquel hombre, su hermana la calló de una de sus miradas llenas de significado.

—Caballero don Mario Tolón Raboso del Vozmediano, ahora he de

pedirle, no sin sentir algo de pena, que se marche —ordenó Irene Lopezosa a bocajarro, con su ironía típica—. Desgraciadamente ya ha dejado de ser grata vuestra presencia en esta casa.

—Pero... —protestó el aludido con cierta sorpresa.

Irene se encontraba perfectamente recuperada y viendo que no eran ya necesarios los servicios de Mario, aquel momento resultaba tan bueno como cualquier otro para que desapareciera y así dejar de correr el riesgo de que se conociera su presencia en la mansión. Con todo, mientras escuchaba los versos de ‘El Árbol Princesa’ maquinó la manera menos arriesgada para que

Mario se marchara sin ser visto. La forma iba a ser dolorosa para Mario, pero a ella ese detalle no le importaba en absoluto.

—Pero para que vea que no somos unas desagradecidas, os damos nuestras más sinceras gracias por vuestros servicios, tan humilde y graciosamente prestados —siguió Irene hablando con su ya típica sonrisa desquiciante, mientras se levantaba de la cama y mandaba con la mirada a su hermana que dejara de abrazar a Mario.

El ladrón se incorporó despacio y quejoso —él hubiera preferido seguir rodeado por los brazos de Laura el resto de sus días—, e inició la búsqueda de

sus ropas, obediente y cansino.

—¡He dicho que se marche! —repitió Irene, que realmente no quería tenerle más dentro de la habitación.

—Espera a que me vista.

—¡Fuera! No quiero verle más en mi casa. Recuerde que ha entrado como un vulgar ladrón y...

—Después de todo lo que hemos hecho, todavía está con esas...

—Si no se va ahora mismo, gritaré —interrumpió Laura mientras quitaba la madera que atrancaba la puerta y abría la cerradura muy lentamente, intentando hacer el menor ruido posible.

—¡Bravo Laura! —vitorió Irene al ver que su hermana seguía su siniestro

juego—. Imagínese la reacción de mi padre y la de los criados, que llegarán para socorrer a mi pobre hermana. Piense en sus caras cuando le vean a usted así... Y a nosotras, pobres damas solteras, asustadas e indefensas ante un feroz asaltante que ha entrado aquí, sin ser visto, con sabe Dios qué terribles intenciones.

Mario se puso una de sus medias. No encontraba el calzón por ningún lado.

—Está bien, está bien... No tardo nada en vestirme. Mientras tanto alguna de las dos debería de ir a ver si está el camino despejado hasta la puerta.

Irene no pudo evitar una pequeña carcajada.

—Mi buen Mario, no saldréis por la puerta. No es muy seguro...

—Entonces ¿por dónde? —preguntó el ladrón con expresión estúpida.

—Es evidente: por donde habéis entrado —aclaró Irene con mucha sorna.

Mario recordó entonces la hiedra traicionera, la gorda del cesto de huevos y el fenomenal golpe contra el empedrado.

—Eso no va a ser posible —dijo con toda seriedad y señaló con el dedo índice a su interlocutora. Era difícil tomarse en serio las palabras de un hombre que en ese preciso instante sólo llevaba puestas sus dos medias negras hasta media pierna.

Irene calló, saboreando asquerosamente el momento y se acercó a la ventana. La abrió de par en par y observó el exterior. Estaba desierto, como siempre.

—Tal vez piense que le mentí cuando dije que de esta casa no saldría con vida de ser descubierto. Cree usted tener todo controlado. Aunque así fuera, en cuatro días los hombres de mi padre darían con usted. Le advierto que el violar el honor de una mujer en este pueblo siempre se ha castigado con la horca. Por tanto, no haría falta que os matara mi padre personalmente. Bastaría con entregaros a la justicia. Ella se encargaría, como ya hizo gustosamente con otros que tenían

mejores credenciales... —mintió Irene.

—Se les ahorca en la plaza, ante el clamor popular —añadió Laura.

—Hace una semana hubo un ahorcamiento. ¿Tal vez lo viera usted?

Mario Tolón no recordaba nada de la semana pasada, ni siquiera si se encontraba en otro pueblo o en otro lugar; pero tampoco sabía si decían la verdad.

—Bueno, me visto rápido y me voy —suplicó mientras buscaba sus dichosos calzones.

—¡Se marcha ahora!

—Pero...

—Voy a gritar —avisó Laura.

—No lo harás, ¡maldita! —dijo el

ladrón, que hacía un buen rato que había dejado de ver a Laura Lopezosa como un ángel de infinita pureza.

—Voy a gritar. Se lo advierto — repitió machacona.

—No te atreverás.

Laura Lopezosa empezó a abrir la boca, pero no le dio tiempo a expulsar ningún chillido: Mario comenzó a salir por la ventana justo en el punto en que ella podía evitar emitirlo.

El ladrón calculó mal, como de costumbre, y cayó al vacío, amortiguando a la vez que raspando su cuerpo con la hiedra y tras el golpe, quedando de espaldas al suelo. En un principio perdió la capacidad para

respirar, pero afortunadamente pudo recuperarla pronto. Se levantó rápido al sentir su espalda y trasero quemados por el suelo y comprobó con sorpresa que no estaba sólo: había una niña pelirroja de unos cinco o seis años, con un dedo que exploraba incesante el interior de su nariz, mirándole risueña y fijamente.

—¿Qué es eso? —preguntó con el desparpajo y la inocencia propia de su edad.

El ladrón no la hizo caso y miró a la ventana en espera de que le tiraran sus ropas.

—¿Qué es eso? —repitió la niña, esta vez, señalando con su dedo índice justo al centro del cuerpo de Mario.

Al momento aparecieron corriendo dos niñas más, interesadas en los asuntos de su amiguita. Arropada por éstas, la mocosa insistió en su empeño tocando con un dedo aquello que era causa de su curiosidad.

—¡Fuera de aquí! —ordenó Mario, dando un manotazo a la niña.

Tras el susto inicial la chiquilla sacó con preocupación el dedo de la nariz. Al momento empezó a manar sangre en dirección a la boca y la niña se puso a llorar asustada. Las amigas derramaron lágrimas también al ver la sangre embadurnando la barbilla de su compañera de juegos. La agredida corrió despavorida, y las otras dos la

siguieron.

Pasado un rato —que al ladrón le pareció eterno— empezaron a caer de la ventana de la habitación de Laura las ropas y armas de Mario. La empuñadura de la espada fue a golpear justo en el mechón blanco del pelo del ladrón, surgiéndole más tarde un chichón. Aunque vio venir el arma, no supo esquivarla.

Raudo se dispuso a vestirse pero no vio sus calzones. Dijo una maldición y se vistió con la ropa que tenía. Mientras tanto escuchaba unas risas y burlas provenientes del interior de la casa. Parecían pasarlo muy bien. Al instante se asomó Irene por la ventana. Estaba

vestida —al menos de cintura para arriba— aunque con cierto desaliño. Miró precavidamente el exterior para comprobar que el pobre Mario era en ese momento el único habitante de la plaza de los Cien Fuegos. Entonces le chistó y se recostó en el quicio de la ventana para que la pudiera ver. Sus pechos, mal encajados en el escote, quedaron en gran parte descubiertos. “¡Qué belleza de mujer” pensó el ladrón a pesar de todo.

—Os olvidabais esto —dijo Irene y acto seguido dejó caer los calzones de Mario.

—¡Hijas de puta! —farfulló entre dientes mientras recogía la última

prenda que le faltaba.

Al instante comprobó que le habían estado registrando la ropa.

—¡Ladronas! —gritó al ver que le faltaba una pequeña y bonita cruz de bronce, que hacía tiempo que no recordaba si era un regalo de su difunto padre o producto de alguno de sus robos.

Enseguida cayó en la cuenta de que no era prudente ponerse a gritar, de manera que terminó de vestirse y se marchó todo lo rápido que pudo del pueblo.

Había partes del cuerpo que le escocían al contacto con la ropa, como si estuvieran en carne viva. Seguramente

eran heridas o quemaduras, pero no se paró a comprobarlo. Además, la espalda le empezaba a doler como aquella vez en que le propinaron veinticinco latigazos, tras ser descubierto por cuatro bestiales mozos pueblerinos y aún imberbes en unos de sus robos.

Cuando quedó atrás La Alpurria del Campo comenzó a dolerle la cabeza. Estaba siendo víctima de las secuelas de su primera caída. Todas sus dolencias unidas le hacía caminar más fatigosamente a cada paso y sólo el recuerdo de sus proezas sexuales recientes le hacía olvidar su estado lamentable.

Al día siguiente, en el pueblo primero

que encontró, buscó posada y habitación y se pasó tres días enteros tumbado en el incómodo catre que había alquilado, dando así descanso a su maltrecho cuerpo. Cuando volvió del reino de los sueños sació el hambre acumulada, dejándole casi todas sus ganancias al posadero, el cual respiró tranquilo cuando vio que su huésped no estaba muerto tras los tres días de confinamiento.

5

LA SOSPECHA DE DON HIGINIO

1

Irene Lopezosa Quesada ya no pudo ocultar por más tiempo su evidente

barriga. Su padre, don Higinio, se temía lo peor. Como no había ningún médico en las cercanías —al menos que fuera fiable—, para salir de dudas hizo venir al bachiller Benito Castaños de Lope, que era considerado por el antiguo militar como muy docto y erudito en todos los saberes, tal vez porque allí, en aquel poblacho dejado de la mano de Dios, nadie sabía de nada.

De Lope era un hombre flaco y barbilampiño, que siempre aparentaba usar las vestiduras del hijo de un marqués terrateniente, pero que en realidad era pobre como una rata. Además, nunca pudo ocultar su repulsiva petulancia —ni ante don

Higinio—, ya que se mostraba superior a sus fuerzas. Y aunque intentaba controlarse, esta presunción suya, vana y a veces largamente ridícula, le había causado problemas con el militar retirado. Estos hechos —aislados, a decir verdad— eran francamente alarmantes para el bachiller, pues de don Higinio le venían sus mejores y tal vez únicos ingresos económicos.

A Castaños no se le conocía ningún amigo, como al propio don Higinio, y en el lugar todo el mundo compartía un natural y arraigado rechazo hacia él. Si no fuera porque don Higinio trataba con el bachiller, ya le habrían linchado y pateado fuera del pueblo; y lo que es

peor, lo habrían hecho sólo por puro gusto, y no porque hubiera hecho algo censurable a alguien en particular o a un colectivo cualquiera del pueblo. Era conocido que algunos sentían su correspondiente desprecio hacia el bachiller simplemente porque se le suponía un hombre leído e instruido, cosa que los habitantes del pueblo nunca serían, ni aun proponiéndoselo. Benito representaba a un clavel reventón en mitad de un campo infestado de cardos. Con todo, los alpurrianos no parecían darse cuenta de que a pesar de la indudable cultura recibida por sus estudios, Castaños era la persona más ingenua, cretina y boba de la región.

Además, de las enseñanzas tan duramente adquiridas había olvidado con seguridad la mitad; y no era muy precipitado suponer que la otra mitad también.

El día que el antiguo guardia alguacil requirió los servicios del bachiller se celebraba la Fiesta Mayor en La Alpurria del Campo. Los festejos y borracheras duraban toda la semana, pero el día más importante era con mucho el de hoy.

Había una gran procesión encabezada por una tarasca descolorida, que se utilizaba en la fiesta del Corpus Cristi y en este día, festividad de San Fray Publio Espartaco Antonio El Convierte

Sarracenos, que debió de ser un personaje —probablemente inventado— nacido en La Alpurria, según se contaba desde tiempo inmemorable. A Fray Publio se le atribuían más de diez mil conversiones al cristianismo mediante el sencillo método de dar a elegir entre la muerte o abrazar la religión de Noé, Abrahan, Moisés y el resto de los personajes bíblicos. También le achacaban haber acabado con otros diez mil —pues tal cantidad debía de ser suficiente para crear leyendas en aquellas gentes— moros infieles que escogieron su fe originaria y defenderla con bravura; y que el bueno de Espartaco Antonio, en nombre del único

credo verdadero, se encargó de dar cristiana muerte con su espada de empuñadura romana, guarnición de oro macizo, pomo cubierto con tres diamantes perfectos y hoja de ciento cincuenta centímetros de justicia divina.

—Maestro ¿cómo es capaz de saber si una persona dice la verdad cuando manifiesta su intención de convertirse, dejando así de repente su antigua y errónea creencia? —le preguntó, cuando ya era muy viejo, un joven e imprudente muchacho que decía ser su discípulo.

—Mil veces lo has visto pero, en tú atolondramiento, sólo ves lo que quieres ver —le reprochó El Convierte Sarracenos que no admitía dudas entre

sus discípulos—. Les hago la señal de la cruz cinco veces en la frente con el agua bendita que siempre transporto en las alforjas de mi caballo Samuel. Cuando mienten, la cólera de Dios arrasa su cerebro, partiendo de alguna de esas cinco cruces.

—Pero maestro, nunca vi que semejante prodigio ocurriera...

Espartaco Antonio puso una cara que indicaba indignación y sin cambiar el gesto dijo en tres palabras lo que para él era evidente:

—Luego nadie mintió.

La figura de la serpiente fea y abominable que representaba la tarasca, ya vieja y con el mecanismo, que hacía en sus buenos tiempos que el monstruo alargara y menguara el cuello, roto por el uso —en realidad por el mal uso—, pasó por delante de la mansión de don Higinio por primera vez en el día. En ese momento apareció Castaños por la puerta. Esperó un rato en el vestíbulo mientras observaba por un ventanal, con las antiparas abiertas de par en par, a la gente que perseguía atontadamente al monstruo de mentira.

—Cuanta ignorancia hay en este bendito pueblo —susurró, acercándose

bastante a la verdad, aunque esto era realmente excepcional en su persona.

No sin tardar mucho fue llevado por una criada gorda y fea —tanto o más que la tarasca— a una estancia donde aguardaban Irene y su padre. Los dos no tenían cara de buenos amigos y se notaba el ambiente bastante cargado. La hija lucía una panza que Castaños no recordaba de la última vez que la había visto. Era como si tuviera pegada una enorme almohada debajo del magnífico vestido que, debido a las nuevas formas que lucía su cuerpo, resultaba ridículo a la par que incómodo. Sobre aquella deformidad a la altura del abdomen descansaban sus dos enormes pechos,

que ahora se mostraban de un tamaño aún mayor, casi rozando lo antinatural, y que dado el siempre generoso escote que Irene exhibía hicieron que el bachiller pasara algún que otro aprieto para poder desviar su vista de la zona en cuestión.

—¿A qué son debidos los cambios que experimenta el cuerpo de mi hija? —fue la seca pregunta que formuló don Higinio al bachiller, cuando se acabaron los saludos de rigor.

Castaños, sabiendo ya el terrible dilema que tenía que resolver, se puso manos a la obra improvisando a marchas forzadas.

—Descúbrase, por favor —rogó el

bachiller a Irene Lopezosa, tras carraspear nerviosamente.

—¡Ni hablar! —exclamó ésta casi antes de que dejara de hablar su interlocutor

Irene no tenía ninguna intención de desarticular la increíble estructura que envolvía su transformado cuerpo en un infructuoso intento de disimular su estado. Aquella mañana, antes de ir ante su padre, había sufrido fatigas y sudores para que el corpiño con bordados en forma de onda se ajustara a su nueva anatomía, a pesar de ser muchas tallas mayor; ahora le oprimía la tripa de forma inhumana —a riesgo de enfermar por esta causa—, pero ese era el

objetivo. Menos aún la apetecía desprenderse de su falda de indiana pintada por un lado de rosa, con pliegues y flores blancas de trapo en los bajos, y ahuecada con un miriñaque de tela rígida y armadura metálica de aros elípticos. Había estado más de dos horas, con descansos en los que recuperar el resuello, para acomodar toda esa imposible estructura en su hinchado cuerpo —ayudada por cuatro sufridas criadas que aguantaron con resignación sus gritos e insultos ante cualquier ineficacia en la delicada operación—, y no pensaba desglosarlo todo porque lo pidiera, además, semejante idiota.

—Si es lo que yo creo que es, no hace falta que mi hija se desnude — señaló el guardia alguacil retirado, que presenciaba paciente el reconocimiento, y no era totalmente desconocedor de los síntomas de su hija, pues ya los había visto en dos ocasiones en el perfecto cuerpo de su amada Escolástica Eugenia.

—Por supuesto, por supuesto. Lo que vuestra merced diga, don Higinio. Intentaré hacer todo lo posible a pesar de los ropajes, pero no va a ser fácil — advirtió Benito, intentando recalcar lo espinoso de su cometido.

El bachiller, acto seguido, miró a los ojos de Irene evaluando si tendría éxito

en lo próximo que pensaba hacer. Ésta le devolvió una mirada furiosa. Aun así Benito se arriesgó.

—Con su permiso, mi señora —dijo mientras de forma decidida intentaba tocar la barriga de la mujer a través de su gordo jubón sin mangas. Luego apoyó la oreja en la zona palpada tratando de escuchar cualquier sonido que de producirse no sabría interpretar. Estuvo un rato mientras su coronilla rozaba uno de los enormes pechos de la mujer. Irene ponía mientras tanto caras de aburrimiento y hasta bostezaba fingidamente. También miraba de reojo a su padre en espera de cualquiera de sus reacciones ilógicas e imprevisibles de

militar descerebrado. Después de estudiar la situación apartó de un tortazo la cabeza del bachiller y dijo:

—¡Padre, este hombre está intentando aprovecharse de mí! ¡Qué es lo que hace poniendo su testa en mi cuerpo y manoseándome en mis partes pudentas... !

—¡Pero yo no... ! —exclamó el aludido con la mano ridículamente puesta en la zona afectada por el reciente manotazo—. Yo no he tocado...

—Tranquilícese Castaños, y no haga caso a mi hija —interrumpió don Higinio, que no pensaba admitir ninguna treta de Irene—. Continúe. Yo le diré cuando hace mal o bien su cometido...

—Como vuestra merced mande.

Irene se echó manos a los riñones en un movimiento harto frecuente y natural en las últimas semanas de una mujer embarazada. Su padre la miró fijamente y enseguida volvió a recuperar una postura más femenina y menos comprometedora. Justo entonces, Benito empezó a formular algunas cuestiones que nada o muy poco tenían que ver con los embarazos:

—¿Le apetece beber vino una hora después de haber comido, doña Irene?

—No.

—¿Se ha fijado si su orina tiene una coloración cercana al azul turquesa?

—No —contestó Irene, esta vez sin

escuchar la pregunta.

—¿Le asaltan sin motivo alguno unas ganas irrefrenables de gritar en dirección al sur a las seis de la tarde?

—No. Por supuesto que no.

—¿Sueña con pájaros de medio metro, plumaje blanco y ojos azules? — quiso saber también el bachiller.

—No. No. No. —Agitó la cabeza violentamente—. ¡Padre, me estoy cansado de tanta tontería!

—Espero que sepa lo que hace, Benito —advirtió el militar retirado, justo antes de que su paciencia se agotara por completo.

—No tema nada don Higinio — tranquilizó Castaños, y preguntó—:

¿Últimamente ha tenido vómitos, mareos o cosa similar?

—No me acuerdo —contestó secamente Irene.

—Los ha tenido, Benito —indicó tajante don Higinio—. Y más vale que colabores con Castaños o te parto aquí mismo la cara —culminó, en un tono que no admitía dudas, tras dar un fuerte empujón a su hija.

—¡Sí, seguro que sería capaz de semejante barbarie con su pobre hija! —replicó Irene, esperando el bofetón que acabara con aquella situación.

Don Higinio levantó su brazo, pues no estaba hoy para aguantar tonterías, pero el bachiller, aun a riesgo de

llevarse el segundo tortazo de la velada, se interpuso entre padre e hija y pidió calma y compostura para poder seguir con su trabajo. De esta forma el improvisado sabio en medicina pudo continuar, y lo primero que hizo fue pasear alrededor de Irene durante un rato, observándola con fingido ojo de experto, mientras don Higinio esperaba impaciente, apoyado en la pared y con el brazo aún crispado por no haber acabado lo que empezó. Por fin, Benito puso su mil veces ensayada postura de entendimiento y reflexión, se acercó hasta donde estaba el antiguo militar muy lentamente, y le dijo al oído:

—Sólo me queda por hacer una

prueba.

—Muy bien, pues a que espera.

—Es que es un poco...

—¿De qué se trata?

—Es fundamental para justificar mis razonamientos, observar y hacer una exploración táctil de las mamas de su hija —explicó Benito, esperando poder ver y tocar aquello que siempre había deseado contemplar y palpar desde la primera vez que estuvo delante de aquella formidable mujer, hacía ya muchos años. La respuesta llegó al instante y con toda naturalidad:

—Olvídese de esa prueba, Castaños, y dígame lo que piensa según lo que ha podido observar hasta ahora.

—Vuestra merced puede ausentarse de la habitación si así lo prefiere. Comprendo que pueda ser violento. Pero yo sólo intento comprobar bajo los ojos de la ciencia...

—¡Que lo olvide! —gritó el padre, esta vez, malhumorado.

—Bueno, no puedo decirlo con seguridad, sin hacer esta última prueba —repitió machaconamente el bachiller—. Es muy arriesgado dar un diagnóstico sin la sencilla operación que os he explicado... —dijo en un último intento de conseguir aquel objetivo inalcanzable.

—¡Diga ya de una vez lo que piensa, maldita sea!

—Está bien. Creo que vuestra hija, salvo error fatal, está embarazada —le confesó, siempre en voz baja y al oído—. Tal vez de siete u ocho meses, aunque, repito, sin la prueba final no hay forma de asegurar lo que os digo. Y a riesgo de parecer pesado os quiero volver a insistir en lo necesaria, a la par que sencilla y sin peligro alguno, que se hace en estos momentos la exploración de las...

Pero don Higinio ya no escuchaba las cargantes palabras del bachiller. Le empezó a mudar el color de la cara al mismo que luce el diablo cuando se muestra más furioso. Estaba seguro de que su hija iba a alumbrar, pero no

quería creerlo hasta oír una segunda opinión; aunque fuera la de aquel idiota. Ahora, confirmada su peor pesadilla, el mundo se le caía encima. Aquello era un deshonor sin precedentes en la inventada historia de su estirpe. Cogió con fuerza de un brazo a su hija —que a ciencia cierta y sin haberlo oído, sabía lo que Benito había cuchicheado a su padre—, perdonándole la vida con la mirada, pues hacía justo un instante en que la habría matado de un sólo golpe.

—¡Siéntate ahí! —ordenó a grito pelado, refiriéndose a un canapé mayor de lo normal, que había hecho traer desde Italia hacía dos años, y en el que podían sentarse hasta cuatro personas si

eran menudas.

Irene se acomodó despacio y con los ojos muy abiertos, esperando lo peor de su padre.

3

—¡Estás embarazada! —gritó don Higinio a su hija mayor, como si no hubiera sido algo totalmente evidente hasta ese preciso instante.

—¡Dios mío! No es posible. ¡Cómo ha podido pasar! —replicó ella con mucho teatro.

Aquella respuesta no debió de gustar a don Higinio pues, de improviso, cruzó

la cara de su hija de un fenomenal bofetón.

—¡Calla! Bien sabes cómo pasan estas cosas. No creas que no sé de tus salidas. De tus andanzas. Traes locos a todos los mozos de este condenado pueblo. Primero pensé que eran chismes movidos por la envidia de la gente, pero ahora no tengo más remedio que reconocer tus correrías. ¡Putá! Mira a dónde te ha llevado tu... tu... —Don Higinio no parecía saber qué palabra se ajustaba a todo lo que quería expresar de un golpe.

—¿Lujuria? —ayudó Benito.

—¡Tu lujuria! Y ¡usted, hará bien en callarse! —ordenó el militar retirado.

—Lo que vuestra merced diga.

—Pero, padre, yo le juro que no he hecho... —dijo Irene levantándose del asiento.

—¡Siéntate! ¡No te muevas de ahí! —interrumpió con toda su furia don Higinio—. ¡No me repliques ni jures en falso! Además, estoy seguro de que sabías lo de tu embarazo. ¡Acaso te creías capaz de ocultarlo por siempre! ¡Qué pensabas hacer el día del parto! Si tu santa y pobre madre te pudiera ver... ¡Qué deshonra!

El bachiller Benito esbozó una pequeña sonrisa.

—Y usted ¿de qué se ríe? Bien podría ser el padre —acusó Irene con rabia,

por ver que Castaños disfrutaba con la situación que presenciaba, aunque sabía que jamás había tenido relaciones amorosas con él, ni jamás las tendría por muy borracha que un día pudiera alcanzar a estar.

—¡Cómo! ¡Mi hija y este mentecato...!
! —farfulló el antiguo militar.

—Yo, yo... —susurró Benito con la cara otra vez seria.

—¿Y bien? —preguntó don Higinio al bachiller mirándole fijamente. A estas alturas cualquier culpable le parecía bueno, aunque no se creía demasiado aquella relación.

—He estado el último año casi entero en Sacruceda, en la universidad,

completando mi ciencia. Como usted sabe esta ciudad está muy lejos de aquí —expuso por fin Benito, intentando recomponer su mal formada postura solemne—. ¡Imposible! ¡Además, yo soy hombre casto y respetuoso con lo que dicta la Santa Madre Iglesia! ¡Vos lo sabe don Higinio! ¡Vos me conoce y bien habrá podido comprobar, en numerosas ocasiones, que soy persona temerosa de Dios! —recalcó mirando a Irene Lopezosa con furia—. Si no fuera por el respeto que le tengo, don Higinio, que es grande y merecido, consideraría esta suposición, de esta hija vuestra, como una ofensa a mi honor, y en definitiva a mi intachable reputación de hombre

recto y cristiano viejo.

—Desde Sacruceda o desde cualquier otra ciudad de Gurracam pudo venir. A decir verdad hasta de España, Portugal o Francia si se quiere. Se presenta en el pueblo sin que nadie se entere, y se vuelve a ir en el mismo día de su llegada —expuso Irene, vengativa, harta de escuchar tantas palabras vacías—. ¡Qué hay de raro en ello!

Lo que proponía Irene era totalmente disparatado y don Higinio barruntaba que no había podido ocurrir. Sabiendo cómo era el bachiller y, sobre todo, conociendo a su hija, le parecía tan imposible como que irrumpiera la más oscura de las noches a las dos de la

tarde... Pero los eclipses se dan muy raramente, de modo que insistió:

—Pero en verdad has estado con este...

Irene no desmintió ni afirmó. Cargar el muerto a aquel idiota resultaba ser harto divertido. El militar retirado increpó de nuevo al acusado, esta vez con más desesperación que violencia.

—¡Por Dios, hable Castaños!

El bachiller empezó a sudar. Estaba acorralado. No sabía que decir. Empapado, la ropa se le pegaba al cuerpo y eso no le ayudaba a pensar. Como la situación era verdaderamente trágica decidió, en vez de inventar nada, decir la verdad, aunque le doliera. Y le

iba a doler. Así que se acercó al oído de don Higinio y le contó algo que casi con seguridad Irene sabía de buena tinta.

—Escuche señor. Esto que le voy a decir no lo sabe nadie, pero como vuestra merced es casi un padre para mí, me veo obligado a confesároslo, dadas las circunstancias... Como en tanta estima le tengo, estoy tranquilo, pues no he de sentir agravio, ofensa o perjuicio alguno en el futuro por esta causa...

—¡Hable de una vez, maldita sea! — repitió el antiguo guardia alguacil, con cierto grado de exasperación.

Benito bajó mucho la voz, y puso su mano entre su boca y la oreja del militar retirado.

—Soy infecundo.

—¿Qué es qué? —replicó don Higinio algo desconcertado ante una palabra que jamás había oído decir a un cristiano y que, habiendo sido pronunciado tan bajo, sólo percibió en parte.

Irene, por su parte, sonrió como si lo hubiera escuchado y el bachiller se molestó grandemente. No sin esfuerzo intentó explicarse de nuevo:

—Le digo que soy impotente...

Don Higinio se apartó de Castaños en un rápido acto reflejo como si de pronto hubiera contraído la lepra. Acto seguido le miró muy serio y decepcionado —aunque no asombrado—, y luego se

disculpó:

—Perdone pues a mi hija y también a mí.

—Olvidado está —dijo aliviado Benito.

—Por cierto, mi buen Castaños, confío en su discreción sobre todo este asunto. Nadie en el pueblo debe saberlo.

—Puede confiar en mí. Ya lo sabe de siempre.

—Si alguien se enterara por usted...

—Le repito que conmigo no tiene nada que temer —interrumpió.

—Lo sé, lo sé —admitió don Higinio —, pero bueno será que acepte esta bolsa con algo de dinero, que a buen seguro hará callar aún más su boca.

—La acepto, pero más por haber resuelto el asunto que me trajo a ésta, su casa, don Higinio, que por mi silencio, el cual iba a guardar de todos modos y, por supuesto, sin recibir nada a cambio —sentenció el bachiller, cogiendo la bolsa impaciente por saber lo que sumaban los alejandrinos, tal vez de oro o plata, que había dentro; pero por no parecer un pobretón, que es lo que era, esperó a conocer la cantidad una vez salió de la mansión.

Tras las despedidas de rigor el padre y la hija se quedaron solos en el aposento. A Irene le dio una patada el niño. Fue muy dolorosa. Faltó muy poco para que emitiera una exclamación de

dolor, pero logró contenerse mientras se llevaba las manos al vientre.

Don Higinio la miraba fijamente.

4

La tarasca volvía a recorrer, aunque de forma más cansina y desordenada, la calle de la mansión de don Higinio. La primera vez que se dejó ver por esta parte del pueblo, el dragón culebrero cargaba en su verdoso lomo con el muñeco de una dama mofletuda y sonriente, primorosamente engalanada, con su parasol multicolor inclusive. En estos momentos ya no cabalgaba

majestuosa encima de la bestia, y, además, hacía un buen rato que había caído de su puesto. Por la parte de atrás de la procesión, al menos diez borrachos bailaban y bromeaban con la pobre y apedreada pepona hecha jirones. Tanto se había transformado el muñeco que ya no quedaba ni la sombra de su sonrisa... Y es que era costumbre muy vieja derribar a pedradas todo aquello que montara en la tarasca. Más de una de estos cantos —lanzados sin demasiada convicción— entraban por el ventanaje de las casas, dañando objetos, cristales y personas. Los mozos del lugar iban siempre bien provisionados de guijarros —recolectados durante el

día anterior—, que, en general, tiraban con destreza, pero que algunos, con mala intención y ganas de pelea, dirigían hacia aquel que tuvieran a bien molestar—o escalabrar—, disculpándose luego por su mala y desafortunada puntería.

La tarasca volvió a desaparecer. Mientras en el interior de la mansión de la calle de los Cien Fuegos se seguía librando una pequeña batalla, casi a pedradas, como la que se había acabado, hacía un rato, en alguna calle concurrida del pueblo.

—¡Di quién ha sido, maldita sea! —ordenó otra vez el señor Lopezosa a su hija.

Irene estaba sentada delante de una

mesa cuadrada. Don Higinio, de vez en cuando, la cogía del pelo para luego estamparle la cara en la superficie de la mesa. Irene se resistía a dar un nombre, y en uno de aquellos empujones casi le parte la nariz.

—¡Habla! —insistió, empezando ahora a abofetear a su hija y dejando de golpearla contra la mesa. Momentos antes le había abierto una brecha en la frente que, sin ser muy grande, resultaba muy aparatosa. Además, el pequeño charco de densa sangre roja muy oscura, que la madera de la mesa absorbía poco a poco, no le iba a la zaga en espectacularidad... Con todo, don Higinio no desistió en su empeño.

—¡No lo sé! —protestaba Irene, y era cierto. Tantos amantes había tenido en el último año que era imposible saber quién era el padre.

Viendo que de seguir por ese camino iba a matar a su hija, el guardia alguacil retirado dejó de pegarla y dio por finalizado el largo, inútil y penoso interrogatorio.

—¿Qué puedo hacer contigo? —murmuró, asomándose a una de las ventanas y viendo la cantidad de desperdicios que al pasar por la calle había dejado la gente que perseguía a la tarasca.

Irene, con la cara hinchada, ensangrentada y amoratada, presa de un

pánico que en un principio no pensaba poder experimentar, empezó a recorrer mentalmente la lista de los hombres de sus aventuras amorosas. No parecía encontrar a nadie que fuera perfecto para endosarle el muerto. Mientras intentaba hacer memoria jugueteaba nerviosamente con los distintos objetos —muchos de ellos valiosos— que le colgaban de uno de los collares de oro que llevaba al cuello. Entonces la vio y al momento recordó la figura —ridícula en parte— de Mario Tolón, el ladrón.

—¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó don Higinio, sabiendo que no iba a recibir respuesta, sin dejar de mirar por la ventana.

—Fue Mario Tolón Raboso del Vozmediano —dijo Irene, acariciando compulsivamente la cruz de bronce que habían encontrado su hermana y ella entre los ropajes del ladrón, el día que entró en la mansión sin ser invitado.

Don Higinio se volvió hacia su primogénita y exclamó:

—¡Quién!

—Mario Tolón Raboso del Vozmediano —repitió.

—Y ¿quién diablos es ese Mario Tolón? —fue la rápida réplica de don Higinio.

—Es un hombre que anduvo por el pueblo hace unos meses y que me obligó, a pesar de mi encarecida

renuncia, a realizar...

Irene no se atrevió a decir delante de su padre las palabras que definían aquello que era ahora causa de desgracia y deshonor.

—¿Estás segura?

—Sí. Me violó.

—Y ¿por qué no me dijiste nada?

—Tuve miedo. Aquel hombre parecía peligroso —mintió, poniendo cara de fingido temor.

Don Higinio no se creía ni una palabra, pero ya, a esas alturas, sólo le importaba tener a alguien que escarmentar, fuera el culpable o no. A pesar de todo, volvió a formular la misma pregunta:

—¿Estás segura?

—Sí. Completamente —sentenció ella.

Irene Lopezosa no podía saber con seguridad si había sido él o cualquiera de sus múltiples amantes; pero sí era consciente de que Mario Tolón había desaparecido del pueblo, sin dejar rastro, tras el incidente de la habitación de su hermana. Además, recordaba que era un pobre hombre, el más manejable que hubiera ella conocido, y por añadidura, ideal para cargarle el muerto, pues no se sabía en dónde estaba y nada se podría hacer contra él.

Aunque vivía en la misma casa, Irene Lopezosa no parecía ser consciente del

poder de su padre y de lo largos que eran sus tentáculos.

5

Irene Lopezosa, tras la intensa conversación con su padre el día de la Fiesta Mayor en la Alpurria, fue recluida en su aposento, justo cuando la tarasca pasaba por cuarta vez y todo parecía presagiar que última. Fue encerrada en espera de que al militar retirado se le ocurriera algo que hacer al respecto de todo lo que estaba pasando; y, sobre todo, de lo que iba a pasar.

Irene había pensado presentarle cara

a su padre cuando Castaños se marchó de la mansión, pero después del primer mazazo de su cabeza contra la mesa se le fue toda la fuerza y coraje acumulados. La mujer, mas enfadada y humillada de lo que llegó a estar nunca hasta ahora, se juró a sí misma — mientras se curaba la herida de la frente, que afortunadamente no dejaría marca, y se enjugaba con un cosmético su tez enrojecida e hinchada— que jamás se sometería a la autoridad de su padre en el futuro y que si le volvía a poner la mano encima sería la última, pues ella se encargaría personalmente de darle muerte.

Días después, don Higinio parecía

tener resuelto, a su modo, parte del problema. Así, contrató a dos mozos del lugar, frecuentes hombres de confianza suyos, y que, por tanto, ya le habían hecho algún que otro trabajo sucio. Se llamaban Severo Galván Ronquillo de Brizuelas y Sabino Olozaga Carpio de Villaquirán.

—Cuando le encontréis le daréis la mayor paliza que seáis capaces —les dijo el viejo militar a los dos hombres, después de haberles hecho una descripción de Mario Tolón, calcada de la que le pudo sacar a su hija—. Luego quiero que desaparezca de Gurracam..

—¿Le debemos matar, señor? —interrumpió Severo.

Don Higinio le miró seria y largamente. Dio media vuelta y abrió con parsimonia la puerta de un robusto armario de caoba. Sacó una botella bellamente decorada y una copa no menos recargada. Mientras se servía un poco de vino, todavía dándoles la espalda, preguntó:

—¿Cuándo he empleado yo la palabra matar en vuestra presencia?

—Nunca. A vuestra merced jamás escuché tal palabra —respondió raudo Sabino, sabedor de que el antiguo guardia alguacil no tenía por costumbre ser tan directo cuando decidía que alguien sobraba. Empleaba mil maneras rebuscadas y poco comprometidas, pero

la frase “matar a esta o aquella persona” no salía nunca de su boca.

—Podéis romperle todos los huesos, rajarle, propinarle cien latigazos, escaldarle, partirle un brazo o aplastarle una pierna con una roca... A vuestro criterio os lo dejo y sé que sois buenos en estos menesteres... —Ofreció un poco de vino a sus interlocutores con un gesto, a lo que respondieron negando con la cabeza—. Pero si lo matáis será cosa vuestra, y no mía.

Realmente don Higinio pensaba que era poco castigo la muerte, y aunque éste iba a ser su fin de todos modos si lo dejaba en manos de aquellas dos bestias, prefería que llegara lo más tarde

y con el mayor sufrimiento posible.

—Debéis traerme parte de su cabello. Al parecer tiene un mechón blanco en la parte izquierda de su pelo negro.

—Le traeremos la cabellera entera, señor.

—Muy bien, muy bien... Si es así recibiréis tantos alejandrinos que seréis ricos. —Ninguno de los dos hombres preguntó cuántos, pues esa impertinencia, esa falta de confianza, podía costarles cara.— Ahora bien, si tratáis de engañarme...

—No le engañaremos, don Higinio —respondió Severo, antes de que el antiguo militar pudiera continuar, sabedor de que, justo después del

engaño, serían ellos los que desaparecerían de Gurracam y seguramente muertos.

—Así lo espero. —Bebió de su copa, la dejó sobre la mesa y tras abrir la puerta de otro armario extrajo dos alforjas con dinero—. Ahí va eso, de momento. Para los gastos del viaje.

Sin importarle el peso considerable del par de alforjas, Severo se las cargó en el hombro derecho.

—Emplead esos alejandrinos con inteligencia. No pienso pedir os cuentas. Lo que sobre es vuestro. Sólo quiero que ese Mario Tolón se arrepienta de...

El viejo militar no terminó la frase. Desde un principio se empeñó en

guardar en secreto el embarazo de su hija; pero había fracasado, pues la boca de alguno de los criados se encargó de ser la primera en informar del asunto a quien quisiera escuchar, y así la noticia corrió como reguero encendido de pólvora y todo aquel que supiera de la existencia de Irene, también tenía conocimiento de que pronto iba a ser madre. Lógicamente, Severo y Sabino no desconocían las razones por las que el guardia alguacil retirado quería lisiar a Mario Tolón. De hecho, el ladrón ya era conocido por todos los habitantes del pueblo e incluso se cantaba alguna coplilla inventada, a propósito de sus andanzas.

—Algo más don Higinio.

—No. Sólo que quiero veros en camino hoy mismo. Coged lo que tengáis que llevaros y luego id a mis cuadras. Ya sabéis donde están. Que os ensillen los dos caballos que mejor os parezcan y no los hagáis descansar hasta encontrar a ese cabrón. Si cumplís vuestra parte y no los habéis reventado, os los podéis quedar también.

Dicho esto don Higinio hizo un movimiento con su mano indicando que se fueran. Severo y Sabino se despidieron con la máxima educación y salieron de la estancia con paso decidido. Tras rebasar la pesada puerta de la mansión y poner un pie en la

empedrada calle de los Cien Fuegos se miraron satisfechos, pensando seguramente que, a parte de los alejandrinos, iban a ser los dueños de dos formidables caballos.

6

PEQUEÑA Y TRISTE HISTORIA DEL BACHILLER CASTAÑOS

1

El silencio de la calle de los Cien

Fuegos empezó a apagarse, pues la tarasca, acompañada ahora de tres gigantes, cuatro cabezudos y por gran parte de los habitantes del pueblo, volvía a pasar por delante de los ciento veinticuatro escudos de armas esculpidos en la piedra de la mansión de don Higinio. Benito Castaños dejó atrás el umbral de la puerta y se unió a la gente que bailaba y gritaba con ganas de juerga. Al rato, abandonando a los bebidos acompañantes del dragón, se encaminó hacia la posada del Reposo Eterno del Jabalí Feliz para gastar en vino dulce algunos de los alejandrinos que acababa de ganar fácilmente con el asunto del embarazo de Irene Lopezosa.

Entró en el local —el único en toda La Alpurria donde se servía vino— no sin ser apreciado por la gente que allí dejaban pasar las horas del día. El lugar rezumaba una extraña sustancia ubicua, espesa y rancia, que una vez te impregnaba se te quedaba en el cuerpo durante semanas. En cuanto abrías la puerta te empezaba a envolver y en los primeros instantes era bastante difícil de soportar. Luego te acostumbrabas, pero nunca del todo. Sólo los asiduos hombres y mujeres que en la posada moraban —a decir verdad, más tiempo del que es razonable— parecían ser inmunes al viciado ambiente enmohecido y omnipresente. El

bachiller, pasada esta primera y desagradable impresión —que curiosamente había olvidado, y que no recordó con gusto— pidió su vino, y una vez servido, pagó de la bolsa de los alejandrinos que el militar retirado le había entregado. Esta vez había sido muy generoso, aunque con una simple orden de silencio por parte del militar retirado habría bastado para callar al bachiller.

—Con todo ese dinero te podrás ir de putas, ¿eh Benito? —se guaseó Erasmo, el feo posadero, secundado por las risas burlonas de alguien de al lado—. Hoy, además, gracias al Santo Patrón, han venido diez o doce nuevas de Sordillo y

de Calmonte de Arena.

—¡Menudo pillastre está hecho Benito! —exclamó sin venir a cuento uno de los habituales de la posada, riendo, dando una fortísima y sonora palmada en la espalda del bachiller y provocando la risa de otros.

—Oye, reserva alguna fresca para cuando queramos ir nosotros.

—Sí, que vuestra merced es bien capaz de dejarlas fuera de combate a todas para el resto de la semana.

Y prosiguieron las carcajadas, hasta el punto que un hombre bajo, gordo y mal afeitado se atragantó con el pésimo vino, y el borracho más cercano le dio cuatro golpes en la espalda tan

desmedidos que terminaron por ahogarle un poco más.

A Castaños, lógicamente, no le hizo ninguna gracia el comentario del posadero, que siempre lucía un mandil lleno de manchurriones de grasa seca, negra y, dado que era herencia familiar, también centenaria. Menos gracia le hicieron las burlas dañinas de los que siguieron el juego a Erasmo, y se alegró de que el atragantado ahora estuviera rojo como la sangre, mirando al suelo, desencajado, con una mano al cuello y sin ninguna gana de seguir burlándose.

Bebió deprisa, de manera que no disfrutó del vino, que tampoco era muy bueno. Se preguntó por qué diablos

volvía a aquella posada en cuanto se veía con algo de dinero y como no encontró respuesta se marchó entre las risas de los demás parroquianos jurando no poner nunca más su pie sobre aquel pringoso suelo.

—Adiós, hombretón —dijo uno a modo de despedida.

Todo el pueblo parecía saber lo de su impotencia aunque nadie lo decía abiertamente. Se valían de ello como un argumento más para bromear a costa del pobre bachiller. Hubo un tiempo en que le llamaron El Vergadura, pero no a escondidas, sino a voz en grito. Afortunadamente para el bachiller, aquel mote —producto de un mozerio bruto,

cruel e iletrado—, cayó en desuso, tal vez porque las forasteras al oírlo pensaban lo contrario de lo que en realidad era. Sin embargo, su desgraciada impotencia seguía siendo motivo de chiste y guasa diaria.

2

Cuando era más joven, Benito se gastó el dinero que no tenía en docenas de dudosos médicos y curanderos que, evidentemente, no le solucionaron su incapacidad para realizar el coito.

La primera solución que le recomendaron para su problema fue la

de orinar en el agujero de un anillo de bodas, antes y después de una de estas ceremonias. Primero le dijeron que tenía que ser en su propia boda, pero como no tenía ningún compromiso a la vista le convencieron de que con la de alguna de sus hermanos, ya que eran familia directa, también valdría. De manera que el aspirante a bachiller se compró el anillo de compromiso más barato que encontró y esperó ansioso las bodas de sus hermanos Jerónimo y Godofredo, en las que hizo el ritual sin falta, pero sin resultados.

—Estos fracasos sólo pueden ser debidos a que el anillo utilizado es barato y malo.

—Me costó quince alejandrinos de bronce —respondió indignado el bachiller—. Aquí lo tengo.

Castaños ofreció el anillo al curandero de turno, pero éste no quiso tocarlo, sabedor del pasado poco higiénico que había tenido. Lo observó con fingido gesto de estudio y dijo:

—Está claro. Ese anillo no es lo suficientemente bueno. Con estas cosas no se puede andar con miserias.

—¿Y cuánto de bueno ha de ser?

—Lo mejor es que compres uno de oro que al menos te cueste cien alejandrinos de plata...

Benito se sumergió en un abatimiento que en verdad daba lástima. El

mentiroso le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Eso es mucho dinero. Jamás podré tenerlo.

—¿Y cuánto podrías gastar?

—Diez o quince como mucho.

El curandero puso cara de hombre comprensivo y haciendo entender que era persona que gustaba de resolver los problemas ajenos, dijo:

—Escucha Benito. No te preocupes. Haremos lo siguiente: Casualmente yo poseo un anillo que ha alejado todo rastro de impotencia en un total de cinco hombres. Ahora no sólo son felices, sino que han proporcionado a Gurracam dos docenas de fuertes muchachos varones.

Te lo voy a vender, porque eres para mí como un hijo. En su día costó doscientos alejandrinos de plata, pero todo sea por tu bien, Benito. Te lo dejo en los quince que tienes.

—De verdad...

—Sí. Me cuesta mucho desprenderme de él, pero sé que es para bien. Casualmente lo tengo aquí.

El curandero sacó de entre su ropa un anillo de plomo bañado de una sustancia que pretendía tener la brillantez, el color y la textura del oro, pero que, en puridad, no lo imitaba en nada.

—Es digno de un califa —dijo el embustero mientras lo mostraba en su mano derecha, intentando que algún rayo

de sol pudiera sacarle algún destello.

Castaños pagó como el idiota que era y se marchó tan contento.

Al día siguiente volvió con una terrible contrariedad:

—No me queda ningún hermano por casar —le dijo todo compungido al embustero.

El curandero era un profesional en su oficio, pero en esta ocasión la respuesta que primero se le ocurrió no era de demasiada calidad. A pesar de ello con Benito fue suficiente:

—No hay problema. Una vez concluido el trámite de tus familiares de igual madre ya vale con cualquier otra boda.

Pasó el tiempo y nadie allegado a Castaños parecía tener prevista su boda, de manera que probó, en su desesperación, a invitarse él mismo a bodas ajenas de donde era echado a patadas cuando los asistentes a la fiesta se enteraban con estupor de que no era familiar o amigo de nadie.

Por fin, su prima Justina Antonia se casó en la amurallada y bulliciosa ciudad de Cartagemar, en la parte norte de Gurracam, con un rico comerciante portugués de lana y seda. Benito realizó el ritual que tenía estudiado y ensayado hasta sabérselo como su propio nombre. Al contacto con la orina la capa de falso oro del anillo se derritió o descaspó —

según que parte de su superficie—, dejando ver el plomo del interior, cosa que extrañó mucho a Benito. A fuerza de ser optimista, pensó que aquello era una señal positiva y que ahora habría triunfado. Para cuando asimiló su nuevo fracaso, tuvo noticia de la muerte del charlatán que le aconsejaba a precio de oro, a manos de otro de sus clientes, que —según todo parecía indicar— aguantó con menos paciencia los embustes del curandero.

Otro oscuro individuo le confesó, al enterarse de que la formidable técnica del anillo no funcionaba en él, que no le habían dicho todo lo que tenía que hacer. Se había quedado en la mitad del

tratamiento, por así decir. El final de la infalible receta consistía en coger con dos dedos ese anillo —que apestaba a meados como un callejón abandonado—, limarlo entero, siempre sujeto por los dos dedos, y después mezclar las limaduras con dos arrobas de algún vino que cumpliera las cuatro siguientes condiciones: ser blanco, de la añada de la boda, tener al menos veinte grados y estar elaborado a partir de la vid de algún viñedo de la región del Castillar.

—Amigo mío, ésa es la razón de que tanta gente extranjera venga expresamente al Castillar a comprar vino —le confió el curandero secretamente, cosa que Benito enseguida

dio por cierta, aunque era la primera noticia que tenía.

La mezcla se dejaba reposar tres días y después se tenía que, en otros dos como máximo, beber las dos arrobas de vino con limaduras.

—Si lo haces de forma rigurosa, se cura la impotencia con seguridad absoluta —no paraba de decirle el charlatán, y, a modo de secreto, añadía —: Cuantos más grados en el vino y más rápido se beba, más poderoso te vuelves a la hora de realizar el coito.

Con toda esta nueva información, Benito no perdió un segundo y tras comprar el vino en una bodega de San Josafar donde le aseguraron que cumplía

todos los requisitos que él exigía, limó entero el anillo, a pesar de la dificultad de hacerlo con los dos dedos, que acabaron, lógicamente, medio limados también. Pero todo parecía estar en su contra, pues no fue capaz de beberse todo el líquido en el plazo indicado, cayendo enfermo casi de muerte al terminar la primera arroba.

Cuando se recuperó, estuvo varias semanas sumido en una profunda depresión. Los últimos años habían sido una pérdida terrible de tiempo y dinero, y todo por culpa de que no era consciente de que ninguna persona habría sido capaz de meterse en el cuerpo dos arrobas de un vino tinto de

veintisiete grados —capaz de tirar redondo al suelo al más rudo— en el plazo nada razonable de cuarenta y ocho horas.

3

Durante un tiempo Benito se calmó y aunque no se puede decir que se olvidara de su incapacidad, si es verdad que no ocupó el primer lugar en sus pensamientos. Pero pasado un año llegó a sus oídos la existencia del monasterio de San Macías El Rico, situado al norte de Gurracam, el cual contaba con una de las más célebres boticas de todo el

reino. Se narraban verdaderos milagros sobre los preparados que los monjes benedictinos fabricaban, capaces de curar a cualquier buen cristiano todo mal que padeciera.

Benito no lo dudó y en cuanto tuvo algo ahorrado viajó hasta el lugar, y recién llegado se presentó ante la puerta del monasterio sin mayor dilación y, propinando tres aldabonazos a la pesada puerta, alertó a Fray Gregorio Lombás, el cual dormía y no le hizo demasiada gracia tener que dejar de hacerlo.

—La paz sea con usted, padre — saludó Benito en cuanto la hoja de la puerta cedió por el empuje del monje—. Vengo de muy lejos a suplicar la ayuda

de Sus Paternidades, a pedir humildemente un poco de su paciencia y valiosa sabiduría.

—¿Qué quiere? —preguntó fray Gregorio Lombás aturdido por el sueño y la palabrería de su interlocutor.

—Ocurre que estoy enfermo. ¡Muy enfermo!

—Pues yo os veo muy sano.

—No es así. Mi enfermedad es... — En este punto el bachiller se percató de que no había pensado como explicar a las buenos monjes lo singular de su dolencia.

Mientras Castaños cavilaba fray Gregorio le miraba de arriba abajo.

—Verá... Es que no puedo... Verá Su

Paternidad... Resulta que mi... —y aquí se señaló la parte de sus genitales—. Pues no puedo... no consigo que se ponga... —de nuevo hizo un gesto que intentaba sustituir a las palabras.

—Acaso sufrís de capadura sin estarlo —resolvió Fray Gregorio Lombás, diciendo las cosas de una manera tan sorprendente que dejó sin palabras al bachiller—. Pues eso, hijo mío, no es una enfermedad... Es una bendición y más valdría que El Altísimo repartiera más estas mercedes.

—Pero...

—Nada, id con Dios y darle todos los días gracias por el don que os ha confiado tan generosamente.

Y cerró la puerta.

Benito, tras cinco segundos de total incredulidad, se agenció la aldaba y la utilizó sin descanso y con toda violencia. Al rato volvió a aparecer el mismo monje.

—Por favor, padre, ayudadme...

El benedictino volvió a recorrerle el cuerpo de arriba abajo y tras poner cara de enorme resignación hizo un movimiento de cabeza indicándole que le acompañara. Recorrieron un par de pasillos y en seguida salieron al claustro. Era pequeño pero adornado con columnas de capiteles distintamente tallados. Pasaron por delante de un par de puertas que daban a la sala capitular

y a la cillería. Al bachiller le extrañó comprobar que todo relucía, como si fuera tratado con mucho esmero o llevara poco tiempo construido. De pronto reparó en que el jardín del claustro estaba recubierto por todo tipo de arbustos y plantas con flores de brillantes colores que, a buen seguro, veía por primera vez en su vida.

—Son plantas medicinales —aclaró el monje percatándose de que Castaños las observaba con atención—. Todas ellas. Hasta el árbol del centro da un fruto que, bien utilizado, alivia el dolor de cabeza.

Al fondo del claustro se encontraba la botica. Antes de entrar Benito pudo ver

un estanque pequeño pero de muy mal aspecto entre dos arbustos muy altos. De nuevo, fray Gregorio Lombás explicó lo que era sin que nadie se lo preguntara:

—Ahí conservamos nuestra pequeña reserva de sanguijuelas. Aquí, en San Macías El Rico, criamos las mejores que se conocen para hacer una buena sangría. Da gusto verlas trabajar... Algunas después de media hora de ser aplicadas a un paciente llegan a crecer, por lo menos, veinte o treinta veces su tamaño normal... —El monje hizo una pausa pues con su entusiasmo sólo conseguía que Benito expresara en el rostro el mayor de los pánicos—. Seguidme por aquí y no temáis —

concluyó—. Las sanguijuelas no sirven para vuestra afección.

La botica resultaba bastante lóbrega. La única luz era la que proporcionaba un ventanuco a dos metros del suelo en un muro lateral. Las cuatro paredes se escondían detrás de muebles y anaqueles hasta el techo atestados de tarros, frascos de vidrio con ungüentos de colores oscuros y botes de cerámica con extraños nombres en latín dibujados, fieles indicadores de sus misteriosos contenidos. El centro de la estancia era presidido por un enorme mostrador de roble totalmente ennegrecido. Encima de él reposaba una vela gigantesca, dos mugrientas retortas y una amarillenta

calavera humana.

—Espere un momento aquí —ordenó el monje mientras se metía por una abertura en la pared de apenas un metro de altura que conducía a la rebotica.

Un ratoncillo cruzó la sala y salió al claustro. Castaños pegó un respingo y aún sin recuperarse apareció como de la nada Fray Gregorio Lombás portando un pesado libro de gruesas tapas.

—En este volumen está contenido todo aquello que es capaz de sanar al hombre. Lo transcribió un hermano de nuestra congregación hace dos siglos. Dedicó parte de su vida a buscar en antiguos textos escritos en muy distintas lenguas y los fue copiando y traduciendo

minuciosamente en este tomo... sólo es cuestión de buscar en él el remedio adecuado...

El monje abrió el libro sobre el mostrador dejando que el polvo cubriera el aire. Después, lo empezó a hojear mientras con la otra mano tamborileaba sobre el reluciente cráneo humano. Al cabo de media hora de total silencio Fray Gregorio le dijo al bachiller:

—Aquí está. Tiene suerte: su enfermedad puede tratarse. Piense que de no venir en este libro la receta sanadora se podría usted olvidar de encontrar alguna curación.

—Realmente es un alivio, padre...

—Sí que lo es, pero ahora tengo que

pediros que paguéis los servicios que os voy a prestar. En otras circunstancias, siendo otro el cariz de vuestro trastorno y otro el enfermo tal vez lo haría por caridad, pero este, sin duda, no es el caso... Además, vuestra enfermedad es...

—Ya me hago cargo, padre. ¿Cuál es el precio?

—Lo que su conciencia de buen cristiano le dicte.

Benito, tras dudar unos segundos, puso sobre la mesa tres alejandrinos de bronce.

—Ya veo que no sois buen cristiano y tenéis la conciencia muy sucia. No me extraña...

Pero antes de que siguiera hablando

el monje, Castaños sacó todo lo que tenía —diez alejandrinos de bronce y uno de plata— e indicó con gestos que no traía nada más.

—Muy bien —dijo satisfecho fray Gregorio—. Entonces procedamos...

El monje se subió a un esquivel de madera. Examinó el contenido de las baldas del armario y tras apartar un frasco de porcelana que contenía alacranes secos y otro con esperma solidificado de ballena, extrajo un tarro de vidrio tan sucio que no dejaba ver su contenido. Con mucho trabajo consiguió quitar el tapón que se encontraba pegado a la boca del frasco e incrustado a presión.

—¿Qué es eso? —quiso saber el bachiller en cuanto vio el extraño objeto con forma de huevo que extrajo el monje sin ningún asco. Debía llevar allí metido decenas de años, estaba totalmente deshidratado y con tan poco peso que podría pensarse que estaba hueco.

—Es un testículo de toro.

Fray Gregorio Lombás cortó en tres porciones la glándula con un enorme cuchillo que guardaba en un cajón del mostrador. Luego con un mortero y gran violencia lo convirtió en ceniza muy fina.

—Muy bien. Ahora coja este polvo en sus manos y respírelo.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. No ha venido aquí a curarse... pues venga, ¡aspírelo sin miedo!

Benito obedeció y esnifó el polvo de testículo de toro. Al instante empezó a sentirse agobiado, a estornudar, a gritar como un loco y a hacer aspavientos... El monje le agarró por la espalda fuertemente porque temía que con sus movimientos bruscos le rompiera los valiosos tarros de las estanterías.

—¡Tranquilícese, alma de Dios!

—Me duele, padre... ¡Me arde la nariz!

—Eso es natural... Trate de respirar con normalidad... Ese dolor, poco a poco, irá remitiendo.

Una hora después el bachiller abandonaba los muros del monasterio de San Macías El Rico con su apéndice nasal el doble de grande, de color rojo sangre y sintiendo una presión en la zona como si estuviera a punto de estallar.

La nariz volvió a tener su forma habitual en las siguientes semanas pero su impotencia no mejoró ni un ápice.

4

Benito siguió buscando fórmulas diferentes aunque con mucho escepticismo. Siempre que alguien le exigía dinero a cambio de remedios,

desconfiaba y se marchaba antes de poder oír nada.

Un día un compañero de la universidad —o al menos eso es lo que parecía ser—, luego de enterarse por casualidad de la desgracia de Castaños, se ofreció a ayudarle con su problema. En aquel momento disfrutaban todos los alumnos del pequeño descanso entre la séptima y la octava hora de clase de las nueve que formaban la carga docente diaria. Había que justificar la asistencia a todas las clases; por esa razón, Lucas Grigelmo Carbajo, el supuesto amigo de Benito, no había faltado a las dos últimas lecciones de gramática; pero se había abstraído totalmente de las

enseñanzas en latín que explicaba con su mejor intención el catedrático don Juan Bautista Ciruelo, para dedicarse a pensar en el remedio infalible que tanto buscaba el idiota de su compañero. Cuando le prometió solucionarle el problema el día anterior, que fue uno de los veinte al año que se hacía fiesta por motivos religiosos, no le pidió nada a cambio. Aunque Castaños no lo sabía, las carcajadas que se avecinaban cuando Lucas lo contara en la taberna a sus verdaderos amigos eran ya suficiente pago.

—Mira Benito, yo te lo digo porque sé de buena tinta que funciona. Yo mismo soy la prueba.

—No te entiendo Lucas.

—Es muy sencillo. Mi padre era infecundo también. Al hacer lo que te voy a confiar no sólo volvió a sanar sino que se convirtió en... —Hizo una pausa como si buscara un sustantivo que definiera perfectamente la supuesta transformación de su padre, aunque la palabra en cuestión la tenía pensada desde hacía algunas horas—. En un semental. Eso es. ¡Un semental! Gracias a ello venimos al mundo, fuertes y sanos, mis seis hermanos y yo.

—Me han engañado tantas veces... — admitió el joven Castaños con resignación.

—Y ¿por qué te iba yo a engañar?

¿Qué gano con ello?

—Supongo que nada. Te escucho.

—Atiende Benito...

Pero Lucas se vio interrumpido por un estudiante asilvestrado que al ver al pobre Castaños no pudo evitar recordar cierta letrilla y, sin más, la vociferó a los cuatro vientos:

Parece varón,
pero a la sazón
doña Benito
es mariquito.

Se marchó el poeta riendo su tontería y los que por allí pasaban sonrieron la gracia. Benito se puso rojo de furia,

impotencia y, sobre todo, vergüenza.

—Yo no soy un invertido —protestó a Lucas Grigeldo.

—Lo sé, amigo, lo sé —admitió con mucha rimbombancia su interlocutor—. Si así fuera no tendríais remedio... No escuches al primer necio que pase por tu lado. Bien, te sigue interesando lo que te vine a decir.

—Por supuesto.

—Muy bien. Vayamos a la calle. Allí nadie nos molestará.

Salieron del recinto universitario por la puerta románica llamada de San Magallanes, junto al puente romano que cruza el río Broe y que a pesar de sus muchos siglos de edad todavía

conservaba por aquellos días sus catorce arcos casi intactos.

—Mi padre nos lo contó a todos los hermanos bien claro —relataba Lucas—, por si en alguna ocasión sufríamos la calamidad que a ti tanto te preocupa. Nos dijo que no nos confiáramos. Que éramos hijos suyos y podríamos cargar con esta lacra algún día por ello.

—Acaso se hereda...

—Pues claro —le mintió Lucas Grigelmo Carbajo, con toda naturalidad, calibrando a su vez cómo la persona que tenía enfrente podía aceptar tan tranquilo el hecho de que alguien heredara algo de su padre si su padre no podía tener hijos.

—No lo sabía.

—Muy poca gente lo sabe. Este tipo de cosas son muy tristes y nadie quiere hablar de ellas. A mí no me gusta guardar en secreto lo que mi padre me confió, pues entiendo que debería de ser conocido por todo hombre ya desde niño... Nunca se sabe.

Se metieron por la calle de Los Caballeros. Por la noche era el lugar ideal para encontrar compañía femenina casi asequible a cualquier bolsillo. A pesar de ser las seis de la tarde ya se podía ver a alguna mujer tomando posesión de su lugar de trabajo, siempre disimulando y ojo avizor por si pasaba alguna pareja de guardias alguaciles.

Benito, viéndolas, recordó unos escritos de procedencia oriental a los que había accedido durante el tiempo que llevaba de estudiante. Algunos de ellos estaban incluso prohibidos por la Santa Inquisición. En aquellas hojas se enteró de secretos maravillosos sobre lo que podían hacer un hombre y una mujer, que para aumentar su drama, él no llegaría a realizar nunca, aunque tuviera la improbable oportunidad de estar con un grupo de mujeres dispuestas a secundar todo aquello que leyó... Se dijo así mismo que debía de volver a intentarlo.

—Está bien Lucas, te creo. Cuéntamelo.

Alguien saludó a Grigelmo en aquel

instante y se sorprendió al verlo charlar con Benito. Pasaban frente al imponente edificio de piedra que hacía las veces de cárcel de estudiante e incluso profesores. No llevaba muchos años en activo pues era reciente el que se produjeran desafueros en la ciudad. Lucas lo conocía bien y no le agradaba la zona. Torcieron por una callejuela oscura que daba a la residencia de los estudiantes y sacó a la luz por fin la solución:

—En realidad es muy sencillo: hay que orinar en la boca de un lucio recién pescado y aún vivo. Una vez meado hasta colmar al pez, de manera que la orina rebose por las comisuras de su

boca, inmediatamente, has de tirarlo otra vez al río. No has de perder un segundo.

—Y ya está.

—Nada más. Es infalible, Benito. Hazme caso.

Los dos estudiantes retomaron el camino de vuelta a la universidad. En cinco minutos tenían su siguiente clase.

5

Dos meses después, aprovechando la semana de vacaciones que daban en la universidad de Sacruceda por ser Semana Santa, el joven Castaños viajó día y noche hasta casi la otra punta de

Gurracam. El miércoles, ya entrada la mañana, llegó a su destino: la orilla del río Muskalonge, el cual tenía la fama de ser donde se pescaban los mayores lucios de todo el Reino, y de los cuales se abastecían las cocinas del Palacio Real de San Josafar.

Benito sabía que dada su pericia para cualquier disciplina humana le iba a ser imposible pescar nada en aquel río, pero también conocía la mucha afición que había en aquella zona por la pesca del lucio; al fin y al cabo si se sabía cocinar resultaba un bocado exquisito y el pescarlo no costaba ningún dinero; por tanto, no tardó mucho tiempo en cruzarse con un pescador que transportaba metido

en una red un lucio formidable de cinco kilos que acababa de sacar de las profundidades del río.

—Hola buen hombre. Veo que ha pescado una buena pieza.

—Sí señor.

—Se lo compro. ¿Cuánto quiere?

El hombre, que lucía un color de piel fuertemente oscuro y debía ser pescador por afición y no por oficio, pensó un rato y vio la posibilidad de hacer un buen negocio. Como no tenía ni idea del precio, dijo:

—¿Cuánto me da?

—Un alejandrino de bronce.

—Que sean diez —dijo rápidamente el hombre del lucio, el cual había tenido

desde un principio el firme propósito de ponerle un cero a la cifra que se le ofreciera.

Benito pagó sin rechistar pues no era persona aficionado a los regateos. El pescador le entregó la pieza recién pescada. Castaños cogió inseguro al pez, pues se movía inquieto. Al rato se volvió a calmar. Si el pobre animal hubiera podido saber el martirio que le esperaba no habría dejado de dar coletazos.

Benito buscó un escondite entre la vegetación cercana a la orilla. Llevaba el pez metido en una red, que éste mordía con sus dientes finos y largos como agujas. Cuando creyó estar bien

resguardado de miradas ajenas, sacó de la red la parte de la boca del animal y pisó su cuerpo delgado contra el suelo, apoyando su cabeza, totalmente recubierta de escamas, en una piedra. De esta manera el pez, enfundado en la red, se doblaba en una extraña postura, como si intentara mirar a quién le pisoteaba. Para que mantuviera abierto su hocico chato le atravesó un palo, con bastante dificultad por cierto, y haciéndole graves heridas en el interior de la boca. Cuando Castaños creyó tenerlo todo controlado miró en todas direcciones, se sacó el pene y se dispuso a orinar; pero, en el colmo de sus desdichas, ahora era incapaz de

vaciar todo su depósito de aguas menores. Había estado día y medio sin mear y bebiendo tanta agua como pudo, esperando este instante. En este periodo de tiempo hubo momentos trágicos, en los que parecía no aguantaba más y temía mojarse las vestiduras... y ahora, que podía vaciar su vejiga a punto de estallar, no había forma de hacerlo.

El pez, en vez de colaborar, no se estaba quieto y se le escapaba de su pie cada diez segundos; Castaños, entonces, se volvía a guardar el pene y repetía la operación de inmovilizar al pobre animal. Viendo que este sistema no terminaba de funcionar, decidió enganchar la red a seis palos que,

primeramente, clavó al suelo. Ahora ya no hacía falta pisar al lucio, pues estaba razonablemente atado y quieto.

El aparato reproductor de Castaños salió de su escondite por décima vez. Miraba la cabeza del animal y se sentía espiado en la intimidad de ese momento. Así que optó por contemplar las copas de los árboles y hacer fuerza. Pasados cinco minutos, por fin, salió un chorrillo más bien ridículo de orina amarilla transparente. Intentó apuntar y primero se mojó en su pie izquierdo. Finalmente el orín cayó de lleno en la boca del lucio, que se revolvió con violencia, intentando escapar a aquella lluvia de líquido caliente que rociaba las heridas

recientes de la boca. Y consiguió escaparse de la red del que era ahora su dueño, rompiéndola por la parte que se enganchara a los palos. El pez brincaba y se contorsionaba como todos los animales acuáticos hacen cuando se les saca de su medio natural. Benito intentó volver a atraparlo con el pie, dando pisotones al suelo y jamás al lucio, que se escurría perfectamente.

Acertó a pasar por allí, en ese momento, el pescador que había atrapado al lucio, y al ver la escena se alejó riendo a carcajada limpia y llamándole loco a gritos. Benito, con un enfado impresionante, cogió el pez con una mano —estrujándole a pesar de sus

cinco kilos—, y con la otra apuntó la fuente de los meados hacía la boca sangrante del pobre animal. Sintió terribles escalofríos al ver como el pez cerraba y abría su boca en lo que a él le pareció intentos de querer morderle precisamente ahí. Se alejó un poco más el pez he hizo fuerza intentando pensar en otra cosa. Tanta hizo que no pudo evitar que un descomunal ventosidad saliera inoportuna... pero junto con este estruendo comenzó a manar la orina como si se hubiera destaponado el caño de una fuente y el lucio, esta vez sí, quedó con su boca rebosante de la amarilla micción.

Cuando terminó, el pez estaba casi

muerto, inmóvil a excepción de alguna sacudida casi sin fuerza, con la boca rebosando orín humeante; pero aún vivía, así que le quitó el palo del hocico y corrió a tirarlo al río, donde después de unos segundos de estar quieto en el fondo, nadó un poco aturdido, chocándose contra las piedras y dejando un rastro rojo y amarillento, hasta que Castaños le perdió de vista. En ese momento escuchó como cuatro personas se reían detrás de él a no mucha distancia.

—¡Mirad al loco! Me ha pagado diez alejandrinos de bronce por el lucio y ahora lo tira al río —gritó el pescador a sus amigos.

—¡Pero habéis visto de qué guisa va!
—exclamó uno de ellos.

Siguieron riendo hasta que Benito se alejó lo suficiente para que el bosque lo ocultara totalmente. A pesar de que aquello no tenía tanta gracia, todavía podía oír las carcajadas.

Lejos ya de aquellas personas, el bachiller empezó a andar satisfecho de la hazaña que acababa de terminar, dándose cuenta alarmado después de que su pene todavía estaba al aire.

—¡Por eso se reían tanto aquellos salvajes! —pensó en voz alta.

Al poco, le entraron unas ganas irrefrenables de orinar, y, ya sin un lucio que le mirara fijamente a los ojos, se

alivió de forma más que agradable.

7

EL JUEGO DE LA CAÍDA DEL FARDO

1

La noche no había sido muy fresca y Mario Tolón Raboso durmió realmente

bien debajo de aquel árbol de ramas largas, llenas de hojas grandes, que se movían con la suave brisa nocturna, meciendo así al ladrón en su sueño. Dispuso su hatillo al pie del tronco del árbol y apoyó la cabeza en dirección al cielo estrellado que aparecía encuadrado entre el ramaje y el suelo. Su raída capa negra, llena de costurones y suciedad, resultó ser abrigo más que suficiente. Embozado en ella miró distraídamente la inmensidad del cielo y distinguió las estrellas de la Osa Mayor sin saber que todas juntas formaban una constelación. Poco a poco se le cerraron los ojos y plácidamente se durmió. Despertó en la misma posición y sin

demasiada pereza se comió dos panes, aún tiernos, que le dejaron bastante satisfecho por el momento.

Tenía los bolsillos repletos, pues el pueblo que dejó atrás, Aldeanueva de Navalcerro, debía de ser de gente muy rica. Pensaba hacer lo mismo que había hecho desde que era un chiquillo: llegaría a otro pueblo, tal vez una ciudad; llevaría una vida colmada de placeres en la que daría rienda suelta a todos sus deseos y caprichos sexuales, culinarios y de cualquier otra índole. Así estaría una semana a lo sumo, esto es, mientras el dinero durara. Llegados a este punto, volvería a robar y desaparecería de aquel lugar, para no

volver nunca o por lo menos en muchos años. De esta forma su rostro no llegaba a ser demasiado conocido en ningún sitio. En el peor de los casos alguien le podría recordar por haberse dejado unos buenos dineros en su negocio, pero con los años estas personas también olvidaban.

Éste era un tipo de vida con poco o ningún futuro y que ya le había costado más de una paliza, más de un latigazo y más de un hueso roto; pero era lo único que realmente le gustaba y sabía hacer. No se había planteado en ningún momento que sería de él cuando tuviera más edad y sus manos perdieran la rapidez y habilidad que esgrimían ahora.

Como trabajar era un fuerte repelente para Mario Tolón, reflexionaba sobre la posibilidad de buscarse un aprendiz, un rapaz de esos muertos de hambre que a veces encontraba en su camino y que — como él mismo hubiera hecho en su día — no rechazaría la comida regalada por un desconocido. Le enseñaría su mal entendido arte y oficio, y con el tiempo y el cariño del roce terminaría viviendo del producto de los robos de su discípulo. Eran planes a muy largo plazo pero siempre que pensaba en ellos le asaltaba una preocupante duda: acaso estas personas eran tan de fiar —acaso lo era él—, o dicho de otra manera más directa: no era cierto como la propia luz

del Sol que este tipo de estudiantes terminaban robando y asesinando al propio maestro...

Siguió por aquel sendero todo recto, en busca de su nueva población de residencia, cuando, de repente, dos jinetes pasaron por su lado. Se apartó del camino pero no lo suficiente como para que le llenaran de polvo y arena, ya que no aminoraron la marcha.

—¡Hijos de puta! —gritó para sus adentros, pues una de sus normas era pasar, en la medida de lo posible, casi inexistente en todo momento. Hacía algo más de un año, en la Alpurria del Campo, se saltó esta regla y ahora le iba a costar muy caro.

Uno de los jinetes hizo señas al otro para que parase. Se quedaron hablando un rato y echando miradas disimuladas a Mario Tolón, que quedó a varias decenas de metros de ellos. El ladrón se dio cuenta instintivamente de que estaban hablando de él y pensó que tal vez quisieran robarle. Precisamente ahora que andaba bien repleto. El insulto no les podía haber ofendido pues casi no lo escuchó ni él, pero por la razón que fuera el ladrón intuyó un peligro que segundos antes no existía.

Se escondió detrás de un árbol a esperar por si se iban, pero no se decidían a seguir su camino. Más bien parecía como si planeasen el cómo

atacar. Ante esta situación lo único que se le ocurrió a Mario Tolón fue echar a correr a campo traviesa dejando el sendero. Los jinetes le vieron huir y tras volver grupas, empezaron a perseguirle.

Mario Tolón se desplazaba a buen ritmo, con la habilidad que daba su oficio para estas lides, pero en una de sus largas zancadas pisó una montañita de tierra y desperdicios perteneciente a la entrada de un hormiguero, con tan mala suerte que se torció el tobillo. Emitió un grito por el daño inicial, pero no quiso parar para que así el dolor no le aumentara. Tampoco es que el dejar de correr le beneficiara en nada pues los jinetes, naturalmente, cada vez estaban

más cerca.

Ya no había dudas: Severo Galván Ronquillo de Brizuelas y Sabino Olozaga Carpio de Villaquirán, los dos brutales jóvenes contratados por don Higinio, tenían enfrente de sus narices al hombre que buscaban, y no le iban a dejar escapar.

2

Cuando se toparon con Mario Tolón Raboso habían transcurrido cuatro o cinco meses desde aquel miércoles en que don Higinio encargara este último trabajo a Sabino y Severo. Se les había

dado muy bien. La tarea era ciertamente complicada. "Esto es buscar una aguja en un pajar", manifestó Severo repetidas veces durante su viaje, pero, sea por casualidad o por su buen hacer, ahora estaba hecho lo más difícil.

Las investigaciones de los dos hombres les obligaron a pasar por pueblos como La Venta de Casariche, Viejacanta o Carrilas de Barranda, sin encontrar rastro alguno del ladrón. En Las Navas de Masegoso les engañaron, dándoles una información falsa que les condujo a La Puebla de Argallón y a Guadalchopos, que eran poblados por donde Mario no había pasado nunca en su vida. Viendo que estaban perdiendo

la pista del ladrón decidieron volver al itinerario que se habían prefijado como el más probable cuando salieron de La Alpurria, pero no les importó primero retroceder a Las Navas de Masegoso, y perder —o ganar— así parte de su tiempo. Buscaron a los paletos que quisieron aprovecharse de ellos y les dejaron lisiados —y casi muertos—, tras una tormenta de golpes y puñetazos tan brutales como innecesarios. Recuperaron el dinero que les habían dado por la información falsa y les robaron el que tenían guardado en sus casas, que resultó no ser poco; y sus mujeres, afortunadamente, no fueron violadas gracias a que eran tan feas y

poco apetecibles como el mismísimo demonio. Como andaban ciertamente eufóricos después de la pelea —en la que sólo ellos golpearon— se buscaron un par de rameras del mismo pueblo, y tras encontrar dos de su gusto —un poco rellenitas, morenas y con el pecho abundante— dieron sosiego a su entrepierna; y antes de que empezara a anochecer dejaron aquellas tierras, por supuesto, sin entregar el justo sueldo que se habían ganado aquellas dos mujeres.

Con energías renovadas siguieron su viaje y recorrieron los aledaños de Vecheperal y Fuendepocos. En Primanero pensaron que habían dado con Mario y casi matan a un pobre

hombre que luego resultó ser un honrado porquero que no tenía ningún mechón blanco en el pelo.

En Hinojosa del Fresnedal un lugareño les contó que a un hombre muy parecido al que buscaban le pillaron robando dinero en la plaza y como castigo le emplumaron, dejándole camino de Oliva de Jarandilla, después de darle una fuerte paliza a base de patadas y palos en los riñones... Tras conocer esto, visitaron más pueblos por espacio de un mes y medio, pero por fin, entre Aldeanueva de Navalcerro y La Calzada del Pedregoso, podrían terminar su búsqueda y en breve cobrar su sustanciosa recompensa. De hecho,

tenían al hombre que buscaban a sólo unos cuantos metros de los cascos de sus caballos.

3

Mario Tolón rezaba mentalmente — sin haber aprendido en toda su vida ninguna oración— para que hubiera más allá un bosque donde poder escabullirse, pero lo único que alcanzaba su vista era algún olivo, alcornoque o encina desperdigada entre cientos de campos sembrados, abonados o en barbecho.

A poco de torcerse el tobillo, el piso

pasó a ser de peor calidad para andar trotando. Los terrenos se tornaron ahora de tierra suelta recién arada, que mucho dificultaban su carrera, máxime con el tobillo dolorido. Se encontró en su camino una valla construida con palos, barro y piedra de musgo. Cada vez que tenía enfrente un vallado se preguntaba si estaba dentro de lo que se cercaba o fuera. En cualquier caso, siempre lo saltaba, motivo por el que en más de una ocasión había tenido problemas con los dueños de la parcela, con perros y hasta con toros. Ahora no se preocupó por este asunto y saltó todo lo raudo que pudo. Para los jinetes no resultó problemático sortear aquel obstáculo, un

instante después. Al saltar Mario Tolón perdió su sombrero, que al poco fue pisoteado por el animal que montaba Severo.

Los cascos de los caballos sonaban cada vez más cerca y violentamente, a la vez que aplastaban la tierra y lo que hubiera sembrado. De hecho ya estaban a la par del perseguido.

Sabino intentó agarrar a Mario por el pescuezo, pero en ese momento el caballo dio un mal paso y tropezó, haciendo que cayera al suelo su jinete. Severo paró en seco para calmar el caballo de su compañero, que por poco estuvo a punto de pisar sin miramientos a su dueño, como si el animal supiera de

la baja calaña que era.

Mario Tolón siguió avanzando penosamente, con el corazón aún más acelerado. El hatillo, en el que transportaba sus pocas pertenencias, le pesaba cien veces más de lo que era su natural peso, y si no fuera porque lo llevaba asido al cuerpo, a modo de bandolera, lo habría dejado caer. Tenía las piernas a punto de explotar por el quejido constante de unos músculos que, a pesar de estar acostumbrados al ejercicio, no lo estaban a la intensa y desproporcionada disciplina a la que eran sometidos en este momento. A decir verdad, sus gemelos y la musculación de los muslos jamás se habían visto

asediados por semejante tortura. Correr no era algo ajeno al ladrón, y de joven lo había hecho como un guepardo, pero trotar por aquel sembrado, donde se hundían los pies hasta media pantorrilla a cada zancada, era cosa bien distinta y el esfuerzo doble exigido le estaba restando fuerzas a pasos agigantados. En cualquier momento sus extremidades inferiores iban a decir “no seguimos”, por mucho que su cerebro ordenara “hay que seguir”.

Siendo consciente de su penosa situación, optó por encaramarse a la primera encina que encontró, que por cierto era bastante alta. Debido, seguramente, a su miedo y a los nervios

a flor de piel, Mario pudo subirse al árbol de manera rápida y ágil, a pesar de su tobillo torcido y sus músculos al límite.

En cuanto Sabino volvió a acoplarse a su montura, los dos jinetes reanudaron su persecución, pero en un principio no vieron a su perseguido. Tras un vistazo rápido de todo lo que les rodeaba, localizaron a Mario Tolón—que a pesar de su ropa de color negro no podía ser confundido con un cuervo— encaramado a la encina, que muy tontamente pensaba que era su salvación.

Más despacio, Sabino y Severo se aproximaron al árbol.

—¿Mario Tolón Raboso del

Vozmediano, supongo? —fue lo primero que dijo Sabino, mientras miraba a la parte alta de la encina.

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó Mario, resoplando como un búfalo y aquejado por una terrible flojera de piernas, que las hacía temblar sin pausa. Los brazos, aún sobrios, eran lo que le sujetaban allí arriba.

—Tiene agallas el hombrecillo, ¿verdad? —reconoció riendo Severo.

—Sí. Esta vez hemos tenido suerte.

—Ya lo creo. Debe ser él.

—Yo sería capaz de jugarme el cuello...

—¿Quién debo de ser? ¿Qué quieren de mí? No les conozco de nada —dijo el

ladrón desde las alturas.

—Severo, ¿te has fijado... ? —Sabino se apuntaba con un dedo en el pelo, justo donde Mario Tolón tenía su extraño mechón blanco, en estos momentos gris, debido a la suciedad.

—Sí, sí. Ya lo he visto.

—En fin, acabemos de una vez: nos envía don Higinio Lopezosa Quesada.

—Yo no conozco a ningún Higinio Lopezosa. Se equivocan de hombre.

—Tal vez no te acuerdes de él, pero seguro que conoces a su hija: una rubia de tetas grandes como toneles —el hombre no pudo evitar relamerse al pensar en aquellos dos pechos formidables—. La que dejaste

embarazada en la Alpurria del Campo, ¿te acuerdas?

Enseguida asoció Mario recuerdos e ideas y a pesar de lo lamentable de su situación, se alegró de lo ocurrido. No sabía si era verdad lo que le decían o si simplemente le habían cargado el muerto, pero le gustaba la idea de que la mujer que le ordenó y maltrató, resultara estar premiada por su propia semilla. “Así aprenderá”, pensó como si él hubiera actuado más noblemente que ella aquel día.

—Yo no he estado jamás en ese lugar y no he dejado embarazada a ninguna mujer —mintió.

—Claro que has estado en La

Alpurria y claro que has estado con Irenita. Todos la hemos probado, o mejor dicho, ella nos ha probado a todos —rectificó sonriendo Severo.

—Les digo que no conozco a esa mujer.

—No quieras hacerte pasar por santo. No hay Dios ni hombre que se resista a semejante “tetamenta”...

Los dos hombres rieron la gracia.

—Les vuelvo a decir que yo jamás he estado...

—¡No seas embustero! Quien ha estado rodeado por semejantes tetas no lo olvida jamás. ¡Son las mayores y más apetecibles de toda Gurracam!

—Yo no conozco a ninguna mujer

como la que describís... ¡Lo que daría por conocer a una mujer así... ! — explicó Mario, de forma poco convincente.

—¡Eres muy modesto! Pero también muy mentiroso. Por cierto, os tienen por un héroe en el pueblo —le informó Sabino—. Todo el mundo anda con el chisme de vuestras aventuras de casa en casa. Dicen que ya era hora de que alguien la dejara encinta.

—Si vieran lo que es en realidad: Un pelele subido a un árbol.

—A decir verdad haremos una gran merced a vuestro hijo, pues a estas alturas seguro que ya sois padre, con impedir que conozca al desdichado de

su padre.

Rieron los dos hombres, esta vez, feroz y sonoramente.

—Bueno, basta ya de charla. ¡Baja de ahí!

Pero de pronto y de manera incomprensible Mario Tolón sacó un poco de valor de sabe Dios dónde y desenfundó su espada, más oxidada y doblada que nunca, y amenazó:

—¡Venga usted a por mí si se atreve!

Sabino y Severo observaron la cómica estampa durante treinta segundos. Luego se miraron y no pudieron evitar reír tan fuerte como para caerse del caballo. Más que risa era pitorreo. A Severo se le saltó una

lágrima entre carcajada y carcajada.

—¡Habrás visto! —exclamó el más alto de los dos y levantándose de la silla de montar, le cogió de un pie y espoleó su caballo.

Mario Tolón soltó su espada a tiempo y se aferró a una rama como si él mismo fuera parte integrante de la encina — casi como si fuera la corteza del árbol —, aguantando el tirón mientras apretaba los dientes y suplicaba pidiendo que no le arrancara la pierna de cuajo. El hombre terminó liberándole el pie, porque veía que de un momento a otro se iba a caer de su montura.

—¡Cómo se agarra el cabrón!

—No te preocupes, que enseguida

acabo yo con tanta tontería —dijo el más bajo, que parecía el de peor carácter. Luego, sacó de las alforjas de su caballo una pistola Barne con un cañón larguísimo y gatillo gastado, y apuntó directamente al cuerpo de Mario.

—¡Baja o disparo!

4

Mario Tolón hizo el ademán de enfundar su espada pero vio que el arma estaba en el suelo. Se deshizo de ella para aferrarse al árbol y no caer a causa de los tirones que le dio aquel hombre a su pierna. Su acompañante seguía

apuntándole con aquella pistola enorme. No le quedaba más remedio que disponerse a descender de la encina, pero cayó en la cuenta de que no sabía cómo hacerlo. De pronto empezó a dolerle el tobillo torcido de manera más acusada que antes y las ligeras puntas de sudor frío que en todo momento le fluían de la frente, ahora eran goterones enormes de pánico. Se preguntaba, invadido por el nerviosismo, cómo diablos había subido a una altura tan elevada. Exploró bien el tronco del árbol en busca de algún recodo o hueco por donde apoyarse para bajar, pero encontró todo liso y terriblemente vertical.

—¡Que bajas te digo! —Repitió el de la Barne.

—Pero, pero es que no sé cómo —reconoció Mario, mirando a izquierda y derecha, empezando a tener vértigo y a temer seriamente por su vida.

Volvieron a reír los dos hombres, que parecían disfrutar mucho con aquello y el que tenía el arma, sin avisar, disparó un tiro al aire. Algunos pájaros, que deambulaban robando semillas por los sembrados, levantaron el vuelo desconcertados. Mario Tolón se asustó —tanto o más que las aves de su mismo gremio— por el tremendo estruendo producido por la Barne. Se asustó de veras. No sabía si se había dirigido la

bala a su cuerpo, y en su confusión perdió levemente el equilibrio, pero lo suficiente como para caer de boca al suelo, transportando en una de sus manos una ramita con seis bellotas verdes y una podrida. Se desplomó sobre un colchón de hojas secas de encina, que amortiguaron un poco el golpe, aunque se clavó varias de ellas en las manos y en la cara; y, en el colmo de la mala suerte, una de sus rodillas, la que precedía al tobillo herido, dio contra un guijarro —que ciertamente parecía puesto allí a propósito—. Inmediatamente empezó a surgir una mancha de sangre en sus vestiduras, a la altura de la rótula golpeada.

—Ves qué fácil era bajar.

—Con un poco de buena voluntad todo es posible.

Severo y Sabino rieron con ganas por enésima vez y luego, tras descender de sus respectivos caballos, los dejaron con las riendas sueltas para que pudieran rozar libremente la poca o ninguna hierba que fueran capaces de encontrar.

—Ahora vamos a jugar a un juego muy divertido —explicó Severo.

El hombre que no empuñaba la pistola arrebató el hatillo al ladrón y lo arrojó al lado de la base de la encina. Luego le ató los pies y las manos por las muñecas, con una misma cuerda, de una

manera tan fuerte que casi no pasaba la sangre a las partes finales de las extremidades. Si tiraba de sus manos, también lo hacía de sus tobillos, y al revés. Cualquier movimiento un poco brusco le haría perder la verticalidad. La posición era muy incómoda, y el hombre que le había dejado así lo sabía de buena tinta.

—El juego se llama “La caída del fardo”. Tú serás el fardo y nosotros provocaremos la caída. ¡Es muy sencillo! Gana el que más veces haga caer el fardo, antes de que quede inservible.

—¿Has entendido las reglas? — preguntó Sabino tirando del pelo a

Mario—. Tu cometido en este juego es ser un buen fardo. Para que veas que aquí puede ganar cualquiera, tú mismo dirás cuántas caídas has de resistir. Si las aguantas, tú ganas con todos los honores. ¿Cuántas caídas te parecen bien?

—¡Soltadme, cobardes!

—¡Qué lástima! Has perdido tu oportunidad. Ahora elegiremos nosotros. ¿Qué te parecen treinta caídas? — preguntó Sabino a su compañero de brutalidades.

—Son pocas. Hay que ser justos. Cincuenta.

—Está bien. Pero no pongamos más, no vaya a ser que terminaremos

aburriéndonos los tres.

Toda esta cruel ironía no era nueva. Los dos hombres la habían repetido palabra por palabra antes, al menos, con doce fardos anteriores a Mario. No desconocían el hecho de que dar a conocer ciertos pormenores de la paliza que iban a propinar a una persona, provocaban mayor sufrimiento en ésta. Por todo ello procuraban demorarse en el comienzo del juego, aunque es justo decir que últimamente se habían vuelto más impacientes y esta parte de la tortura la ejecutaban con mayor premura que cuando eran más jóvenes.

—Muy bien —dijo Sabino a Mario Tolón, y repitió el mecanismo maligno

del juego—: Nosotros te haremos caer cincuenta veces. Veinticinco cada uno. Si tras la última caída te vuelves a levantar, tú ganas. ¿Comprendido?

—¿Y qué gano, cabrón? —Quiso saber el fardo.

—Luego puedes pedir lo que quieras, si es que puedes hablar —dijo Sabino tras pensar durante unos segundos, pues era ésta la primera vez que un fardo le hacía esa pregunta.

—Hasta puedes pedir como premio tu vida y tu libertad —le aconsejó Severo, aunque en ningún caso le iban a soltar.

—Vamos a empezar. Como mejor se aprende es jugando.

—Verás que bien nos lo pasamos,

aunque ten cuidado con mi amigo. Tiene muy mal perder... Y a veces hace trampas.

Otra risotada tronó en el silencio de aquel sembrado.

El juego empezó.

5

Un puño a gran velocidad fue a estamparse en la cara de Mario, haciéndole una brecha en la mejilla izquierda. Algún dedo de aquel puño debía llevar una sortija o algo parecido. El ladrón perdió la visión del ojo más cercano a la mejilla abierta.

El fardo cayó.

—¡Arriba! —gritó Sabino—. Ahora me toca a mí. Aquí tenemos derecho a jugar todos, ¿no te parece?

De nuevo se escucharon una colección de carcajadas salvajes.

Mario intentó levantarse apoyando su espalda contra el árbol. Fue inútil. Al final tuvo que ser alzado por los dos hombres porque, así atado, era imposible volver a estar de pie.

—Mira que eres torpe, ¡pardiez! —bromeaba Severo mientras ponían al ladrón otra vez en posición vertical—. De todas formas, no te preocupes, pues como puedes ver nosotros te ayudamos en lo que haga falta...

—Al principio se hace difícil entender el cometido de cada uno en el juego, así que de momento te pondremos en tu sitio encantados, pero que quede claro que esto es ir contra las reglas.

Otra risotada brutal volvió a espantar a los pocos cuervos que ya quedaba en los alrededores.

El ojo izquierdo de Mario Tolón parecía recuperar la visión, aunque no era muy agradable lo que habría de ver después.

Una patada terrorífica fue propinada en los genitales del hombre atado.

El fardo volvió a caer, esta vez retorciéndose de dolor.

—¡Vamos! ¡Arriba!

Pero esta vez Mario optó por no abrir los ojos y quedarse inmóvil —a pesar del dolor de su entepierna—, esperando, tal vez, no recibir los cuarenta y ocho golpes más que le restaban. Entonces el de peor carácter puso la boca de su pistola entre los ojos de Mario y volvió a insistir:

—Aún sigues consciente, cabrón. ¡Arriba he dicho! Vamos a continuar el juego. Ahora me toca a mí y no quiero perder.

Cuando Severo le volvió a poner en pie, Mario Tolón pudo ver a alguien que les observaba a lo lejos, desde el camino. Borroso, pero lo vio.

—¡Socorroooo... ! —gritó,

ahogándose con su propia petición de auxilio.

Los dos hombres avistaron al que miraba, que, viéndose descubierto, empezó a correr.

—¡A por él! —ordenó Sabino a Severo—. Yo me quedo con éste — culminó como si Mario Tolón pudiera escaparse encontrándose atado de la forma en que estaba.

Severo montó raudo en su caballo y en una galopada rapidísima llegó a la altura de su perseguido. No le fue difícil arroyar al pobre labriego con el animal de fuertes patas que le transportaba. Era una persona que habría de tener tantos años como caídas debía de soportar

Mario Tolón si quería ganar el juego. Su cara se mostraba arrugada por el sol y el viento. Debía de ser un vecino de La Calzada del Pedregoso que volvía, seguramente, de trabajar en algún terruño cercano. Le acompañaba un asno lleno de mataduras, que no se inmutó lo más mínimo cuando Severo bajó de su caballo y propinó un golpe certero y bestial a su amo en la nuca, utilizando para ello la culata de su pistola.

—¿Qué hacemos con éste? — preguntó Severo a su compañero, cuando llegó junto a la encina.

—Hay que hacerle desaparecer. De momento, bájale de tu caballo y regístrale por si tuviera algún dinero.

Nunca se sabe. Yo, mientras tanto, iré a ver que hay en las alforjas del asno que dejaste en el camino.

Sabino volvió con una hoz muy afilada. La guardó en las alforjas de su caballo, pues le pareció que aquella tal vez sería un arma que le podía hacer un buen servicio en el futuro. También trajo una azada gastada por el uso. Desató a Mario y dándole la herramienta le obligo a que empezara a hacer un agujero.

El ladrón no estaba para trabajos forzados, pero cavó por la cuenta que le traía. Mientras, Severo y Sabino esperaban sentados a la sombra de la encina, sin descuidar la pistola, y

metiendo prisa al fardo.

El pobre labriego despertó en una ocasión, echándose mano a la nuca dolorida y mostrando cara de aturdimiento, pero con la culata de la pistola, utilizando por segunda vez el arma a modo de martillo, Severo le volvió a dejar fuera de combate.

Al menos dos horas y media después, cuando el hoyo fue lo bastante profundo, liberaron del trabajo a Mario Tolón y metieron al campesino dentro.

Al momento, como si no hubiera pasado nada, volvieron a atar al ladrón y reanudaron el juego. Ahora el fardo no se tenía en pie por el cansancio y los daños recibidos con anterioridad, así

que, aunque el juego perdía vistosidad, decidieron apoyarle en el tronco de la encina.

Diez minutos después el fardo estaba por octava vez dispuesto a recibir, pero antes vomitó todo lo que tenía en el cuerpo, que tampoco es que fuera mucho. Los últimos golpes habían sido dirigidos a la boca del estómago con estudiada ferocidad, pero el próximo iba a explotar, otra vez, en lo que quedaba de la entrepierna... Y de esta manera transcurrió el salvaje desfile de agresiones, preparadas con tiempo para alcanzar la mayor dureza, hasta que Mario Tolón, por fin, en el golpe número doce de esta segunda y más abundante

tanda, se quedó sin conocimiento. Había perdido treinta y seis golpes antes de la conclusión del juego. Sabino y Severo se conformaron con un honroso empate a siete caídas.

6

El juego de “La caída del fardo” tenía —según siempre decía el padre de Severo, que fue quién probablemente inventó esta bárbara práctica— dos graves deficiencias. La primera era la dificultad de escoger un voluntario para que hiciera de fardo. Sólo cuando el voluntario era obligado, como en el caso

de Mario Tolón, se eliminaba este engorroso problema. El segundo inconveniente no tenía remedio: el juego duraba muy poco, de manera que Severo y Sabino se divirtieron un tiempo muy inferior al que ellos habrían deseado. Teniendo en cuenta, además, lo experimentado de los jugadores, el hecho de pactar cincuenta caídas era, por decirlo de una manera suave, ser muy optimistas.

—¿No estará muerto? —quiso saber Sabino.

Otro inconveniente más: era difícil controlar el hecho de que el fardo, tras alguno de los golpes, cayera al suelo muerto.

—No, de momento no, pero por lo que se puede ver, no tardará en estarlo —contestó Severo, posando una mano por la zona del cuerpo donde se aloja el corazón de las personas, aunque después de semejante paliza este órgano podía estar en el ombligo, de la misma forma que el estómago en el cuello.

—Bueno, regístralo por si tiene alguna moneda.

El hombre obedeció con gusto. Don Higinio les había dado una buena cantidad de alejandrinos cuando salieron de La Alpurria, pero ellos habían sabido incrementar la suma gracias a sus barrabasadas por los pueblos. Poco podían sospechar que

Mario Tolón iba cargado con todo el dinero de sus últimos robos.

Severo deshizo el hatillo del ladrón. En su interior encontró ropa vieja, sucia y muy usada, una navaja de afeitar roñosa pero aún en uso, un trozo de espejo con cuyos bordes te podías cortar si no andaba con cuidado, media vela, un panecillo mordisqueado por uno de sus bordes y un libro medio desencuadernado. Lo tiró todo debajo del árbol, sin percatarse de que el libro podía valer una fortuna. Era una copia hecha por varios monjes franciscanos del anónimo “Libro de Apolonio” y que estaba traducida al lenguaje gurracames. Mario Tolón se lo había robado a un

monje hacía muchos años. Eran tiempos en que pasaba mucha hambre y no le importaba tanto conseguir dinero como llevarse algo comestible a la boca. Se cruzó en su camino aquel monje barrigón, montado en un borrico con la lengua fuera y las alforjas llenas. Pensando, no sin lógica, que el clero siempre andaba bien de viandas, asaltó al buen religioso, tirándole de su montura, alforjas incluidas, y golpeándole luego con una verde vara de abedul en la cabeza cinco veces, mientras el burro huía despavorido emitiendo rebuznos de libertad.

Para su desgracia, en el equipaje del clérigo —que quedó malherido, tirado

en mitad del camino encima de un charco de su propia sangre—, no encontró alimento. Sólo libros de poemas y romances, copiados y primorosamente iluminados con miniaturas y dibujos —algunos en oro—. Mientras registraba las pertenencias del monje, éste se incorporó, pero al instante le dio un mareo y volvió a caer redondo. El chichón de su cráneo le hacía todavía mayor su cabeza y de las dos brechas que le rodeaban la calva manaba sangre poco a poco.

Al ladrón le produjo mucha rabia el no encontrar comida, pero luego, con más calma, pensó que tal vez podría comerciar con alguno de esos libros.

Cogió el menos pesado e incómodo de transportar, que resultó ser el famoso poema escrito en la primera mitad del siglo XIII. El resto los escondió por las cercanías. Si se daba bien el negocio con este primer libro, vendría a por los otros; pero, evidentemente, no consiguió vender las aventuras del príncipe sirio Apolonio de Tiro, pues apestaban a robado por sus cuatro costados. Nadie, por muy necio que fuera —y los había con muy fuerte querencia y predisposición a serlo—, se podía creer que aquello fuera de un muchacho andrajoso y muerto de hambre, cuando los únicos que poseían tales cosas eran los moradores de las abadías y cuatro

familias poderosas mal contadas. El joven Mario Tolón se inventaba mil historias en las que se aseguraba que el libro era suyo y que ahora, al pasar por malos tiempos, debía —muy a su pesar— desprenderse de él. Pero no había forma de convencer a nadie. Además, ¿para qué querían un libro en los pueblos por donde él merodeaba? Nadie sabía leer ni escribir. Para algunos, cuando el ladrón ofrecía el libro a escondidas, era la primera vez que tenían noticia de que existiera algo así...

Con el tiempo le tomó cariño, se acostumbró a su peso y lo que es más extraordinario: empezó a leerlo en los frecuentes ratos de inactividad que daba

el no tener ningún oficio.

Mario Tolón tenía unas pocas nociones de lectura que le había inculcado su padre antes de morir y abandonarle a la buena de Dios. Canuto —pues tal era el nombre del padre del ladrón— había sido clérigo y por un desliz con una no muy linda muchacha de pelo negro, del que nació Mario, había dejado de serlo. Su madre murió en el parto y Canuto se encargó de enseñar a su poco aplicado hijo lo que aprendió durante su vida monacal. Pero no le enseñó mucho pues cuando Mario contaba nueve años su padre moría asesinado a manos de un acreedor con poca paciencia.

En un principio Mario Tolón tardaba en acabar cada verso del libro unos tres minutos, con lo cual no entendía nada de lo que se contaba y se cansaba enseguida de leer. Con los años acabó por empezar a culminar estrofas con cierta soltura y, ya con más destreza, se terminó el poema desde el principio hasta el final, por lo menos, en siete ocasiones a lo largo de su vida. Esto no hizo que se lo aprendiera, ni siquiera alguna parte, pues Mario Tolón era de memoria flaca y muy poco entrenada — sobre todo para según qué cosas—, pero al final resultó ser uno de los pocos pobres y vagabundos que sabía leer razonablemente bien en todo Gurracam,

cosa que, dicho sea con toda franqueza, no le sirvió de nada para desarrollar su oficio ni mejorar su vida.

7

—Vaya, vaya. Así que el amigo debía ser un hombre rico —exclamó Severo al ver la bolsa del dinero que Mario Tolón había robado en Aldeanueva de Navalcerro, y que escondía, como era su costumbre, entre sus ropas.

—Toma —dijo Sabino, entregando un cuchillo enorme a Severo—. Arráncale la cabellera y acabemos de una vez. No sea que pase alguien más por aquí y nos

vea. Yo mientras miraré si las botas de este otro desgraciado se les puede dar todavía algún uso.

Sabino se metió en el agujero a saquear al pobre labriego su calzado, que, lógicamente, no estaba en buen estado. De hecho, eran un par de botas que el hombre había adquirido de su padre, y éste a su vez del suyo.

Severo hizo una incisión en la piel alrededor del cuero cabelludo de Mario y luego tiró de ella, arrancando la cabellera de cuajo, provocando un ruido horrible y dejando el cráneo ensangrentado al descubierto en un instante. Realizó la operación con la indiferencia y la sangre fría del que

lleva toda la vida haciéndolo. Como si su oficio fuera el de cazar pequeños animales y estuviera harto de quitarles la piel. Por último, metió el trofeo en un pequeño saco marrón oscuro que se agenciaron en La Alpurría del Campo para guardar la prueba de su trabajo.

Luego, entre los dos, hicieron una última tropelía, pues junto a las cuatro pertenencias de Mario Tolón —incluido el “Libro de Apolonio”, que con los años y el olvido terminaría por destruirse y desaparecer—, enterraron al hombre que había presenciado el juego del fardo. El labriego, aunque estaba inconsciente, todavía vivía cuando fue sepultado bajo tierra.

—¿Le pegamos un tiro? —preguntó Sabino, en un alarde de misericordia, antes de empezar a rellenar el boquete.

—¡Bah! ¿Para qué? —respondió Severo, zanjando el asunto.

Severo, manejando torpemente la azada, comenzó la tarea de volver a meter la tierra en su sitio. Sabino se dispuso a ayudarle utilizando las manos.

—Antes de seguir jugando, teníamos que haberle ordenado al fardo que tapara el agujero —dijo Sabino, secándose el sudor con el antebrazo y llevándose la mano del otro brazo a los riñones.

—Tienes razón, pero ahora no nos queda más remedio que hacerlo a

nosotros. Deja de hablar y estirarte como si fueras un viejo incapaz de hacer nada. —Hizo una pausa en espera de que su compañero reanudara el trabajo —. Acabemos. No quiero seguir aquí ni un minuto más.

Cuando terminaron el trabajo, subieron lo que quedaba de Mario Tolón a uno de los caballos, espantaron el burro del labriego y se marcharon de allí como alma que lleva el diablo. Ya sólo les restaba una cosa para terminar el encargo de don Higinio: hacer desaparecer de Gurracam al individuo que presuntamente había dejado premiada a Irene; y lo iban a hacer con la mayor brevedad.

8

EL BASTARDO DE LA DESHONRA

1

El parto fue muy doloroso. La gestación duró doscientos ochenta y

cuatro días y el alumbramiento varias y sangrientas horas.

Don Higinio no contrató los servicios de ninguna partera, pues no quería que se enterara nadie de lo que sucedía en su mansión aquel día. Irene, por tanto, mal parió un enorme niño, mal ayudada por su hermana Laura que hacía las veces de matrona por primera y única vez en su vida. No murieron madre e hijo de milagro, y durante el parto más parecía que la estaban sacando al demonio del cuerpo que a un bebé normal, cubierto de sangre y con el cordón umbilical adherido a su cuerpecito indefenso. Laura no había vomitado tanto como en aquella ocasión y juró delante de su

hermana medio muerta que jamás permitiría que un hombre concibiera un hijo en ella. Don Higinio no entró en ningún momento a la estancia del alumbramiento, a pesar de que los gritos de Irene helaban el alma de cualquier persona, incluido él.

—Sufre y grita. A ver si así aprendes de una maldita vez —susurraba mientras recorría el pasillo de una punta a la otra.

El abuelo del pobre bebé se entretuvo en las últimas semanas en amenazar a la servidumbre para que fueran tumbas respecto de los últimos y desafortunados acontecimientos. Los empleados sabían del poder de su patrón, pero a pesar de ello más de uno desobedeció y contó la

noticia a quién quiso escucharla. Por eso hoy nadie en La Alpurria del Campo desconocía que de un momento a otro Irene Lopezosa iba a dar a luz.

El mismo día en que el bebé vio por primera vez uno de los techos de la noble casa de don Higinio, para deshonra de la misma, el enfadado abuelo mandó traer a un ama de cría, que llegó día y medio después del nacimiento procedente de Aldea del Chopo, que era un pueblo —casi una ciudad— situado no muy lejos de La Alpurria del Campo.

—Decirle que don Higinio Lopezosa Quesada la necesita —ordenó al par de hombres de confianza a quien mandó el

encargo—. Si se niega a venir la traéis atada a la silla de montar de un caballo. Marchaos ya.

Pero no hubo ningún problema. El abuelo le prometió una buena suma de dinero al acabar su trabajo, y mientras durara éste, cama y tres comidas diarias. A la mujer le pareció bien y en cuanto se instaló dio su primera tetada al bebé, que la recibió ansioso y agradecido.

Don Higinio conocía al ama de cría de hacía muchos años. La razón por la que dos personas tan distintas habían coincidido en sus vidas era uno de los secretos mejor guardados del militar retirado, aunque todo parecía indicar que la mujer, dadas sus cualidades, se

había encargado de algún hijo ilegítimo de don Higinio, engendrado cuando era un apuesto militar en sus comienzos en San Josafar. El guardia alguacil retirado sabía que era muy necesaria en su casa en esos momentos pues el niño no paraba de llorar y su madre estaba medio muerta, postrada en la cama. Sólo en ella podía confiar.

La de Aldea del Chopo había tomado costumbre bastante raras desde hacía algunos años, lo que la daba una fama muy negativa. Para las gentes de lugar había pasado de ser una extraña mujer solitaria —conocido era que tenía la extraordinaria cualidad, entre otras, de secretar abundante leche por sus mamas

cuando ella quería, sin haber estado embarazada ni una sola vez en su vida— a convertirse en una bruja. Así, en cuestión de pocos días, ganó muchos kilos de peso, lo que no hacía buen juego con la enorme nariz que siempre lució. Todas las mañanas se afeitaba a escondidas una pelusilla negra como el carbón de encina que le crecía debajo de su rojo apéndice nasal. Era muy raro verla hablar con otras personas y cuando alguien intentaba conversar sin su consentimiento le ladraba como si fuera un perro rabioso. Además, vivía en una cuadra pestilente y decían haberla visto alimentarse de cápsulas de musgo, de flores de hibisco, de los pomos rojos y

carnosos de los fresnos, y de hongos y setas que teóricamente matarían a una persona tan sólo con olerlos.

La gente aseguraba que guardaba su propia orina y cuando ésta se ponía rancia, la utilizaba como si fuera una loción para el cabello. Con ello conseguía no tener piojos ni liendres. Otros la vieron cazando víboras con una destreza escalofriante, como si no fueran animales peligrosos por su veneno. Se comía su carne cocida en agua de lluvia, para que sus músculos nunca sufrieran dolores y siempre respondieran bien. Además, se aseguraba que era capaz de predecir el futuro con sólo mirar las estrellas en la noche. Todo era puro

engaño y superstición, pero algunas personas incultas y analfabetas habrían estado dispuestas a vencer su miedo e ir a que les adivinara su porvenir, creyéndose todo lo que escucharan igual que si la bruja estuviera impartiendo su saber en una ciudad babilónica del año trescientos antes de Cristo; pero ella jamás recibió a nadie en su guarida y, aunque era probablemente cierto su poder de vidente, nunca lo utilizó con las gentes de Aldea del Chopo.

A pesar de su fealdad evidente, sus hábitos un tanto extraños y sus supuestas brujerías, de las que curiosamente nunca llegó a enterarse ningún tribunal de la Santa Inquisición, la mujer lactó al bebé

perfectamente, sin salir ni un sólo día de la mansión de la calle de los Cien Fuegos. Uno de los únicos requisitos que imponía era tener a su alcance todas las mañanas un diente de ajo. La mujer lo aplastaba con la palma de la mano — en la que ya tenía formado un callo duro como una roca—, y se lo comía crudo y de un golpe. Aseguraba que de esta manera burlaba a la muerte y que si no descuidaba esta costumbre, jamás fallecería. Además, fabricaba un brebaje mezclando ajos morados con miel y después lo rociaba a escondidas por la cara del niño, para que así, de mayor, no tuviera pecas. Cuando Laura, que también estaba al cuidado de su sobrino

—y, como es natural, terminó por cogerle cariño—, se enteró de aquellas brujerías con efluvios pestilentes de aroma a ajos, se las prohibió terminantemente, aunque la bruja no le hizo mucho caso.

2

Pasados cinco meses se estimó, sin mucho rigor, que el niño había terminado su periodo de lactancia. La abundante y rica leche que manaba del pecho de la inquietante nodriza fue sustituida por vulgar leche de cabra o vaca, que en general era escupida por el

bebé, el cual debía de notar la evidente diferencia. También a veces la suculenta tetada fue cambiada por papillas que Laura Lopezosa aprendió a cocinar y que al bebé sí le gustaban. Se las tragaba a gusto y con las ganas de los niños fuertes y sanos, sobre todo si era la hija menor de don Higinio quien amorosamente se los daba a comer y es que el bebé se sentía muy feliz con Laura, igual que si se tratara de su verdadera madre. Ella, lógicamente, lo quería como si fuera hijo suyo y durante el tiempo que estaba a su cargo le cantaba canciones que el niño no comprendía pero que le arrullaban y le facilitaban el sueño. La que parecía

gustarle más era aquella parte de la larga canción del ‘Árbol Princesa’ en que el cuerpo de la princesa del cuento infantil se transforma en un maravilloso árbol:

La princesa callada seguía.
Más de tres años ya hacía.
Su luz parecía que se apagaba
Con el mundo hablar no quería
y el llanto cesar no perseguía
Y la princesa lloraba.

Una mañana el buen Rey entró,
en el aposento de su hija se metió,
mientras sus ojos se dilataban:
Las piernas de la princesa

eran ahora dos raíces gruesas.
Y la princesa lloraba.

Las cuales con tesón absorbían
las lágrimas que ella producía.
¿Qué era lo que pasaba?
En árbol se transformaba.
La corte no se lo explicaba.
Y la princesa lloraba.

Cinco días acabaron
y en árbol se tornaron
todas las bellezas que estaban
en el cuerpo aposentadas
de la princesa atormentada.
Y la princesa ya no lloraba.

Cinco cultivadores vinieron
y otros cinco jardineros,
ya que el Rey mandaba
que su hija fuera plantada
en Palacio, a la entrada.
Y la princesa ya no lloraba.

Jamás existió árbol tan hermoso.
Hojas verdes, grandes flores,
frondoso.

Todo mucho más bello estaba
desde que presidía la princesa
en su forma de árbol turquesa.
Y la princesa ya no lloraba.

El buen Rey a su Templo fue
a preguntar a los Dioses el porqué

a su hija esto le pasaba.

—¿En qué os he ofendido?

¿Por qué a mi hija he perdido?

Y la princesa ya no lloraba.

Después de cinco días esperando

un hombre acercósele andando

Era Gotama, al que le enviaban

del buen Rey los Dioses

a responder lo que preguntose.

Y la princesa ya no lloraba.

—No esperéis más buen amigo.

Lo que los Dioses me dijeron digo:

Hacéis bien en buscar

en tus Dioses la verdad

de lo que aquí ha de pasar.

Más no os debéis de preocupar
pues si así quisimos actuar
es por hacer bien y no mal.

Sólo has de esperar,
a tu hija contemplar,
verla hacer y crear.

Al divino árbol has de cuidar
cómo a tu hija cuidaste ya.

Todo queda sin contestar.

Las respuestas las tendrás al observar
lo que a partir de hoy va a pasar.

Ten paciencia para no dudar.

Y la princesa ya no lloraba.

El buen Rey se quedó confuso.

De su hija no sabía el uso
que sus Dioses la reservaban.

Según su deseo el árbol fue cuidado.
El Rey esperó resignado.
Y la princesa ya no lloraba.

3

Siendo ya un hecho el destete, el ama de leche cobró y regresó de dónde vino, pero antes de marcharse para no volver nunca, atrajo hacía su lado a Laura, agarrándola por una mano, y, acercando tanto su cara horrorosa —llena de misterio y fístulas mal curadas— a la de la hija menor de don Higinio como para poder oler su aliento de bruja, le dijo:

—Tengo que prevenirte de dos cosas.

Laura callaba esperando que se las contara. Se fijó que la hechicera transportaba en su cuello gruesos collares de los que colgaban amuletos y talismanes. Antes de ahora no los había visto. Probablemente su padre le prohibió llevarlos en la mansión.

—He observado cómo te vas a dormir sin tomar ninguna precaución todas las noches. Mientras yo he estado aquí no tenías nada que temer, es cierto, pero ahora que me marchó cualquier noche podría venir el Demonio y poseerte.

Laura Lopezosa se quedó muda sin saber que decir. Nunca había temido ni creído en el Diablo; pero desde que

llegara aquella mujer a la mansión parecía ser un huésped más, al que nadie había invitado.

—Vas a introducirte un diente de ajo en tu “concha” antes de acostarte. Puede ser incomodo pero es la única manera de que duermas sin peligro.

Laura Lopezosa seguía muda.

—¡Prométeme que lo harás!

—Claro que lo haré —afirmó Laura, aunque en ningún caso pensaba alojar un ajo en el interior de sus genitales. No creía en el Diabolo y aunque existiera no se iba a atrever a entrar en la casa donde vivía su padre, que a todas luces era bastante peor que él.

—Me dejas más tranquila.

—Y, además, te prometo no cambiar la ropa de mi cama los viernes, como me dijiste...

—Muy bien. Así el Demonio no podrá controlar tus sueños...

—¿Qué es esa otra cosa que has de decirme? —preguntó Laura, esperando otra tontería que poder comentar con su hermana el día que estuviera del todo bien.

—Anoche miré al cielo y la luna se había convertido en un enorme y redondo queso donde se podía distinguir la cara de sufrimiento de un ser humano. Vi un conjunto de estrellas que dibujaban la figura de una persona mutilada...

—¿Mutilada? —interrumpió Laura que no parecía creerse tantas majaderías.

—Sí.

—Y ¿qué le faltaba? ¿Los brazos? —preguntó divertida.

—No. Y esto no es cosa de broma. —Hizo una pausa en que aguijoneó con la mirada a Laura—. Le faltaba una pierna. La tenía como arrancada de cuajo y la cara de la luna debía de ser la suya.

Se hizo un significativo silencio y Laura dio a entender, sin ser verdad, que tenía algún interés en lo que contaba la bruja:

—¿Viste algo más?

—Sí. Se entrecruzaron cuatro

estrellas fugaces y se veía muy clara una estrella roja como el fuego. ¡Mala cosa! —La bruja negó con la cabeza—. Ten cuidado, niña. El crío ha de hacer pasar a alguno de vosotros grandes sufrimientos —profetizó y se metió en el carro, pero antes de desaparecer, corrió las cortinas de la ventana de la puerta y volvió a requerir la atención de Laura —: ¡Toma!

Laura cogió uno de los colgantes de la bruja y una cajita de madera sin tallar del tamaño del dedo gordo de su mano.

—El collar te protegerá del mal de ojo y de las enfermedades...

Laura miró con curiosidad los símbolos cabalísticos que había

dibujados en las tres piedra blancas que colgaban del collar. Jamás supo qué significaban. Luego miró el otro objeto.

—¿Qué hay en la caja?

—Contiene una tierra capaz de hacer que una herida, por grande que sea, interrumpa su caudal de sangre.

—¿Y por qué me lo das?

—Sólo sé que la vas a tener que utilizar, y por eso te lo entrego. La caja es pequeña. Ocupa poco. ¡Llévala siempre contigo!

Laura abrió la caja y pudo observar la arena negra con pizcas marrones que contenía. Parecía muy fina.

—¡Cuidado! No la derrames — advirtió.

—¿De dónde la has sacado? — preguntó la niña con curiosidad, pues en cierto modo la arena resultaba ser muy bonita.

—Pertenece al fondo del Mar de Furidem, en el centro de Oriente.

Laura no parecía reconocer ese lugar.

—Esa poca arena es la única que queda en todo Gurracam.

—Es preciosa.

—Ya lo creo. Pero no por su belleza sino por sus propiedades. Cierra la caja, no sea que un golpe de viento esparza su valioso contenido. Ya la abrirás cuando sea conveniente. Recuerda que tiene que estar siempre contigo. Un descuido puede ser fatal.

—No te preocupes. La llevaré entre mi ropa interior.

—Eres una buena niña. Sé que lo harás. —La bruja sonrió y abriendo mucho los ojos exclamó—: ¡Ah! No olvides el diente de ajo todas las noches.

Laura asintió y esperó pues parecía que el ama de cría de su sobrino aún tenía algo que decirle.

—¡Escúchame niña! —dijo por fin—. Lo peor que le puede pasar a una persona es ver morir o perder a sus hijos antes de que deje este mundo él mismo. Lo he visto muchas veces en decenas de desgraciados. Sé que tu padre ha de sufrir por esta misma causa.

El cielo lo indica. —Señaló con su dedo afilado hacía arriba, hacía un lugar indeterminado e inexistente—. ¡No lo permitas, niña! ¡No lo permitas!

Y sin mediar más palabras el coche de caballos arrancó camino de Aldea del Chopo, dejando un reguero de polvo. Laura Lopezosa quedó perpleja y sin entender nada, con una caja de arena negra con pizcas marrones en una mano y un collar con tres piedras en la otra.

4

Cinco meses y medio después del parto Irene Lopezosa estuvo

perfectamente recuperada. De forma autoritaria decidió que el niño debía de ser abandonado no muy lejos del pueblo, en el misterioso bosque del Sauce Quemado. Mientras estuvo enferma maquinó este plan brutal, que en cuanto estuvo en pie comunicó a su padre sin pestañear siquiera.

El abuelo no podía permitir de ningún modo que aquella criatura creciera en el seno de su teóricamente honorable familia y pensó durante muchos días qué hacer, pero no se le ocurría nada sensato, de manera que la idea inhumana de su hija le pareció, en principio espantosa, pero también la única solución. Don Higinio confiaba en que

alguna alimaña terminara con el niño, de forma rápida, ante la incapacidad de matarle él o de mandar a alguien que lo hiciera, el cual seguro que haría incómodas preguntas.

Se estaba volviendo viejo. Por muchas acciones reprobables que hubiera realizado en su vida jamás había matado a un niño, pero de joven, si hubiera sido preciso lo habría hecho. Echaba en falta a Sabino y Severo, que no terminaban de retornar nunca al pueblo. A ellos dos les hubiera encomendado el trabajo sin mayores problemas y éstos lo habrían ejecutado con la mayor tranquilidad. Pero no estaban allí y él no confiaba hasta tal

punto en nadie más, siendo el asunto tan delicado como era.

Por otro lado, le asustó tanto las ideas y el comportamiento cruel y despiadado de Irene que decidió que tendría que alejarla de la casa antes de que contaminara a su inseparable y aún buena y noble hermana Laura. El hombre, a pesar de todos sus crímenes de juventud y de que él mismo fue muy parecido a Irene en aquel tiempo —con la diferencia importante de que don Higinio tenía todo un batallón de guardias alguaciles a los que someter y hacer partícipes de sus crueldades—, se debía de estar ablandando y volviendo más humano a la vez, pues todavía creía

en la bondad e inocencia de su hija menor; y quería preservar esas virtudes que él nunca tuvo y raramente consintió en alguno de sus soldados. En cierto modo le recordaba a su queridísima Escolástica Eugenia. Su hija menor había salido a ella, e Irene claramente a él.

Laura lloró y estuvo en constante desánimo durante varias semanas. El plan que propuso su hermana fue un golpe muy duro para ella. Cuando veía o escuchaba al niño parecía morir de pena. Irene, en cambio, ni se inmuto, ni cambió de idea, a pesar de que su hermana menor le insistía a diario sobre que sólo el hecho de pensar en

abandonar al niño era una atrocidad indigna de personas y propia de animales salvajes o demonios enloquecidos; pero Irene odiaba profundamente a aquel bebé, por todo el sufrimiento que le había hecho pasar, porque casi le llevó a la tumba y porque su cuerpo, aunque muy bello, no volvería a ser el mismo. Después de recuperar la salud no se acercó a su hijo en ningún momento; ni siquiera para ver si tenía algún parecido con ella o con alguna persona de la familia. Prácticamente sabía que era un varón de oírle a su hermana referirse a él, y lo cierto es que no le mató con sus propias manos porque pensaba que el bosque

sería una opción todavía más cruel.

Por fin, don Higinio se atrevió una noche a internarse en el bosque del Sauce Quemado y dejar al niño en mitad de su espesura. No había que demorar mucho este trámite pues sería mucho peor cuanto más creciera el bebé; de manera que el viejo militar casi sin pensarlo cogió a su nieto, le envolvió en una manta y salió de la mansión en dirección al bosque.

5

A don Higinio no le fue fácil abandonar a su nieto. Aunque la noche

era tranquila, sin un resquicio de lluvia o viento, el movimiento de la llama de la lámpara que transportaba le hacía ver personas, espíritus y animales inventados, supuestamente escondidos entre los árboles y arbustos. Creía ser observado por miles de ojos, de seres, de almas... Observado, en definitiva, por Dios. Nunca se creyó vigilado de esta manera cuando cometía sus injusticias militares, pero ahora era distinto. Ya no era aquel alto mando implacable y canalla que sólo daba cuentas al Rey, y no a Dios. Ahora veía al Todopoderoso muy cerca. Sabía que se tendría que ver con la muerte en quince o veinte años y tras este último lance nadie conocía con

seguridad que ocurría. Él tampoco... y lo que estaba a punto de hacer intuía que no le iba a beneficiar el día en que su alma abandonara su viejo cuerpo.

No buscó durante mucho tiempo y en el primer sitio que encontró abandonó a su nieto. Para salir cuanto antes de aquel bosque corrió como un loco, suponiendo ser perseguido por todo aquello que antes lo observaba.

El niño se le quedó mirando mientras se alejaba, señalándole con un dedo de escasos centímetros y enseñando un único diente en su boca medio abierta. No debía de entender qué era lo que hacía aquel viejo. Debía ser la primera vez que le dejaban sólo y de su lado

desaparecía una persona vista y no vista, como por arte de encantamiento. Luego se puso a llorar.

En mitad del camino don Higinio sintió temblar la tierra y paró su carrera. Experimentó de repente un frío atroz y se ciñó la capa a la altura de la esclavina. Entonces pudo escuchar las pisadas de las pezuñas de un animal enorme. Venía directo hacía él. Un terrible escalofrío le recorrió la espina dorsal. Apagó el farol y de inmediato volvió a reinar un total silencio. El antiguo militar aguzó su vista y vio a sus espaldas, a unos diez metros, la claridad de un par de ojos inyectados en sangre. No pudo evitar emitir un chillido

nervioso y el animal avanzó un par de metros. Entonces fue cuando observó la totalidad de su volumen. Las piernas le flojearon y cayó al suelo. La bestia avanzó otro par de metros. Los ojos del animal brillaban con siniestras tonalidades rojas. Don Higinio lanzó el farol lo más lejos que pudo y fue a estrellarse contra un árbol. El animal corrió en dirección al ruido, dándose un fuerte golpe contra el tronco del árbol que había convertido en chatarra el farol del militar retirado. Don Higinio aprovechó este momento para levantarse y correr como si fuera un joven de veinte años, guiado por la escasa luz que daba la luna llena.

Ya en el pueblo, don Higinio intentó recuperar el resuello y se sentó en el suelo esperando que su corazón volviera a tener un ritmo normal. Luego se encaminó —con cierta flojera de piernas— hacía la mansión. Por una calle solitaria se encontró con un vecino. El individuo venía de pasar las últimas horas del día en la posada del Reposo Eterno del Jabalí Feliz, que en ciertos momentos cercanos a la noche más profunda sólo era frecuentada por los hombres más duros o desquiciados de aquel contorno. El pueblerino saludó con respeto y temor al antiguo guardia alguacil, como todos los vecinos hubieran hecho en su caso, a pesar de

estar tan borracho como para perder la cordura. El militar retirado no devolvió el saludo y siguió su camino mirando fijamente al frente, tapado con su capa hasta la boca, y con un aspecto y expresión en sus ojos tan lamentable que el lugareño —aun estando tan repleto de morapio como para no distinguir nada— se quedó observando cómo se alejaba con paso de fantasma. Dos minutos después empezó a cantar desafinadamente una lamentable canción portuaria que se iba inventando sobre la marcha.

Cuando don Higinio llegó a la mansión, después de realizar el acto más cruel y miserable de toda su vida, se

acostó raudo y no durmió en toda la noche. Le daban escalofríos y no podía parar de moverse de un lado al otro de la cama. Había hecho muchos actos terribles cuando fue militar, pero ninguno era comparable a lo de aquella noche, y lo peor es que él lo sabía. Además, no podía quitar de su mente a un algo identificado como Dios, que lo había visto todo, y que tal vez esta misma noche, representado por un animal monstruoso, había querido rendir cuentas con él.

Hacía por lo menos seis meses desde que asomara la cabeza por el útero contraído de Irene Lopezosa. Ahora yacía bajo un sauce y llevaba allí más tiempo del que recordaba haber estado nunca solo. Lloraba a lágrima viva de frío y hambre, y en aquellos momentos, desnudo sobre la hierba algo húmeda, era la definición perfecta de la palabra indefensión.

De vez en cuando en sus lloros se podía oír un “ma-ma”, que evidentemente no recibía respuesta. El bebé llamaba a Laura, sin saber que su verdadera madre era un ser incalificable, digna sucesora de su abuelo, con el nombre de Irene

Lopezosa Quesada.

Una pequeña hormiga legionaria, que transportaba un capullo, comenzó a ascender por la barriguita del bebé, mientras movía sus imparables antenas. Se debía de haber despistado de una hilera de compañeras suyas que andaba muy cerca. El bebé se percató y cesando su llanto, la apartó de un manotazo, lanzando a la pobre hormiga a varios pasos de distancia. Luego sonrió un poquito y enseguida volvió a sentir hambre y frío y volvió a llorar insistentemente. Al rato paró su llanto porque de su minúsculo pene empezó a fluir un líquido amarillento, sin que él hubiera controlado previamente esta

circunstancia. Al notar que aquella cosa estaba caliente y le quemaba las piernas, reanudó sus lamentos y lloros.

Lo cierto es que cuando la hormiguita se marchó, el bebé no se quedó del todo sólo. Algo o alguien estaba muy cerca, observándole. Su respiración parecía la de un búfalo y levantaba las hojas del suelo en su acción. De vez en cuando se podía escuchar un gruñido sordo, como el que produce un animal endemoniado o fuera de control. No tardó aquello, fuera lo que fuera, mucho en salir de detrás del arbusto, que casi no le cubría en todo su volumen.

Se había decidido a atacar.

9

EL TONEL DEL MORIBUNDO

1

Severo y Sabino llegaron a Guardamar del Delta, uno de los muchos

puertos gurracameses que van a dar al Mediterráneo, en pocas jornadas de viaje. Las últimas etapas transcurrieron de forma tranquila, sin ningún contratiempo, a pesar de que, debido a la velocidad en que se desplazaban de un pueblo a otro —sin parar apenas para dar de beber a los caballos y para alimentarse y dormir ellos mismos—, parecían perseguidos por la justicia o que huyeran de la peste negra.

Transportaban a Mario Tolón metido en un saco bastante grande y ya empezaba a oler mal. El costal había sido utilizado originariamente para almacenar cebollas y ahora el olor de la raíz de esta planta se mezclaba con el de

la aparente mortandad del ladrón. Los dos hombres se preguntaban, a cada instante, si ya estaría muerto; aunque intuían que debía de estarlo. No se molestaron en comprobarlo ni una sola vez, a pesar de que hubo momentos en que les picaba la curiosidad y a punto estuvieron de detener su loca galopada hacia el mar para abrir el hediondo saco y ver el estado de Mario Tolón.

En uno de los puestos ambulantes del puerto de Guardamar del Delta compraron un mugriento, pesado y desequilibrado barril de segunda mano a un maestro tonelero. El comerciante, que era gordo, calvo y de manos grandes, no hizo preguntas, a pesar de que estaba

claro que Sabino y Severo no eran bodegueros, ni jamás en su vida se habían dedicado al negocio del vino. De haber conocido, aunque fuera muy poco, el mundo de la crianza y fermentación del zumo de la uva, en ningún caso habrían adquirido un barril en tan mal uso y con tan pocas propiedades envejecedoras.

Sin ninguna duda, el tonelero se alegró de quitarse de encima aquella mercancía que nunca conseguía vender. Lo había intentado en las aldeas con gentes más incultas y fáciles de engañar; y lo había hecho por todo el territorio que ocupaba Gurracam; pero era inútil. De no haberlo vendido en esta

temporada, pensaba en el próximo invierno convertirlo en mil astillas, destinadas a la chimenea de su casa en las afueras de San Josafar. Esta era la única manera que se le ocurría de darle un práctico final y así dejar de cargar con él de pueblo en pueblo para nada.

—Se llevan ustedes mi mejor tonel, señores, aunque no lo parezca. Es viejo, pero todavía cría buen vino —dijo cuando se alejaban los dos hombres cargando con el barril, aún incrédulo de que le quitaran de las manos aquella basura. Estaba claro que los compradores buscaban lo más barato, aun siendo inútil, sabe Dios por qué razón.

Los dos asesinos se cobijaron en una callejuela medio escondida del tumulto del puerto, que apestaba a orines y mostraba cagadas recientes y viejas de todo tipo de roedores. Una rata moribunda vagabundeaba por el lugar. Al entrar Severo y Sabino se escondió entre la suciedad de un rincón oscuro, dejando sólo al descubierto su hocico puntiagudo aplastado. Fue el testigo silencioso de todo.

Severo y Sabino intentaron sacar de cuajo con una palanca uno de los cabezales del barril, pero resultaba imposible. Optaron por soltar en parte los flejes externos. Luego, ayudándose con la misma palanca, aflojaron las

duelas, que parecían pegadas como si hubieran estado unidas durante siglos. De esta manera pudieron quitar la parte superior del tonel sin ningún esfuerzo. Mientras dejaban que fluyera la pestilencia a vino corrompido del interior, Severo fue a por el saco a su caballo, para meterlo finalmente en el tonel. El costal quedó enseguida impregnado del morado casi negro de la madre de las paredes del barril. Luego introdujeron el cabezal superior por el interior del tonel, llevándolo, de dentro hacía afuera, hasta que se colocó perfectamente en su sitio de ajuste. Volvieron a estrechar los flejes y apretaron con más fuerza los dos ejes

cuarterones. Las duelas volvieron a su posición original con un chasquido.

Satisfechos de su trabajo, se marcharon haciendo rodar el tonel y dejando a la rata con algo más que contar en el otro mundo de estos roedores.

2

Eligieron el barco con peor aspecto que encontraron. Se dirigieron a uno de los marineros que allí se afanaban en cargar materiales por una de las pasarelas y le comunicaron su deseo de hablar con la persona que estuviera a

cargo del navío. El hombre, de inconfundible expresión seria y adusta, se fue a buscar a su capitán de mala gana y al rato apareció con su superior, que tenía toda la pinta de un pirata mercachifle o de un buhonero saquea barcos.

—Sólo tiene que llevar este barril fuera de Gurracam. Después de todo, pone rumbo a África. ¿No es así? — comentó Severo.

—Sí, allí me dirijo. —El capitán hizo una pausa— ¿Cómo la sabe?

—Aquel mercader me lo dijo — explicó Severo, señalando a un puesto donde se vendían jarrones y vasijas de barro, usadas y nuevas.

—Está bien. Continúe —pidió el capitán, al que no parecía gustarle que se conociera con tanta facilidad su próximo destino. Su intención era recoger a la altura de Agadir un cargamento de indígenas recién atrapados que, hacinados y encadenados convenientemente en la bodega, transportaría hasta las Azores. Allí otro barco se haría cargo de la mercancía, después del pago. No era esta la ocupación que más le gustaba, pero le permitía moverse sin perjuicio de sus otras actividades de abordajes y asaltos y sacar un beneficio extra. En cualquier caso, lo que hiciera o a dónde pusiera rumbo su barco no eran temas que se

debiera saber y mucho menos comentar al primero que preguntara. Así que más tarde mandaría a alguno de su tripulación para que se encargara de que aquel vendedor de alfarería barata dejara de hablar tanto, si es que quería conservarse él y su mercancía de una pieza.

—Una vez esté en África, abandone el barril en cualquier rincón del puerto donde arribe y se olvida de él y de nosotros.

—Si acepta el encargo le daremos veinticinco alejandrinos de plata. ¿Qué le parece? Es mucho dinero por un trabajo tan fácil —dijo Sabino, ofreciendo la cantidad exacta de

monedas que había acordado días antes con su compañero.

El capitán se mesó su sucia barba de chivo y luego, muy despacio, dirigió la mirada hacia el hombre que había hablado.

—Dígame antes, ¿qué hay en el barril?

—Un hombre —replicó Sabino de forma tan natural como el que habla del tiempo.

—Ya me imaginaba que no contendría el mejor vino de esta tierra. ¿Está Muerto? —preguntó el capitán, al que nada le asombraba. Parecía como si en todo momento se hubiera imaginando que ése iba a ser el contenido.

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Bueno. Ha de estarlo. De no ser así, lo estará muy pronto. Era un bandido, un asesino y un mal nacido. Merecía morir. No lo dude. Este mundo se ha librado de un indeseable más.

Cualquier persona de bien vería extraña aquella situación: Tres hombres hablando de las bondades de quitar de en medio a los indeseables, cuando ellos mismos eran maleantes de la peor calaña. De hecho, el capitán había formado parte de la tripulación del pirata Jack Gillian El Saqueador y le había vendido a la marina española, la cual, empleando diez cañoneros, acabó

con él y su navío una mañana de invierno. Se llamaba Alexander Cliff Withers, pero era conocido por El Cortamanos, pues tenía la costumbre de amputar esta parte del cuerpo de todo aquel que le traicionara, para luego abandonarlo en el mar. A pesar de sus innumerables fechorías no era demasiado conocido en Gurracam y hasta cierto punto, en aquel puerto de Guardamar del Delta, siempre se sentía seguro.

—¿Era un hombre rico? ¿Poderoso?
—quiso saber en capitán Alexander Cliff Withers.

—No. Claro que no. —Sabino hizo una corta pausa como si le fastidiara

tener que explicar algo que su interlocutor ya debería de conocer—. Le repito que era un ladrón.

—Robó, maltrató y violó a la hija de nuestro patrón. Ésa es toda la historia — concluyó Severo, diciendo más mentiras que verdades.

—Ya veo. — El Cortamanos volvió a mesarse la barba, mirando como si hubiera descubierto algo que Sabino o Severo le ocultaran—. Entonces el poderoso es vuestro jefe. ¿Quién os envía?

—Eso no le incumbe.

—Me gusta saber para quién trabajo.

—Si acepta el encargo, estará trabajando para nosotros.

—Mi buen amigo, usted y ése que le acompaña no son más que un par de asesinos a los que ordena alguien todavía peor. Ese alguien podría ser peligroso para mí. ¿No les parece razonable lo que digo? —explicó el capitán, demostrando su facilidad de palabra.

—No debe de preocuparse.

El Cortamano, otra vez, se empezó a mesar la barba pensativo, en un acto que sabía de sobra que molestaba a la mayoría de las personas.

—Espero que sepa darme una respuesta un poco más convincente —dijo a la vez que endurecía su rostro.

Severo no tuvo más remedio que

hablar:

—Don Higinio Lopezosa Quesada. Él es el que os va a pagar el trabajo.

—No he oído ese nombre en mi vida —señaló pensativo—. ¿Alguno de vosotros sabe quién es?

Los marineros de su alrededor tampoco conocían al militar retirado.

—¿Desde dónde vienen? —quiso saber el capitán.

—De La Alpurria de... —Sabino propinó un codazo a Severo, indicándole de esta manera que empezaba a hablar demasiado.

—¿Qué le importa a usted de dónde vengamos? Dentro del barril hay un hombre. No importa quién sea ni si

merecía morir... —dijo Sabino intentando continuar la conversación por otro lado.

—En verdad a mí me da igual quién fuera el muerto, cómo si es su serenísima Majestad el Rey de Gurracam —aseguró el capitán soltando una carcajada que fue acompañada por el resto de sus secuaces.— En fin, no conozco a ningún don Higinio. Debe de ser un vulgar ricacho de pueblo de tierra adentro, con la cabeza y la panza bien repletas de grasa. ¿Me equivoco?

—¿Le interesa el encargo o no? —dijo Sabino, harto de aquel interrogatorio.

—Por supuesto, pero ya que estamos

hablando de no dejar rastro de una persona, deberán ser más generosos, caballeros —propuso el pirata, con su verborrea y ademanes de vendedor de baratijas.

—Muy bien. Le daré treinta alejandrinos de plata, pero no más. Es justo.

—Sólo me lo llevaré de aquí por cien.

—¡Cien!

—Veo que tienen buen oído. Les felicito. Sí. Cien he dicho y sólo con cien habrá trato. Así de sencillo.

Severo se quedó pensativo y por fin exclamó:

—¡Pues no hay trato! El puerto está

lleno de barcos.

—¿No pensáis regatear conmigo? —preguntó El Cortamanos como si el hecho de no hacerlo fuera una especie de abominable sacrilegio.

—De ningún modo. Treinta monedas de plata es recompensa más que suficiente. Si usted no las acepta, pierde un negocio sencillo y sobradamente pagado. Algún otro de los que por aquí tienen fondeado su barco estará dispuesto a ganarse el dinero que ofrezco de una manera más honrada que usted.

—¿Honrada? —preguntó el capitán como si no supiera el significado y alcance de aquella palabra, y no

entendiera tampoco cómo podía formar parte del vocabulario de aquellos dos hombres.

Severo y Sabino no querían seguir con aquella conversación de modo que se despidieron con un gesto de la cara y dando media vuelta se dispusieron a alejarse, pero antes de que pudieran completar un par de pasos el capitán quiso decirles algo más:

—Escúchenme, caballeros. No se marchen tan deprisa. Verán... Yo he negociado con hombres más y menos listos que ustedes dos. Con todos he llegado a acuerdos interesantes para ambas partes. Sólo hay que hablar razonablemente. Nada más.

Severo y Sabino callaban, así que el capitán prosiguió con su discurso:

—Pero ya que no quieren negociar, tendré que imponer mis propias condiciones. —Hizo una pausa—. Ésta es la situación: en cuanto se alejen más de cuatro zancadas de mi barco, estos hombres que pueden ver a mi alrededor se encargaran de apresarles y junto con el condenado barril serán metidos en el barco, eso sí, muy amablemente —dijo con una brutal ironía—. Mañana, en alta mar, irán a parar al fondo del Mediterráneo, atados a su buen amigo el muerto. Por supuesto que antes de que caigan accidentalmente por la borda y sirvan de comida a los peces, les

robaremos todo lo que tengan... Los treinta míseros alejandrinos que nos ofrecen y el resto de sus dineros... Ah, y también la honra; por aquí, si es necesario, contamos con voluntarios que no hacen ascos a nada...

Hizo una larga pausa escrutando la cara de sus interlocutores.

—Y, ahora, ¿les parecen justas las cien monedas? —amenazó mientras sus subordinados malolientes rodeaban a los dos asesinos.

—¡Es usted un hijo de puta indigno de gobernar un barco! —le espetó Severo echándose mano al cinto y comprobando muy a su pesar que no transportaba su pistola.

El capitán sonrió con malicia, en parte porque la frase que acababa de escuchar resultaba un tanto infantil e impropia, habida cuenta del personal que allí estaba reunido. Sin darle mayor importancia siguió con lo que estaba contando, de modo que no pareció que le hubieran interrumpido e insultado.

—Incluso ahora mismo les podríamos quitar todo lo que llevan encima y les aseguro que nadie en este maldito puerto movería un dedo para ayudarles. —El capitán calló un largo rato en espera de que los dos hombres asimularan cuál era su situación—. Pero somos buena gente. —Los piratas rieron como hienas—. Jamás robaríamos a señores tan

distinguidos si se mostraran razonables con nosotros. Sólo pedimos el precio justo por el trabajo.

En ese momento los piratas que observaban la escena cerraron aún más el círculo entorno a los dos asesinos. Un hombre de dos metros y más de ciento cuarenta kilos de músculo agarró por los brazos a Severo y le empezó a olisquear el cuello. Tenía la cara arrasada por tatuajes geométricos y una cicatriz que empezaba en la ceja izquierda y rodeaba su cráneo rasurado hasta llegar a la oreja derecha.

—¡Bunta, no molestes a estos caballeros!

El pirata brutal soltó a Severo de

inmediato, pero se quedó a su lado, pendiente de cualquier orden del capitán.

—Discúlpenle, en su tierra de origen se huelen los unos a los otros en señal de saludo. No teman, Bunta es un buen marinero, leal y obediente. Si le ordenara que se pusiera a cuatro patas y que ladrara, lo haría sin rechistar. Por otro lado, ahora que lo pienso, si le dijera que os partiera el cuello también lo haría al instante. Y además con gusto. Otra costumbre en su tribu. Ven los tatuajes de la cara. Cada figurita es un cuello partido de un enemigo. Pero en fin, no quiero aburrirlos con estos detalles. ¿De qué hablábamos? Ah sí,

me decían que iban a pagarme 100 alejandrinos de plata...

Sabino, vista la situación, pagó sin rechistar.

El capitán cogió ávido el dinero. Gracias a su instinto de mercachifle, al tiempo que se tardó en contar todo y al nerviosismo que demostraba el pagador, el capitán supo que tenían muchas más monedas de las que en un principio se imaginó. Sin mostrar ni por un momento sus pensamientos, dejando en su cara la ya familiar mueca de tiburón, mandó a tres de sus hombres que subieran el barril a bordo con un simple movimiento de la cabeza.

—Ha sido un placer hacer negocios

con ustedes, caballeros. No teman por su encargo. Será realizado según sus instrucciones —dijo a modo de despedida el capitán, con una sonrisa burlona que dejaba ver sus negros, picados y pestilentes dientes—. Espero volver a verles para otros asuntos que nos beneficien más a todos.

El Cortamanos dio media vuelta y subió a su barco. Mientras, Sabino y Severo se marcharon bajo la mirada mortífera de la tripulación, y recibiendo más de un empujón —supuestamente amigable— de alguno de ellos.

El pirata, ya en su camarote, ordenó a dos de sus mejores hombres que persiguieran a Sabino y Severo y en

cuanto tuvieran ocasión y no hubiera nadie que pudiera delatarles, les mataran y robaran el resto de su dinero.

3

—Te has dado cuenta que nos persiguen dos hombres —hizo notar Sabino a su compañero.

—Sí —fue la rápida respuesta de Severo, que parecía haber estado a punto de decir lo mismo—. Esos dos llevan mucho tiempo detrás de nosotros y no nos adelantan a pesar de llevar buenos caballos.

—Es muy raro.

—Yo creo que están esperando a que salgamos a campo descubierto.

—¿Qué piensas que quieren de nosotros?

—Robarnos o matarnos. No lo sé.

—Me parece haberlos visto en el barco.

—Puede ser. Desde luego no parecen gente decente.

Encaminaron sus caballos por una callejuela y haciendo disminuir el paso de sus monturas continuaron el camino. Al poco rato aparecieron los dos jinetes con el mismo aire despistado.

—Vamos a parar en aquella posada —propuso Severo en cuanto volvieron a estar en la calle principal de Guardamar

del Delta.

—De acuerdo.

Una vez atados los caballos entraron en la posada del Ternero Engordado. Por el suelo del local no era difícil ver corretear alegremente gordas cucarachas negras, y Severo, tras sentarse delante de una mesa, pisó a una que, por el tamaño y contenido de su interior, debía de ser la más desarrollada del lugar. Los dos piratas, mientras tanto, pasaron de largo sin mirar la puerta del mesón. Llevaban la vista al frente y no parecían dar importancia a lo que ocurría a su alrededor.

Severo y Sabino tardaron al menos diez minutos, de forma voluntaria, en

tomarse cuatro espumosas jarras de cerveza. El líquido con aroma a lúpulo les entraba a duras penas en el cuerpo porque no tenían ninguna gana de beber y, además, las cervezas estaban calientes y extrañamente espesas, motivos por los cuales no apuraron las últimas jarras. Pagaron, salieron al exterior escudriñando en todas las direcciones con cara de no fiarse de nada ni de nadie y se montaron en sus caballos con mucha parsimonia. Al poco rato de andar empezaron a coger confianza. No había ni rastro de aquellos hombres que parecían perseguirles.

De Guardamar del Delta no se veía más que el campanario de la Iglesia de

La Santa Virgen de los Océanos, con un reluciente mar de tonalidades azul claro al fondo, cuando entonces, como si hubieran aparecido de la nada, los dos jinetes volvieron a estar detrás de ellos. En realidad, en el momento que salieron de la posada, los piratas reanudaron la persecución, pero a mucha mayor distancia y escondiéndose y disimulando mejor.

Severo y Sabino hicieron que sus animales galoparan más aprisa, pero los piratas también espolearon sus caballos, de forma que no se despegaban de ellos, siempre dejándoles unas docenas de metros de distancia de separación. Por fin, los piratas hicieron correr de verdad

a sus caballos, dispuestos a coger a sus perseguidos.

El hombre que poseía una pistola Barne se dio cuenta de que aquellos jinetes les estaban dando alcance y sacándola de sus alforjas, se dio la vuelta y la usó rápida y certeramente, a pesar de que estaba en movimiento. Uno de los piratas cayó al suelo por el impacto de bala en su cuerpo y el otro se frenó de inmediato.

—Así aprenderán.

Rieron Sabino y Severo satisfechos.

—¡Buen disparo! Ésos ya no nos persiguen más.

—Uno de ellos, cuanto menos, tendrá que hacerlo con más plomo del debido

—sentenció Severo a la vez que devolvía la pistola a las alforjas.

—No les debió de parecer bastante los cien alejandrinos de plata a los cabrones.

Se alejaron al galope dejando una enorme columna de polvo tras de sí. El pirata que no estaba herido siguió la estela con la mirada hasta que se esfumó.

10

LA DECISIÓN DE DON HIGINIO

1

A la mañana siguiente de abandonar al niño en el Bosque del Sauce

Quemado, don Higinio fue a la cocina —donde se desayunaba— totalmente desencajado. No probó bocado. Se sentó a esperar mientras miraba fijamente a la pared encalada de blanco. Al momento llegó Irene, recién lavada y perfumada, y vestida con ropa de salir. Parecía tener la misma alegría en el cuerpo que cualquier otra mañana, tal vez porque tras el desayuno pensaba ir a alguna de esas aventuras suyas que duraban todo el día y, a veces, parte de la noche. Se sentó tranquilamente en su silla habitual.

—Buenos días, padre.

No hubo respuesta.

—¿Qué tal fue todo en el bosque?

Don Higinio guardó silencio unos

instantes, mirándola con furia; luego se levantó y la cogió fuertemente de un hombro. Casi provocándola dolor.

—He pensado mucho en ti, hija. Tus costumbres son funestas. No sé cómo has podido llegar a tenerlas, ni me importa, pues ya da igual. —Don Higinio agitó la cabeza en un claro gesto de pesadumbre y fue directo al grano—: Lo cierto es que eres un mal ejemplo para tu hermana.

—¡Qué! —exclamó Irene Lopezosa que en verdad quería a Laura, aunque a su modo.

—Sí —dijo sin hacer ningún caso a la ofendida exclamación de su primogénita—. Eres cruel y malvada.

Tienes una actitud impropia de la dama que yo siempre quise que fueras. Impones tu voluntad sin calcular el daño que haces, y lo que es peor, sin medir el perjuicio que ocasionas a tu propia familia. —Señaló a su hija con un dedo—. Lo de dejar al niño ha sido... Ha sido...

—¡Basta ya de tonterías! —interrumpió Irene furiosa, que no admitía críticas y no se esperaba semejante discurso nada más empezar el día—. De manera que soy cruel y malvada. Desde luego tengo un buen maestro en usted, padre. Sabed que todo lo que habéis dicho os describe mejor a usted que a mí —dijo, quitándose la mano de don

Higinio del hombro con un fuerte empujón.

—¡Cómo te atreves... ! —fue la ofendida respuesta.

—Usted, querido padre —replicó Irene con su ironía de siempre— no es el más indicado para hablar de bondades ni de comportamientos ejemplares... Al menos, es lo que a mí me parece.

—¡Calla, no quiero escucharte!

—¡Pues lo va a hacer! ¿Sabe a cuántas familias ha dejado en la miseria? ¡Lo sabe! ¿Y para qué? : Para seguir explotando esas podridas tierras tuyas, que deben de estar más yermas que su cabeza, padre, donde ni siquiera

crece ya el pelo...

A don Higinio no le gustó esta última observación sobre su incipiente calva, pero no pudo parar a su hija, que estaba decidida a contar todo:

—Acaso le ha importado que después de quitarles hasta la última de sus pertenencias, toda esa gente se muriera de hambre.

—Solamente he cobrado lo que era justo. Lo que se me debía —replicó el antiguo militar en un tono que quería dar veracidad a un hecho que era del todo falso.

—Ya —dijo Irene escéptica—. Y ¿cuántos hombres han resultado apaleados o muertos por orden suya?

¿Cuántos?

—¡Tú qué sabes de eso... !

—Más de lo que usted cree... Y ¿qué me dice de lo que ha hecho esta noche? ¿Eh? ¿Por qué no ha dado otra opción para solucionar lo del maldito niño? ¿Por qué no se ha quedado con él? Acaso me puede dar lecciones alguien que ha abandonado a un niño en un bosque —soltó Irene de un tirón como si hubiera ensayado las últimas preguntas previamente.

—Lo del niño fue idea tuya...

—Sí. Fue una idea que creo recordar que usted reconoció cómo la única razonable.

—¡Cállate! Debería pegarte una

paliza ahora mismo...

—¿Qué os parece golpear mi cabeza contra una mesa? —propuso Irene señalando la parte de su cara donde había lucido, meses antes, una fea cicatriz por esa causa.

Laura ya debería de haber acudido a desayunar, pero aún no había hecho acto de presencia. Ninguno de los dos parecía echarla de menos.

—¿Has terminado? —dijo Don Higinio conteniéndose. Miraba con furia a su hija, que estaba congestionada y eufórica, después de haberle dicho a la cara tantas verdades. Con qué saña la habría azotado un día antes por la mitad de aquellas palabras, pero hoy el

antiguo guardia alguacil no se sentía con fuerzas para castigarla físicamente.

Irene Lopezosa respondió de inmediato a su padre:

—No, no he acabado. Podría seguir. Hay mucho que contar sobre su vida, padre. Pero no merece la pena. Usted se conoce mejor que yo.

—Todo lo he hecho por ti y por tu hermana, y lo sabes, además. Eres injusta conmigo. Deberías estar agradecida.

—Bueno, pues muchas gracias. Es usted muy bueno. El perfecto padre que toda mujer quisiera tener de niña...

—¿Te parece bien burlarte de tu anciano padre?

—Sí, me parece bien —fue la desvergonzada respuesta.

Aquello fue demasiado.

—Jamás admití semejante falta de respeto de nadie, y no va a ser hoy cuando empiece a...

—A qué espera entonces para darme una paliza —interrumpió Irene—. No es así, padre, como se gana su respeto.

El antiguo militar volvió a contenerse. Sabía que el hecho de azotar a su hija era el final de todas sus discusiones, y hoy tenía mucho que decirle.

—No te voy a castigar porque ya de nada sirve —admitió Don Higinio—. Esto es lo que te ordeno que hagas a

partir de este momento: has de buscar un marido y casarte. Si no me respetas en esta casa, estás de más.

—¡Haré lo que yo quiera, padre!

—Tu deber como mujer es servir a un esposo y cuidar de los hijos que te quiera dar. Obedecerle y dejarte hacer, para así ir por el buen camino. Por el que recorre cualquier dama respetable de Gurracam.

—No se canse padre. Todo eso ya me lo sé.

—Tus aventuras, y sobre todo ahora que parece que hemos acabado por fin con el asunto del niño, deben de cesar ya —prosiguió Don Higinio sin escuchar a su hija—. No puedes seguir actuando

así toda tu vida. Estás ensuciando mi buen nombre, el de tu difunta madre, el de tu hermana y el de todo nuestro linaje. Has de encontrar un esposo cuanto antes. Con todos los hombres con los que has debido de estar, no te ha de ser difícil escoger uno. Cuida de que sea un hombre digno de mí... y también de ti, si es que te queda dignidad.

—Lo que usted diga —contestó Irene sabiendo que no iba a obedecer—. Y ¿cuántos años me da de plazo?

—No te doy plazo ninguno, pero si entiendo que te estás demorando, yo mismo me encargaré de buscarlo.

Irene dejó sus preguntas, que parecían hechas para ganar tiempo, y otra vez

cortó por lo sano:

—No pienso casarme nunca, padre.
¡Se entera!

—¡El deber de una mujer decente es casarse y criar a sus hijos! —repitió el padre, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. La mujer debe de ser buena, cumplir sin rechistar la voluntad de su esposo y servirle con humildad y abnegación. Sólo así se alcanza la felicidad en el matrimonio —cacareó, explicando algo que por lo menos para él era irrefutable.

—¿La felicidad de quién... ?

—Del marido y de la esposa, por supuesto —explicó resignado don Higinio—. Esto ha venido siendo así

desde siempre. La mujer está al servicio del buen criterio de su marido. Ésta es una de las pocas cosas que tú, como mujer y dama, deberías saber y acatar gustosa; pero todo lo tienes que hacer a tu manera —y prosiguió—: ¡Ah, y una moza decente debe conservarse virgen y pura hasta el matrimonio! Pero esto, me temo, ya no lo podemos solucionar.

Laura seguía sin aparecer por la sala.

—Haré lo que quiera, padre —repitió Irene por segunda vez—, y no será usted precisamente el que lo evite. Ya no ordena sobre mí. Ya no soy una niña pequeña temerosa de los castigos de un padre disfrazado de soldado. Hace mucho tiempo que abandonó el ejército,

y yo, desde luego, nunca he sido uno de los guardias alguaciles a sus órdenes.

—¡Eres una deslenguada! Me debes un respeto como padre.

—No pienso decirlo más: ¡Yo no obedezco a ningún hombre, y menos a un esposo! ¡No voy a casarme y no hay nada más que discutir! Busque si quiere a algún desgraciado que me despose, y le aseguro que en menos de diez días me encargaré de ser una pobre viuda. — Hizo una pausa—. Ah, otra cosa: ¡No le debo nada! Y menos un respeto que no se ha ganado nunca.

—Ésta es tu última palabra.

—¡Sí!

—Muy bien. Veo entonces que no me

he equivocado en mi decisión.

—¿Qué decisión?

Don Higinio calló, manteniendo así de forma voluntaria la intriga. En su cara volvió a relucir su mueca de superioridad, como si le hablara a un antiguo oficial inferior recién llegado a su cuartel de San Josafar.

—¡Hable de una vez! ¿Qué decisión?

Pero don Higinio parecía querer tomarse su tiempo.

2

Laura seguía sin aparecer por la cocina. Era muy raro, pues nunca había

sido remolona para levantarse de su magnífica cama de cuatro pilares. Además, siempre aseguraba que la hora del desayuno era, con mucha diferencia, una de sus preferidas del día.

Nadie parecía darse cuenta de la falta de Laura, sobre todo Irene que estaba a punto de estallar de impaciencia, sabedora de que las decisiones que tomaba su padre eran siempre de temer.

El antiguo militar por fin habló:

—Vas a ser internada en el convento de la santísima virgen María de los...

—¡Qué! —interrumpió Irene al antiguo guardia alguacil, pálida del asombro.

—¡Ya lo has escuchado! También

quiero que sepas que lo hago por el bien de la familia y el tuyo propio.

—¡No lo conseguirá! ¡Antes me escaparé!

—No irás a ningún lado —dijo don Higinio sujetando férreamente a su hija por un brazo—, ¡porque partes ahora mismo!

—¡Soltadme! ¡No se atreva a tocarme! —exigió sin éxito Irene, mientras don Higinio llamaba a los tres criados más fuertes de la casa, que ya sabían que serían requeridos durante el transcurso de la mañana para la nada envidiable misión de sujetar y transportar a la salida de la mansión a una Irene absolutamente fuera de sí.

—¡Quieta! No lo hagas más difícil...
—le dijo su padre justo antes de que mediante un rabioso codazo lograra soltarse de él. Corrió buscando la salida trasera de la casa, pero en su carrera se fue a dar de bruces con los criados que venían a la llamada de don Higinio. Los tres empleados se llevaron una buena ración de patadas y arañazos pero consiguieron conducirla hasta la puerta principal de la mansión, dejando tras de sí un reguero de muebles volcados contra el suelo. En el exterior esperaba una carroza. El cochero y dos hombres, fuertes y entrenados en la disciplina de inmovilizar personas, dieron el relevo a los criados. A pesar de que todo estaba

en contra de Irene, ésta se dio buena maña para entorpecer el trabajo de meterla en el interior del vehículo. Así, el más alto de los dos hombres que llevaban en volandas a la mujer, recibió un mordisco, pero ya fuera por la costumbre o por su fortaleza, no se preocupó de la herida hasta que la fiera quedó detrás de la puerta del coche de caballos, con la cerradura y los candados bien cerrados.

Por dentro el carruaje era como una jaula. En las paredes había planchas de acero y en la ventana de la única puerta se disponían férreamente cuatro barrotes, algo oxidados. Olía a la fragancia de los animales salvajes

mezclada con la de su propia orina. La suciedad era de todo tipo.

—Ya está, señor —dijo el cochero a don Higinio.

—Hay tiene su salario —contestó, entregándole dos bolsas pequeñas de alejandrinos de plata—. Espero que no se desvíen en su camino.

—No se preocupe. Sabemos hacer nuestro trabajo. Hasta el convento no pararemos ni para echar una meada... —sentenció dando media vuelta y dirigiéndose a su vehículo.

A don Higinio no le gustó la forma en que hablaba el cochero, pero no le preocupó demasiado. Aquel hombre haría bien su trabajo porque don Higinio

se lo mandaba y si no cumplía sólo podía ser porque le tenía poco aprecio a la vida.

El cochero subió al pescante. Los dos hombres que habían metido a Irene Lopezosa en el interior de la carroza montaron en sus caballos. Uno de ellos se lamía despreocupado un arañazo en el brazo.

—¡Arreee... ! —gritó el conductor del vehículo con las manos fuertemente agarradas a las riendas y en cuestión de segundos el coche de caballos partió con los dos hombres detrás, escoltándolo.

—Adiós, hija. Sé que con el tiempo me lo agradecerás —susurró don

Higinio, sin ser escuchado por nadie.

Irene Lopezosa, durante la primera parte del viaje, golpeó las paredes de la carroza con sus piernas, brazos y hasta cabeza, a la vez que la ira le hacía echar espuma gris por la boca. Todo aquello le había pillado por sorpresa y no había sabido reaccionar con todo su infernal potencial, y ahora ¡ya era tarde!

Al cabo de veinte minutos cesó en su empeño muy cansada y con todo el cuerpo magullado. Había hecho alguna nueva abolladura en las paredes del coche de caballos, pero daba igual, pues las que tenía de antes eran incontables y nadie reparaba en ello.

La primogénita de don Higinio,

finalmente, se sentó apoyada en la puerta de aquella jaula rodante y traqueteante, donde cada piedra o bache del camino multiplicaba por diez su efecto en el interior. Se mordió los labios e intentó aguantar el dolor interno de su rabia, pero no podía. Presa de su propia exasperación comenzó a romperse, entre gritos endemoniados, su vestido de princesa, que terminó sucio y hecho jirones.

3

A pesar de todo el escándalo ocasionado en la mansión aquella

mañana Laura no parecía haberse dado cuenta. Don Higinio reparó en ello justo cuando retornaba a la cocina y evaluaba el estropicio causado por Irene. Esquivando a las criadas que intentaban componer los muebles con más buena intención que resultados llegó hasta la escalera y subió al piso superior muy extrañado. Golpeó la puerta de la habitación de su hija en espera de respuesta. Tras un minuto de silencio entró en la estancia.

Allí no había nadie.

11

CONVERSACIÓN EN LA PENUMBRA

1

Sabino y Severo dejaron atrás
Fuendeltonto y Ciudad Retortillo. Cerca

de Cabañas de Fuentebabila decidieron acampar y pasar la noche. Empezaba a oscurecer y el castillo del siglo XII cercano a Cabañas se veía desde allí, envuelto en un escalofriante halo de misterio nocturno, que Severo y Sabino no captaron en ningún momento. Se aseguraba que la fortaleza había sido controlada por los seguidores del Catarismo, a pesar de que este culto jamás se dio por estos lares. De hecho, ninguna cruzada llegó hasta aquí, fuera ordenada por Inocencio III o por cualquier otro. También se decía que el primer morador fue el mismísimo Diablo, y que fue él y no un ser humano el que lo había mandado construir. La

misión de la, en otro tiempo, impresionante fortaleza era almacenar en su interior la famosa copa tallada a partir de una esmeralda caída de la frente de Lucifer. Este supuesto grial debió de ser robado hacía siglos, como todo lo demás del castillo, pues en el interior sólo se podía encontrar polvo y ruina... A pesar de ello las gentes creían que los más de cien crímenes que se habían contado en las afueras del castillo eran a causa de la influencia maligna de Belcebú, que jamás había dejado de rondar por allí... Cabañas de Fuentebabila era tierra de gentes con desbordante y siniestra imaginación.

Los dos asesinos encendieron un

fuego, más porque no se acercaran los animales nocturnos que por el frío que en realidad hacía. Cenaron cuatro rebanadas de un pan que contaba con una vida superior a los ocho días, acompañadas de un trozo de jamón, duro como una piedra, al que primero tuvieron que raspar el moho. Finalmente regaron los pobres alimentos con un vino tinto que por el traqueteo de los caballos estaba mezclado con su propia madre, lo que le hacía espeso y hartamente desagradable. Mientras comían hablaron de lo ricos que iban a ser cuando llegaran a La Alpurria del Campo y recordaron viejos e incalificables desaguizados, fechorías y salvajadas.

—Con el dinero que nos va a pagar don Higinio pienso dejar la vida que llevamos. Empiezo a estar cansado — dijo de repente Severo, sin venir a cuento.

—No puedes decir eso en serio — replicó Sabino tras unos momentos de silencio y sorpresa. Por alguna razón se temía algo de todo aquello pero no pensaba que las futuras intenciones de su amigo fueran así de tajantes.

Los dos amigos callaron mirando al fuego. Por fin Sabino dijo:

—Te debes de estar haciendo viejo.

—Precisamente por eso. No me veo con la edad de don Higinio y llevando esta vida...

—Bueno, para esa edad todavía nos queda mucho.

—Tal vez, si seguimos así, no lleguemos a ser tan viejos —hizo notar Severo a su compañero, señalándole con su trozo de jamón.

—Hasta ahora nos hemos sabido defender.

—Sí, pero no negaras que hoy...

—Acaso esa pandilla de hijos de mala madre te han acobardado. — Sabino rió divertido—. No podían con nosotros. Eran simples marinos. ¡Fanfarrones!

—Hoy, si hubieran querido nos habrían matado entre todos —fue la seca respuesta—. Eran más de veinte y gente

fuerte y sin escrúpulos. Por supuesto que cuatro o cinco se habrían venido con nosotros al infierno, pero...

Tras las últimas palabras pronunciadas por Severo se levantó una extraña corriente de viento, que silbó como si hubiera mentado algo que allí fuera prohibido. Sabino no pareció notar nada y dijo tranquilamente:

—Muerto el primero los demás habrían salido huyendo como conejos.

—Sinceramente, no lo creo. Desde el capitán hasta el último grumete iba armado hasta los dientes. Las muertes de sus compañeros les habrían enfurecido aún más. —Severo mordió un buen pedazo de pan correoso—. ¿A cuántos

habrías eliminado antes de que pudieran contigo?

Sabino se calló preocupado. Una ligera brisa hizo moverse las llamas del fuego. Saltó un ascua fuera del círculo de piedras donde se quemaban mezclados varios troncos de madera de pino y encina. Sabino escupió al fuego. Luego pisó el trocito de madera incandescente mientras decía:

—En cualquier caso, estamos lejos de casa...

—¿Y qué?

—Allí todo es diferente... Los de nuestra calaña nos conocemos. A nosotros nos respetan.

—Quién mal anda, mal acaba... Lo

decía tu padre —prosiguió Severo, que no parecía convencerle el argumento que le proponía su compañero. Tampoco de joven debieron de satisfacerle los buenos consejos del padre de su amigo.

—Ése es un refrán estúpido —protestó Sabino.

—Quizá, pero... Estoy seguro de que con el tiempo daremos con alguien más fuerte o más listo que nosotros y nos quitará de en medio. Yo no pienso esperar ese momento.

—¡Exageras! —Sabino hizo un gesto con la mano. Era el ademán que utilizaba siempre que quería desechar un tema—. A cualquier hombre, por fuerte que sea, se le termina su fuerza cuando

habla tu barne.

—Sabes que cada vez hay más armas de fuego rondando por todos lados. Te acuerdas lo que me costó hacerme con mi pistola... ahora no me llevaría ni una mañana. Hasta en el mercadillo de La Alpurria puedes conseguir una.

—No será para tanto.

—He visto a más de un comerciante con el mostrador lleno de frutas o trapos, pero con más de veinte armas de fuego para vender debajo de las manzanas, las peras, los paños y los tejidos. Sé perfectamente que tipos son los que te pueden suministrar un buen arma, y como yo el resto de la gente. — Severo lanzó al aire un resoplido de

fastidio—. Las cosas ya no se resuelven por la fuerza o con una espada, como antes. Con las pistolas y los arcabuces cualquiera puede defenderse. Ya es hora de que empecemos a reflexionar sobre todo esto...

—Muy bien, si te tranquiliza, a partir de ahora cuidaremos más lo que hacemos y con quién.

—Con eso sólo retrasamos el momento fatídico. Cualquiera día iremos a dar una paliza a un desgraciado que haya molestado a don Higinio, y nos abrirán la cabeza de un par de tiros.

—¿Crees que debemos armarnos mejor? —preguntó Sabino, que no parecía querer entender a su compañero.

—No, no es eso. Mira, no insistas con este tema. Pienso dejarlo. Está decidido. La recompensa de don Higinio puede darme para hacer muchas cosas si me lo propongo.

—En fin, tú sabrás... Pero los alejandrinos de plata no te van a durar toda la vida. Tú y yo sabemos que se gastan rápido.

—Sí, eso es cierto —admitió Severo, mirando fijamente a la hoguera.

—Y, ¿qué piensas hacer entonces?

—Voy a marcharme de la Alpurria del Campo y lejos, muy lejos, empezar una nueva vida.

—¡Una nueva vida! —exclamó Sabino con perplejidad—. Te vas a

casar tal vez o te vas a dedicar a trabajar en el campo. O no, mucho mejor: vas a cuidar cerdos y vacas. ¡Qué tontería es ésta! ¿Estás hablando en serio o en broma?

—Muy en serio. Quizá abra una posada... no sé.

—¡Tú estás loco! No te veo de posadero y mucho menos siendo honrado.

—Un posadero no tiene porque ser honrado, como bien sabes Sabino. Además, yo sólo pondré el dinero para construir la posada y serán otros los que la trabajen. Yo iré a recoger las ganancias.

—No te creía tan iluso. Te engañarán

y te robarán...

—No lo creo, pues el primero que lo intente será hombre muerto...

—Es decir, que seguirás igual que hasta ahora —replicó Sabino de forma muy aguda.

—No, porque será otro el encargado de dar muerte —precisó Severo.

Sabino volvió a escupir al fuego. Miró a los ojos a su compañero.

—¿Te vas a convertir en lo mismo que es don Higinio, pero en otro lugar?

—Llámalo como quieras... —respondió Severo sosteniendo la mirada de Sabino.

—Me parece que ves las cosas muy fáciles de hacer.

—Tal vez. Pero está decidido. Me iré... Lo de la posada es una de tantas ideas que me rondan por la cabeza...

—No te voy a pedir que me cuentes esas otras ideas, pues creo que serán tan absurdas como la de la posada...

—Muy bien. No te las cuento.

Sabino Olozaga Carpio de Villaquirán observó al que había sido su mejor amigo, la persona en cuyas propias manos habría puesto el destino de su vida, y se le antojó que hoy era un auténtico desconocido.

—Más vale que olvides tus ideas — le dijo sinceramente—, y te quedes donde tienes algo que hacer, aunque no sea muy bien visto.

—No, no me quedaré —respondió Severo ceñudo—. En La Alpurria todos nos consideran unos matones. Cada vez nos miran con peores ojos. Nadie se fía de nosotros.

—Sí, pero nos respetan. Nos temen; y hacen bien en no fiarse —bromeó Sabino, aunque a Severo no parecía hacerle gracia, de manera que habló en otro tono—: Estoy seguro de que en la Alpurria don Higinio te ayudaría a que tu posada fuera rentable.

—Sí. De eso no te quepa la menor duda —señaló, mientras removía el rescoldo con un palo—. De esa forma seguiría estando cerca de él para que continuara encomendándome sus ajustes

de cuentas. —Eché un grueso y seco tronco de encina en el agujero que había hecho entre las ascuas—. No me interesa. No quiero saber nada más de don Higinio. Te das cuenta que nuestra vida en los últimos quince o veinte años ha estado a expensas de lo que nos mandara hacer ese individuo.

—Pero siempre nos ha pagado... y generosamente, por cierto.

—Sí, pero crees que si nos encierran en un calabozo, don Higinio movería algún dedo para sacarnos.

—No haría nada probablemente, pero esto es parte de nuestro pacto. —Sabino bebió un largo trago de la botella de vino que compartía con su amigo—.

Nadie debe saber quién nos manda.

—Al capitán del barco se lo hemos dicho.

—Ése no hablará. De hecho no creo que se acuerde ya de la conversación que hemos mantenido.

—No sé, no sé... En fin, yo quiero acabar...

—Como quieras, como quieras... pero yo en tu lugar dejaría de pensar en cosas raras de momento... ¿Cuál será la reacción de don Higinio cuando lo sepa?

—Me da igual —fue la sincera respuesta de Severo.

—Pero a mí no.

—Tal vez no se entere.

—¡Qué tontería! El día que nos

mande llamar para otro trabajo, y sólo aparezca yo, de verdad crees que no se va a dar cuenta que no estás... Está viejo, pero no hasta ese punto.

—Bueno, algo inventarás tú.

—Amigo mío, o mucho me equivoco o me estás intentado cargar un muerto.

—¡Ya estoy harto! Ese hombre no es nuestro amo. No le debemos nada. Ni dinero ni obediencia. No somos ni sus esclavos ni sus empleados...

—De vez en cuando nos da trabajo.

—Tú lo has dicho: de vez en cuando. Sólo de vez en cuando. Por tanto, no estamos obligados a nada. —Severo no quiso seguir por ese camino, suspiró profundamente y cambió de tema—: Y

tú, ¿qué vas a hacer con tu parte del dinero?

—Pues no lo he pensado todavía, pero ten por seguro que algo se irá en putas.

Rió Sabino recordando a dos que lucían culo amplio y tetas todavía erguidas, a pesar de sus muchos años de oficio y de edad.

—Y si don Higinio te deja de dar encargos, ¿qué harás? —preguntó Severo.

—Siempre hay algo. Don Higinio es un hombre importante. Amenazas, asesinatos, palizas, quemar algún pajar, raptar algún niño... Siempre habrá algo —repitió Sabino, convencido de que

nunca le iba a faltar este tipo de faenas. Después apuró el resto del vino que quedaba, no dejando ni una gota de líquido ni una pizca de madre.

—Y si se cansa de ti. Si llega alguien aún más efectivo que tú...

—¿Por qué se iba a cansar? Yo siempre le he sido fiel, igual que tú... — Hizo una significativa pausa—. Por lo menos hasta ahora. Don Higinio puede ser muchas cosas, pero no traiciona a sus fieles... Aunque el que llegue sea mejor.

—Y si decide marcharse a la otra punta de Gurracam.

—Ahora no hay ningún motivo para pensar eso. Don Higinio es el amo de la

Alpurria. Fuera de allí no es nadie. Ya escuchaste al cabrón del barco: no le conocía. ¿Por qué se iba a ir? —Sabino abrió los brazos como si lo que dijera no admitiera ninguna posible discusión—. Además, en La Alpurría no entra la Inquisición por orden del Rey, a menos que nuestro patrón lo permita.

—Yo nunca me he creído eso. La Santa está por encima incluso del Rey.

—Pues es verdad. Don Higinio no rinde cuentas ni a la Iglesia. —Hizo una pausa—. El patrón juega con mucha ventaja en La Alpurria.

—Imagínate, pese a todo, que se va. Que lo deja todo... O suponte que el Rey muera. La Inquisición podría tener

nuevos poderes sobre el pueblo, si es que no los tiene ya.

—¡Imposible! —exclamó Sabino seguro de lo que decía—. Don Higinio siempre ha sabido cubrirse las espaldas. Todos los años da fuertes donaciones a la Iglesia. El patrón sabe muy bien lo que hay que hacer para estar tranquilo con el clero. Ya no te acuerdas lo que decía tu padre...

—Claro que me acuerdo: El Santo Oficio primero ve tu dinero y luego mira lo que haces.

—Pues eso. Pero en todo caso si se marcha, yo me voy detrás de él y se acabó el problema.

—Y si le fallas alguna vez, ¿seguirá

confiándote más encargos...?

—Yo no fallo —dijo, como si fuera un dios—. No se puede fallar a la hora de matar a alguien. Si te equivocas, te matan; y entonces sobra toda esta explicación. Parece como si fueras un principiante...

—Tienes respuesta para todo, pero sé de una que incluso a ti te va a hacer reflexionar...

—A ver si es verdad —dijo Sabino francamente enfadado por tanta pregunta incómoda y rebuscada.

—Don Higinio es un hombre viejo. Tal vez le queden diez o quince años. Quizá menos. Cuando muera, ¿qué vas a hacer tú?

Sabino no supo responder.

—Estoy esperando tu respuesta —le espoleó Severo.

—Algo tendré ahorrado... Con ello podré vivir el resto de mi vida —dijo Sabino, aunque sabía que era del todo imposible. Antes de que Severo se lo hiciera notar le mandó callar chistando y poniéndose un dedo en los labios. Creía haber oído un ruido fuera de lo corriente. Estuvieron un minuto en silencio tratando de escuchar cualquier sonido. Todo parecía normal, pero había algo con lo que no contaban los dos siniestros asesinos.

Sabino propuso quedarse primero de guardia, pues apenas decía tener sueño. Comentó que quería pensar en todo lo que habían hablado y a su amigo le pareció absolutamente normal. Esperó pacientemente a que Severo se durmiese, mientras desviaba sus pensamientos hacía asuntos relacionados con los últimos días. De pronto se le vino a la cabeza la cara de comerciante tramposo del capitán del barco y se preguntó si cumpliría su palabra y llevaría el barril hasta África; teniendo en cuenta que habían matado a uno de sus hombres de un tiro. En realidad, ya

todo daba igual. El infeliz de dentro debía de estar muerto.

Un rato después empezó a reflexionar sobre algo muy oscuro que llevaba rumiando desde hacía algunos días. Estudió pros y contras por enésima vez. Sabía que tenía que llevarlo a cabo antes de llegar a La Alpurria, pero no se había planteado hacerlo justo ahora. En la conversación de hacía un rato Severo le había sacado de quicio y pensaba que tal vez por eso tenía tantas ganas de ejecutar su plan de animal salvaje en ese momento. En realidad era el lugar. Los alrededores de aquel castillo, donde había morado el Diablo —o eso se decía—, trastornaban a las personas y

los actos que jamás se habrían atrevido a hacer, terminaban por perpetrarlos justo allí, en las afueras de Cabañas de Fuentebabila.

Sabino, como si fuera impulsado por una energía incontrolable, se levantó y se dirigió hacia los caballos sin hacer ruido.

Un ronquido atronador fue lo último que hizo en esta vida Severo Galván Ronquillo de Brizuelas, antes de que su compinche le cortara el cuello con el mismo cuchillo con el que había dejado al aire el cráneo de Mario Tolón.

Sabino ya no le necesitaba y menos ahora que pensaba dejar de estar a su lado para tirar su dinero en sus sueños

de posadero de aldea. A partir de este momento la recompensa de don Higinio sería toda suya. Con éste y cinco encargos más podía morirse tranquilo el militar retirado, pues él ya estaría bien forrado de alejandrinos.

A su llegada a la Alpurria del Campo diría que Severo había muerto en el transcurso de la búsqueda, y con los amigos que habían sido siempre, muy raro sería que le acusaran a él de su muerte. ¿Y qué más daba que le acusaran? En breve se convertiría en un hombre muy rico. Doblemente más rico de lo que pensaba ser cuando partió de su pueblo. Pero había de ser cauto con su dinero. “Tú y yo sabemos que se

gastan rápido” eran las palabras que le había dicho a su compañero, unas horas antes, refiriéndose a los alejandrinos de plata.

En cierto momento sintió pena por lo que acababa de hacer. Enseguida se le pasó. A pesar de todo lo que había vivido junto a su amigo Severo, sin duda, el dinero era lo más importante para él.

Empezó a cavar un hoyo para enterrar a la persona que yacía asesinada en el suelo. Aunque era un hombre sin escrúpulos, le pareció mal no dejar al que había sido su amigo durante tantos años bajo tierra, como todo “buen cristiano”. De paso ocultaba el cadáver,

tal vez para siempre.

Mientras trabajaba —utilizando torpemente el azadón del labriego que habían enterrado vivo entre Aldeanueva de Navalcerro y La Calzada del Pedregoso— creyó oír otro ruido que no era normal. Miró al fuego y vio el chisporroteo de las llamas y escuchó la leve explosión de un piñón de alguna piña que se escondía entre los palos medio quemados. Echó un vistazo en todas direcciones, pero no consiguió distinguir nada. Sólo se escuchaban los sonidos del fuego, que no eran, por cierto, muy tranquilizadores, a los que se añadían, de cuando en cuando, los mensajes de algún búho situado a mucha

distancia.

Agregó otro tronco a la hoguera y siguió intentando horadar el duro suelo.

—Ahora te va a asustar la oscuridad, Sabino. ¡Qué es lo que te pasa! —farfulló casi temblando.

Cuando estuvo terminada la sepultura, tiró al muerto dentro, refunfuñando por el peso de su cuerpo inerte.

—¡Estabas gordo como un toro, cabrón! —dijo para sus adentros—. ¡Buen posadero ibas a ser tú!

En el momento en que iba a empezar a empujar la tierra al interior de la tumba sintió como una afilada hoja de metal le atravesaba la espalda.

Sabino, en un principio, no percibió dolor alguno; sólo la angustia terrible de tener la absoluta certeza de que iba a morir sin poder hacer nada.

Salió la hoja de su cuerpo para volver, otra vez, a entrar. Luego, ya sin fuerzas, cayó al suelo al lado de la fosa que acababa de terminar para Severo, mientras se le escapaba a borbotones la vida por el hueco sangrante de su espalda.

Sabino había sido acuchillado por el pirata que habían dejado vivo, el cual, revisó concienzudamente los dos

cuerpos, metiéndose incluso en la sepultura, y les despojó de todo aquello de valor que pudo encontrar. Después, dejó a los dos en el boquete, que sólo estaba pensado para un cadáver, y sin echar ni un solo grano de arena, puso rumbo al barco llevándose los dos magníficos caballos de Severo y Sabino, que eran sin duda los mejores de las cuadras de don Higinio.

Le dieron tentaciones de irse con todo lo robado —que no era poco—, pero sabía que el capitán Alexander Cliff Withers le encontraría tarde o temprano y no era conocido por el sobrenombre de El Cortamanos sin que hubiera habido sobrados motivos para ello.

Además, por mucho dinero que hubiera robado, no le duraría por siempre. Pensando en todo esto estaba cuando se levantó un viento helado que no parecía normal. Al pirata le dio el mayor escalofrío de su vida. Bajó del caballo y se sentó debajo de un árbol cuya copa era tan alta como la de un pino. Al fondo se veía la silueta del castillo cático. En realidad era casi lo único que se veía. El viento silbaba ahora como si fuera una voz sobrehumana. El hombre se enroscó en su capa, adoptando la posición de un niño muerto de miedo. Todo era oscuro a su alrededor. Había perdido de vista los caballos y los árboles del camino. Lo único que

avistaba eran los lejanos y fantasmagóricos destellos del rescoldo del fuego de Severo y Sabino. Empezó a tiritar y se encogió lo máximo que pudo. Por la frente le resbalaban gotas de sudor frío y tuvo que rascarse las manos pues sintió como se le llenaban de granitos sin motivo aparente. Al momento comprobó que temblaba debido a una especie de inesperado miedo enfermizo. ¡Pero miedo a qué! Ya no veía el fuego. A su izquierda, el castillo parecía estar de pronto habitado. Por las ventanas destrozadas y los huecos centenarios provocados por las catapultas de los ‘cristianos verdaderos’ creyó ver la luz de lejanas

antorchas en movimiento. El viento ahora parecía relinchar como un caballo desbocado, y le envolvía como un tornado. La oscuridad empezaba a ser completa. Las antorchas fantasmales del castillo se apagaron de repente. El pirata, tras escuchar un fuerte sonido similar al que haría un enorme hueso al troncharse, comprobó que ya no se veía ni su propia mano puesta enfrente de la cara. Gritó, pero el viento le devolvió sus gritos multiplicados por diez...

Tal vez la gente de Cabañas de Fuentebabila no tenía tanta imaginación.

12

LA CAZA DE LA BESTIA

1

Desiderio Muélledes Martín había vivido en La Alpurría del Campo toda su vida y en seguida se dio cuenta de

que los destrozos que, en el peor de los casos, podía provocar un jabalí normal, no se asemejaban ni remotamente a los que observaba —perplejo y conteniendo la rabia— apoyado en el umbral de la puerta de su propiedad. Parecía como si hubieran pasado diez búfalos dementes arramplando con todo y causando daños a cualquier cosa o animal que se encontraran a su paso... Sin embargo las marcas en el suelo, las paredes, las maderas despedazadas y las heridas de sus pobres bestias indicaban, sin ninguna duda, que el causante de aquel desastre sólo podía haber sido un jabalí. Además, las marañas enredadas de pelos eran frecuentes aquí y allá, y aquel

hombre había quitado la piel a demasiados jabalíes como para no reconocer ahora, a simple vista, ese tipo de pelaje.

Desiderio Muélledes era probablemente el que mejor conocía en toda La Alpurria del Campo a esos animales de colmillos asesinos. Los había observado en muchas ocasiones a lo largo de toda su existencia. Cuando era un zagal los pudo estudiar mientras su padre los ojeaba y sitiaba, y así, siendo aún muy joven se convirtió en el mejor cazador del contorno. Por eso sabía de sus costumbres y estaba harto de matarles mientras masticaban tubérculos, raíces o frutos... En más de

una ocasión los había visto comer cortezas de los árboles y a uno, gordo y cabezón, le dio muerte mientras se despachaba un lagarto verde y grande... pero jamás había oído hablar de alguno que, como éste, abordara a gallinas, gallos, patos, cerdos y vacas. Otros animales, como las perdices, liebres y conejos de monte eran presas fáciles para un jabalí, y siguiéndoles llegó a comprobar el poco trabajo con que encontraban nidadas y madrigueras, gracias a su poderoso olfato... pero nunca se acercaban a buscar comida por los alrededores de las posesiones del hombre.

Esta era la primera vez que se veía

algo así en toda la región.

Se iba a marchar cuando escuchó el llanto de su perro Caifás. Se encontraba en un charco de sangre, arrinconado contra una de las paredes y rodeado por la vaca Clodovea, que, tumbada, le daba calor con su inmenso volumen. Desiderio hizo que la apreciada vaca — que tenía las mejores ubres de toda la región— se apartara y ésta protestó con un mugido.

—¿Qué te han hecho Caifás? — preguntó a su perro mientras le acariciaba la cabeza.

Pero esta vez el perro no le respondió con un ladrido alegre y afectuoso, como siempre hacía cuando su dueño le

hablaba. Se limitó a lamerle la mano y a gemir.

Tenía la columna partida en dos y era incapaz de moverse.

Caifás fue hasta aquel día un perro fiel, inquieto y muy robusto. Sus padres habían sido un mastín y una perra de presa, de manera que —al igual que sus progenitores— era noble y obediente con sus dueños pero desconfiado con los extraños. Desde pequeño parecía unirle una extraña amistad con la vaca Clodovea. El perro dormía a su lado y solamente por cuestiones de celo faltaba a esta costumbre. Cuando esto ocurría, la vaca daba peor y menor cantidad de leche.

El nombre bíblico se lo puso la esposa de Desiderio, pues de cachorro era muy travieso y a la cuarta trastada le comparó sin miramientos con el sumo sacerdote judío, que en su día persiguiera a los apóstoles y condenara a Jesucristo. Aunque las andanzas del perro no daban para tanto, a Desiderio le hizo gracia aquel repentino símil que su mujer inventó y el chucho se quedó para siempre con el ostentoso nombre.

—Intentaste defender a Clodovea, ¿verdad? —adivinó Desiderio con pesar.

La vaca Clodovea se acercó al perro y le lamió en una oreja. Desiderio se incorporó y ató a la vaca lejos de

Caifás. Al rato volvió con un mazo de varios kilos y dio por finalizado el sufrimiento de su pobre perro. Clodovea mugió, como si supiera exactamente lo que pasaba.

2

Desiderio Muélledes acordó con sus dos vecinos, Celedonio Carnicero y Cándido Cabrera, salir esa misma mañana a dar caza al animal, pues no alcanzaban a adivinar de qué podía ser capaz aquella bestia si seguía merodeando por sus casas.

—¡Os habéis fijado en eso! —

exclamó Desiderio cuando cruzaban el muro de piedra que, hacía más de cincuenta años, se había construido para separar las últimas casas del pueblo de los terrenos ocupados por el bosque del Sauce Quemado. El muro había sido fabricado alzando dos rudas paredes de piedra, inclinadas la una hacía la otra y unidas con argamasa de arcilla y barro. El hueco interior se había rellenado con tierra. En la parte superior se puso una hilera de losas grandes y finas con los cantos irregulares. En su día las losas se habían presionado contra la tierra de la superficie para que encajaran. Ahora las hierbas sobresalían entre las losas y las piedras de las paredes, formando un

muro fortísimo y a la vez tan adaptado a su entorno que no parecía fabricado por la mano del hombre.

—El muy cabrón ha saltado y se ha llevado por delante parte del muro —se lamentó Celedonio mientras ayudaba a sus amigos a volver a poner las pesadas losas de la parte superior.

Una vez recompuesta la tapia protectora los tres amigos se internaron en el bosque del Sauce Quemado. Rastrearón bien durante todo el día y buscando, sobre todo por los parajes de mayor maleza, dieron con jabalíes normales —algunos con una camada de jabatos jugando a su lado—, que de ningún modo podían ser el que

buscaban; y viendo que quedaban pocas horas de luz decidieron volver a intentarlo al día siguiente.

—No te preocupes Desiderio. Mañana ese animal estará muerto — aseguró Celedonio Carnicero a su amigo, en un intento de tranquilizarle, antes de darse todos las buenas noches.

Pero los tres hombres sabían que aquella no iba a ser una buena noche, pues el animal podría volver a cualquiera de sus casas. En consecuencia, ninguno de ellos durmió bien. Cerraban los ojos, pero sus oídos estaban atentos a cualquier alboroto fuera de lo normal.

El brutal animal se internó en el

corral de Celedonio, alertando con su ruido al dueño que, antes de que se volviera a marchar al interior del bosque desplazándose como la bestia enloquecida que era, logró clavarle en un costado un cuchillo de caza, no sin poner en un serio riesgo su vida.

Cuando al poco rato llegaron sus dos vecinos, Celedonio se encontraba mirando los daños del corral, que quedó destrozado. Por suerte sólo hubo que lamentar la muerte de algunos pocos animales, que felizmente no eran los mejores.

—Si mañana ese verriondo cabrón no está muerto, yo mismo me quedaré de guardia toda la noche —dijo con firmeza

Cándido Cabrera—. Pero ese hijo de puta no vuelve a entrar en nuestras casas.

—En cuanto al corral no te preocupes, pues si podíamos entre los tres arreglar mi establo también podremos volver a poner en su sitio todo este destrozo —señaló Desiderio, enderezando de una patada uno de los postes de sujeción del techo de madera y paja.

—Es dos o tres veces mayor que cualquier jabalí que yo haya visto —describió Celedonio con un leve temblor de piernas y brazos—. Sus colmillos son como malditas guadañas y actúa como si estuviera completamente loco.

—No te preocupes por su tamaño — dijo Desiderio—. Ahora vayamos a dormir. Debemos descansar porque mañana, sea como sea, quiero ver con las tripas fuera a ese verrón del demonio.

3

A la mañana siguiente los tres hombres se armaron hasta los dientes para adentrarse por segundo día consecutivo en la espesura del bosque del Sauce Quemado. Estaban totalmente convencidos de que aquel era el último amanecer en la vida del monstruoso

jabalí.

—Mi cuñado me ha prestado a Bruto; seguro que nos viene bien— informó Cándido Cabrera a sus vecinos.

—No, déjalo aquí —ordenó Desiderio—. Con la muerte de Caifás es suficiente. No vale la pena arriesgar la vida de ninguno de nuestros perros. Son muy valiosos.

—Hombre, pero Bruto es el mejor. No sabemos ni a cuantos lobos lleva ya matados.

El perro ladró en ese instante, pareciendo así que se sintiera menospreciado. Desiderio lo calmó acariciando su enorme cabeza y el fuerte perro pastor aceptó las caricias

satisfecho.

—No insistas Cándido, quítale el collar de púas del cuello y déjalo en casa mientras estamos fuera. Bruto ha de seguir matando lobos por muchos años.

4

—¿De dónde diablos habrá podido venir? —preguntó Celedonio tras iniciar el camino.

—Tal vez sea un bicharraco como el de mi hueso... —aventuró Cándido, exponiendo una posibilidad que había pensado durante la pasada noche.

Celedonio y Desiderio negaron de

inmediato con un gesto de la cabeza las fantasías que les brindaba Cándido Cabrera.

—Es un jabalí. Te puedo asegurar que no es ningún dragón ni ningún ogro—sentenció Celedonio Carnicero, que lo había visto la noche anterior destrozando su corral y estaba convencido de saber distinguir entre todos estos seres reales o inventados—. Tal vez sea de las proporciones de un toro bravo, pero se trata de un maldito jabalí.

—¿Estás seguro? —quiso saber Cándido.

—Completamente.

Hacia al menos dos años que

Cándido Cabrera almacenaba en su pajar un hueso enorme que custodiaba como si fuera un tesoro oriental.

Fue en un día primaveral en el que iba buscando leña por el bosque para utilizarla en un próximo invierno, cuando tropezó con la parte de la tróclea de lo que parecía un húmero gigante. Corrió a su casa a por herramienta para desenterrar su hallazgo. Tras un trabajo que sólo una persona tan cafre como él habría culminado en tan poco tiempo, se encontró con un hueso de casi un metro de longitud y un grosor considerable, que sin duda pertenecía a un dinosaurio. Tal vez formara parte de un carnosaurio o de un estegosaurus, ¿quién sabe?; pero

Cándido —desconocedor de estos animales antediluvianos, como todo el mundo en aquel tiempo— aseguró a sus amigos en primer lugar que era del esqueleto de un polifemo o de un ogro, y al final se convenció a sí mismo de que pertenecía a uno de los cuellos de un dragón de cuatro o cinco cabezas, no dejando así ninguna duda sobre la creencia milenaria de que en el bosque del Sauce Quemado existían y vivían plácidamente todos los seres inventados por la imaginación del hombre hasta la fecha, y cualquier otro que tuviera a bien inventar en un futuro.

El gentío que, con los ojos muy abiertos, contempló el fósil, dando

gracias a Dios por poder ver una de las supuestas maravillas ocultas de este mundo, puso en duda las teorías de Cándido Cabrera, pero de tal manera que alinearon su cerebro al mismo nivel que el del estegosaurus al que, seguramente, pertenecía el hueso.

—Ese lugar es sin duda un cementerio de dragones —afirmaba Cándido a aquellos que venían a comprobar la existencia de aquel hueso nunca visto.

—Tal vez tengas razón. Has tenido mucha suerte de que no pasara por allí alguno de ellos y te aplastara la cabeza, sin darse cuenta, con una de sus enormes patas.

—Ahora que lo dices, mientras excavaba escuché gruñidos... —inventó Cándido.

—Eso es una tontería —dijo un vecino de la parte norte de La Alpurria, en un tono que dejaba poco margen a cualquier duda.

—¿El qué?

—Lo del cementerio de dragones.

—Y ¿por qué? Vamos a ver...

—No existen tales cementerios.

—Estoy contigo Romualdo —admitió un lugareño alto, bizco y flaco—. Lo más probable es que un ogro de diez o más metros de altura matara a este dragón, y tras devorarlo, abandonó algunos de los huesos allí.

—Eres un ignorante —sentenció Cándido—. Un ogro lo come todo, incluido los huesos.

—Desde luego, poco parece que conocéis de estas cosas —dijo Celedonio Carnicero, que aquel día veía el hueso por primera vez—. Hasta mi hijo sabe que los ogros comen únicamente carne humana, y cuando aprieta el hambre y no hay más remedio se tragan la carne de otros animales. Con bastante asco, por cierto. Pero siempre carne, no hueso.

—Raramente se ha visto a un ogro matar a un dragón —explicó un hombre que tenía una única ceja—, pues nunca se acercan el uno al otro, a menos, claro

está, que el dragón estuviera enfermo o herido de muerte.

—Y ¿por qué no puede ser de un ciervo muy grande? —preguntó el que era considerado como uno de los más tontos de toda la Alpurria y alrededores.

—Mira que puedes llegar a decir tonterías Gervasio...

—Claro hombre, de un ciervo no puede ser —le corrigió el hombre con una sola ceja—. Ahora bien, no es tan estúpido pensar que sea de la barriga de un gnomo gigante. Sabéis que por el bosque hay muchos...

—¡Basta! Esto es hablar por hablar —culminó Cándido—. Yo digo que allí puede haber un cementerio de dragones

y la única manera de saberlo es ir al lugar y no parar de excavar hasta que encontremos algún hueso de la cabeza de algún dragón.

Estas palabras fueron el final de la increíble conversación. Todos se marcharon a sus casas y al rato volvieron armados de la herramienta que creyeron necesaria; y como si fueran un grupo de niños que van de exploración, se adentraron en el bosque.

Cándido Cabrera, que guiaba a los pueblerinos, les llevó hasta el lugar de una forma tan directa que parecía que había estado pasando por allí toda su vida. Se liaron a escarbar como locos, sin respetar ni árboles ni rocas y sin

seguir ningún orden, y cuando acabó el día desistieron sin encontrar nada, volviendo a La Alpurria terriblemente decepcionados y cansados. El hoyo que dejaron entre todos fue tan grande que con el tiempo y a base de llover se llenó de agua, y en épocas sin sequía sirvió para que los animales salvajes bebieran en la formidable poza creada por aquellos hombres.

Cándido Cabrera trató de colocar su hueso por todos los medios, como si fuera un adorno extraño y curioso, en el habitáculo que la familia utilizaba para comer, pero su mujer, Nemesia, con un criterio más higiénico y lúcido, se negó en redondo, amenazando incluso con

marcharse y no volver nunca más a la casa, que es una de las amenazas más viejas —y también más efectivas— esgrimidas por una esposa. Cándido Cabrera no tuvo más remedio que ceder —como casi siempre con su pareja— y desterrar el hueso al pajar, donde se entremezclaba miserablemente con las herramientas, los ratoncillos, la paja y la suciedad.

5

Seguir el rastro ahora fue más fácil que en el día anterior, ya que el animal debía de estar muy mal herido. Había un

claro rastro de sangre y ramas partidas por los torpes restregones y bandazos dados por el jabalí, que debía caminar de forma insegura. No andaron mucho tiempo cuando encontraron el cuchillo de Celedonio abandonado, con sangre seca y trozos de carne del animal en la hoja. El dueño recogió su arma y la intentó limpiar con tierra del suelo.

Los tres vecinos se desplazaron por el bosque durante una hora más. De pronto se toparon con algo espeluznante que hizo que casi sus ojos se les salieran de las órbitas. Allí, justo al lado de una espinosa esparraguera silvestre, yacía una pierna menuda de un niño como mucho de meses. Aquel resto humano

frío, pálido y con la sangre coagulada, estaba arrancado de cuajo.

Cuando reaccionaron, Celedonio propuso enterrar la pierna para que al menos no fuera devorada por alguna alimaña. A Cándido nadie le podía quitar de la cabeza lo del dragón, y mientras ayudaba a hacer el agujero para enterrar la pierna, ya no le quedaba ninguna duda sobre la imposibilidad de que fuera un jabalí.

¡Desde cuando un cerdo salvaje, por muy grande que fuera, hacía estas cosas!

La mañana siguiente a la noche en que había sido abandonado el hijo de Irene, Laura Lopezosa se marchó de su casa muy temprano, antes de que su padre o su hermana se levantaran de la cama. Tras pasar una noche repleta de sudores fríos y terribles remordimientos se fue, con la mayor decisión e ímpetu experimentado en su vida, en busca del bebé, teniendo la absoluta certeza de que aquella sería, probablemente, la última vez que atravesaba el umbral de la puerta de la mansión de la calle de los Cien Fuegos. De modo que se internó en el bosque del Sauce Quemado sin ningún miedo, a pesar de que ella creía como cierta, desde que tenía por lo

menos tres años, la leyenda que contaba que en lo más profundo del lugar existían viejos duendes y gnomos desquiciados, que se enfurecían irremediablemente cuando alguien pasaba por ciertas partes de sus territorios. A aquel que osara hacerlo le atacaban todos a la vez, como si fueran un ejército bien entrenado, dejándole muerto rápidamente y a merced de los animales hambrientos.

Caminó un rato. Fue por los mismos lugares por donde le llevaba don Higinio cuando era pequeña. Por ahí sabía que no había peligro. Además, pensó que su padre tendría que haber seguido esa misma ruta, tal vez por

costumbre. Afortunadamente tenía razón pues no tardó mucho en escuchar el llanto desgarrado del niño que buscaba. Fue a su encuentro como una histérica. Lo que observó al llegar la llenó de terror: Una fiera salvaje del tamaño de tres borregos, con una sangrante y profunda herida en un costado, olisqueaba y chupaba la parte del niño donde debería de estar su pierna. Laura no sabía qué hacer. Estaba paralizada por el miedo, pero de repente el niño, ahogado por sus lloros, volvió la cabeza y la miró con ojos desesperados. Laura Lopezosa entonces reaccionó y le tiró una piedra a la bestia —pues fue lo primero que encontró—, y el animal, de

inmediato, salió disparado hacia ella de forma torpe y alocada. Laura lo esquivó sin dificultad, cogió al niño terriblemente mutilado, que ya no lloraba, y corrió con toda su fuerza. El jabalí giró en redondo y persiguió al ser humano que lo había burlado.

La mujer fue zigzagueando entre los árboles, lo que retrasaba notablemente al jabalí. Jamás supuso la muchacha que pudiera desarrollar semejante velocidad al correr, a pesar de que no podía hacerlo en línea recta. Aunque el miedo le impedía ahondar en ello se sentía orgullosa de la manera tan fácil en que había arrebatado al bebé de las fauces de la bestia y de que se desplazara por

el bosque más hábilmente que ésta. De todos modos, enseguida fue consciente de que no podría aguantar ese ritmo hasta llegar al pueblo. Además, sospechaba que la dirección que había tomado no era precisamente la buena. Se estaba perdiendo en el bosque que tanto le asustaba de niña... Y no podía parar.

No sin tardar mucho Laura Lopezosa llegó, ante su asombro, a un lugar que le era del todo conocido. Se trataba de un pequeño claro donde reposaban un par de rocas enormes, una al lado de la otra. La primera tenía la forma de una montaña con una rampa muy suave por un lado y totalmente vertical por el otro. La segunda era casi la estatua de un

enorme cachalote. Laura recordaba como cuando contaba con ocho o nueve años le pedía a su padre que la llevara a jugar a “La roca de la Ballena”, sabiendo que con don Higinio —que jamás dio por ciertas las leyendas de aquel bosque— ningún regimiento de gnomos acecharía. Un día se armó de valor y consiguió llegar a saltar de la primera roca a la del animal marino. Desde entonces siempre que iba al claro terminaba encima de “La roca de la Ballena”, y jugaba a que era una intrépida marina capaz de someter a las ballenas del inmenso océano, consiguiendo incluso domarlas y montar en ellas, desplazándose así de una isla a

otra. Luego no se atrevía a bajar, pero su padre la esperaba en el suelo, con los brazos abiertos, cuando ella se lanzaba al vacío desde el lugar donde estarían los orificios de la nariz, si fuera una ballena de verdad.

Laura subió la rampa de la roca en forma de montaña y notó como sus piernas respondían mal ante esta cuesta hacía arriba no esperada. No había tiempo para calcular los riesgos de su próximo movimiento. Además, sabía que podía hacerlo, pues no era la primera vez. Tomó todo el impulso que pudo y sin pensarlo, saltó a la ballena de piedra. A punto estuvo de escurrirse y caer de espaldas, pues el musgo de la

roca estaba lleno del rocío de la mañana; pero algún ángel protector se debió de apiadar de ella, y lo que podía haber sido el fin, sólo quedó en un traspié.

El jabalí no se atrevió a dar el salto y bajó para buscar otro modo de subir. No lo encontró, así que se tumbó a esperar, escondido por la bruma de la mañana, con sus sanguinolentos ojos iluminados y acechando. Mientras, Laura, sentada en la superficie plana de la roca cetácea, donde empezaba a notarse un calor solar bastante agradable, buscó la cajita de la milagrosa tierra negra con pizcas marrones. A la vez que la abría, pedía a Dios que aquella bruja que amamantara

en su día al bebé le hubiera dicho la verdad cuando le confió aquellos granos de arena.

Estaba muy nerviosa y, como no podía ser de otro modo, la caja se le resbaló entre las manos esparciendo la arena por el aire. Para su propia sorpresa, gritó de rabia. Un grito ronco y salvaje, que no parecía sacado de la garganta de tan bella y delicada muchacha. El jabalí miró hacia arriba para comprobar que todo seguía en su sitio.

El niño tenía cerrados los ojos desde hacía un buen rato. Laura no quiso comprobar si estaba muerto, aunque ciertamente todo lo indicaba. Se

preocupó de parar la hemorragia de la ingle del bebé que ahora parecía tomar nuevos bríos. Debía de frenarla como fuera. Intentó romperse la falda, pero la tela era demasiado fuerte. Recordó que debajo llevaba tres enaguas de tela blanca. Dejó al niño sobre la roca, se puso de pie y se levantó la falda. El jabalí se incorporó al ver que alguien se movía arriba. La miró fijamente y Laura no pudo evitar sentir una especie de estúpido pudor mientras se quitaba una de las enaguas. Volvió a coger al niño y le taponó a duras penas la herida de la pierna con la enagua doblada. Entonces fue cuando lo vio por casualidad: en una oquedad de la piedra quedaban restos de

la arena cicatrizante. Arrancó un trozo de la fina enagua y lo restregó por la zona donde estaba la tierra negra, con tal fuerza que quitó parte del musgo y la piedra. El pedazo de ropa impregnada con polvo de arena mágica sustituyó la que hacía las veces de tapón, que, de haber estado algo más de tiempo, hubiera empezado a chorrear sangre.

Al niño le cambió el semblante de forma automática. Su piel pasó de ser pálida a sonrojada y los ojos, que mantuvo cerrados hasta ese momento, se abrieron de golpe. Una de sus manitas se aferró fuertemente al vestido de Laura Lopezosa, y tirando dejó al descubierto uno de sus pechos. El niño se incorporó

un poco y empezó a mamar en una especie de acto reflejo. Laura no quería plantearse como era posible aquel milagro. Se prometía a sí misma buscar a aquella bruja de Aldea del Chopo, tan temerosa del demonio, para darle un abrazo y mostrarle toda su gratitud. El bebé, mientras, chupaba sin conseguir extraer nada, pero por lo menos se mantenía sin llorar, con los ojos muy abiertos y alegres, e inexplicablemente ¡vivo!

7

Laura con el paso de los minutos

empezó a estar más calmada, a pesar de todo. El niño la miraba fijamente como cuando estaban los dos en la mansión de don Higinio. Con mucho cuidado anudó el trozo de enagua que protegía la terrible herida al cuerpecito del bebé. No hubo ninguna protesta. Laura acarició su pequeña barriga y sonrió contento. Tras darle un par de besos, lo estrechó en su seno con fuerza. Tosió por el apretón y después estornudó, llenándose de mocos la nariz y la boca. Esto no le gustó y empezó a llorar. Laura limpió con la manga de su vestido la cara del bebé y acurrucándolo en sus brazos le cantó la canción de ‘El Árbol Princesa’, exactamente igual que hubiera

hecho si intentara calmarle el llanto en la protección y comodidad de su habitación en la mansión de don Higinio. No hicieron falta muchas estrofas para hacerle callar.

No mucho después ocurrió que del Sur vino un terrible Dragón a acallar la paz que reinaba en aquel Reino situado lejos de ningún lugar buscado. Y la princesa ya no lloraba.

Mil pies de altura medía y con sus tres cabeza veía huir al gentío que aterraba. Verde oscuro era su color.

Rojo sangre todo a su alrededor.
Y la princesa ya no lloraba.

Las aldeas caían aplastadas
Con una sola de sus pisadas.
A cada paso caminaba
mil leguas, apisonando
y con su fuego abrasando.
Y la princesa ya no lloraba.

Un hombre valeroso
ante la bestia situoso.
Una espada empuñaba,
y con la furia de toda su estirpe
quiso obligar al monstruo a irse.
Y la princesa ya no lloraba.

El Dragón muy fuerte rió,
luego su fuego escupió.

El héroe bien lo esquivaba,
y hasta consiguió herir al Dragón
pero al final la bestia con él acabó.
Y la princesa ya no lloraba.

El buen Rey consternado estaba.

Desde su palacio su Reino oteaba
y mientras preocupado se preguntaba:

¿Cómo protegería al árbol

maravilloso

ante este peligro tan grandioso?

Y la princesa ya no lloraba.

Hasta la puerta llegó

del palacio real, el Dragón.

La corte aterrada estaba.
Ante el árbol se puso.
A pisarlo se dispuso.
Y la princesa ya no lloraba.

Entonces el árbol genial
las ramas alargó hasta el animal,
de manera que se enrollaban
y todo el cuerpo le rodeaban.
La bestia se asfixiaba.
Y la princesa ya no lloraba.

El Dragón, con su último suspiro,
de una rama del árbol fuego hizo.
Murió el reptil pero se quemaba
el árbol, sin que nadie se le acercara.
No sabían si la bestia muerta estaba.

Y la princesa ya no lloraba.

Por fin un valiente se aproximó
y rápido el fuego disipó,
Para ello utilizaba
el agua del pozo que estaba
cerca de la hoguera ya apagada.
Y la princesa ya no lloraba.

Los jardineros se apresuraron.
Al árbol maravilloso sanearon.
Volverlo a ver como estaba
era lo que ellos buscaban.
En esto sólo trabajaban.
Y la princesa ya no lloraba.

El árbol rápido el que era fue

y hambre no hubo, pues fue
la carne que albergaba
el Dragón entre las gentes repartida.

Todo el mundo participó de la
comida.

Y la princesa ya no lloraba.

El jabalí se había incorporado justo cuando empezó a oír la canción infantil y durante las primeras estrofas se mantuvo atento a no se sabe muy bien el qué. Si hubiera sido capaz de entender la letra tal vez se habría identificado con el Dragón y su final le mantendría inquieto, pero como sólo oía la dulce melodía de los labios de Laura, enseguida volvió a recostarse, dividido

entre un dulce sopor y la alerta por la presa que vigilaba.

Un año después hubo una gran sequía.
Los cultivos, sin agua, no sobrevivían.

Las gentes de sed agonizaban.

Los ríos y mares se secaban.

La tierra del suelo se agrietaba.

Y la princesa ya no lloraba.

De pronto las ramas se tornaron
en mil fuentes de las que afloraron
mil chorros que con el suelo daban,
haciendo surcos que mil ríos
formaron
que hasta el fin del Reino llegaron.

Y la princesa ya no lloraba.

No necesitó más de un día
el verdor para vencer a la sequía.
Gracias a el agua que manaba
se recogieron grandes cosechas
y todas antes de sus fechas.
Y la princesa ya no lloraba.

Dos años después se extendió
por el Reino una gran inundación.
Los cauces no delimitaban
los ríos, lagos y mares
que ya no había quien contare.
Y la princesa ya no lloraba.

Nubes negras y tormentosas

desataban su furia caprichosa.
Mientras la gente se ahogaba
el Rey esperanzado estaba.
Atento al árbol princesa miraba.
Y la princesa ya no lloraba.

De pronto las ramas se tornaron
en expendedoras de viento
huracanado
que a las nubes arrastraban,
transformando a todas y una de cada
en su muerte, esto es, nada
Y la princesa ya no lloraba.

Cuando las nubes fueron dispersadas,
por las raíces todo el agua estancada
fue absorbida, mientras calaba

en la tierra el agua que quedaba.
Todo quedó cual estaba.
Y la princesa ya no lloraba.

No por tanto trabajar
el árbol hubo de ir a mal.
Su estructura aún estaba
cual fuera en un principio,
sin olvidar ningún resquicio.
Y la princesa ya no lloraba.

El niño se había quedado dormido y
Laura dejó de cantar. Quitó el paño con
los polvos mágicos muy despacio y
descubrió un muñón perfectamente
cicatrizado. Daba mucha pena ver al
bebé con su reciente mutilación, pero

plácidamente dormido parecía más bien que hubiera nacido sin pierna y no que llevara sólo unas horas así.

Bastante tiempo después de que amaneciera por completo, la bestia debió de escuchar u oler a Desiderio, Celedonio y Cándido y se fue aburrida y hambrienta en su busca.

8

Los tres cazadores sintieron venir al jabalí por el temblor de la tierra y el sonido de las ramas rompiéndose. Se subieron raudos cada uno a un árbol y cuando el animal pasó, le acribillaron

con sus cuchillos, certeramente lanzados. Cándido disparó su vieja ballesta dos veces. Una de las flechas fue a dar en un ojo. El animal medio ciego y trastornado por el dolor empezó a ir de un lado a otro, emitiendo escalofriantes chillidos de mortandad. En su furia se clavó un palo terminado en punta que sobresalía del tronco del árbol donde estaba encaramado Desiderio. El árbol sufrió una fuerte sacudida y el hombre tuvo que agarrarse bien para no perder el equilibrio y caer. Al momento el animal se desplomó en el suelo casi sin vida, partiendo el palo del árbol y dejándolo, por tanto, dentro de su cuerpo.

Los hombres descendieron de sus escondrijos con cautela y cuando cogieron algo de confianza se acercaron al jabalí y abrieron más los cortes, pero sin acercarse a sus colmillos, los cuales todavía podían darles un disgusto. Celedonio Carnicero se agenció una rama de pino de unos cinco centímetros de diámetro y golpeó en la cabeza al animal —“por si acaso, mejor atontarlo”, decía— hasta que el palo se partió en dos mitades.

—Si tuviéramos una buena cuerda, entre los tres podríamos arrastrarlo hasta nuestras casas —propuso Cándido, cuando la bestia estaba bien muerta.

—Yo puedo ir a por una y volver en

un par de horas —sugirió Celedonio.

—Este animal es muy pesado y la vuelta a casa es en parte cuesta arriba. Además, tendríamos que rodear muchos obstáculos —explicó Desiderio, que no veía clara la operación.

—No me digas que no vamos a poder cargar con este animal... —dijo Cándido, que se veía con fuerzas para llevar a cabo semejante trabajo, seguramente porque era de los tres el que contaba con una mayor brutalidad, tozudez y fuerza.

—Por poder, podemos —admitió Desiderio—, pero nos llevaría hasta bien entrada la noche...

Cándido y Celedonio se miraron,

reconociendo así que su amigo llevaba razón. Hasta ellos trataban de evitar entrar en el bosque del Sauce Quemado cuando se quedaba en tinieblas y anegado por un mar de ruidos y quejidos de animales nocturnos. Sobre todo Cándido Cabrera, que a pesar de la desilusión recibida al comprobar que el animal buscado era un jabalí y no un dragón, seguía pensando que por las noches aquel lugar era guarida de cientos de estos seres nunca vistos.

—Será mejor que nos llevemos sólo aquello que nos parezca mejor. De lo demás ya se encargarán las alimañas en cuanto desaparezcamos —concluyó Desiderio.

Los tres hombres se pusieron manos a la obra y en muy poco tiempo estaba el animal descuartizado y hecho el reparto: Desiderio y Celedonio se cargaron cada uno a la espalda una pata trasera y Cándido acarreó como un burro con los costillares. Celedonio Carnicero, además, se quedó con los colmillos con la sana intención de utilizarlos para la fabricación de algún tipo de herramienta contundente o simplemente como trofeo para mostrar a sus futuros nietos.

13

DOMAR AL DIABLO

1

Todo el mundo se percató en La Alpurria del Campo de la falta de Irene Lopezosa. Durante las primeras semanas

que estuvo ausente de la mansión donde había pasado la mayor parte de su vida, fueron generalizados los rumores a propósito de su ausencia. Algunas personas se alegraron y otras —las menos— se lamentaron, pues de todo hubo, pero en definitiva el pueblo ganó enormemente con su marcha. Donde no se logró nada fue en el convento de la Santísima Virgen María de todos los Fieles Difuntos. Algo espantoso debían de haber hecho las quince monjas agustinas recoletas que formaban aquella congregación, para que la Divina Providencia les reservara semejante castigo.

A las pobres monjas se les hizo casi

imposible despojar a Irene, justo cuando llegó, de sus lujosos trajes cortesanos, casi principescos, que en aquel momento se veían sucios y destrozados, víctimas de la cólera de su dueña durante el viaje al convento en la carroza equipada como una jaula. Ninguna persona de la congregación sabían cómo se desarticulaba el verdugado de ocho aros de ballena, ajustado a una tela encerada de algodón y lana, que hacía las veces de ahuecador de la basquiña negra que cubría una ropa interior digna de la mismísima reina de un país de fantasía. Las religiosas no habían visto en su vida semejante atuendo y optaron por romperlo, primero para que no se lo

volviera a poner y segundo porque no sabían cómo descomponerlo pieza por pieza.

Conseguir adecuar el pelo de Irene Lopezosa a la clausura fue mucho peor que quitarle el vestido. La ataron para poderle cortar su rubia cabellera de más de un metro, y como aun así no se estaba quieta, la dejaron con trasquilones y calvas por toda la cabeza. Al final, su cráneo parecía el cuerpo de un pato a medio desplumar.

A pesar de todos los inconvenientes y tras largas horas de titánicos esfuerzos, se consiguió que Irene, enfundada en un hábito blanco de novicia, pareciera una monja. Pero sólo guardaba semejanza

con una religiosa en su parte externa, pues a lo largo de los días siguientes la hija de don Higinio no respetó en ningún momento las leyes de la clausura, ni el voto de silencio de después de la comida, ni ninguna norma centenaria establecida en el convento. De manera que pasado el primer mes sor Cornelia y sor Cipriana, que eran un par de moles de más de ciento veinte kilos cada una y que puestas las dos en paralelo podían haber sustituido a los dos pilares principales que sostenían el convento entero, no pudieron aguantar por más tiempo aquella situación. Aprovechando los diez minutos que tenían libres antes de ir al coro, las dos colosales monjas

acudieron a la habitación donde la madre superiora, sor Lorenza Justiniana, despachaba los asuntos del convento.

—¿Qué quieren hijas mías? —fue lo primero que les dijo cuando entraron.

—Si Su Maternidad Reverenda da permiso urge poner en su conocimiento el malestar general que sufre la congregación.

—¿Pues qué ocurre? —preguntó sor Lorenza Justiniana, que en otro tiempo había sido una mujer seca, áspera y dura como el diamante, pero que ahora, víctima de sus muchos años, no parecía la misma. Había mandado toda su vida en el convento y, además, había demostrado que sabía hacerlo bien, pero

en los últimos años se había vuelto descuidada y dejaba pasar muchas pequeñas cosas que cuando contaba diez años menos habría sancionado con dureza, a veces, desproporcionada.

—Es a causa de la nueva interna, la novicia Irene Lopezosa.

—¡Ah! Ya sé que ocasiona algunos problemas. —La madre abadesa parecía no querer recordar que a partir de la llegada de Irene se había visto obligada a llamarla al orden hasta en nueve ocasiones, recibiendo siempre contestaciones y reproches capaces de abochornar a un aparecido. —Ya se le pasará. No os preocupéis hijas mías. Pronto estará en gracia de Dios.

—Permítanos Su Maternidad que discrepemos —fue la rápida respuesta de Sor Cornelia—. Creemos que está poseída por el demonio y que, o ponemos remedio, o sembrará la desgracia y la discordia entre nosotras.

—¡Oh, vamos! —exclamó sor Lorenza Justiniana, que realmente se había ablandado mucho con los años—. Escupe a veces la comida, pero...

—La escupe siempre. Todos los días —le corrigió sor Cipriana—. Además, lo hace a la cara de la hermana que tenga delante.

—Corre de un lado a otro cuando le apetece, cantando a gritos canciones paganas —recordó sor Cornelia,

refiriéndose a unas melodías cuya letra escandalizaría a los asiduos de una maloliente taberna portuaria.

—Muy bien. Creo que mi obligación es volverla a llamar al orden —admitió la superiora.

—Con todos los respetos, Madre Reverendísima, creemos que eso no será suficiente. Su comportamiento demoníaco sólo puede enderezarse de una manera...

—¡Comportamiento demoníaco! Esa afirmación es muy grave —sentenció sor Lorenza Justiniana.

—Lo sabemos. Pero creemos no equivocarnos.

—Su Maternidad sabe que, cuando el

buen tiempo lo permite, no viste sus hábitos y se pasea desnuda por las dos capillas del claustro, bailando una danza altamente inapropiada y tocándose sin ningún recato —terció sor Cornelia, refiriéndose a una especie de danza del vientre que Irene Lopezosa debió de aprender de alguno de sus amantes no gurracameses, porque de todo debió de pasar por su cama cuando estuvo fuera de los muros del convento.

—Aun así, hemos de estar muy seguras de que está poseída por el demonio para dar el paso que creo que me están pidiendo.

—Si no está endemoniada, es que está fingiendo estarlo, que es aún mucho

peor...

Efectivamente, la hija de Don Higinio aparentaba estar endiablada. Pretendía que se hartaran de ella y la expulsaran del convento. Por eso se quitaba en cuanto podía la ropa y sólo el frío húmedo e invisible de las estancias interiores del convento le obligaba a llevarlo encima. También hablaba en voz alta de escandalosas artes amatorias, muchas de ellas contra natura, en medio de la eucaristía y oración de las seis de la mañana —esto cuando conseguían sacarla de la cama de su celda—. Tampoco hacía su labor en el huerto y rompía aposta los palos de las azadas y demás aperos de

labranza, apoyándolos contra la valla del convento y dejando caer encima la pesada roca que hasta ese momento había servido como adorno en un rincón del sembrado. Estropeaba, además, a base de patadas y pisotones, todo el trabajo de las demás monjas cuya ocupación era sembrar y trillar, aprovechando el momento en que éstas se marchaban a descansar de la jornada del día.

—Hace un par de mañanas arrancó tres de las cruces del cementerio de la parte trasera —informó sor Cipriana—. Luego las encontramos clavadas en el suelo del revés.

La madre superiora hizo tres veces de

forma instintiva la señal de la santa cruz.

—Sor Ana Toribia no ha dicho nada, pero hace una semana, la nueva interna mató al pececillo que ella cuidaba y alimentaba —dijo sor Cornelia. Irene había vertido su orina hasta tres veces en la pila mayor de la pequeña, rota e inútil fuente de piedra que descansaba en el centro del claustro. Como consecuencia de ello el pez colorado que allí vivía terminó muerto después de una lenta agonía.

—Está bien, está bien —admitió sor Lorenza Justiniana—. Tenéis mi permiso para hacer lo que ya sabéis. Todo sea por el bien de la nueva interna y de la congregación... No vayáis al coro. Que

empiece su camino hacia la salvación ahora mismo.

2

Sor Cornelia y sor Cipriana fueron en busca de Irene Lopezosa, sin poder disimular su satisfacción. Parecía retumbar el convento entero cuando las dos andaban al unísono por el pasillo en total y perfecta armonía. Entraron en la celda de la hija de don Higinio de sopetón, justo cuando dormía en su incómodo catre. La levantaron en vilo, apretando cada hermana uno de sus brazos, mientras ésta chillaba como un

cerdo al que le han degollado la garganta en una matanza de pueblo. En un intento de callarla sor Cipriana le propinó dos bofetadas tan fuertes y bien ejecutadas que dejaron a Irene aturdida durante unos segundos con las mejillas echando fuego. Aprovechando el momento, iniciaron por los pasillos el transporte de la endemoniada hacia su nuevo destino. En poco tiempo Irene volvió a ser consciente y empezó a sentir más miedo que rabia y reanudó su recital de sonidos primarios, mientras escupía espumarajos de sangre y saliva.

Algunas monjas salieron de sus celdas escandalizadas por el alboroto, pero Irene no las vio, cegada por aquel

desquiciante sentimiento mezcla de rabia e impotencia. Así, siguió en su empeño y continuó lanzando patadas al aire, maldiciones y algún mordisco que, felizmente, no llegaba a las monjas... Pero, estas, cansadas de esquivar los violentos movimientos de Irene pararon en seco y, sor Cipriana, sujetándola por el pecho contra la pared, la endosó todo un rosario de bofetadas de las que demostraba tener tanta maestría; a la séptima la endemoniada quedó desvanecida y la colosal monja dejó de fatigarse. Con todo, sor Cipriana quiso asegurarse y estalló sobre la cara de Irene dos puñetazos tan brutales como estudiados. Si le hubiera seguido otro

más de igual factura, Irene, seguramente, habría muerto en los siguientes días lentamente.

Sor Cornelia, ya sin ninguna dificultad, transportó a Irene hasta una celda húmeda y sin ventanuco alguno en los sótanos del edificio. La pieza era rectangular con un metro de ancho y uno y medio de largo. El techo distaba del suelo un metro sesenta. En general era imposible permanecer erguido o totalmente estirado si te tumbabas en el suelo. Las dimensiones y la oscuridad volvían claustrofóbica la estancia allí. Era como estar emparedado. La congregación utilizaba este departamento para hacer penitencia y

purificar el alma, encerrándose voluntariamente en él cuando lo creían necesario, siempre con la venia de la madre superiora. Malvivían en ese agujero durante días, sin comer ni casi beber, de rodillas —quizás la única postura para la que servía el lugar—, aguantándose sus propias necesidades, con el único consuelo de poder en soledad rezar y estar en gracia de Dios.

—¡Hijas de Puta, cabrunas, dejadme salir de aquí! —gritó Irene Lopezosa, aporreando la puerta con la violencia propia de los locos cuando logró despertar de su desmayo, pero detrás del muro de su calabozo no había nadie desde hacía horas.

Tiempo después se calmó pero en su fuero interno sabía que su treta de parecer completamente posesa no le había funcionado. Lejos de echarla del convento, lo que habían hecho era encerrarla como a una bestia salvaje.

Durante una decena de días las monjas rezaron por Irene y la aplicaron a todos sus pensamientos y reuniones. Pasados éstos la madre superiora estimó que ya era suficiente, de modo que sor Cornelia y sor Cipriana abrieron la celda de la penitencia y la sacaron de allí. Aplicaron la misma violencia utilizada para meterla dentro, pero ahora no hubo ningún tipo de resistencia. Cuando Irene Lopezosa estuvo fuera, sor

Hermenegilda y Sor Inmaculada Concepción se encargaron de la nada envidiable tarea de limpiar el lugar, que apestaba por sus cuatro costados al hedor de las fieras salvajes encerradas, y que, en consecuencia, propició más de un vómito en las dos monjas.

La penitente se encontraba mucho más delgada, pálida, rebozada en sus propios excrementos, con el cuerpo lleno de ampollas y llagas producidas por sus heces no limpiadas y en definitiva en un estado tal que parecía más muerta que viva. Después de acarrear con ella, sor Cornelia y sor Cipriana la adecentaron y curaron, sin poner tampoco demasiado empeño en ello... Y así quedó

convaleciente durante treinta días con sus noches, en los cuales y por turnos sor Ana Dorotea y sor Graciela, velaban y cuidaban de ella.

A lo largo de esta cuaresma infernal—diez días de encierro y treinta de rehabilitación—, la primogénita de don Higinio rumió, entre ausencias y pesadillas, atrocidades dignas de un ser desequilibrado, que por otro lado, a estas alturas, es lo que era. A una idea espantosa le continuaba otra peor al siguiente día. Algunos de estos pensamientos eran desechados de inmediato pues resultaban imposibles de realizar en su nueva vida de monja. No obstante se le ocurrió algo abominable,

que aunque tenía bastante dificultad, era factible. Algo, que de salir bien, le ayudaría a escapar del convento y a vengarse de aquellas monjas que la habían encerrado en una pequeña celda oscura, como a un animal. Así, cuando estuvo perfectamente recuperada lo primero que hizo fue pasar a ser una monja tan sumisa y devota como las demás. Esto formaba parte de su plan. De modo que empezó a ir puntualmente a todas las celebraciones del día y las aguantó tragándose toda su ira y rabia. A la hora de rezar, imitó el gesto piadoso de las otras religiosas sólo pensando en su venganza, y con el tiempo y de tanto escuchar siempre lo mismo, se aprendió

el texto de algunas de las oraciones. En el huerto trabajaba justo lo necesario para que nadie sospechara. Nunca hablaba, como si su voto de silencio fuera casi permanente. No volvió a correr por los pasillos y comía lo que hubiera sin protesta ninguna...

El cambio de Irene era tan increíble que maravilló a casi toda la congregación, aunque sor Cornelia y sor Cipriana nunca llegaron a creerse semejante milagro.

3

Durante el postulante, Irene

Lopezosa tuvo que estudiar historia sagrada, latín, teología, la Biblia, montañas de poemas religiosos creados por místicos o no, rezos, oraciones centenarias y un sinfín de materias más que no le interesaban lo más mínimo. La encargada de enseñarle y medir sus progresos fue sor María Segunda, que era una mujer muy sabia y paciente, pero muy poco exigente, de manera que Irene estudiaba más bien poco. Sin embargo, la hermana María Segunda parecía preocuparse de que su pupila aprendiera bien y constantemente, aunque para ello creyera erróneamente que era suficiente con estar con su alumna todo el tiempo de estudio. Así, un día detrás de otro, la

hermana se ponía a leer la misma página de un enorme misal que reposaba apoyado en un robusto atril al otro lado de la pequeña biblioteca, mientras Irene memorizaba textos relacionados con el Génesis del Viejo Testamento, las cartas a los Tesalonicenses o la vida de algún santo al que ya nadie recordaba. En realidad todo era muy distinto, pues la alumna pensaba siempre en otra cosa y la maestra se quedaba dormida de pie, sujeta por las páginas de oraciones misales y ordenes de celebración de éstas.

Un buen día sor María Segunda vino dispuesta a variar la rutina diaria.

—Ven aquí hija —le dijo a su

discípula—. La primera hora no la vamos a dedicar al estudio. Ya ha llegado el momento de que aprendas la historia de nuestro convento.

—Lo que usted quiera hermana — dijo Irene, sumisa y teatral, sentándose al lado de la monja maestra.

—Escucha. En la primavera del año de Nuestro Señor de 1564, antes de la construcción del convento, desapareció de la iglesia de Cursodura del Río Sequillo, el pueblo de al lado, la imagen de la santísima Virgen de todos los Fieles Difuntos. Dos días después fue encontrada en una calva de este bosque de pinos. Justamente donde ahora está la puerta principal del convento. —Hizo

una pausa—. Bueno, más o menos. El caso es que por los alrededores dieron con un hombre que debía de ser forastero, al que acusaron de robar la imagen y dejarla en mitad del bosque.

—¿Y era el culpable? —preguntó Irene con curiosidad por saber si había existido alguien capaz de hacer semejante tontería.

—Pues no. De todas formas, alguna otra cosa mala debía de haber hecho, pues fue quemado vivo.

—Por La Santa, claro.

—No hizo falta ningún auto de fe dictado por la Santa Inquisición, pues la gente del pueblo se encargó ella sola de llevar a la hoguera al pobre hombre.

Eran aquellas buenas gentes muy devotas de nuestra Santa Virgen y temerosas de Dios.

—¿Por qué dice “eran”, hermana?

—pues porque ya no lo son tanto, hija mía... Menos mal que el Santo Oficio vela para que lo sigan siendo —dijo haciendo un gesto con los brazos que, en realidad, no expresaba nada.

—Entonces le mataron —concretó Irene Lopezosa, retomando el hilo de la historia.

—Sí, hija, sí. Hasta el Gran Inquisidor de entonces, el padre Honorato Juan Cariol de Estrella, que Dios tenga en su gloria, viajó desde San Josafar para, públicamente, proclamar

el buen criterio de los vecinos de Cursodura y el gran ejemplo de cristianismo bien entendido que daban al resto de Gurracam. —La hermana miró al techo con cierto pesar—. Luego recomendó que no volvieran a quemar a nadie, pues debían dejar que sus tribunales descifraran con su acostumbrada justicia ejemplar quién debía de ser purificado por el fuego... A veces, hija, la Inquisición es manejada por Nuestro Señor de manera misteriosa para las personas.

—Pero nunca se equivoca, ¿verdad?

—Esa es la única certeza y, también, el consuelo que todo buen cristiano ha de tener claro... Sobre todo en estos

tiempos de herejías y barbaries que vivimos. En fin, extrañamente, un día después de irse el Gran Inquisidor y de traer al pueblo la imagen de la virgen, murió el hombre que primero había visto a la Santísima en el bosque. La enfermedad que acabó con aquel paisano era desconocida, pero no por ello menos fulminante. A la semana siguiente la virgen fue descubierta por un aldeano en la puerta de la iglesia, como si saliera de misa —relató sor María Segunda, que siempre que contaba esta historia a alguna novicia no podía evitar inventarse cosas que no pasaron, si es que en realidad había ocurrido algo de todo aquello—. La

imagen fue devuelta a su sitio y el paisano murió algunas horas después de sopetón. A nadie escapaba que la cara de sufrimiento que el artista escultor había puesto en la imagen parecía menos terrible y dolorosa cuando la hallaron en el bosque y en la puerta de su templo; y ya había quién relacionaba las últimas muertes con los hallazgos de la virgen en un lugar distinto de su pedestal de piedra.

—¿Y tenían relación, hermana? — preguntó Irene más por dar cuerda a la monja que por interés.

—Pues la verdad es que no se sabe. Eso sí, todo el pueblo lo creía sin excepciones, pero no hablaban de ello,

por miedo. Quince días bastaron para que la virgen emigrara de la iglesia otra vez. Un monje franciscano que estaba de paso por el lugar se prestó para ir a buscarla, pues nadie de Cursodura parecía querer exponerse a las extrañas enfermedades de sus dos vecinos.

—¿Y le pasó algo al franciscano?

—En principio no, pero luego... —La religiosa cerró y abrió los párpados en otro de sus gestos sin significado—. El monje se fue a la mañana siguiente de la desaparición de la imagen y volvió por la tarde tan sano como se había marchado. Dijo que dejaran en paz a la virgen, pues su deseo era estar en aquel lugar, es decir, en la calva del bosque

del Pino Negro. Entonces le acusaron de blasfemo, judío, hereje y mentiroso y le echaron del pueblo recibiendo el mismo trato que un apestado. Tras esto mandaron un despacho al Gran Inquisidor, para que supiera que por los campos de Gurracam andaba un monje franciscano algo descarriado.

—¿La imagen se quedó en la calva entonces?

—No. Cuatro mozos bravucones y ateos se ofrecieron voluntarios para devolver a la virgen a su lugar de origen, ahora que ya había pasado la maldición de la enfermedad; porque recuerda, hija, que el monje seguía vivo al volver de ver a la virgen.

—¿Les pasó algo a los mozos?

—Los cuatro murieron de un pasmo colosal la noche después de hacer el trabajo —dijo la hermana María Segunda, moviendo su brazo de arriba abajo—. “Es el fin del mundo”, decían muchos lugareños, y casi todos los vecinos terminaron por pensar que aquella era cosa tan cierta como el suelo que pisaban. El Gran Inquisidor mandó a uno de sus ministros y en la plaza del pueblo leyó a todos los habitantes un comunicado que decía, más o menos: Lucifer ha despertado de su sueño y nos prepara mil y una desgracias. Algo terrible debéis de cargar sobre vuestras conciencias para que ocurra este hecho

incuestionable. La Santísima lo sabe y por eso no consiente que su imagen resida en este pueblo condenado. La culpa es vuestra. Sólo vuestra. ¡Qué habéis hecho, pecadores! Arrepentiros o provocareis el fin del mundo. Arrepentíos o pagaréis quemando vuestra alma en el Infierno...

—Por supuesto, no estaban en lo cierto —interrumpió Irene.

—Claro hija, la prueba es que el mundo sigue existiendo y aquí no se recuerda que el demonio nos visitara nunca.

—Luego aquel ministro del Gran Inquisidor era un mentiroso —dijo sonriente.

Sor María Segunda propinó una bofetada en la boca a Irene que fulminó su sonrisa. La hija de don Higinio no respondió a la agresión por muy poco.

—¡Qué es lo que estás diciendo! Ningún hombre de Iglesia es un mentiroso, y mucho menos los padres del Santo Oficio que Dios guarde por siempre. —La hermana se santiguó rápida y mecánicamente—. Simplemente muchas personas interpretan mal sus discursos y enseñanzas. Los transforman en su propia conveniencia. ¿Entiendes?

—Perdone hermana —se disculpó Irene, controlando de manera sorprendente las ganas de abofetear a su interlocutora—. Siga con la historia por

favor.

—La Virgen, por supuesto, se volvió a escapar —dijo Sor María Segunda volviendo a retomar su leyenda—, y esta vez nadie quiso saber nada, fuera ateo o el mejor de los cristianos.

—De manera que se quedó en la calva del bosque —señaló Irene, fingiendo interés.

—Eso es, hija. Un mes después llegó esta historia a oídos de doña Ana Margarita Leoni Coello de Austria, segunda archiduquesa de Cursodura del Río Sequillo. La mujer, de mente despejada y religiosidad grande, como se debe de ser, vio claro en seguida que lo que tenía que hacer, como buena

cristiana, era construir un convento en aquella calva del bosque, donde la virgen había señalado que quería estar. Se gastó gran parte de su fortuna en esta acción que la honrará siempre.

Irene Lopezosa sopesó en silencio la posibilidad de que fuera verdad la existencia de una persona tan necia, a su entender. La hermana seguía hablando sin parar:

—Todos admiraron la valentía de la archiduquesa cuando fue a buscar la imagen al calvero del bosque, sin temor a enfermedades supersticiosas ni maldiciones de bruja. A doña Ana Margarita, por supuesto, no le pasó absolutamente nada, y Nuestro Señor

tuvo a bien llevársela a los cielos cuarenta años después. El convento lo inauguró ella misma en el año 1570.

Sor María Segunda ya no tenía nada más que contar, de forma que mando a su pupila a que siguiera con la lectura del día anterior.

—Hermana, no recuerdo haber visto la imagen de la virgen, aquí, en el convento. ¿Cuál es? —preguntó Irene con cierta curiosidad, mientras iba a su atril habitual.

—¡Hija mía! La imagen desapareció hace más de cincuenta años... —fue la poco clara respuesta. —Anda, lee en voz alta.

Irene comenzó la lectura de las

persecuciones que se dieron en tiempos de Antioco, relatadas en un magnífico volumen del segundo libro de los Macabeos que el convento tenía entre sus más preciados, ya que estaba iluminado con preciosos dibujos de vegetales imposibles que se entrelazaban de manera geométrica unos con otros, dejando ver en según qué páginas algunos animalillos, que no siempre eran fáciles de identificar.

No tardó mucho en dormirse sor María Segunda e Irene volvió a meditar partes sueltas de su venganza. Ninguna de las dos sabía que la imagen, o para ser más exactos, los pedazos que quedaban de ella, no andaba lejos de

allí; concretamente en un rincón olvidado en el sótano del recinto.

Medio siglo antes la que fuera madre superiora, sor Marciana de Jesús, descubrió un pergamino manuscrito entre las páginas de una copia de la obra de Vicente Espinel ‘La vida y aventuras del escudero Marcos de Obregón’ que en la biblioteca permanecía criando polvo y años. En el legajo se indicaba que la figura estaba hueca y en su interior albergaba un tesoro. La noche de San Juan la superiora ordenó a sus monjas que rezaran hasta el alba encerradas con llave en sus celdas y que no salieran bajo ningún pretexto, escucharan lo que escucharan; la razón

de esta decisión era que el Maligno iba a rondar la zona y las iba a tentar.

A las doce de la noche, Sor Marciana empujó la imagen contra el suelo y como no se rompió se agenció una cruz de hierro que no media menos de un metro. Aunque pesaba resultó ser una perfecta herramienta que deshizo la madera y partió a la virgen por la cintura de tal manera que de haber sido humana el espectáculo habría sido monstruoso.

En efecto, de las entrañas de la santísima Virgen de todos los Fieles Difuntos salieron dos cálices de oro con incrustaciones de diamantes y perlas, así como más de cien pesadas monedas de oro de la época en que Gurracam era

una provincia romana.

Sor Marciana de Jesús, la más devota e intachable de todas las agustinas recoletas que hasta la fecha se habían dado, desapareció del convento sin que nadie volviera a verla nunca más.

4

—¡Hermanas! —llamó la atención sor Lorenza Justiniana en uno de los almuerzos—. Hace siete meses llegó la hermana Irene con el Maligno metido en el cuerpo, pero Dios ha obrado el milagro del exorcismo en ella. He decidido que dediquemos esta tarde y

las de los próximos tres meses a orar, para dar gracias al Todopoderoso por el portento con que ha honrado a nuestra querida hermana Irene. Cuando acabemos de rezar el Rosario, descansaremos diez minutos y empezaremos con la nueva oración, hasta que sea hora de rezar Vísperas. Estoy segura de que la hermana Irene vino a este convento para dejar de servir al Maligno y empezar a alabar la grandeza de Dios. Mi corazón está alegre por ello.

—Madre Reverenda, ¿puedo hablar?
—preguntó la hermana Micaela, pidiendo permiso para romper el voto de silencio voluntario que ellas mismas

se imponían en las comidas.

—Sí hermana.

—Propongo que añadamos una vigilia cada semana.

La mitad de las monjas miraron algo disconformes a sor Micaela, pero la madre abadesa dijo:

—Muy bien. Así se hará.

Irene Lopezosa fingía con su cara alegría por todo aquello, pero no rompió el voto de silencio. Por dentro estaba furiosa por la cantidad de horas que le iban a robar los nuevos rezos y las vigiliass, pero disimuló muy bien. Para llevar a buen término su plan, todas esas horas eran preciosas y cuantas menos tuviera menos rápido podría ejecutarlo.

A pesar de este nuevo contratiempo, confió en tener buena suerte.

—Hermana Irene, escúcheme — prosiguió la hermana superiora—. La congregación entera se alegra enormemente de que por fin entienda que basándose en la austeridad y en una vida religiosa bien llevada, irá encontrando poco a poco su virtud perdida. En este retiro, defendida de todas las distracciones infames del mundo exterior, se dedicará de por vida, como hasta hoy ha hecho, a las máximas liberaciones que este mundo puede darle, que como ya sabe son el trabajo y la oración.

—Perdóneme Su Maternidad, pero se

olvida de la obediencia —añadió sor Micaela, que con mucho era la que tenía una devoción mayor, y de las pocas que realmente se tomaba su ocupación en serio todo el tiempo, sin hacerse preguntas. De hecho, era la única que de joven había elegido ser monja de forma voluntaria.

—Es cierto. Una obediencia bien entendida, es decir, como nos enseña la Santa Madre Iglesia, bien puede representar una liberación. Tenga muy en cuenta de ahora en adelante todo esto. —La superiora desvió la vista hacia sor Micaela—. Y usted, hermana, hará bien en callarse a partir de ahora, como hacen el resto de las aquí presentes

mientras dura el almuerzo.

Sor Micaela miró a su plato algo avergonzada y ya no volvió a abrir la boca.

Irene Lopezosa movió la cabeza indicando que seguiría el consejo de sor Lorenza Justiniana. Luego fingió la expresión de alegría que pondría un niño al que le dan un premio por su buen comportamiento.

—Hablando de otro asunto, su padre nos indicó que entre sus habilidades estaba el dibujo y la pintura. La hermana Prudencia Ferdinalda, que en la gloria de Dios está, también tenía el don divino de plasmar imágenes en un lienzo. Pintó aquel cuadro —dijo sor Lorenza

Justiniana, apuntando con su dedo índice a una pintura que reflejaba a un Cristo casi de verdad, llevando la cruz a cuestas—. La pobre hermana murió hace algunos años, dejando una de sus obras a medio terminar. Quería pintar a Jesús predicando en El Monte de los Olivos, pero Dios quiso llevársela antes. Tal vez usted, hermana, quiera acabar este cuadro.

Irene callaba.

—Puede hablar hermana —ordenó la superiora, permitiéndola romper el voto de silencio.

—No sé si seré capaz —reconoció sor Irene, sin saber de qué diablos había hablado su padre con la monja.

—Con intentarlo ya honrará bastante a la memoria de sor Prudencia Ferdinalda y a nosotras también.

—Me pone Su Reverenda Madre en un aprieto. Hace años que no pinto, y la hermana Prudencia Ferdinalda, por lo que veo, era una maestra... —inventó Irene.

—Me parece bien que demuestre humildad y modestia, pero piense que los cuadros, además de ser una forma más de adorar a nuestro señor, también son una fuente de ingresos para el convento. Tenemos que subsistir, hermana, utilizando las habilidades que Dios nos ha dado. El marqués de Sotuertanos nos pidió el favor de pintar

el cuadro, y todavía, evidentemente, no hemos podido cumplir. El marqués, que siempre fue un ejemplar cristiano, y de ello hace gala dando buenas donaciones, no se merece esto, ¿no cree?

—Tal vez sí. Por eso se llevó Dios a la hermana Prudencia Ferdinalda...

Todas las monjas miraron a Irene Lopezosa con el asombro correspondiente. ¡Se había equivocado! Dijo directamente lo que pensaba, como hacía cuando estaba fuera del convento. En ese momento se dio cuenta de hasta qué punto le ayudaba a ocultar sus verdaderos pensamientos el voto de silencio.

Trató de arreglarlo:

—Quiero decir que El Hacedor, quizás, se la llevó para que yo pudiera seguir su obra en mi camino hacia la virtud. Tal vez ésta sea la buena intención del Todopoderoso. —Las monjas se calmaron un poco, aunque Sor Cornelia y Sor Cipriana la seguían mirando con poca disimulada suspicacia —. Pero desgraciadamente, en mi triste vida anterior de pecado perdí toda mi práctica.

—Pues ensaye primero en otros lienzos en blanco —dijo la superiora llena de entusiasmo—. El que fue, puede volver a ser. Recuerde hermana, que el pintar bien no se aprende, nos lo da o nos lo niega el Señor cuando nacemos.

Por tanto, ni se olvida ni se recuerda; sólo se esconde... Basta con hacer intención de encontrarlo.

—Me llevará tiempo.

—Tiene usted todo el tiempo del mundo aquí...

Irene Lopezosa calló pensativa, pero como tarde o temprano no le iba a quedar más remedio que aceptar el absurdo encargo, dijo:

—De acuerdo, lo intentaré.

—Eso está muy bien. Será algo muy bonito que la hará bien a su espíritu y la alejará de pensamientos impuros. Mañana mismo le daré todo el material que utilizaba sor Prudencia Ferdinalda y el cuadro que ha de terminar.

Irene Lopezosa recibió sin falta al siguiente día las pertenencias pictóricas de la monja muerta. Eran cuatro cosas. Resultaba admirable que con tan pocos utensilios y tan primitivos, la hermana Prudencia Ferdinalda se las hubiera apañado para acabar cuadros tan bonitos, realistas y cuidados, con detalles sólo creíbles en los grandes maestros de este arte.

En el lienzo póstumo de la hermana pintora, Jesús se podía ver dibujado a medias. Sólo estaba acabada la parte superior del personaje y el paisaje de la derecha. En el resto de la imagen sólo había el blanco, un poco amarillento, de la tela sin pintar, donde se podían

distinguir esbozados algunos trazos.

Irene Lopezosa arrinconó todo el lote en su celda y no lo tocó ni por equivocación. Ella jamás había dibujado nada bien. Ni se lo había planteado siquiera. Desconocía cualquier técnica pictórica y, además, no había cogido un pincel en toda su vida. Casi no sabía qué era eso. Lo máximo que llegó a hacer fue dibujos obscenos a Laura con una pluma sobre un pergamino. Representaban la mayor parte de las veces genitales humanos y animales, sin excitar y en pleno apogeo. Sólo con mucha imaginación y gracias al verbo fácil de Irene, conseguía su hermana imaginar, un poco y de lejos, qué era a

lo que se refería con aquellos extraños gráficos.

Don Higinio debió mentir a las monjas cuando le preguntaron qué sabía hacer bien su hija. Seguramente lo primero que se le ocurrió fue lo de la pintura, que él conocía de buena tinta que era bien apreciado en un recinto donde se pasaban la mitad del día, y la otra mitad también, alabando imágenes colgadas de la pared.

14

NOCHE PIEL

1

Mario Tolón Raboso del Vozmediano separó los párpados de sus ojos muy lentamente. Cuando consiguió

entreabrirlos lo suficiente como para poder ver algo, se sintió tan fatigado como estaría tras realizar un trabajo sobrehumano; de manera que volvió a cerrarlos.

Un rato después, haciendo un esfuerzo por controlar sus párpados —que se le antojaban pesados como si fueran losas—, volvió a intentar abrirlos y entonces experimentó la desagradable sensación de que los rayos de luz solar le apuntaran directamente a sus ojos, que llevaban demasiado tiempo en la más completa oscuridad. Pero ahora no cerró los párpados, pues temía no poder reunir la fuerza suficiente para abrirlos otra vez.

Minutos después las formas borrosas que veía se convirtieron en objetos más o menos definidos.

Giró un poco el cuello y oteó todo lo poco que le rodeaba, pero desistió velozmente por provocarse un terrible daño. No reconocía nada de lo que le circundaba. No parecía haber estado allí nunca. Tampoco recordaba nada de lo que le había pasado y lo único que le venía a la mente era un par de hombres difusos, grandes y risueños, que no conseguía reconocer tampoco. Le golpeaban sin piedad, en un pasado no muy lejano. Más bien como si hubiera ocurrido ayer mismo o hacía unas pocas horas. También se veía a sí mismo

cavando en el suelo. ¡Cavando una tumba!

Intentó moverse, pero comprendió rápidamente que no podía. Había partes de su cuerpo que no sentía, y lo supo por el simple hecho de que no le dolían.

Mario Tolón se encontraba en el interior de un chamizo prácticamente en ruinas. Le rodeaban cuatro gordas paredes medio derruidas, compuestas de piedra y adobe en descomposición. Estaba tendido en un suelo de tierra prensada, sobre una vieja manta raída, llena de agujeros, y que en otro tiempo debía de haber sido de muchos y vivos colores. En el suelo se podían ver depositadas varias cacerolas, mantas en

mal estado y cuatro o cinco cachivaches que Mario Tolón no consiguió distinguir qué eran. Del techo colgaban dos lomos de barracuda curándose al sol que, en según qué momentos del día, entraba por uno de los huecos de la pared. Eso era todo. Ni mesas, ni sillas, ni lámparas, ni muebles...

Aquel lugar poseía un olor concentrado a marisma y algas. Tan denso resultaba que casi parecía masticarse la salinidad del ambiente. En el exterior se escuchaban los graznidos destemplados y roncós de las gaviotas, mezclados con el lenguaje de los cormoranes, alcatraces y págalos. Por encima de todo este escándalo, las

explosiones de un mar embravecido, demasiado cercano, se hacían notar con toda su fuerza y poder.

Estaba sólo. Intentó gritar pero su voz no alcanzaba el volumen necesario. Al poco tiempo se percató de que se encontraba a merced de cualquier animal que pudiera entrar por algún hueco de la pared. Las imágenes de los dos tipos golpeándole le volvían a la mente. A veces veía venir hacia sí los puñetazos y las patadas tan nítidamente que su cuerpo intentaba emitir, de manera casi automática, un movimiento espasmódico, que nunca llegaba a culminarse. ¿Estarían todavía cerca de él? Si se presentaban no podría

defenderse. Su cuerpo estaba inmovilizado, aunque no había ninguna cuerda que le atrapara. Parecía tener una cáscara irrompible que le envolvía. Se encontraba en una situación desesperante. Empezó a ponerse muy nervioso.

El ruido del mar no cesaba. El mar. El maldito mar. Nunca le había gustado aquella mole de agua imprevisible. Tan pronto estaba en calma como desataba toda su furia asesina. No sabía nadar ni nunca lo había intentado. Una vez estuvo en alguna de las orillas del mar Mediterráneo y de sólo ver las olas se puso enfermo y cayó al suelo desmayado. ¡Y no dejaba de percibir

sensaciones propias de la cercanía del mar!

De repente escuchó pasos.

2

Se abrió la destartalada puerta de la choza, que no era más que un trozo de madera agrietada y denegrida. Entró un hombre de fenomenal estatura, espalda ancha, negra barba muy poblada, piel quemada por el sol y un pendiente en forma de aro en la oreja derecha. Se llamaba José Rey Noguerras de la Calle, pero desde muy temprana edad le habían apodado El Toro, pues ya entonces se

mostraba el doble de grande que los chicos que contaban con sus mismos años.

José El Toro transportaba en una red dos grandes langostas, con el caparazón rosa muy brillante y los ojos muy negros. A su lado se agolpaban un par de ostras y cuatro bogavantes de color verde oscuro con manchas azules. Uno de los bogavantes carecía de dos patas, seguramente por haberlas perdido en alguna lucha, pero el resto de su anatomía se encontraba en perfecto estado. El gigante del pendiente en la oreja había cambiado los ocho succulentos, preciados y todavía vivos animales por cuatro sacos medianos de

mejillones y caracolas. Antes se efectuó un regateo interminable, tras el cual probablemente fue El Toro el que salió ganando con el pacto final, pues algunos de los moluscos de los sacos enrejillados tenían un tamaño más bien pequeño, posiblemente no apto para el consumo. Además, unas cuantas caracolas granosas, de maya y de celosía, que había capturado sin saber muy bien si eran comestibles, estaban mezcladas con los demás moluscos, en la parte central de los sacos.

José dejó las ostras encima de un madero, apoyadas por su parte cóncava, para así no perder la poca agua que tuvieran dentro. Luego se dispuso a

introducir el resto del marisco en una cacerola. Metió con decisión la mano para atrapar a los crustáceos acorazados. De manera escalofriante, a la par que certera, fue cogiendo los cuatro bogavantes, que se enganchaban a la red donde venían metidos con sus largas antenas y aleta caudal, y, además, amenazaban con sus pinzas abiertas. Las langostas, expertamente apresadas por El Toro por su caparazón, abrían y cerraban con fuerza su cola, tal vez intentando atrapar la mano de José en uno de los envites.

Todo fue inútil. Aunque utilizaron con desesperación sus terribles armas móviles, no consiguieron evitar su

captura. Los cuatro bogavantes y las dos langostas terminaron dentro de la cacerola en menos de un minuto.

Inmediatamente, José El Toro puso un tablón encima del recipiente, dejando un pequeño resquicio por donde salían las antenas medio partidas de las langostas. Por último, depositó un pedrusco bastante pesado encima del tablón. Parecía que el gigante había manejado marisco desde hacía muchos años.

Cuando dio por terminada la operación de sacar el marisco de la red, la colgó en un hierro saliente de la pared y, de pronto, reparó en que Mario Tolón le había estado observando en silencio.

—¡Ah! Por fin has despertado —dijo

el hombre en un inglés bastante poco depurado.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? — preguntó Mario, aturdido y con pocas fuerzas. Había pasado hora y media desde que despertara de su sueño de muchos días. Por lo grande de José El Toro pensó en un primer momento que era uno de los verdugos que tenía metido dentro de sus recuerdos más inmediatos. Luego, la voz amigable del mariscador le tranquilizó en parte.

—¡Vaya, hablas el gurracamés! — contestó El Toro, en el mismo idioma en el que había hecho las dos preguntas Mario, y sin poder disimular su alegría —. ¿Eres de Gurracam?

Mario Tolón movió tan sólo los ojos en forma afirmativa.

El gigante empezó a hacer fuego. Las primeras bocanadas de humo salieron por uno de los agujeros del tejado de paja, barro y palos, entre dos vigas de madera podrida, infestadas de colonias enteras de comején, y que estando siempre a punto de desmoronarse, seguían año tras año manteniendo su forma.

—¡No sabes cuánto me alegra el saberlo! Eres el primer gurracamés que he visto en no sé cuánto tiempo —dijo José El Toro mientras echaba pequeños palos a la hoguera—. Mi nombre es José. También me llaman El Toro. Nací

en Rubielos de Forniche, tierra de gente sana y fuerte, a orillas del río Fornichón. Un lugar increíble, lleno de árboles gigantes, prados y montañas... — describió el gigante sonriendo un instante a sus propios recuerdos—. No como esto, que es una maldita roca pelada, donde hay sólo cuatro árboles y un puñado de plantas extrañas que lo único que hacen es afeard el paisaje — relató lamentándose, como si su pueblo de origen fuera el paraíso terrenal—. A ti, ¿en qué parte de Gurracam te parieron?

Mario Tolón no parecía recordar aquello.

—Bueno, está bien. No te preocupes.

Ya me lo contarás en otro momento. Y el nombre, ¿te acuerdas de tu nombre?

—Ma... —Dudó un momento—.

Mario.

—Muy bien, Mario.

El hombre del pendiente siguió trabajando con el fuego en silencio y de repente, como si le hubiera venido de golpe un torrente de palabras, volvió a hablar:

—¡Bendita tierra Gurracam! La hecho mucho de menos. No sé por qué extraña razón has venido hasta aquí, porque ha tenido que ser algo muy gordo —razonó, recordando el estado de Mario cuando apareció en la playa de Santa María del Coral—, pero terminarás por odiar este

sitio... Si vinieras de otro lugar... de Francia, de Inglaterra, no lo sé. Tal vez no sea tan grande la diferencia. Pero como Gurracam no hay otro lugar en este asqueroso mundo...

A Mario Tolón no parecía interesarle toda esa información, y el gigante hablador pasó a darle noticias más precisas e importantes:

—Por cierto, estás en Moralnuño; muy cerca de La Isla del Rey —dijo, respondiendo a una de las preguntas que el ladrón formuló cuando abrió la boca por primera vez.

—¿Dónde? —preguntó Mario, pues realmente no había oído hablar nunca de aquel lugar situado justo al lado de las

islas Chafarinas.

—En Moralnuño. Una isla. Más bien, una ratonera. Una ratonera pequeña, de la que no se puede salir —volvió a lamentarse El Toro.

—¡Una isla! —exclamó Mario con un escalofrío. Un maldito pedazo de tierra rodeado por el mar en todas las direcciones. ¡El mar!

—Sí, una condenada isla —remachó José—. Llena de alacranes y víboras. Infestada por sus cuatro costados de fragatas portuguesas que cuando estás buscando marisco te pican con uno de sus tentáculos y te paralizan de dolor, las muy hijas de puta... Sí, una isla de mierda casi en las costas de África.

Demasiado lejos de Gurracam —dijo, ahora, con cierta resignación.

—En... ¡Dios mío! ¿Cómo pude llegar hasta aquí? —preguntó desalentado.

—En un barril. —El Toro soltó una carcajada—. Curioso barco. Algún día, tal vez pruebe yo a salir de aquí de igual manera.

Hubo otro rato de silencio durante el cual Mario empezó a tomar algo de conciencia sobre lo que había pasado y dijo:

—Bueno, supongo que le debo la vida. Gracias...

—No, no. A mí no —interrumpió—. A ella. —José El Toro señaló a un hueco que debía de hacer las veces de ventana,

pero que en realidad parecía el agujero dejado por una piedra lanzada con una antigua catapulta.

3

José ayudó a Mario a incorporarse un poco.

—¿La ves?

—¡Por los clavos de Cristo, ya lo creo que la veo! —exclamó Mario Tolón, no todo lo alto que requería la expresión. Aquella vista parecía haberle dado fuerzas adicionales y se encontraba algo mejor. Por suerte no se preocupó de ver el lamentable estado de su cuerpo,

embutido en una pasta de tonalidades verdosas nada fiables. De haberlo hecho se habría muerto del susto.

Mario pudo distinguir a través del agujero de la pared a una mujer de piel muy oscura y pelo negro muy largo que le llegaba hasta las pantorrillas, deslizándose en dirección al suelo como si fuera una cascada que brillara a causa de los reflejos del sol. No había un ápice de grasa en su cuerpo, armoniosamente musculado, y resultaban sorprendentes sus larguísimas piernas que parecían tener la fortaleza de dos mástiles de barco.

En ese momento estaba totalmente desnuda, lavando unos harapos mil

veces remendados. Mario, por tanto, no tuvo ninguna dificultad en comprobar que sus pechos eran planos y estaban algo caídos, pero al ladrón no le parecían feos por ello. Debían de haber estado al aire la mayor parte de su existencia y su piel estaba tan curtida como la del resto de su anatomía.

Se fijó en la cara. Le extrañó y maravilló a la vez las raras facciones de su rostro. Tenía los rasgos muy definidos, casi cortados por un cincel, pero, resultaba tan atractiva, tan diferente...

—¡Vive Dios que no he visto una mujer igual! —exclamó por fin, atónito, casi pasmado—. ¿Quién es?

—No sé su nombre real. Ella dice llamarse Night Skin, Noche Piel en gurracamés, pero ése no es ningún nombre cristiano, ¿verdad?

Mario Tolón no respondió, pues seguía mirando a la mujer del interminable pelo negro como si fuera una diosa venida de otro mundo. Aún estando en las puertas de la muerte, seguía siendo un exagerado con las mujeres hermosas; y esta lo era en gran medida.

—A mí ya me resulta normal, pero ella es así, no siente pudor ninguno — aclaró José.

—¡Es posible! Jamás conocí una mujer que mostrara sus encantos de esta

forma tan generosa —farfulló Mario, todavía sin salir de su asombro.

El ladrón había oído hablar de la existencia de otras razas distintas a la suya, pero jamás pensó que pudieran darse mujeres iguales o más bellas que las que él había conocido de su propia raza.

—Un color diferente al blanco en la piel está condenado a no alcanzar jamás la perfección. Sólo el color blanco está capacitado para tales méritos —le había recalcado en varias ocasiones su padre, el clérigo con desviaciones carnales—. Bien claro lo dice en La Santa Biblia: Dios, en su infinita sabiduría, ha elegido como pueblo reflejo de su perfección al

de raza blanca, y concretamente a la que habita en las penínsulas Itálica e Ibérica, pues son estas dos las únicas que empiezan por la I de Iesus.

—Pero padre, nosotros somos de Gurracam —le había respondido Mario en alguna ocasión.

—Pero tus tatarabuelos eran españoles —le recordaba siempre Canuto, inventando el origen de la descendencia del ladrón. —No lo dudes, Mario. Cualquier otro tipo de color no es más que la muestra que nos da el Señor de lo imperfecto y de lo corrupto —zanjaba siempre la conversación, cambiando a su conveniencia de esta manera las doctrinas católicas.

Por culpa de estas malas enseñanzas Mario Tolón se formó una idea muy pobre de los que no fueran igual que él mismo. Por tanto, siempre dio por sentado que los individuos de otras etnias serían muy inferiores en todo, incluida, por supuesto, la hermosura.

Hoy podía comprobar hasta qué punto tenía su cabeza llena de tonterías.

4

José El Toro y Night Skin iban casi todas las mañanas al roquero de la parte norte de la isla a coger cangrejos, pulpos, nécoras, canadillas, mejillones,

erizos, bígaros y todo tipo de moluscos y crustáceos que se pusieran a su paso. El gigante era un experto buceador, capaz de resistir debajo del agua hasta más de tres minutos. Aunque contaba con su maestría y la fortaleza de su cuerpo no conseguía evitar que, a veces, la mar le estampara contra las afiladas aristas de las rocas esculpidas por el oleaje. Por esta causa había estado incluso en peligro de muerte. Su cuerpo, por tanto, era un mapa de cicatrices y cortes, pero, distintamente de lo que venía siendo habitual, bien curados, ya que Night Skin se ocupaba personalmente de que la imponente anatomía de José, que conocía tan

perfectamente como la suya propia, siempre estuviera en buen estado y en forma para seguir mariscando.

El Toro cazaba los animales y ella los recogía monótonamente día tras día. Cuando José no podía hacer su trabajo, porque la mar, harta de aquel expoliador de sus criaturas, se había ensañado con él especialmente y le había escupido a un cuchillo de roca; entonces ella misma, sin ningún miedo, se metía en la fría agua salada y realizaba la pesca igual que cualquier hombre. Para Night Skin aquello era su única fuente de subsistencia y no se podía permitir lujos ningún día.

Algunos de los mariscos eran

vendidos y otros —los mejores— se los comían ellos mismos. Las ventas que daban lugar al dudoso comercio del que vivían José y Night Skin se realizaba junto al pequeño fortín abandonado de la isla, bajo las palmeras y los cinco herrumbrosos cañones, tal vez ya inútiles por viejos, que contemplaban impasibles la zona. En este lugar, donde no había ningún tipo de vigilancia — como en cualquier otra parte de la isla —, podías salir con el dinero de la venta de tu mercancía, o sin nada, por los frecuentes robos.

La unidad monetaria que se utilizaba era diversa y a veces falsa. Al ser un lugar de paso, todo tipo de monedas

eran aceptadas. En general, José El Toro siempre prefería cambiar sus capturas por otras mercancías, desechando el dinero que no reconocía. De Gurracam se había traído tres alejandrinos de bronce y uno de plata al que le faltaba un trozo, como si alguien lo hubiera mordido. Los llevaba siempre consigo como el único recuerdo de su tierra. No había vuelto a ver ninguna de estas monedas desde que estaba unido a aquella isla, que tanto odiaba.

Hubo un tiempo en que José y Night Skin lamentaban con frecuencia el tener que vivir de una forma tan mísera y carente de futuro. Se daban cuenta de que llegaría un momento en que no

serían capaces de cazar los animales que les hacían ahora subsistir, y eso les sumía en constantes depresiones. Poco a poco fueron aceptando el hecho de que no podían salir de la isla. Ninguno de los barcos que atracaban en el Puerto Real les llevaría, pues ninguno era un barco honrado. Moralnuño era una cárcel que desde fuera tenía aspecto de islote, y ellos dos lo terminaron reconociendo muy a su pesar. Se resignaron a no pensar en ello y dejar que pasara el tiempo. Tal vez algún día, arrastrado por la marea, les llegara la solución a sus problemas.

José El Toro pisó la isla de Moralnuño cuatro años antes que Night Skin. La razón primera por la que estaba allí era algo que ni él mismo conocía. Sabía, eso sí, quien era el culpable: el general Javier de Bustamante y Tres Torres.

Recién alistado en el ejército se topó con este general que un mal día de septiembre se presentó delante de José y, casi sin darle tiempo a saludar, le espetó:

—Caballero, su ofensa exige satisfacción. Mañana en este mismo lugar y a esta misma hora mis padrinos

pactarán con los suyos el lugar y forma donde se hará valer el juicio de Dios. — Miró de arriba abajo a su interlocutor —. Buenas tardes.

José El Toro quedó petrificado mientras veía como se alejaba con paso firme el general Javier de Bustamante. Nunca supo en qué había ofendido a aquel hombre.

—Tu abuelo solía decir que la vida de un hombre sólo necesita de un instante para cambiar por completo — dijo el padre de José cuando se enteró de lo ocurrido—. Por desgracia ese instante ha llegado para ti.

—¿Qué debo de hacer padre?

—Te irás de aquí cuanto antes y todos

rezaremos para que nunca más te encuentres con ese malnacido — respondió tristemente.

—Pero padre, eso sería una deserción y...

—Si acudes al duelo sería la muerte —interrumpió bruscamente—. ¿Qué prefieres?

—Ese hombre es más bien enclenque. Le doblo en tamaño... No me costará nada reducirlo y...

—Dos movimientos. Tan sólo dos movimientos de espada le bastarán a ese bastardo para abrirte las tripas. Seguro que este no es su primer duelo y aunque lo fuera: ¿qué sabes tú de esgrima?

Esa misma noche salió de Gurracam

viajando como polizón en un barco supuestamente empleado para la pesca, pero que en realidad se dedicaba a asuntos menos honrados. Algunos días después, en el mar de Alborán hubo una marejada que hizo zozobrar el barco lo suficiente como para que el chinchorro, donde se escondía El Toro, se soltara ayudado por una gran ola y quedara abandonado en medio del mar Mediterráneo. Cuando recobró la conciencia, la pequeña embarcación de remos estaba a varias leguas del barco de oscura ocupación al que pertenecía, frente a los acantilados de la parte sur de Moraluño, que parecía la isla a dónde iban a parar todos los naufragos

del mundo.

Desde entonces los únicos barcos que vio atracar en la isla ondeaban en alguno de sus mástiles banderas indicativas de sus símbolos piratas. Allí no había justicia ni ley. Ningún barco decente pasó nunca por la isla. Esquivaban Moralnuño por miedo a ser saqueados.

El islote se encontraba en pleno Archipiélago de los Piratas; lugar que beréberes y árabes llamaban Djaferin y que temían, pues allí apostaban corsarios de todo el mundo. Eran frecuentes los pillajes de oro llegado de las fábricas de moneda europeas, pero también eran codiciados el marfil, la goma arábiga y hasta las plumas de

avestruz venidas de África. Incluso se decía que el famoso pirata sir Francis Drake apostó en Moraluño con treinta naves de vela, para luego ir al puerto de Cádiz e incendiar parte de la Armada Invencible; y que tras esto se le pudo ver en cuatro o cinco ocasiones más por la isla, antes de que al frente de veinte mil hombres y con una escuadra impresionante atacara la playa de La Coruña, donde fue derrotado por María Pita y todos los demás defensores. También pasó por la isla el pirata Jack Morgan Yañez, justo después de fondear sus cuatro barcos en el Puerto de Las Dos Primas para saquear a todos los gurracameses que allí vivían.

Personalmente, el rey Bartolomé I se desplazó desde San Josafar para ver el lamentable estado en que quedó aquella villa de su Reino, meses antes de que definitivamente Gurracam se desentendiera de la pequeña isla, que tantos problemas le daba —sin ningún beneficio—, y dejara de formar parte de su territorio para convertirse en tierra de nadie.

Sir Francis Drake y Jack Morgan Yañez no fueron los únicos piratas renombrados que había pisado aquella tierra. Todos los desalmados que daba la mar lo habían hecho o lo harían tarde o temprano. Parecía que Moralnuño fuera visita obligada para cualquier

ladrón, asesino o sinvergüenza que gobernara un barco.

José siempre cuidó de que toda esta gentuza, en general de paso por el islote, no se acercara lo más mínimo a su fascinante e inaccesible Night Skin.

6

La mujer que lucía una piel del color de la noche terminó de lavar sus vestiduras.

—Bueno, no posee más ropa que la que está lavando, por lo que no tiene más remedio que limpiarla así — comentó José, tratando de dar una

explicación, que no existía, al nulo pudor de Night Skin.

—Ya, pero no se esconde. ¡Y que piel tan oscura! —dijo Mario.

—Es que procede del otro lado del océano. Vino de Las Indias. Allí parece ser que son así las mujeres. No esconden su cuerpo ni ante los hombres ni ante sus Dioses. Además, se dice que hace mucho calor. Por eso están tan morenas.

—Es preciosa...

—Sí. Parece hecha de un carbón al que hubieran pulido hasta dar brillo — describió José El Toro, diciendo algo que debía de hacer muchos años que pensaba, pero que no había tenido

oportunidad de transmitir a nadie, y mucho menos en su lengua natal.

—Pues no me importaría atravesar el océano para vivir y asarme, si es necesario, entre mujeres tan poco pudorosas.

Los dos rieron y El Toro admiró la voluntad de aquel hombre, que todavía hablaba de vivir y atravesar océanos, cuando la muerte era el único viaje del que podía presumir que iba a hacer, dado su lamentable estado.

Entonces Mario Tolón recapacitó un poco.

—Tal vez le debía de pedir perdón. ¿Es ella su esposa?

—¡Oh no! —contestó José El Toro

riéndose—. Ella... —y se puso derecho para admirarla por enésima vez en su vida— ...no es de nadie. Es independiente y te puedo asegurar que hace lo que quiere.

—¡Qué raro! Me cuesta creer que una mujer así no tenga marido...

—Pues así es. Por lo que sé, tuvo un amante que debió de morir en una tormenta en mitad del mar... aunque ella todavía piensa que está vivo y que, tarde o temprano, se volverán a encontrar. Por eso, sería capaz de quitarse la vida antes de que otro hombre la tocara...

“¡Qué desperdicio!”, pensó el ladrón, con su habitual torpeza y necesidad.

—Así es ella —sentenció José,

mientras se rascaba el cogote—. Es la mujer más fuerte que he conocido. Más fuerte que la mayoría de los hombres que han pasado por mi lado. —Hizo una pausa—. No se parece en nada a las de nuestra tierra, por ejemplo, tan remilgadas y tan coquetas, o tan bastas si es que son pobres... Hay que conocerla, de otro modo no se puede saber hasta qué punto es cierto lo que digo.

El hombretón desvió su mirada hacia la persona tendida en el suelo que, debido al gran esfuerzo que había hecho en los últimos minutos, estaba otra vez inconsciente.

—Poco ha durado la charla —musitó

viendo que se había acabado la conversación.

Instantes después, el gigante del pendiente salió de la choza. Al poco, volvió con una vasija llena de agua de mar, lo más limpia posible. Vació el recipiente en la cacerola del marisco, el cual se agitó aliviado, aunque luego fue a parar encima del rescoldo que había dejado el fuego, del que todavía salía alguna llama. Al poco rato empezó a cocer el agua de mar y no cesó hasta que el gigante apartó la cacerola, justo cuando comprobó que los bogavantes tomaban un color rojizo.

15

CONVENCER A UN IDIOTA

1

El poco tiempo que le dejaba libre las ocupaciones del convento, Irene Lopezosa lo gastaba encerrada en su

celda, subida en un viejo y destartado esquivel, mirando por el ventanuco al exterior, a través de los herrumbrosos barrotes. Justo al lado de los muros del edificio había un camino —por el que casi nunca pasaba nadie—, y al otro lado de éste los altos pinos pertenecientes al bosque del Pino Negro. Enfrente de la celda se podía ver un abrevadero rebosante de agua. Éste hacía albergar la esperanza a Irene de que algún jinete pararía en algún momento, pero siempre pasaban de largo o cuando se detenían, ella no estaba.

Tras cinco meses Irene Lopezosa empezó a pensar, con rabia mal

contenida, que su plan de venganza no podría llevarse a cabo pues el primer paso nunca se llegaría a hacer realidad. Entonces un hombre de bigotes enormes y encerados acercó su yegua blanca con manchas hasta el abrevadero.

Irene Lopezosa estaba totalmente desprevenida, debido a que nunca ocurría nada. Aun así supo reaccionar y tiró una piedrecilla hacía el agua, aunque dio al jinete en la nuca, justo cuando este se quitaba el sudor con la manga de su fina camisola. Los nervios le hicieron fallar pues durante días había ensayado con otras piedras, hasta que consiguió que ninguna fuera a parar fuera de la pileta de agua. Estas piedras

las recolectaba de un pequeño arsenal que había ido extrayendo del suelo empedrado de su celda, utilizando como herramienta uno de los crucifijos de hierro que colgaba de la pared. La cruz, de tanto rasparla contra el piso, se quedó en la quinta parte de lo que era en un principio. El hueco dejado tras la excavación, así como la montañita de piedras, se ocultaban debajo del incómodo catre que tantas noches de insomnio le había dado.

El bigotudo miró en la dirección en la que había venido el guijarro y vio con el mayor de los asombros como por una ventana una monja movía los brazos entre los barrotes.

—¿Ocurre algo? —preguntó, mientras aproximaba su dócil yegua al muro.

—¡No gritéis, señor! —advirtió Irene Lopezosa, tratando de evitar que las otras hermanas pudieran escuchar al caballero. No quería correr riesgos, a pesar de que sabía que era muy difícil que el resto de las moradoras del convento se enteraran de algo que aconteciera en su celda, pues sus habitáculos se ubicaban en la parte opuesta del edificio. De hecho, aquel cuartucho había sido usado para almacenar las imágenes y cruces que, por viejas, ya no se utilizaban y que tal vez por pena o por nostalgia no eran eliminadas del todo. Cuando don

Higinio mandó allí a Irene, aquella habitación fue acondicionada para la nueva interna, arrinconando todavía más todo aquel material de desecho. Y así, apiladas todavía en un rincón, coleccionaban polvo dos representaciones iconográficas partidas por la mitad, que mostraban a Santa Catalina de Alejandría y a Santa Inés. También quedaban allí, en el más absoluto olvido, una imagen de la Virgen de los Desamparados con la cabeza brutalmente decapitada por un encontronazo contra el suelo, una talla portuguesa de san Pedro en la que faltaba la mano donde debían de estar las llaves y dos cuadros medio

borrados, fabricados con pinturas artesanales, que ahora se habían medio diluido dando inoportunos matices fantasmales a los lienzos. En sus buenos tiempos debieron de representar, con bastante detalle, a Santa Ursula con las once mil vírgenes y el sueño de Jacob.

—Buen señor, quisiera que subiera para hacer el amor con este cuerpo que no ha conocido hombre nunca —rogó Irene Lopezosa yendo directamente al grano.

—¡Dios Santo! —exclamó el hombre del bigote.

—No se asuste, caballero. Tal vez le parezca raro.

—¡Que si me parece raro! ¡Por la

Santa Cruz! Pero usted es una monja, ¿cómo puede haberme propuesto semejante cosa?

—En realidad no soy monja...

—Mentís.

—No, es la verdad —dijo tranquilamente.

—Pues mucho peor entonces... Además, aquí, si no me equivoco, hay clausura. No debería haber hablado nunca con usted.

—Esperad, dejadme que os explique...

Pero el jinete se marchó como alma que lleva el diablo, espoleando salvajemente a su noble yegua. Sin duda sintió temor por si algún espía del Santo

oficio le tachara de hereje por charlar con una monja de clausura, atrayéndola así hacia el corrupto mundo exterior.

Irene no pudo evitar emitir un grito de rabia, mientras mostraba las venas de todo su cuerpo a punto de explotar. Había sido demasiado directa. Ningún hombre se le resistió nunca cuando les pedía a las claras y sin remilgos que hicieran el amor con ella. Casi siempre bastaba con que el mozo pudiera imaginar su impresionante talle, sus pechos grandes y erguidos, su vientre plano, sus redondos muslos... pero ahora estaba disfrazada de monja y detrás de las paredes de un convento. La próxima vez debía de ser más hábil y aprovechar

precisamente todas las armas de su anatomía. Debía de ingeniárselas para mostrar su fenomenal cuerpo.

Más tarde, cuando se le pasó el enfado, temió que alguna hermana hubiera escuchado su alarido, pero nadie dio señales de ello.

2

—Hermana Irene, he decidido ponerla de ayudante en la cocina —le comunicó sor Lorenza Justiniana a la hija de don Higinio una mañana de mayo—. Dado su comportamiento intachable creo que es la más indicada. Este es un

puesto de responsabilidad. Más que el que ha tenido hasta ahora en el huerto. Espero que sepa apreciarlo.

—¿Estaré a las órdenes de sor Cipriana? —preguntó con horror Irene.

—Exactamente. Debe sentirse muy dichosa, hermana. Gracias a sor Cipriana aprenderá muchas cosas útiles y, dentro de unos años, tal vez usted sea la nueva jefa de cocina.

—Pero yo no quiero quitarle el puesto a sor Restituta —dijo Irene, intentando que la superiora la dejara con su trabajo actual.

—Es muy humilde por su parte, sor Irene, pensar en la pobre hermana Restituta. Para ella se acabó el trabajo.

Lo he decidido hoy mismo. Ha sido la ayudante desde hace sesenta años y ha sobrevivido a varias jefas de cocina. No sé su edad pero intuyo que cuenta con más de cien años. La pobrecita es muy vieja y ya se la ve poco en la cocina. Casi siempre está enferma en cama y, además, Nuestro Señor ha tenido a bien pagar todos los servicios prestados en su vida como monja dejándola casi ciega, para que así no tenga que ver las atrocidades del mundo y de los hombres.

Irene se preguntó cómo sor Restituta había podido ver algo del exterior estando toda su existencia encerrada en un convento. La hermana superiora continuó:

—Sor Cipriana necesita a alguien que pueda estar siempre disponible. Usted es ideal por su juventud.

Aquello resultó ser un terrible golpe para Irene. Cocinar todos los días para las dieciséis monjas, incluida ella, que formaban la congregación era una tarea de titanes.

En un principio albergó la esperanza de poder hacerse con alguno de los cuchillos de cocina. En concreto había uno que por su fenomenal tamaño lo convertía en ideal para acelerar los planes de venganza que su astuta mente enferma había ideado muchos meses atrás. Pero sor Cipriana, la montaña humana jefe de cocina, los guardaba

bajo llave, utilizándolos sólo ella, con licencia de la superiora, pues al fin y al cabo aquellos útiles necesarios en la cocina podían convertirse en las más terribles herramientas del Maligno.

Sor Irene tuvo que aprender nociones básicas de gastronomía, pues ella no había pisado una cocina en su vida. De hecho, quedó anonadada al ver la cantidad de componentes que llevaban algunos platos que, cuando los comió antes de desarrollar su nueva ocupación, había pensado que eran cosa sencilla. Descubrió ingredientes que jamás se había imaginado que existieran, a pesar de haberlos saboreado en múltiples ocasiones mezclados con otros, en la

mansión de su padre y en el convento. Peló patatas hasta tener las manos arrugadas, limpió legumbres y verduras como para un regimiento de alabarderos, cocinó en cacerolas y calderos tan grandes como la fuente del claustro... y con el tiempo consiguió tener cierto dominio en el arte culinario.

Una de las monjas que más odiaba sor Irene era a sor Cipriana, y el tener que estar muchas horas del día con ella, y encima a sus órdenes, le sacaba de sus casillas. La hermana Cipriana tampoco tenía en alta estima a sor Irene, de manera que, con la excusa de inculcarle trucos y enseñanzas de gran utilidad, le hacía trabajar más horas de las

habituales, en la cocina y fuera de ésta.

—Casi todas las semanas hay poco que hacer en la cocina en este día—le dijo sor Cipriana en cierta ocasión—. A partir de ahora dedicarás los jueves a la tarea de velas.

—¿Qué es la tarea de velas? —preguntó Irene, esperando una faena absurda y pesada.

—Llamamos así a todo el trabajo que hay que realizar con las velas del convento.

—Pero eso no tiene que ver con la cocina —protestó.

—Es cierto, pero he hablado con la hermana superiora y le parece bien que usted sea la encargada. Es joven y debe

de canalizar toda su energía hacía el bien de la comunidad.

—Y ¿qué debo de hacer? —quiso saber Irene, harta de que con el pretexto de ser la de menor edad, fuera siempre la más indicada para todos los quehaceres.

—Es muy sencillo: Pondrá unos granos de sal en la base de la llama de cada vela para que tarde más en consumirse...

—Pero hay cientos de velas repartidas por todos sitios.

—Exactamente doscientas cuarenta y dos. Por eso dedicará todo el jueves si es preciso —replicó tranquilamente sor Cipriana—. Además, cambiará las velas

casi consumidas por otras nuevas. Los restos de las velas los guardará para frotarlos en los cajones de los muebles de la cocina y del despacho de la hermana superiora cuando se lo pidamos. Así se consigue que se deslicen mejor. —A la hermana le brillaron los ojos y esbozó una sonrisa maléfica—. Cuando ponga velas nuevas, tenga en cuenta que, en general, no caben en el soporte. Ya sabe que suelen ser, además de pesadas y poco manejables, también muy gruesas. —Volvieron a brillarle los ojos—. En tal caso hervirá agua e introducirá allí el velón, comprobando de vez en cuando si ya puede adecuarlo a su soporte... ¿Ha

entendido todo?

—Sí. Creo que sí —contestó Irene Lopezosa resignada.

—Bueno, en cualquier caso supervisaré todos los viernes su trabajo —sentenció la hermana Cipriana, dejando bien a las claras que no iba a permitir que Irene descuidara la tarea de velas. —Ya sabe dónde guardamos la escalera. Empiece.

3

Una mañana fría, antes de ir a la cocina, Irene Lopezosa tuvo que rociar los tres vetustos armarios del despacho

de la hermana superiora con pimienta negra en grano. “Así pondremos en fuga a las polillas”, le había dicho sor Cipriana. Mientras hacía esta tarea pensaba en la felicidad que iba a experimentar cuando, una vez culminado su plan de venganza, la hermana jefa de cocina estuviera muerta. Pensando en cómo le daría el peor de los finales llegó hasta la cocina. La hermana no estaba. La escuchó hablar justo detrás de una puerta que siempre estaba cerrada. Se aproximó a ella y miró por el ancho ojo de la cerradura. Había un amplio vestíbulo y otra puerta que daba al bosque del Pino Negro. Sor Cipriana hablaba con un hombre de figura

delgada, maneras delicadas y pelo largo y rubio. Su nombre era Bernabé Parrondo de Cachavera y venía acompañado por un muchacho, que no era su hijo.

—¿Qué me traes hoy? —preguntó la hermana.

—Poca cosa. Hilo y lana, velas pequeñas, jabón, mantas...

—De todo eso ya tenemos. ¿Tienes carne o pescado?

Bernabé Parrondo se acercaba al convento una vez cada dos o tres semanas y era sin lugar a dudas el único hombre que pisaba el recinto. Sólo trataba con sor Cipriana y era siempre de forma rápida.

—Tengo un cordero recién matado — dijo el mercader, que, curiosamente, no portaba armas.

—Estás seguro.

—¡Uy, alguna vez la he engañado hermana! ¡Lo han sacrificado hace una hora como mucho! —exclamó Bernabé, mientras se atusaba sus cabellos para conseguir así estar perfectamente peinado, cosa que parecía ser muy importante para él.

—Está bien. Me quedo el cordero. Dame también tres sacos de patatas y la harina, azúcar y sal que lleves.

—¡Qué bien! Me va a dejar sin mercancías hermana. ¿Algo más?

—No. Hoy te puedo dar lechugas y

manzanas. Si te parece bien mandaré a alguna hermana para que arranque las lechugas del huerto y deje limpios algunos manzanos.

Irene intuyó que la monja encargada de hacer ese trabajo iba a ser ella.

—No. No quiero lechugas y manzanas. Veo que en ese rincón tiene algunos dulces y licor. Me lo podría llevar todo. —Irene comprendió que aquellas pastas y panes azucarados eran los que ella misma había elaborado, y que siempre desaparecían de la cocina al día siguiente sin que se hubieran consumido en ninguna de las comidas—. Pero eso sí, tiene que añadir algún bordado de los que hacen ustedes. Con

eso me basta.

—Ya sabes que nuestros bordados son de la virgen y no queremos que los vendas.

—Y yo estoy cansada... —dijo Bernabé sin pensar. Luego rectificó—: Estoy cansado de decirles que son para mí. Fernando, ve al carromato y trae los bordados —ordenó al muchacho, propinándole una amable palmada en el trasero sin el menor recato.

Sor Cipriana parecía no importarle demasiado el comportamiento del vendedor.

Mientras el muchacho buscaba en el carromato, Bernabé estiró y ahuecó su traje —que era de los caros y buenos y

se mostraba limpio y resplandeciente— para así conseguir que resultara más lúcido.

—Toma Juanita —dijo, también sin pensar, el chaval cuando trajo los bordados.

El comerciante le dio un codazo con preocupación y luego cogió lo que le ofrecía. La monja jefe de cocina no se percató del detalle, o simplemente le daba igual.

—Malditos invertidos —susurró Irene Lopezosa, pues nunca le habían gustado los hombres que se mostraban tan afeminados. Luego pensó que tenía cierta lógica que una persona del género masculino, que tuviera esta condición,

fuera la única en poder entrar en el convento.

Sor Cipriana, tras comprobar que los tres bordados eran efectivamente los que habían fabricado en la congregación, aceptó por fin el trato. De su hábito sacó uno de la santísima Virgen María de todos los Fieles Difuntos rezando de rodillas y que estaba adornado con una especie de marco que representaba gorriones, petirrojos y rosas. Lo había realizado sor Graciela. Para ello se había valido de un bastidor rectangular, una aguja rematada por un ganchito y una cantidad inabarcable de paciencia.

—¿Te gusta éste?

—Mucho. Es precioso —afirmó

sonriente, a la vez que adoptaba con su cuerpo una postura ciertamente amanerada.

Una vez efectuado el intercambio de mercancías, Bernabé se marchó y sor Cipriana cerró a cal y canto la puerta que daba al exterior. Luego entró en la cocina y viendo a sor Irene inactiva le ordenó:

—Entra todo eso a la despensa.

Irene Lopezosa cargó en sus hombros el pesado y sangrante cordero. El fuerte olor le revolvió el estómago y en alguna de las arcadas casi estuvo a punto de vomitar.

Un año se pasó Irene Lopezosa fracasando en las contadas ocasiones en que quería meter a un hombre en su celda, hasta que por fin un muchacho trajo dos vacas hasta el abrevadero. Era pelirrojo y de estatura normal. No tenía barba, pero sí la pelusilla que se forma antes. Su cara recordaba a la de un niño de muy pocos años, a pesar de que ya había cumplido los diecisiete. Un pedrusco tirado con torpeza fue a dar en uno de los dos animales, que mugió quejándose. El mozo se dio la vuelta y avistó a Irene Lopezosa con sus brazos en movimiento, a través de los barrotes.

—Escucha —dijo Irene cuando el adolescente estuvo cerca—. Tengo algo que decirte y espero que seas discreto, pues es algo muy importante para mí.

El muchacho no salía de su asombro, pero callaba. Mientras, Irene se descubrió la cabeza, tirando al suelo el griñón blanco y la toca. El aspecto de su cara todavía conservaba bastante de la belleza de antaño, a pesar del severo corte de pelo. Muchas veces se había lamentado por ello, viendo lejanos aquellos felices días en que lucía extravagantes, enormes y barrocos peinados fontange, donde todo el pelo era recogido en lo alto de la cabeza y sostenido por lazos y varillas metálicas,

que ella sabía adornar como nadie con bucles, cintas y plumas, dejando a veces lo alto de su testa como un jardín primaveral.

Hoy, lo único que podía hacer era ahuecar sus cortos cabellos con las manos. Tras ello consiguió parecer un hombre despeinado, en vez de una mujer insinuante.

—Creo que eres un buen muchacho y te voy a confiar un secreto: no soy casta.

El chico lleno de pecas miró en todas direcciones, medio alucinado. No sabía por qué aquella monja le contaba todo eso y por qué se había dejado al aire toda la cabeza.

—Hermana, ¿qué es lo que quiere?

—Permíteme una pregunta: ¿Eres virgen, verdad? —cuestionó Irene Lopezosa antes de que su interlocutor reaccionara.

El chaval, tras semejante pregunta, no era capaz de articular palabra.

—Te propongo que subas a mi celda. Te haré el más dichoso de los hombres...

—Yo no... —interrumpió el mozo confundido—. Yo no puedo...

—Dime tu nombre —ordenó Irene tratando de ganar tiempo.

—Pelayo. Pelayo Castro Ortega.

—¿Cuántos años tienes Pelayo?

—Diecisiete. Casi dieciocho.

—A esa edad deberías de haberlo hecho ya un montón de veces.

—¡Yo no he dicho que sea virgen! —
gritó indignado.

—¡Baja la voz, te lo ruego!

—Pues mida sus palabras —avisó Pelayo, dando a suponer que todo lo que había escuchado, menos lo último, tenía alguna medida.

—Bueno, perdóname si te he ofendido.

—Está perdonada, hermana, pero no la entiendo. No sé qué pretende de mí... ¿Para qué quiere que suba a su celda?

—Está bien, te lo diré más claro. Pero antes he de prevenirte de que es algo que te va a parecer muy raro.

—Todo esto me parece raro desde el principio —admitió Pelayo.

—Sólo te pido que no salgas corriendo como un niño asustado cuando te lo diga.

—¿Y por qué iba a asustarme?

—Otros se asustaron... Pero tú me pareces un hombre muy valiente.

Pelayo se asombró de que le llamara hombre y, además, valiente.

—Claro que soy valiente —dijo con una pizca de orgullo

—Así lo espero. Escucha. Si entras en mi celda te voy a hacer sentir algo imposible de imaginar. Sensaciones inexplicables. Vas a aullar de placer y en la vida te arrepentirás de haber venido.

—¿Pero de qué está hablando? —

preguntó Pelayo, al que parecía que había que decirle todo con la mayor claridad. Sin sutilezas. La última y única vez que Irene había intentado algo parecido se mostró demasiado directa y por eso fracasó. Hoy no tenía más remedio que volver a decir las cosas por su nombre, aun a riesgo de volver a fallar.

—Quiero que subas y hagamos el amor.

—Pero, ¡por Dios! ¡Usted es religiosa! —exclamó el muchacho, al que parecía venirle a la mente la palabra “sacrílego”.

—Sí lo soy —admitió Irene—. Pero bajo este hábito hay una persona que no

puede reprimir sus sentimientos y necesidades. No te imaginas lo difícil que es no ser del todo una mujer —dijo, repitiendo las palabras que había maquinado durante los meses anteriores.

—Pero yo... Una monja es una monja y...

—Pareces del siglo anterior. Las monjas son personas como las demás y en este mundo tienen sus necesidades humanas...

—Usted me quiere engañar. Es de la Santa y pretende perderme...

—¡Yo de la Santa Inquisición! — Irene rió quedamente—. Desde cuando una mujer puede llegar tan lejos en la Iglesia.

—Es una espía de la Santa. Eso es lo que es usted. He oído hablar de ellas. Pues sepa que yo soy un buen cristiano. Voy a misa todos los días que puedo y comulgo. Confieso una vez por semana...

—Pelayo terminó el repaso de sus actividades religiosas, que en parte eran inventadas, y haciendo intención de marcharse dijo—: ¡Adiós, que tenga un buen día!

—¡Escucha Pelayo! Todo eso de las espías son cuentos de miedo para niños como tú, que están dispuestos a creerlos.

Pelayo dejó de alejarse y gritó:

—¡Ya no soy un niño! Soy un hombre.

—Pues demuéstalo y sube aquí conmigo.

—El clero no hace esas cosas.

—Eres un ingenuo, Pelayo. La gente del clero, con el Gran Inquisidor a la cabeza, son los primeros en disfrutar de los placeres de la carne —sentenció Irene, diciendo quizás una de las pocas verdades de toda la conversación.

—Pero el Santo Oficio quema a la gente por cosas así...

—No, hombre. Quema a las brujas y a los herejes... Y en cuanto a la carne, pide comedimiento.

—¡Me está diciendo que fornicar no es pecado!

—Claro que no es pecado. ¡En qué mundo vives!

—Ni siquiera en una monja.

—Si se hace con mesura y gozando lo mínimo, no es pecado en los servidores de Dios. Yo, por ejemplo, lo hago sólo una vez al año. Esta vez te ha tocado a ti. El año anterior a otro le vino esta suerte.

—¿Todas las monjas son como usted?

—No todas. Las hay mucho menos castas que yo. Pero el buen Dios sabe perdonar a sus servidoras, y también a los que hacen el amor con ellas.

—¿No sé si debo?

—No seas cobarde. A veces han entrado en mi celda hasta condes y marqueses. ¿Por qué tú ibas a ser menos?

—Pues porque soy pobre —dijo el

chaval sin pensarlo, en un alarde de realismo.

—Las monjas de clausura también somos pobres.

—Pero...

—Para mí eres igual de válido que el más rico de los hombres.

A Pelayo algo le volvía a oler a chamusquina y, tras echar una mirada al cielo nublado, dijo:

—Lo siento hermana, pero es tarde y, además, va a llover. Tengo que irme.

—No te marches. Espera un momento. Piensas acaso que soy fea y gorda. Te demostraré la mujer que esconden estas vestiduras. ¡No te muevas!

Irene bajó del esquivel. Se quitó el hábito y el camisón impoluto que tenía debajo, quedándose prácticamente desnuda. Luego movió el camastro hasta debajo de la ventana. Quitó el raído colchón de lana lleno de nudos y sobre la tabla de debajo puso el taburete, subiéndose encima. Aquello se movía e Irene Lopezosa temió caerse —aunque más temía que Pelayo se hubiera ido corriendo—, de manera que se agarró al muro con las uñas, restregando su cuerpo desnudo por la rugosa, mohosa y sucia pared. Al fin se asomó al ventanuco y comprobó aliviada que el muchacho seguía allí.

—Mira esto.

La falsa monja, con mucho miedo a acabar en el suelo, se puso de puntillas e inclinó su torso por la ventana, dejando salir sus enormes y apetecibles pechos por entre los barrotes oxidados. El muchacho pelirrojo a punto estuvo de caer de espaldas tras contemplar aquel par de tetas que no habían dado de mamar todavía a ningún bebé y que se conservaban intactas y turgentes, a pesar de ser grandes como los muslos de una matrona gorda. Irene movió su cuerpo con muchísimo cuidado y sus pechos bailaron insinuantes entre las rejas.

—¿Pensabas que por ser monja no habría nada bonito en mi cuerpo?

Pelayo seguía con la boca abierta. A

punto de babear. Tal vez pensaba que estaba soñando.

—Todo esto será tuyo si tienes la audacia y la valentía de subir hasta aquí.

Irene Lopezosa rescató sus pechos de los barrotes, ayudándose con una mano. Luego se los tapó con un brazo.

—¡Enseñadme más! —dijo el muchacho maravillado.

—Para eso tendrás que entrar en mi celda.

—Pero los barrotes...

—Yo los cortaré si traes la herramienta necesaria. Ya lo he hecho otras veces. Recuerda que no eres el primero.

—Y ¿cómo es que no están serrados

ya?

—Pues porque no siempre he estado en este convento. Aquí sólo llevo ocho meses.

Irene Lopezosa, durante los últimos meses, se había planteado cualquier tipo de pregunta que pudiera formularsele llegada esta situación y, por supuesto, tenía inventadas todas las respuestas. Incluso varias respuestas para una misma pregunta, que aplicaría dependiendo de la persona a engañar.

—Las monjas de clausura siempre están en el mismo convento. ¡Encerradas! —sentenció el muchacho.

—¡Qué ignorante eres! También te han hecho creer eso. ¡Cuánto te falta por

aprender! Ven y te enseñaré...

El chico volvió a tener la sensación espantosa de que le estaba engañando. Irene insistió en mostrarle sus tetas de superdotada.

—De verdad vas a renunciar a esto —dijo, mientras se acariciaba los pechos de forma demasiado tentadora.

Eso volcó la balanza otra vez a favor de la falsa monja.

—Está bien, traeré ahora la herramienta —dijo por fin el chico.

Pelayo dio media vuelta, en dirección al abrevadero. Se estaba empezando a convencer a sí mismo de que si antes había habido otros, eso quería decir que aquello era de lo más normal. Y por si

fuera poco, luego Dios todopoderoso estaba dispuesto a perdonarte. ¿Qué más se podía pedir?

—¡No! Espera. No tengo mucho tiempo ahora — informó Irene—. Ven mañana un poco antes de la hora de hoy.

—De acuerdo. Aquí estaré.

A Irene le quedaban unos veinte minutos para ir al sagrario y luego al coro, pero tenía medio cuerpo lleno de mugre y gran parte de sus senos con restos de óxido. Se sentía eufórica y llena de felicidad. Capaz de hacer cualquier cosa. En breve sería libre y pondría en funcionamiento su sangrienta y esperada venganza. Además, estaba segura de que Pelayo no la traicionaría.

Parecía tan inocente o tan idiota como era necesario. ¡Qué suerte había tenido! Pelayo parecía haberse tragado todas las mentiras que le había dicho y seguro que en su cabeza no habría otra cosa que los formidables pechos de Irene moviéndose provocativamente. Esta noche, si es que su conciencia le dejaba, el recuerdo de las tetas le servirían al muchacho para aliviar su cuerpo.

Sor Irene decidió ir rápidamente a por un poco de agua. La trajo a su celda en una bacinilla. Allí se limpió con la sábana de su cama, lo mejor y más raudo que pudo.

Estaba tan contenta que por primera vez desde que llegara al convento

participó en el rezo de sextas, que se oficiaba siempre antes de la comida. Esta vez repitió de verdad, y no fingidamente, las oraciones mecánicas que tenía metidas en la cabeza, por haberlas escuchado durante más de un año.

5

Pelayo llegó al muro del convento muy puntual. Iba cargado con un tosco serrucho algo mellado, con mango artesanal de madera de pino. Le acompañaban unas tenazas, un punzón desgastado y un hierro recto, algo

oxidado y terminado en punta. Todas estas herramientas se completaban con un mazo muy pesado. Transportaba el material en una espuerta grande y muy flexible. Lanzó el extremo de una cuerda varias veces y al quinto intento Irene Lopezosa la cogió.

—Muy bien Pelayo. Enlaza la cesta a la cuerda.

—No. Ate primero la cuerda a un barrote. Quiero subir y verla a usted más de cerca.

—No tenemos tiempo —protestó Irene con cara de resignación—. Tengo que ir al refectorio a disponer la mesa para el almuerzo.

—Entonces no hay trato —dijo el

muchacho ceñudo.

La cuerda, lógicamente, fue atada a uno de los barrotes. Concretamente el que estaba más a la derecha. Pelayo Castro subió con el cesto a la espalda, con las asas metidas por uno de sus brazos, y apoyando los pies en la pared. Cuando pudo ver el austero y fantasmal interior de la celda sólo alcanzó a distinguir la figura de Irene envuelta en su hábito; y ninguna cosa más.

—Bueno ya me has visto —le dijo Irene con enfado—. ¡Ahora entrégame lo que hay en la cesta!

—Primero déjeme tocar uno de sus pechos.

—¿Qué dices?

—Que quiero acariciar una de...

—Está bien, está bien —dijo protestando Irene. De buena gana le habría propinado un puñetazo, pero en lugar de eso se subió al esquivel, se levantó el hábito hasta los hombros y dirigió el brazo izquierdo del muchacho, que no tenía asido a la cuerda, hacía una de sus apetecibles mamas.

—¡Madre mía! —Exclamó el mozo, tocando torpemente debido a su postura. Trató de llegar a palpar más zonas de la mujer aprisionando su hombro contra los barrotes, pero sor Irene tardó unos cinco segundos en quitarse de encima esa mano joven e inexperta, que en el momento de ser apartada acariciaba uno

de sus pezones marrones y grandes, como la yema de un huevo de avestruz. La mujer experimentó con gusto aquella delicada sensación —casi olvidada por el tiempo— que advertía siempre que su busto era acariciado por mano ajena; incluso el pezón se le endureció excitado, pero no quería dar demasiadas confianzas al chaval, que por otro lado, ya se estaba tomando bastantes.

El muchacho pasó las herramientas, una por una, a través de los barrotes.

—¿Cuánto tiempo va a tardar? —preguntó Pelayo ya pisando tierra—. Mi padre sospecharía si las herramientas están mucho tiempo fuera de su lugar.

—Ven dentro de tres días a la tarde y

haremos todo lo que te he prometido.

—¿Podré volver a acariciar vuestras... ?

—Claro que sí. Todo te será permitido —contestó Irene, dándose cuenta de lo cándido que era Pelayo.

—Y ¿cómo sé que dentro de tres días va a estar usted aquí? —preguntó, dejando a un lado su ingenuidad.

Sor Irene pensó rápidamente.

—Llévate esto —dijo, mostrando fuera de la celda la imagen sagrada en miniatura de la santísima Virgen María de todos los Fieles Difuntos, que todas las religiosas llevaban en uno de los bolsillos de su hábito.

—¿Es de oro?

—Sí —mintió Irene, pues del oro sólo tenía el color—. Es oro viejo. Muy valioso. Es lo que más quiero en este mundo. Es nuestra Santa Virgen. No te la daría sino pensara recuperarla. Confío en ti, Pelayo. Tendrás que devolvérmela cuando vuelvas.

Irene tiró la imagen por el ventanuco.

—Me parece justo —dijo Pelayo, cogiendo al vuelo a la virgen—. No dude que el jueves estaré aquí

—¡Ah! Trae armas como te dije. No te olvidéis.

—¡Armas! A mí no me habló de traer armas —protestó el muchacho, que recordaba palabra por palabra las conversaciones mantenidas con aquella

extraña religiosa.

—Sí te lo dije. Pronto se te van las cosas de la cabeza —le reprochó la falsa monja, aunque sabía que era la primera vez que se refería a este tema.

—¿De qué me está hablando ahora?

—Pero bueno, tú estabas de acuerdo ayer en venir a la cita armado.

—¿Qué armas? —preguntó Pelayo que se estaba haciendo un lío.

—Pues armas normales y corrientes. En eso quedamos ayer. Si son de fuego mucho mejor. Recuerda que te confesé que sólo lo he hecho con hombres armados y no sé hacerlo con otros —dijo Irene, implorando que Pelayo fuera el más ingenuo o tonto de entre todos los

ingenuos y tontos.

—Pero...

—Ya sé que es extraño, aunque ayer os pareció normal. A mí me gusta ver a un hombre desarmarse. Verle despojarse de su armamento para terminar cayendo en mis brazos. Me pongo como loca. Ya lo verás.

Pelayo callaba sin fiarse y por fin preguntó:

—¿Qué tienen que ver las armas con lo que me prometió? Está contando cosas muy raras. —Hizo una pausa—. ¡Vendré como quiera! ¡Con armas o sin ellas!

—¡Oh, ya veo! —dijo por fin Irene—. Temes acaso por tu vida. Eres muy

desconfiado. No ves que soy una monja. Algo viciosa, Dios me perdone; pero después de todo, Él me hizo así. Yo no puedo evitar desear a los hombres. Pero no los mato. ¡Dios Santo! El Todopoderoso nos enseña que no debemos matar al prójimo. Tú mismo podrás dejar las armas dónde quieras. Tan lejos como puedas. Por favor, confía en mí, Pelayo. ¿Qué te ha pasado? Ayer todo esto te parecía bien...

Pelayo estaba seguro de no haber hablado nada de las armas. Enrolló rápidamente la cuerda y se fue pensativo a su casa, con la Virgen Santísima en su mano, la cuerda al hombro y arrastrando por la arena la espuerta vacía.

Irene Lopezosa se quedó mirando cómo se marchaba hasta que le perdió de vista. No estaba segura de haberle convencido. A estas alturas daba igual. Si no traía armas se apañaría con alguna de las herramientas. El martillo, aunque era poco manejable, podría ser una opción.

6

Primero quiso emplear la palanca afilada y el mazo, pero el ruido seco y fuerte de ese procedimiento enseguida hizo desecharlo. Además, el mazo se hacía muy difícil de manejar por su peso

y volumen, e Irene no se acostumbraba a su manejo, corriendo el riesgo de hacerse daño en una muñeca, lo cual daría al traste con todo su plan. Con el punzón intentó raspar la argamasa que sujetaba los barrotes, para luego sacarlos de cuajo, pero la herramienta se rompió al segundo intento. No le quedó más remedio que utilizar el serrucho mellado y armarse de paciencia.

Teniendo ya elegido el método, sor Irene empleó todo su tiempo disponible, incluido el del sueño, para romper los barrotes. Después de rezar completas hacía las diez de la noche, se marchaba a su celda a trabajar hasta que el cuerpo

caía rendido. La primera noche aguantó despierta hasta las seis de la mañana, hora en la que debía de estar lista para la oración y eucaristía matinal. A los dos días, además de arrastrar un cansancio enorme, tenía destrozadas las manos —llenas de ampollas y heridas—, de serrar y sujetar los hierros oxidados con fuerza.

Para evitar sospechas escondía las manos en las mangas del hábito y las mostraba justo lo necesario, pero jamás por la palma. En las horas de cocina pasó verdaderos suplicios con los diversos trabajos manuales. Tuvo que hacer dulces, tortas y galletas. Pelar y trocear fruta. Amasar, freír y hornear.

Manejar azúcar, harina, huevos, mantequilla, leche... Y siempre algo de todo esto se las apañaba para meterse entre sus heridas y ampollas abiertas. De hecho, se le llenó una pequeña cavidad del dedo meñique de cera caliente, y esa hendidura no se le volvió a cerrar en toda su vida, quedando de un color marrón oscuro espantoso.

En ocasiones se le saltaban las lágrimas de puro dolor pero se las limpiaba con la manga de su hábito, fingiendo secarse el sudor, pensando siempre en la venganza del jueves; y en su delirio asesino echó intencionadamente sal en vez de azúcar en los buñuelos dulces de Santa Catalina

y rellenó algunos bollos de Difuntos con cayena en polvo en lugar de miel. También aprovechó alguna breve ausencia de sor Cipriana para hacer almendrados de la Madre Ana de santa Inés con almendra amarga o podrida, de la que se desechaba de entre la buena y dulce. Confeccionó un pan de pasas de Santa Bárbara que contenía cinco cucarachas y una horrible y enorme araña. En otra de las ausencias de la jefa de cocina orinó en un vaso sin quitarse el hábito y distribuyó su orina por todas las botellas de licor dulce de Fray Juan de la Miseria... Y sor Cipriana empezaba a mostrarse contenta y complacida con la inesperada y febril

actividad de su ayudante de cocina, que, de seguir a ese ritmo, aumentaría la producción de dulces en una cantidad muy superior a la que Bernabé se podría llevar en uno sólo de sus viajes de negocios al convento.

El jueves de la masacre, casi antes de que amaneciera, llegó Bernabé, y sor Irene, sabiendo que venía, no trabajó en su celda. Al comerciante no se le ocurrió mirar hacia el hueco de la habitación de sor Irene en ningún momento, aunque pasó justo por delante del abrevadero. Un simple giro de su cabeza habría bastado para ver que faltaban dos barrotes y el otro estaba casi arrancado.

Al cabo de veinticinco minutos, Bernabé se marchó con los peores productos que jamás se habían concebido para el consumo humano. Media hora después, no había barrotes en el ventanuco.

7

A las nueve de la mañana del día de la masacre las monjas al completo se reunieron en el coro para leer el Salterio, como venían haciendo desde siempre todos los jueves del año. Cada religiosa leía diez o doce versos, mientras las demás escuchaban absortas

en sus meditaciones. Las unas dejaban paso a las otras en la lectura de forma completamente ordenada.

El libro de salmos estaba abierto por el salmo número nueve o de acción de gracias. Para sor Irene iba a ser la enésima y última vez que escuchaba aquella colección de alabanzas a Dios.

—Te doy gracias, Yavé, de todo corazón, quiero contar todas tus maravillas...

Irene estaba impaciente porque acabara aquello.

—¡Cantad a Yavé, al que reina en Sión, publicad entre los pueblos sus hazañas!...

Ahora le tocaba a sor María Segunda,

la que fuera maestra de enseñanzas religiosas de Irene:

—Yavé se ha dado a conocer, ha hecho justicia, enredando al malo en la obra de sus manos...

Tras sesenta y seis versos le tocó a Irene:

—¿Por qué el malo se va a reír de Dios, diciendo en su corazón: Él no castiga nunca?

En lo más profundo de su interior Irene desafiaba a Dios gritando: “Atrévete a castigarme a mí por lo que voy a hacer”.

16

LA JUVENTUD DE TURHAI

1

Vinieron decenas de hombres de piel blanca cubierta por el rigor de los muchos meses en la mar. Vinieron en

barcos gigantescos que no necesitaban llevar una batanga a barlovento, y eran totalmente distintos a las canoas de casco de tronco vaciado, que de hecho era la única embarcación conocida en aquel lugar.

Tan diferentes resultaban que en un principio los confundieron con monstruos marinos y, de hecho, la mayoría de los habitantes de la aldea nunca se creyeron del todo que fueran hombres, al igual que ellos.

Vinieron con mortíferas y aparatosas armas que por lo menos allá nunca fueron necesarias para defenderse; ni siquiera para cazar. Cubrían su peludo cuerpo con ropas extrañas y calurosas, y

armaduras incómodas, como si fueran cangrejos o centollos. Todos tenían barbas largas y enredadas, y pelo sucio y enmarañado, de manera que los ojos y la nariz era lo único que hacía humana su cabeza. Se mostraron amables al ver que la población era pacífica, aunque muchos abusaron de esta circunstancia, demostrando así su brutalidad y modales salvajes.

Estuvieron mucho tiempo reparando los tres barcos —El Bartolomé II, El San Pablo y El Soberano— y aprovisionando agua y comida. Afortunadamente, aquella expedición era con fines exclusivamente científicos y geográficos. Venían en busca de islas,

costas, cabos, atolones... para hacer mapas y cartas de navegación. Pretendían estudiar la fauna y flora de las tierras descubiertas, que también eran conquistadas simbólicamente, con el simple hecho de poner una bandera y dar un nombre —otro, ya que siempre tendría alguno aquel lugar—, a todo lo descubierto.

Decían que les mandaba un Rey de un lugar muy lejano. Este monarca, que no era otro que Su Majestad Bartolomé II de Gurracam, debía ser un hombre con grandes poderes, pensaban los indígenas, ya que era capaz de construir y enviar a tierras desconocidas semejantes naves.

Estuvieron el tiempo suficiente como para que tras varios lavados y comidas copiosas parecieran otra vez seres humanos. Tantos días se quedaron que Night Skin, que por aquel entonces respondía al nombre de Turhaii, se enamoró de un joven marino de origen inglés, llamado James Trent Tessler, que sintió enseguida lo mismo por ella.

A la joven Turhaii le hacía muy feliz aquel hombre. Le encantaban su piel blanca, su musculatura típicamente europea y su sonrisa de don Juan. Además, James Trent lucía un tupido bigote rubio, imposibles de imaginar en aquel lugar, y a la indígena le hacía mucha gracia acariciarlo y peinarlo por

sus puntas.

A James le atraían los labios carnosos y frescos de Turhaii, su piel pintada magistralmente durante años por los rayos del sol, su cabello fino y de longitud infinita y su total ausencia de malicia y pudor. Sobre todo esto último, que jamás pensó que pudiera darse en alguna mujer de este mundo.

Cada uno de los dos enamorados era fascinantemente exótico para el otro. Era lo más bello que nunca habían visto... y con toda seguridad esta fue la razón que les atrajo de manera tan rápida y apasionada.

En un principio se comunicaron con un lenguaje a partir de gestos, que James

Trent sabía que había dado buenos resultados a los otros descubridores que llegaron a estas tierras, o a otras parecidas, un siglo antes. La indígena identificó enseguida el significado de cada una de las posturas y expresiones de la cara de su amado. Con el tiempo terminaron por hablarse con un lenguaje extraño, mezcla de sus dos idiomas, totalmente distintos.

2

James Trent Tessler huyó de una vida aburrida y sin futuro en Inglaterra. Sabía hablar perfectamente el gurracamés,

pues su progenitora era oriunda de Mostocorcón, un pueblo junto a San Josafar, de manera que un día se trasladó al país del que tanto hablaba su querida madre. Allí entró rápidamente en la marina, recomendado por un familiar lejano, y en muy poco tiempo realizó su primer viaje. Contando veinticuatro años recién cumplidos embarcó en el Bartolomé II para así emprender su segunda singladura. Sin embargo, en las semanas anteriores a la arribada en la isla de Turhaii empezaba a estar tan harto de las exigencias del mar que más parecía un pescador con cincuenta años de oficio a sus espaldas que un oficial de la marina con muchas

probabilidades de ascender. Sentía como si desperdiciara cada segundo de su vida. Los viajes se le hacían interminables y las experiencias que sacaba de cada uno de ellos ya no le parecían enriquecedoras... Pero todo cambió el día que encontró la que sería a todas luces la mujer de su vida. Una mujer que jamás podría haber hallado en su país de origen o de adopción.

La vida de Turhail fue muy feliz hasta el momento de la llegada de la expedición. Su padre, Shippo, le enseñaba la ciencia propia de una hechicera, pues ésta en un futuro debía de ser su única ocupación. El viejo chaman sabía que no iba a volver a tener

descendencia; además, Esstratopouosa, Dios del tiempo, le había dado el plazo de veinte estaciones para completar su vida en la tierra, y no faltaba mucho para alcanzar esta cifra. Por estas dos razones se afanaba en mostrar a su única hija cómo diferenciar las plantas buenas de las malas, como extraer las esencias curativas y desechar las nocivas de cada vegetal, como mezclarlas y, sobre todo, qué cánticos, bailes, maldiciones y peroratas debía de vociferar y con qué cadencia y tono de voz, si es que quería que un determinado mal se marchara de una persona. Pero con la llegada de los hombres blancos Turhaii olvidó sus lecciones diarias casi por completo, lo

que molestó a su padre de tal manera que comenzó a castigarla y regañarla con frecuencia, pidiendo todos los días a Metehoniimbus, Dios controlador de las voluntades humanas, que aquella gente se marchara cuanto antes, y así la cotidianidad de la aldea volviera a restaurarse y la vida de su hija siguiera el camino escrito por la costumbre.

—Debes de olvidar al hombre venido del mar. No pertenece a nuestro pueblo. Debes de centrarte en lo que será la razón de tu vida. Sería una ofensa enorme a nuestros Dioses todopoderosos el que no tuvieras presente el motivo por el que te dieron la vida... —intentaba Shippo razonar

con su hija.

—Y, ¿cuál es ese motivo?

Shippo volvió a repetir a su hija lo que le había dicho al menos un centenar de veces a lo largo de su vida:

—Ser su representante en esta aldea cuando yo la abandone para siempre. ¿Ya lo has olvidado?

—No padre, yo no olvido, pero tú mismo me enseñaste que Narrcisolwove, Dios del amor y la amistad, nos enseña que el hombre y la mujer deben de estar juntos, como el cuerpo y el espíritu, como el mar y la tierra, como el cielo y las nubes, como el árbol y el suelo, como el águila y el viento... y de esta manera, y sólo así,

equilibrar las fuerzas del mundo —dijo Turhaii de un tirón, recalcando mucho sus últimas palabras.

—Claro que sí, hija —respondió Shippo, que comprobaba con orgullo que su única descendiente recordaba palabra por palabra y ejemplo por ejemplo todo lo que le había transmitido sobre ese tema—, y te aseguro que llegará un día en que un hombre te elegirá para que seas su compañera...

—Pero yo ya he elegido.

—Sabes muy bien que Nordencocomo, Dios supremo de todos los hombres, nos ordenó a los varones que eligiéramos a nuestras compañeras y no al revés, pues de hacerlo así el

desorden y la sinrazón poblarían nuestra comunidad hasta llegar a la propia desaparición... ¿Es esto lo que quieres?

—James también me ha elegido a mí.

—Eso no es verdad. Cuando pisó tierra no reparó en ti, sino en todas las mujeres. Todos esos hombres hacían lo mismo. Sus ojos parecían agrandarse e iluminarse como si tuvieran llamas de fuego dentro. Algunos, además, babeaban. —Hizo una pausa pensativo—. Son dignos de lástima. En su mundo no debe de existir la mujer. Para ellos vosotras sois como algo nuevo. Algo no visto.

—Eso no pasó con James. Lo harían los demás. James me eligió a mí.

—Fuiste tú la que elegiste, y no quieras hacerme ver lo que en realidad no ha pasado. Además, los Dioses me previnieron...

—Todo eso no importa. Lo cierto es que nos queremos. Debería dar igual quién elija a quién.

—Pero de verdad piensas lo que dices —dijo escandalizado Shippo—. ¿Te das cuenta del peligro a que sometes a todo el pueblo?... A tu tribu, a tu familia...

—Yo no hago nada malo.

—Desobedeces a tu Dios Supremo. Al que te dio la vida.

—Si me la dio, cuando haga mal, que me la quite.

Shippo miró duramente a su hija. Estaba terriblemente obcecada.

—Nuestros Dioses son buenos. No son vengativos ni ejecutores, pero no conviene provocarlos. ¿En dónde has dejada todo aquello que te he enseñado?

Turhahi se calló y Shippo atacó por otra vía:

—Además, estos hombres volverán al lugar del que partieron, se internarán en el mar algún día en sus canoas gigantes y tú te quedarás aquí sola otra vez.

—James no se irá. Estará siempre conmigo.

—Eso no ocurrirá... pero aunque sucediera piensa en lo que nos enseñó Nordencocomo. Piensa en la advertencia

que nos dio.

—Tal vez Nordencocomo se equivocara...

—¡Cómo te atreves a dudar de nuestro Dios Supremo! —gritó Shippo, viendo que Turhaii pasaba de la ofuscación al total desvarío.

Casi sin pensarlo empezó a azotar a su hija, por primera vez en su vida. Tenía que hacerla entrar en razón. Fue duro, pero sin llegar al exceso. Cuando creyó que la había pegado lo suficiente, la ordenó que se postrara a pedir perdón al Dios que había ofendido. Turhaii obedeció en parte asustada. Su padre jamás había actuado así con ella.

Por la tarde Shippo rogó a los Dioses

para que no se tuvieran en cuenta las inapropiadas palabras de su hija, dichas sin saber que se decía, en espera de que éstos no tomaran represalias con la tribu. También rogó para que su hija supiera entender y perdonar el pequeño castigo que le había propinado.

3

Metehoniimbus, Dios controlador de las voluntades humanas, debió de escuchar a Shippo y, en consecuencia, la expedición gurracamesa siguió su tarea descubridora en cuanto los barcos volvieron a estar en perfectas

condiciones de navegabilidad. Los dos enamorados se despidieron, entre lloros e histerismos de Turhahi, y rabia y lágrimas mal contenidas de James Trent, sabiendo que nunca se volverían a ver.

El viaje era monótono y cada día que pasaba el marino notaba más y más la falta de aquella mujer a la que llamó cariñosamente Night Skin, debido a la preciosa oscuridad de su piel. A causa de esto Jamen Trent dejó de trabajar como se le exigía y en su ensimismamiento perdió el sextante que le había acompañado desde el primer día que pisara un buque. El capitán no tuvo reparos en regañarle como a un niño delante de la marinería y la

mayoría de ésta le perdió el respeto de inmediato, de forma que sus órdenes, las más veces, ya no fueron ejecutadas. El capitán castigó con el látigo a la marinería más insubordinada y a James, dada su inutilidad, le degradó a simple marinero.

Turhahi sintió tanta pena que llegó incluso a enfermar por la falta del marino de origen inglés y Shippo, a pesar de que en un principio se alegró de que aquellos extranjeros se marcharan, luego invocó a Noctiwwhilucentus, Dios causante de casualidades y hechos inexplicables, para que retornaran, pues él sabía perfectamente que nada podía su

brujería contra lo que minaba la vida de su hija. Pese a todo el chamán hizo lo que estaba en su mano por sanarla. Así, quemó brezo junto a las flores de la amarilis silicua y del ninfea salvaje, y canturreó y bailoteó día y noche al lado de Turhail, que permanecía quieta y tendida, pintado todo su cuerpo con tierra roja machacada del lago Frijandor y rodeada de flores de adormidera. Pero todo era inútil. Tan sólo conseguía mantenerla con vida.

Noctiwwhiluentus escuchó al padre de Turhail e hizo que el capitán de la expedición Gurracamesa, José Culebra Feldman, tras pasar tres años y dos meses desde que partiera de Gurracam,

decidiera volver a Europa. Pero antes puso rumbo a la tierra de Night Skin, a la isla en forma de pentágono irregular a la que el cartógrafo que viajaba en El Soberano habían puesto el nombre de Nueva Hospitalidad. Allí sabía que eran bien tratados y con aquella tranquilidad podrían descansar, repostar y reparar los barcos para que nada fallara dado el largo viaje de vuelta que les esperaba.

Shippo, fue el primero de los habitantes de la isla en avistar una mañana brumosa a los tres barcos en el horizonte. Reconoció, otra vez, que su brujería era totalmente buena y verdadera, y que los Dioses así lo entendían. Se dijo a sí mismo que

enseñaría como fuese esta magia a su hija, que de ninguna manera debía perderse con su muerte. Pero cuando vio como el joven y, en esos momentos, dichoso James saltaba el primero de su chalupa al agua, tuvo la absoluta certeza de que aquel era el primer día del final de la aldea y de la tribu que la había habitado durante incontables generaciones. Su querida hija sanaría rápidamente pero seguiría pensando sólo en estar al lado de aquel hombre venido de otro mundo, y sería inútil cualquier esfuerzo para inculcarle las últimas enseñanzas que todo chaman debía dominar.

Se calafatearon los tres barcos, gastando en cerrar las juntas toda la brea y la estopa que se transportaba en las bodegas. Se repararon y reforzaron todos los barriles de a bordo, para después llenarlos con las dieciséis arrobas de agua dulce que podían contener, destinadas irremediablemente a pudrirse poco a poco durante el viaje. Por último, entre las muchas provisiones que se recolectaron en la isla, se cazaron vivas doce tortugas gigantes destinadas a proporcionar carne fresca durante todo el viaje.

—El San Pablo tiene la vela mayor y la sobremesana en muy mal estado —le comunicó al capitán el maestro velero Harold Hepburn Ericsson, justo cuando empezaba la tarde del noveno día de estancia en la isla—. Casi hay que recomponerlas por completo. Los focos del Bartolomé II también necesitan ser reparados.

—¿Cuánto tiempo tardará? —le preguntó el capitán, que hasta ese momento se había mostrado contento con la buena marcha de los preparativos.

—En condiciones normales, no menos de quince días... Pero tenemos un problema.

—¿Qué ocurre?

—Todas mis herramientas han desaparecido.

El capitán José Culebra Feldman hizo una mueca de desagrado. El maestro velero le siguió informando de manera tranquila:

—He mirado en los tres barcos. No hay ni rastro del hilo de velas, de las cinco mordazas, de los guardacabos, los punzones, los cuatro pasadores... Sólo queda mi viejo rempujo —dijo Harold Hepburn mostrando el utensilio que había utilizado desde siempre para no dañarse las manos al pasar la aguja por la lona del velamen, y que por esta razón él mismo guardaba en su camarote.

—Algún marinero las habrá robado y

vendido en las islas Azores — reflexionó el capitán—. Durante aquellos dos días que anclamos allí, antes de cruzar el Atlántico, hubo cierto desorden entre mis hombres. Pudo pasar.

—No lo creo —negó el maestro velero—. En mitad del océano hice uso de las mordazas en más de una ocasión.

Al capitán se le ocurrió de repente otra solución a aquel misterio y se la comunicó al maestro velero con expresión adusta:

—No será que tal vez usted mismo se olvidara de todo ese material en el puerto de Arpía, allá en Gurracam, o tal vez la canjeara por algún servicio especial con alguna indígena de esas que

tan fácil e indecentemente se ofrecen por estas islas.

—¡Eso es falso! —protestó—. ¡Me insulta capitán!

—De cualquier modo yo no recuerdo haber visto todas esas herramientas que usted dice.

Harold Hepburn estaba realmente ofendido y con la mayor seguridad del mundo dijo:

—Sepa, capitán, que si esta injuria prospera y se proclama como una certeza oficial, me negaré a reparar el barco, aunque quede preso el resto del viaje hasta que se haga justicia en el correspondiente juicio en Gurracam.. Aunque bien mirado sin mi trabajo

jamás volverán a ver Europa.

—¡Cómo se atreve!

—Me atrevo porque me asiste la razón y porque a usted, capitán, no le queda más remedio que valerse de mis servicios.

Los dos hombres cruzaron la mirada sabedores de que nunca fueron amigos y jamás lo serían.

—Muy bien —concedió el capitán Feldman, viendo la seguridad de su subordinado, y que jamás volvería a su patria sin su ayuda—, haga lo que usted buenamente pueda y pongámonos en manos del Todopoderoso.

—En las del Todopoderoso y en las mías, no lo olvide.

El maestro velero dio media vuelta sin mediar más palabras, pero algo se le pasó por la cabeza y al momento volvió a ponerse delante del capitán.

—Escuche. Vamos a dejar las cosas claras ahora mismo; no conviene que el tiempo transcurra en este asunto —dijo Harold Hepburn y escupió a la arena de la playa—. Cuando termine mi trabajo no quiero que ninguna extraña idea se le pase por la cabeza sobre qué hacer conmigo. Bien, tal vez ya tenga en su cerebro el número de latigazos que piensa darme... o quizás, hacia el final del viaje, se le ocurra organizar un desgraciado accidente del que yo sea la víctima —afirmó señalando a su

interlocutor con el puño derecho cerrado —. Pues tenga cuidado ya que en Gurracam, esté vivo o muerto, se hará justicia. Son muchos los amigos que atesoro entre su tripulación y usted, capitán, no tiene ninguno.

—Disculpad, pero sois ahora usted el que me ofende —dijo José Culebra intentando disimular su enfado—. No sé por quién me toma. Nada tengo que reprocharle. —Se rascó la nariz nerviosamente—. Pondremos en el diario de a bordo que la herramienta está en el fondo del mar, perdida en un lamentable descuido... y zanjaremos así de una vez este asunto ¿Le parece correcto?

—Sí. Eso es lo más razonable.

—Bien, pues deje ya de temer por su estúpida vida y no me haga perder más el tiempo.

—Perfecto. No se preocupe, tardaré más, el resultado será peor pero podremos apañarnos con los materiales y útiles que tienen aquí estos salvajes. Se hará todo lo que se pueda.

—Estoy seguro de ello. No dudo de que con su pericia quedará todo perfectamente reparado —concedió el capitán—. Empiece ahora mismo y ponga a su cargo a los marineros que necesite.

Las velas estuvieron listas para ser utilizadas al cabo de tres semanas y

cuatro días, aunque el maestro velero, que era un hombre bastante pesimista — pero no por ello menos realista—, estaba seguro de que los remiendos a partir de materiales vegetales casi sin tratar, no aguantarían todo la travesía. Por esta causa también se aprovisionaron los barcos de un buen número de las lianas y tallos de plantas que habían sustituido al hilo de velas y de los instrumentos arcaicos que con buena intención y mucha maña hicieron las veces de mordazas y punzones.

—Sé lo que estás pensando —le dijo a el joven James Trent el viejo Medeiros la noche antes de zarpar—. Y es una locura.

—¿Y en qué pienso?

—Pues en una mujer de cabellos azabache que te tiene completamente idiota. Piensas en que el día que partamos de esta isla será la última vez que la veas y que tal vez no sea tan difícil llevártela escondida en alguno de los barcos —dijo de un tirón el viejo Medeiros.

Los dos hombres estaban sentados en la playa, apoyados en una palmera. El mar se veía precioso con los reflejos de las luces y antorchas de los tres barcos

en el horizonte. A pesar de la poca luz el viejo Medeiros distinguió como la cara de su joven amigo reflejaba la perplejidad del que se ve descubierto en algo que, en teoría, no podía saber nadie.

—Desde que salí de mi vieja Lisboa, hace más de cuarenta años, he topado con al menos diez hombres como tú... Y todos fracasaron. Unos murieron al ser pasados por la quilla y, los más afortunados, terminaron degradados y muertos de hambre en cualquier parte — el viejo cogió de un hombro a James—. ¡No lo hagas! Estas cosas siempre se descubren.

—He de arriesgarme —fue la segura

respuesta del muchacho—. Además, degradado ya estoy.

—Si no es por ti, hazlo por ella —respondió el viejo casi sin escucharle—. ¿Qué crees que le pasará a esa pobre chica cuando sea descubierta? En el mejor de los casos será vendida como esclava a algún barco negrero o será tratada como tal en Europa... Pero para cuando llegue a su destino final le habrán violado medio centenar de hombres... Tú sabes el tipo de gente que somos los marineros...

James Trent callaba.

—Mira este lugar —dijo Medeiros—: La playa, el mar en calma, esta ligera brisa, esta tranquilidad, el

silencio... ¿nos lo podemos llevar? ¡No! Durante un tiempo lo añoraremos, o tal vez toda nuestra vida, pero se tiene que quedar aquí. Pues la mujer de la que te has enamorado es parte de todo esto y este es su sitio.

6

Se podría haber quedado él en la isla, pero esa deserción le habría costado la vida tarde o temprano, y tal vez también la de los del poblado. Sabía a ciencia cierta que de hacerlo, la marina gurracamesa se habría encargado de buscarlo por el mundo entero si era

necesario; aunque todo sería probablemente más rápido, pues su capitán daría la vuelta en redondo para buscarle y llevarle encadenado hasta un tribunal de la marina en la civilización. Además, el máximo gobernante de la expedición lo haría con mucho agrado pues le tenía ya en su lista negra desde que se mostrara ineficaz en su cargo, a causa de los males de amor.

El día antes de zarpar hacia el viejo continente James Trent escondió a su amada, por la noche, en el barco en el que él trabajaba. El padre de Turhahi sabía que aquello iba a ocurrir porque Athawebasska, Dios de las desdichas y las desgracias, se lo habían dicho días

antes. No se molestó en buscarla por el poblado cuando todo quedó en calma tras perderse de vista la silueta de los tres barcos. Entró en su choza y comprobó que su hija se había llevado el saco de piel de cabra que constituía su más preciada pertenencia. El viejo chaman notó la falta de gran cantidad de plantas medicinales de las que almacenaba en su choza y que a buen seguro ahora se apelotonaban en el interior del saco de Turhahi. Aquel detalle le hizo sonreír y sentir una pizca de orgullo, pero pronto su corazón volvió a llenarse del único sentimiento posible en aquel momento: la tristeza. Shippo sabía que aquella decisión de

sus divinidades permitiría la vida a su hija por muchos años, pero lo que le apenaba era que también sufriría terriblemente por no haber completado el aprendizaje de la ciencia de sus antepasados... Con todo, lo peor era que su pueblo penaría y, poco a poco, terminaría sucumbiendo a causa de la partida de la única persona destinada a sustituir al chaman, cuando éste muriera pronto.

Así, Night Skin abandonó, para no volver nunca más, la tierra y las gentes que le vieran nacer, para ir a un lugar que, aunque ella todavía no lo sabía, estaba al otro lado del océano Atlántico. Al otro lado de una masa de agua que

jamás pensó que hubiera de tener final.

No tardó Turhaii en ser descubierta y el capitán José Culebra Feldman, que no era precisamente un hombre de honor, propinó veinte latigazos y pasó por la quilla al pobre muchacho —que no se ahogó de milagro— con cierto deleite, como si el pobre James fuera un viejo, peligroso y molesto enemigo. Automáticamente la ración de comida del marino se dividió en dos, para así alimentar también a la indígena, y evitar que no muriera de hambre. José Culebra Feldman ya tenía pensado el futuro de la nativa. En algunos lugares de Gurracam podría ser vendida como criada muy fácilmente. Era extremadamente bella y

se la quitarían de las manos. Luego, el desalmado que la adquiriera la trataría como la más desgraciada de las esclavas... pero eso le importaba bien poco al capitán. También tenía pensada una excusa para el caso de que fueran descubiertas sus intenciones de comerciar con ella: diría que la indígena había embarcado como embajadora de su pueblo, para entregar regalos y mensajes de paz a Su Majestad el Rey de Gurracam.

Las provisiones de lima y limón, que se utilizaban para suplir la falta de vitamina c en la marinería, empezaron a escasear, de manera que el capitán decidió suspender la ración periódica

del muchacho y de los demás que estuvieran bajo arresto, proporcionando así un nuevo castigo que sumar a los anteriores. Esto provocó que James contrajera el escorbuto casi de manera automática, a la vez que se iba apoderando poco a poco del barco entero. Durante los primeros días sobrevivió gracias a los cuidados de Night Skin, aunque tan consumido estaba por la enfermedad que las terribles hemorragias terminaron por debilitarle lo suficiente como para que muriera poco antes de que una tormenta propiciara el naufragio de su nave, El Bartolomé II, que era la menor y de peor velamen.

Momentos antes de que empezara el temporal del día del naufragio, los marineros jóvenes de El Soberano no podían dar crédito a sus ojos al contemplar medio aterrados, por primera vez en su vida, el fantasmal fuego de Santelmo. Habían formado un corrillo y no entendían como podían ser los únicos que oteaban estupefactos el espectáculo. Al resto de los marineros no parecía asombrarles aquello.

—¡Mirad allí, en lo alto de la gavia!

—¡En el palo mayor también hay luz!

—gritó un grumete al que le empezaban a temblar las piernas como si hubiera visto el rostro del mismísimo Diablo.

—No os preocupéis por esos penachos de fuego —dijo un hombre de unos sesenta años, que debía de estar harto de ver el meteoro eléctrico— y preparaos para lo que se nos viene encima.

—Se avecina tormenta. Haced caso al abuelo y poneos todos en vuestros puestos —aconsejó alguien a los horrorizados muchachos, mientras la atmósfera seguía cargándose de electricidad.

—Cuando hay luz en la arboladura, el buen tiempo poco dura —sentenció el

marino de mayor edad, que con seguridad había estado más de la mitad de su vida metido en un barco—. No olvidéis esto, porque siempre es verdad.

—¡Y no podemos hacer nada! —gritó el grumete más joven, que, con una acusada flojera de piernas, debía de estar barruntando su fin.

—Bueno —dijo el anciano dándole con un dedo en el hombro y riendo de forma rastrera—. Yo sé un remedio infalible.

—¿Cuál?

—Dar de latigazos a los grumetes de abordo —aseguró con una carcajada—. Y parar, seguro que para el temporal. Cuanto más fuertes sean los latigazos,

antes se sale de la tormenta y antes se calma la mar.

El grumete empezaba a estar realmente asustado y se escondió detrás de los otros muchachos de mayor edad. El viejo empezó a reír con más fuerza. Se escuchó un trueno muy cercano. Otro marino se acercó y dijo:

—Deja en paz al niño, viejo cabrón. Y tú no le creas —ordenó dirigiéndose al chaval—. Son historias de barcos infieles y este viejo del demonio ha estado encadenado en las bodegas de más de uno. —Hizo una pausa—. Y, además, justamente.

—Yo lo he visto y funciona. Ya lo creo que funciona. Aunque lo hagan los

infieles —sentenció el abuelo, que se vio en parte descubierto.

Un rayo cayó en mitad del mar. El relámpago cegó unos segundos a todos.

—Te diré un sistema que funciona: ahorcar a un hombre de la tripulación y luego degollarlo. Esto sacia a cualquier dios y a cualquier demonio.

—¡Por Cristo! —exclamó el anciano.

—¿Quién sugieres que es el más inútil de este barco? ¿A quién le queda menos tiempo de vida?

—En los barcos vikingos, cuando se veían obligados a desprenderse de un hombre para calmar a su dios Odín, lo hacían del que tenía más años... — comentó el botánico de la expedición,

que se unió al corrillo, inventándose gran parte, o la totalidad, de lo que decía.

—Y funcionar, ya lo creo que funciona —dijo el otro hombre, haciendo suyas las palabras del viejo marinero.

Al abuelo no le hicieron mucha gracia las insinuaciones de aquellos dos hombres, que parecían conocer muchas más historias y leyendas marineras que él; o por lo menos demostraban mayor imaginación. El contramaestre les gritó a todos para que estuvieran atentos en sus puestos pues el temporal comenzaba a arreciar.

Empezaron a caer gordas gotas de

agua que estallaban contra el piso como proyectiles de cañón.

—¡Arriad las velas de una maldita vez! —gritó el capitán José Culebra ante la ineficacia de sus hombres, mermados a causa de las bandadas del viento huracanado.

El segundo de a bordo repitió la orden de manera más profesional:

—¡Arríen las velas!

La discusión se disolvió.

8

Durante la tormenta del día del naufragio el Bartolomé II volcó. El

barco se puso boca abajo de igual manera que lo haría una cáscara de nuez con una ola normal. Toda la obra viva del buque quedó ridículamente al descubierto por una hora, mientras el peso de la carga, los 64 cañones de 24 y 18 libras y su munición desperdigada por las dos cubiertas hundían lentamente el navío. Los afectados por el escorbuto murieron todos. Del resto de la tripulación de la nave quedaron sólo unos pocos supervivientes, que pasaron a formar parte de la marinería de las otras dos embarcaciones.

El capitán de la expedición pidió un informe de daños en cuanto amaneció. Lamentó profundamente la pérdida de

varias macetas con extrañas plantas traídas del nuevo mundo, que había costado muchos sudores trasplantar y, sobre todo, mantener con vida durante la travesía. Estos vegetales le darían mayor gloria a su llegada a Gurracam pero, inoportunamente, iban en aquel barco desaparecido. Cuando el segundo oficial informó de la pérdida de un esbelto, orgulloso y temperamental caballo de origen árabe, el capitán se puso hecho una furia. El animal supuestamente tenía que ser obsequiado en nombre del Rey de Gurracam al primer Rey indígena que encontraran, pero nunca se regaló y, por supuesto, el capitán pensaba quedárselo para sus

cuadras. El caballo había muerto durante la tormenta siendo su tumba las bodegas inundadas de El San Pablo, que después del temporal tuvieron que ser arregladas, utilizando para ello cuadrillas de marinos que se turnaban, entre otras cosas, para achicar el agua acumulada.

El equino, que para el capitán Culebra resultaba ser más importante que la propia marinería de sus tres naves, tenía el copete y las cuartillas blancas, crines y cola amarillentas y el lomo marrón brillante. Era un animal precioso y muy fuerte, pues aguantó todo el viaje sin ningún problema, a pesar de la evidente incomodidad que suponía el

llevar bajo el vientre un cabestrillo amarrado a una de las vigas que sujetaban la cubierta principal de barco. De esta manera se consiguió que el animal no cayera en alguno de los bandazos propios de una travesía por mar. A todas luces disfrutaba de mejores favores alimenticios que la tripulación, teniendo su pesebre siempre lleno de heno y cubos rebosantes de agua dulce justo al lado. Esto hizo pensar a más de un marinero en matarlo durante el viaje o desengancharlo de su cabestrillo, propiciando así que tarde o temprano se resbalara, se rompiera una pata, y hubiera que sacrificarlo. De esta forma serviría por lo menos de alimento, en

vez de ser fuente de peleas y discusiones. Pero era imposible acercarse a él, ya que se encargaban de su custodia cinco marineros que el capitán Felmand en persona había designado, respondiendo con su vida ante cualquier fallo.

En los días siguientes al naufragio los dos barcos supervivientes permanecieron al paio, mientras se intentaba —con escaso éxito— reconstruirlos. Durante ese tiempo el capitán no tuvo apenas ningún recuerdo para la tripulación muerta o desaparecida. Ni siquiera reunió a los que quedaban para rendirles homenaje con alguna oración, disparo de cañones

o cosa similar. Podría haber confeccionado una lista de bajas y hacerla constar en el diario de a bordo, pero tampoco tuvo la decencia de tener este último detalle. Lo único que escribió fue lo siguiente:

Al Bartolomé II se lo ha tragado una tormenta que casi acaba con toda la expedición. Ha sido un milagro que todavía quedemos muchos para contarlo.

De la tripulación del Bartolomé II, compuesta por ciento dos hombres, sólo quedan quince, doce de los cuales están gravemente heridos.

El maestro velero Harold Hepburn Ericsson ha muerto. El contramaestre Francisco Burton de Ojeda está muy malherido. No creo que sobreviva. El médico Stanley de la Cruz hace lo que humanamente puede, pero ha perdido casi todo su material y, además, él mismo tiene su pierna derecha quebrada.

El San Pablo y El Soberano están en un pésimo estado. En particular El San Pablo, que tiene la vela mayor, la gavia, el velacho y las velas de estay completamente destrozadas. En la bodega principal se ha descubierto una vía de agua que no se ha controlado del todo.

Todas las bombas disponibles están siendo utilizadas, pero los niveles de agua en la sentina crecen de manera alarmante.

Dudo que podamos llegar a Gurracam en las condiciones actuales. Es posible que tengamos que aprovechar lo poco bueno que queda del San Pablo para intentar carenar de firme El Soberano, y así tratar de arribar en algún puerto.

Se han perdido, entre otras cosas, varias macetas con plantas desconocidas de fruto comestible y sabroso, veinte barriles de agua dulce, cinco de azúcar, dos de ron y gran cantidad de frutas en estado

aún aceptable. Las municiones y la pólvora están inservibles. También ha desaparecido una indígena de la recién descubierta isla de Nueva Hospitalidad, que, voluntariamente, quería entregar los regalos — también desaparecidos— de su tribu a nuestra Majestad el Rey Bartolomé II.

Afortunadamente, conservamos cinco tortugas gigantes todavía vivas, que es, en la práctica, la única carne que nos queda. No podemos llevarlas en el interior de los barcos por falta de espacio. El gaviero Carmelo Mendoza ha propuesto atarlas a unos cabos y echarlas al

mar, pudiéndolas así sacar cuando sea necesario. No parece mala idea. Las tortugas parecen soportarlo todo...

9

José El Toro descubrió una mañana lluviosa a Night Skin tendida sobre la arena de la playa. Estaba completamente desnuda y la fina cortina de lluvia resbalaba y limpiaba su piel. En su agarrotada mano derecha asía un abultado saco que no soltó hasta el día en que volvió a abrir los ojos. Hasta que llegó ese día José hizo todo lo que pudo

y supo para rehabilitar el cuerpo de aquella fascinante mujer, el cual había soportado la furia y el frío inmisericorde del mar, además de las mordeduras de algunos peces. En cuanto se vio con fuerzas Night Skin empezó a curarse ella misma utilizando las plantas revenidas de su saco, que en su mayoría estaban todavía actas para el uso que la mujer hacía de ellas. Cuando pudo andar, siempre ayudada por José El Toro, buscó por toda la isla plantas similares a las que su padre le enseñó a distinguir como curativas. En la isla había poca vegetación —por no decir que en alguna de sus zonas era una roca pelada— pero descubrieron una especie

de oasis que rebosaba verdor y entre todas las plantas que allí crecían Turhaii seleccionó aquellas de la misma o parecida especie a las que ya secas y medio podridas guardaba en su saco. José se encargaba de cogerlas y, no sin cierta torpeza, tratarlas cómo ella le indicaba. En tres semanas Turhaii volvió a tener la misma salud que había lucido en su tierra natal y en otras tres semanas se encargó de llenar la choza derruida donde vivía José de todas las plantas que entendió que le servirían para seguir practicando los conocimientos de su padre.

Al principio tuvieron muchos problemas para entenderse, pero no

tardaron demasiado en poder hablarse, debido a que Night Skin chapurraba gran cantidad de palabras en inglés y en gurracamés, que eran los idiomas de su amado James Trent, y El Toro también sabía algo del lenguaje hablado en Inglaterra y, por supuesto, el gurracamés, que era su lengua de nacimiento. Así, seis meses después de conocerse, Night Skin relató escuetamente a José como logró llegar a la isla:

—Agarrar trozo de madera barco. Salvar así vida.

Pero ésta era una explicación que nunca convenció a El Toro, y en los momentos en que la insistía para que le

contara la verdad quedaba todavía más confuso, pues intentaba hacerle creer que cuando exhausta decidió abandonarse a los feos brazos de la muerte, acertó a pasar por su lado una noble foca monje que, sintiendo lástima por ella, la sostuvo encima de su cuerpo a la vez que emitía raros sonidos, que se propagaron en todas las direcciones imaginables en el agua del mar. Al rato llegaron diez focas, y entre todas, turnándose con increíble disciplina, la transportaron en sus respectivos lomos azules oscuros durante una cantidad de días que Turhail no sabía precisar, hasta que finalmente llegaron a una de las orillas de Moralnuño.

José El Toro no se tomó en serio nada de esta historia ni de ninguno de los otros cuentos sucedidos en la isla de Turhahi que en otras ocasiones la imponente mujer le intentó transmitir. Eran historias disparatadas, llenas de una fantasía sin límites imposible de inculcar en un hombre cuya vida había sido cincelada por la más cruenta realidad. Por todo ello se vio incapaz de dar una explicación admisible cuando una mañana, once meses después de encontrarse con Turhahi, al pasar por la playa de Santa María del Coral saliera del mar una foca herida o enferma, sin ningún miedo, y se dejara acariciar y tocar por Night Skin y, por último, se

recostara afable y tranquila para que ella pudiera aplicar su extraña medicina.

17

LA MASACRE DEL DÍA DE SAN BUENAVENTURA

1

Cuando se terminó la ceremonial
lectura de los salmos faltaba muy poco

tiempo para que aquel maldito jueves, día de San Buenaventura —el que en los siguientes siglos sería llamado en los alrededores como Día de la Masacre—, se materializara por completo.

Irene Lopezosa volvió a su celda y, tranquilamente, cerró la puerta y se empezó a desnudar. Muy despacio fue despojándose de sus vestiduras, una por una, hasta que se quitó el camisón blanco que preservaba de los picores de la basta tela del hábito. Estas prendas le iban a entorpecer a la hora de salir al exterior, pues ésta era su próxima intención. Así, sólo se dejó puesto el calzón y los zapatos viejos y calurosos, donde se cocían los pies en verano. De

esta guisa, con sus formidables pechos al aire, no pudo evitar mirar, por última vez, aquellos ridículos calzones — desprovistos de cualquier tipo de encaje o adorno— que tanto odiaba y que, sin duda, afeaban considerablemente el hermoso conjunto que era su cuerpo. ¡Qué diferencia con la ropa interior suave, sensual y perfumada que antaño había lucido ante tantos hombres deseosos de su cuerpo!

Ató una con otra las dos sábanas de su catre. Luego asió un extremo de las sábanas a uno de los trozos de los barrotes serrados, que sobresalían amenazantes de la argamasa y la piedra. Ayudándose con la cuerda improvisada

consiguió ponerse muy cerca del hueco, agarrándose a uno de los hierros rotos. Su estilo para subir la pared era cómico y ridículo, pero logró llegar a su destino. Pasó por el ventanuco, temiendo raspar su cuerpo indefenso con las púas oxidadas. Bajó el muro exterior aferrándose bien a las sábanas y desarrollando una velocidad de descenso demasiado rápida como para poder decir que controlaba la situación en todo momento. Pese a todo, al final tocó la arena del suelo exterior sin ningún rasguño.

Se sintió por primera vez en mucho tiempo libre y sopesó la posibilidad de marcharse en ese mismo momento. Pero

no lo iba a hacer. ¡Tenía que vengarse!

Se despojó alegremente de su única indumentaria, es decir, los zapatos y la especie de calzón hasta las rodillas que todas las monjas usaban a modo de ropa interior. Acto seguido se tiró al abrevadero de golpe, sintiendo el agua fresca por todo su cuerpo. Había pensado mil veces en consumir esta zambullida mientras miraba el agua del pilón desde el interior de su celda y las sensaciones percibidas fueron idénticas a las que se imaginaba.

Salió de la pileta tiritando de satisfacción, emoción y frío, con las plantas de los pies impregnadas del suave verdín esponjoso del suelo. Se

calzó y con el calzón en una mano se adentró un poco en el espeso bosque de pinos que circundaba el convento. Si alguien la hubiera visto andar por el bosque, mojada y totalmente en cueros —si exceptuamos los horribles zapatos—, la habría confundido sin duda con una diosa de la belleza. Qué poco se podía uno imaginar, viéndola así, que dentro de toda esa hermosura se ocultaba todo lo malo de este mundo.

Buscó un lugar con la hierba en buen estado. Quitó toda la pinocha que pudo con las manos y se tumbó. Sintió lo cálido del suelo en contraste con su cuerpo helado por el agua. Se movió rodando por la hierba como una niña.

Palpó todas las partes de su cuerpo, desde el cuello hasta los pies, acariciándose. Se estiró hasta que crujieron los huesos de puro placer; y se encogió acurrucándose como un cachorro. Al cabo de un rato se sintió tan a gusto que se durmió acomodada entre las franjas móviles de sol y de sombra que le proporcionaban las largas ramas de las copas de los pinos.

Despertó con el corazón en la boca al oír la campanada, capaz de desvelar a un muerto, que indicaba la hora de ir a las tareas diarias.

La campanada de las tareas diarias había sonado con toda claridad el jueves de la masacre y no había ningún motivo para ausentarse. Sor Cipriana, la desmedida jefe de cocina, era muy estricta con el horario y no tardaría en ir a buscar a sor Irene personalmente a la celda si no aparecía a tiempo. De hecho, ya lo había hecho alguna otra vez.

La hija de don Higinio corrió como nunca lo había hecho, atravesando el Bosque del Pino Negro hasta llegar al convento. Sujetó el extremo de las sábanas que utilizaba a modo de cuerda con toda la fuerza con que podían sus manos destrozadas. Comenzó la

escalada, pero no era nada fácil. No avanzaba y temía caer en cualquier momento, de manera que decidió echarle todo su empeño, olvidar su dolor de manos, y subir como fuera. Así, se arañó todo el cuerpo, sobre todo rodillas y codos, pues todas las partes disponibles de su persona hicieron fuerza para llegar arriba. Pasó por el hueco y aunque podía haber bajado ayudándose con las sábanas, se limitó solamente a tirarlas al interior de la celda. Luego saltó, pero, al pegar el brinco, su pierna izquierda quedó atrapada por un hierro de los antiguos barrotes, provocando que se le rasgara la carne de su muslo y se le abriera una profunda herida de unos

catorce centímetros de longitud. Cayó al suelo mal y paró el golpe con la rodilla de la otra pierna, desviándose más de lo normal su rótula.

Irene Lopezosa experimentó, en cuestión de segundos, un dolor horrible y distinto en ambas extremidades inferiores; pero los gritos se los tragó, sin que ni siquiera se le deslizara una sola lágrima por la mejilla.

Cogió el camisón blanco y se lo puso en la boca, maldiciendo su mala suerte con el pensamiento. Después, agarrándose por los gemelos, tiró de su pierna derecha con toda la fuerza de la que era capaz en ese momento, colocándose la rótula de una forma tan

brusca que se quedó en la boca con el trozo de ropa que mordía.

Escuchó un ruido de pasos por el pasillo. Sonaban lejanos.

El suplicio que le daba la pierna derecha en esos instantes podía haber desmayado a cualquiera, pero Irene Lopezosa, lejos de preocuparse por el dolor, se interesó por parar la terrible hemorragia de su muslo izquierdo, que ya empezaba a hacer un charco de sangre en el suelo. Del camisón arrancó una manga y se hizo un sencillo pero eficaz torniquete que detuvo en parte el curso de la circulación de la sangre y, por tanto, evitó que llegara a más la aparatosa hemorragia. Con la otra manga

envolvió su muslo, oprimiendo lo máximo posible los dos labios de la espeluznante herida, mientras gruñía como una bestia herida que se resiste a morir.

Los pasos del pasillo empezaron a sonar demasiado cercanos. Irene sólo tenía en su mente a sor Cipriana entrando por la puerta, tras forzarla, y descubriéndola en semejantes circunstancias. Eso le daba fuerzas para hacer todo lo más rápido posible y casi se olvidaba de la tortura inhumana que estaba sufriendo. A pesar de su empeño podría no darle tiempo. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de escapar y olvidar la venganza. Desechó la idea

rápidamente.

—¡Hermana Irene! —gritó autoritaria sor Cipriana mientras daba unos ligeros golpes a la puerta de la celda.

—Si hermana. Enseguida voy —respondió Irene que, en esos instantes, se limpiaba, con pavorosa eficacia y rapidez, la sangre de la pierna izquierda, ayudándose con el resto de su camisón.

—¡Haga el favor de salir! ¡La campana tocó hace rato! —ordeno la inmensa monja, a la vez que aporreaba, ya sin contemplaciones, la puerta.

Irene Lopezosa se puso el griñón, la toca y el hábito, ya que los calzones se habían quedado fuera del convento. En su cabeza golpeaban inoportunamente

las palabras que había leído sor María Segunda del Salterio:

Yavé se ha dado a conocer, ha hecho justicia, enredando al malo en la obra de sus manos...

Sin perder un segundo sor Irene abrió la puerta de su celda, salió y la cerró con brusquedad, dándose de bruces contra el cuerpazo de piedra de la hermana Cipriana que, como un toro bravo enfurecido, estaba allí esperando.

—¡Hace un buen rato que debía de estar en la cocina! —le espetó sor Cipriana.

—Espero que sepa perdonarme hermana. Me he dormido. No he escuchado la campana. —se explicó

Irene, dirigiendo su vista al suelo en actitud sumisa e intentando disimular lo agitado de su respiración.

—Ya —fue la escéptica respuesta de la jefa de cocina que, evidentemente, no se creía ni una palabra. Luego echó una ojeada, de arriba abajo, a su ayudante. Aquella mirada era comparable a la de Lucifer cuando busca la muerte de aquel que pensaba equivocadamente que le era fiel, e Irene Lopezosa notó su horrible peso

Las dos monjas volvieron a recuperar el voto de silencio obligado en los pasillos a esa hora, que era de trabajo y en la que sólo se permitía hablar por causa justificada, evitando así cualquier

ruido que importunara el trabajo del resto de la congregación. La hermana dio media vuelta y se encaminó a la cocina. Sor Irene la siguió un paso por detrás. La falsa monja evitó la cojera como pudo.

3

Durante la comida Irene Lopezosa fue todo lo natural que supo, aunque todas parecían ver algo extraño en ella. La pierna en la que se había hecho una atadura a modo de torniquete no la sentía desde hacía un par de horas y la había movido al andar por simple

instinto.

En mitad del almuerzo hizo el gesto que indicaba la petición para poder hablar. La hermana superiora le dio permiso, pero antes mandó callar a sor María del Carmen, que hoy leía en voz alta un pesado libro desde el pequeño púlpito del fondo de la sala. La joven hermana interrumpió su monótona y rutinaria lectura del Libro II de las Crónicas, justo donde se cuenta el traslado del Arca de la Alianza al Templo de Yavé.

—Pido humildemente perdón a la hermana Cipriana. Hoy me he retrasado al ir a mis obligaciones en la cocina—dijo Irene.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber sor Lorenza Justiniana.

—No lo sé, Madre Reverenda. Me encuentro mal. Estaba dormida y no era capaz de despertar —explicó de forma escueta.

Sor Cipriana no tuvo más remedio que perdonar, pues los ojos de la superiora, clavados en su cara, no le dejaban otra elección.

—Puede Su Maternidad dejar que me marche a mi celda. Me siento como enferma... —suplicó, sin tener que disimular mucho.

—Pero, ¿qué es lo que tiene? ¿Sufre calambres? ¿Le duele la tripa?

—Pues me siento mal en general —

dijo Irene sin pensar y, viendo que sus respuesta no convencía a parte de la congregación, añadió—: Además, siento un dolor muy fuerte en los dientes.

Acto seguido se llevó una mano a la mandíbula y fingió el malestar que se acababa de inventar.

—Vaya en paz hermana —concedió de inmediato la superiora—. Rezaremos a Santa Apolonia para que en las menos horas posibles se marche el dolor de su boca y el resto de sus males, retorne así su sosiego y pueda volver a sus quehaceres cuanto antes... —y añadió de forma cargante—: que tanto bien hacen a sus hermanas en esta congregación y tan bien considerados deben de ser por El

Altísimo, nuestro señor y guía.

‘Amén’ pensó Irene Lopezosa antes de levantarse de su silla con visibles molestias. No sin dificultades logró recomponer su postura habitual y andar de forma aparentemente normal. Después de que dejara el comedor nadie habló, pero de haber podido hacerlo, aquello habría parecido un corral de viejas cotillas. La mayoría de ellas tenía en su mente una versión distinta de los problemas de la hermana Irene.

Se deslizó por el pasillo muy despacio. Parecía un fantasma. Notaba sus piernas como entumecidas. Dormidas con un dolor pequeño, pero constante, que le permitía desplazarse

pero sin muchas prisas.

Después de cerrar la puerta de su celda se quitó la toca y el hábito. Éste último tenía manchas de sangre en su interior. Sació la desasosegante picazón que le había provocado en todo momento aquella prenda. No paró de rascarse hasta que su piel quedó roja. Luego, aún con el griñón puesto en la cabeza, desanudo la improvisada venda de su muslo que, ahora, era de un rojo intenso, muy parecido al de las manchas secas de sangre del suelo. Al descubrir la herida, los bordes morados, casi negros, se abrieron otra vez, despegándose de golpe y dejando que volviera a manar sangre del interior.

Irene Lopezosa emitió el primer grito de dolor, aunque procuró hacerlo sin que se oyera.

Se echó agua en la herida para limpiársela, aunque era la que había utilizado para lavarse por la mañana y estaba algo turbia. Se fabricó otra venda con las partes del camisón que no estaban sucias. Escupió sobre la herida, ya que no se le ocurrió otro modo de desinfectar y mientras se vendaba, bramaba de dolor. Esta vez el vendaje estaba mucho mejor hecho y aguantaría todo el día. Despacio y con cuidado extremo limpió su cuerpo de los secos y adheridos restos —vegetales y de sangre— que cubrían en parte su piel. A

continuación se tumbó en la cama a esperar la venida del chaval pelirrojo.

En su descanso percibió un cosquilleo en su vientre, pecho y hombros. Era agradable y siempre que lo sentía era por la emoción anterior a la realización de alguna de sus maldades.

De puro gusto sintió como un sueño repentino intentaba apoderarse de ella pero luchó para no caer víctima de aquel inoportuno letargo y no perderse así ni un solo segundo de aquellos momentos.

sintiendo cierta alegría. Transportaba, colgados al hombro, una cuerda y el cinturón de piel de becerro curtida de su padre, donde pendían un cuchillo de leñador y una espada antiquísima, con la empuñadura arreglada por lo menos cinco veces, que tal vez había pertenecido a su bisabuelo y que, con seguridad, había participado en más de una guerra y matado a más de un enemigo de Gurracam. Iba despacio pues no quería que nunca acabara aquello. No había dormido bien y antes de que amaneciera escuchó desde su casa, con enorme claridad, las campanadas del convento que anunciaban el inminente comienzo de los

maitines. Desde ese instante había estado esperando el momento presente durante el resto del día con mal disimulada ansiedad.

No sabía muy bien que era lo que iba a pasar, pero había oído muchas cosas a los mozos del pueblo sobre este tema, y estaba impaciente por ver si eran verdad todas aquellas habladurías. Además, esa monja algo ligera de cascos, con aquellas tetas descomunales, era un recuerdo que le llenaba de un extraño y nuevo placer por todos los resquicios de su cuerpo.

Llegó al muro y emitió un pequeño silbido. Irene Lopezosa se levantó con la pierna golpeada totalmente tiesa y no

quiso moverla para no provocarse el calvario de un principio. Al menos podía andar y el malestar era soportable si se comparaba con los dolores sufridos durante los primeros instantes después de la caída.

El chico había llegado pronto. Con dos horas y media de antelación respecto del rezo de vísperas de antes de la cena, lo que le daba mucho tiempo a Irene.

Pelayo tiró la cuerda hacía el interior de la celda. En un principio falló, pero al segundo intento la soga pasó por el ventanuco sin rozar las paredes de ésta. La falsa monja ató uno de los extremos al barrote serrado que, justamente, le

había abierto el muslo izquierdo y que ahora se mostraba impregnado de su propia sangre seca. La cuerda se deslizó hacia fuera. El mozo subió con la agilidad de un mono, evitó los hierros sin problemas y saltó como una ardilla al suelo, amortiguando con manos y pies la caída. Se incorporó y vio por fin el excepcional paisaje que mostraba Irene Lopezosa en su desnudez, aunque sus dañadas piernas afeaban el conjunto.

—¿Está herida, hermana? —preguntó viendo el vendaje.

—No es nada —dijo y, de sopetón, le abrazó buscando el cuchillo.

—Pero, ¿qué hace? —protestó Pelayo, empujándola para que se

separara de él.

—Nada —respondió tranquilamente—. Ya te dije que me gustaba desarmar a los hombres.

—Me dijo que le gustaba ver como se desarmaban— aclaró el mozo—. Además ¿qué es toda esta sangre?

—Muy bien. Desármate pues —dijo Irene, sin contestar a la pregunta.

—No sé si fiarme de usted—declaró el muchacho, al que parecía volverle el sentido común.

—No te asustes por la herida de mi pierna. Me la he hecho con uno de los hierros de la ventana.

—Luego ha querido escapar, ¿no es cierto?

—Sí, pero Dios me ha castigado justamente. Mi vida debe de ser la clausura y por eso antes de salir, se me fue impedido —relató Irene esperando ser creída—. He entendido lo que el Señor me ha querido decir. Ya he recibido pues mi justa reprimenda, que, además, acepto humildemente. He sido necia. No lo volveré a ser más. —Hizo una pausa—. Ahora no me hagas sufrir con tus continuas desconfianzas. Vamos a hacer aquello a lo que has venido, por favor.

Pelayo Castro volvió a sentir cierto olor a chamusquina. Algo no funcionaba en aquella historia... La monja era muy rara, pero había momentos en que lo era

demasiado y dejaba de ser creíble. Sin embargo, la tenía allí enfrente. Desnuda. Se la veía todo y aunque la imaginación de Pelayo era mucha, nunca la supuso tan bella, tan apetecible. En ese momento el cuerpo de Irene le atraía como un imán, pero, aún así, él no podía evitar sentirse receloso.

—Me parece que me voy a ir. Siento haberla dado falsas esperanzas... —dijo Pelayo mostrando una gran fuerza de voluntad. Tal vez le vino a la cabeza la idea de que el Todopoderoso también podía castigarle a él por pensar en hacer aquello con semejante persona.

—Quédate Pelayo...

—¡Ah, por cierto! —exclamó sin

escucharla—. Me tendrá que perdonar, hermana, pues la Virgen que me dio la he vendido —confesó.

—¡Cómo!

—Lo siento, pero no he podido evitarlo. En mi casa se pasa hambre y un hombre me ofreció tres alejandrinos de plata por ella.

—¡Tres alejandrinos de plata! Te han engañado como a un niño.

Irene era muy consciente de que a Pelayo no le gustaba que le llamaran niño. Sin embargo, el muchacho supo contenerse esta vez y siguió con sus disculpas:

—Ruego que me perdoné, hermana.

—Eso es fácil decirlo. Vendes mi

Virgen, mi queridísima Virgen... — exclamó mirando al techo con expresión desesperada. Luego dirigió sus ojos hacia los de Pelayo y enarcando las cejas dijo —: Pensabas que la buena y necia hermana te perdonaría sin más, y acabaría la historia. ¿Verdad?

—No es así. He pensado cómo compensarle.

—Me gustaría saber cómo —dijo entre escéptica y curiosa—. Si ni siquiera quieres hacer aquello por lo que has entrado hasta el interior de mi celda.

—En cuanto me cambie la suerte y empiece a tener algo de dinero, comenzaré a ahorrar, y algún día, en el

momento que reúna lo suficiente, juro que haré que esculpan una virgen de vuestra altura o mayor, y la donaré al convento. ¡Lo juro!

—¡Eres un rufián y un ladrón! Has vendido lo que más quiero en este mundo —le reprochó Irene actuando—. Piensas que me voy a creer, así sin más, que vas a gastar tu dinero en este convento. Acaso conoces algún imaginero... ¿Sabes lo que cobran?...

El chico, evidentemente, no había visto en su vida a un imaginero.

—Lo buscaré y cueste lo que cueste le digo que haré que esculpa a la virgen. ¡Se lo juro!

—Juras demasiado. Y lo haces en

falso, además. ¡Eso sí que es pecado!

—Le estoy diciendo lo que pienso hacer. De verdad.

—¡Pecado mortal! Iras directo al Infierno... —siguió Irene tratando de aterrorizar a Pelayo.

—¡Prometo por la Cruz que es verdad lo que digo! —remachó por enésima vez.

—Juras, prometes... Pero todo es fingido y Nuestro Señor lo sabe. ¡No tendrá piedad contigo! ¡No seas niño, Pelayo! Juras poniendo a Dios por testigo sobre algo que tú y yo sabemos que es mentira. Eso no se debe de hacer nunca.

Irene intentaba minar el orgullo del

muchacho, pero de momento él seguía firme en sus afirmaciones:

—Le digo que no juro en falso.

—Si alguna vez tienes algún alejandrino de sobra, habrá pasado tanto tiempo que no te acordarás de mí. Además, nunca dejarás de ser pobre, mi infeliz Pelayo...

—La suerte de un hombre puede cambiar —señaló el muchacho, apuntándola con uno de los dedos de su mano derecha.

—El pobre muere pobre, y el rico muere aún más rico.

—Eso no es verdad siempre.

—Bueno, piensa lo que quieras. Cuando tengas cinco o diez años más

comprobaras lo cierto de mis palabras.

Irene Lopezosa se sentó en el camastro, dejando ver parte de su sexo, en una postura altamente utilizada en sus años fuera del convento. Sin embargo, Pelayo empezaba a estar tan acostumbrado a la desnudez de la falsa monja que no se dio cuenta de aquel detalle.

—Yo no voy a ser pobre toda mi vida. Pienso trabajar, y ahorraré y...

—¡Tonterías de niño tonto!

—¡Mucho cuidado a quién llama tonto! —amenazó el tonto de Pelayo echando mano a la espada que le colgaba del hombro.

—No te enfades. Lo único que sé es

que has vendido algo que no te pertenecía... Y ahora, además, te quieres marchar...

—Otra vez le digo que en mi casa se pasa mucha necesidad. Usted, como monja, debería saber perdonar estas cosas.

—Está bien. Te perdono, pero debes de cumplir tu parte del pacto...

—No sé qué hacer. Debería irme.

—¡No! —exigió Irene con firmeza, para terminar hablando de forma más sumisa en un intento de calmar los ánimos—. ¡Por favor! No seas cruel. Si has llegado hasta aquí es porque El Altísimo es condescendiente con este pequeño pecado mío —expuso con la

cara mayor de convencimiento que sabía gesticular—; y con el tuyo... No te olvides.

Pelayo no se decidía ni a irse ni a quedarse.

—¿Acaso ya no te gusto? Algo has de pagar por vender mi virgen... — aconsejó solemnemente Irene levantándose del catre.

—Anda usted de una forma muy rara... —dijo Pelayo mientras se quitaba del hombro el cinturón con mucha prudencia y sin saber si habría de lamentar lo que estaba haciendo. Luego, lo tiró lejos de los dos.

—No te preocupes por eso —le dijo moviéndose de forma tentadora.

—¿Por qué no se ha quitado la capucha? —preguntó el muchacho, que le empezaba también a extrañar que la monja estuviera totalmente en cueros, pero con el griñón puesto. La falsa monja estaba tan acostumbrada a aquella prenda, que hasta la había cogido cariño. En ocasiones no se la quitaba ni para dormir. Era para ella como esos lunares falsos, que de tanto lucirlos, terminaban por no despegarse casi nunca de la piel.

—¿Qué más te da que lleve esto en la cabeza? Todo lo importante está a la vista, ¿no? Con el griñón cubriéndome el cráneo me siento vestida ante los ojos de Dios —inventó Irene, que no tenía

ganas de descubrir su cabeza.

Pelayo no lo había pensado antes, pero ahora el hecho de haber vendido la imagen de la santísima Virgen María de todos los Fieles Difuntos, para a cambio comer ese día y los siguientes, le estaba minando sus carnes. Ahora ya estaba convencido de que no quería hacer nada con aquella siniestra mujer, pero era como si una fuerza de su mente le obligara a cumplir esta penitencia por su fechoría. En consecuencia, empezó a desabrocharse los botones de la camisola.

—¡Ahora sí que no podrás pararme!
—farfulló Irene abalanzándose hacia el muchacho como una exhalación. De un

tirón le quitó la camisa, rompiendo botones y costuras, quedando en un santiamén de medio cuerpo desnudo. Luego le tiró de un violento empujón a la cama y sobre él le acarició y besó con las malas y certeras artes que ella sólo sabía.

Cuando Pelayo salió de su ensimismamiento, de aquel cielo en el que se había metido de sopetón, Irene ya se estaba atando el cincho de las espadas, que al ser mayor que el delgado contorno de su cintura, se quedó graciosamente apoyado hacía la mitad de su trasero

—¡Pero qué hace! —protestó el mozo, como si no estuviera bastante

claro en lo que estaba ocupada su imprevisible amante.

—¡Quédate Desnudo, Pelayo! —ordenó Irene Lopezosa con la espada en la mano y su sonrisa de tiburón sanguinario.

5

Sor Mikaela andaba inquieta. Parecía estar barruntando que algo terrible iba a ocurrir. No era la primera vez que se sentía así. Hacía algunos años experimentó las mismas sensaciones y a las pocas horas se incendió la cocina, quedando muerta y totalmente quemada

la pobre hermana María Fernanda. Hoy los sobrecogimientos eran mucho más pronunciados.

La hermana Mikaela salió de su celda en dirección al altar mayor. Algo le decía que allí iba a empezar lo que tanto le desconcertaba. Estaba desierto y a oscuras. Dio media vuelta pensativa y profundamente preocupada. Paseando llegó hasta el claustro. Todo era quietud. Una quietud que, a pesar de ser la habitual, hoy le asustaba y le provocaba, a la vez, una enorme desazón.

Un gorrión se posó en la pileta y bebió agua. La hermana le observó buscando tranquilizar su ánimo y se fijó en su pecho de color claro, en contraste

con las franjas de color oscuro que le recorrían la espalda. El pajarillo trinoó alegremente y luego volvió a reanudar su viaje.

Mientras tanto Pelayo se despojaba de sus pantalones con el horror dibujado en la cara. A la vez que lo hacía no quitaba ojo de la espada de su padre, que aquella monja empuñaba amenazadora. Cuando estuvo desnudo del todo sor Irene le observó fijamente. Él empezó a sentir una profunda vergüenza y en un acto reflejo se ocultó sus genitales con ambas manos.

—¡Quita las manos de ahí! —le ordenó Irene situándose a escasos pasos del chaval.

El muchacho no obedeció, de manera que Irene se vio obligada a poner la punta de la espada en su gaznate.

—¡Que las quites, maldita sea! Veamos qué es lo que con tanto celo escondes...

Sor Irene empezó a toquetear con total desfachatez las partes pudendas que allí se mostraban, al tiempo que la espada continuaba apuntando a la nuez del cuello de Pelayo. Utilizó sus dedos como si le midiera el miembro.

—¡Vaya, vaya! Tú también estás bien armado —exclamó irónicamente la hermana Irene mientras reía muy bajo—. ¿No te excita este masaje, mi noble Pelayo? ¡Responde!

—Sí... sí —contestó, aunque casi se estaba meando de miedo, y por supuesto su pene estaba relajado, casi escondido.

A continuación, Irene le ordenó que abriera la puerta de la celda y caminara al pasillo. Pelayo, tras obedecer, pudo notar el fresco intenso del corredor vacío y le dio un —otro— escalofrío.

Justo delante de la puerta reposaba una pequeña estatua que representaba un niño Jesús dormido, apoyado sobre una calavera. Al mozo le pilló por sorpresa y en la oscuridad le pareció tan real como el sudor frío que caía por su frente. Dio un salto de puro terror.

—¡Camina, pero no hagas ruido! —le mandó Irene mientras pinchaba al

muchacho en sus flacos glúteos blancos —. O ¿es que ahora te dan miedo las estatuas? Mira. —Se desplazó con la cojera propia de una pierna tiesa y golpeó la cabeza del niño Jesús con los nudillos—. No es real. ¡Venga, no te pares! —ordenó propinándole otro aguijonazo en el trasero, esta vez lo suficientemente profundo como para que un hilillo de sangre empezara a aflorar.

Guiándole de esta manera llegaron hasta la capilla. Con un gesto de la cara le ordenó que se sentara delante del altar, en el presbiterio, donde un tosco Cristo crucificado de dos metros presidía todo. En la oscuridad tenebrosa de las velas Pelayo Castro pudo ver tres

cuadros, cuyos protagonistas parecían observar todo con ojos atentos de desaprobación. Los lienzos representaban El Martirio de San Pedro, La Apoteosis de San Jerónimo y a la Virgen con el niño y san Juan Bautista al lado. Todos habían sido creados por un vecino del pueblo de Pelayo y regalados al convento, hacía muchos años. Tenían un craquelado muy acentuado. Como si fueran antigüedades de cinco siglos. El causante de aquellas grietas enormes en la pintura era un mal barniz, que ahora se mostraba totalmente cuarteado, aumentando así el misterio de las caras de los protagonistas de los cuadros; haciéndolas monstruosas y casi

irreconocibles.

—Muy bien. ¿No querías hacerlo? Pues vamos a hacerlo.

—Yo ya no quiero —informó el muchacho, muerto de miedo y frío.

—Pues vas a tener que hacerlo, mi buen Pelayo.

Irene rió con ganas pero evitando hacer mucho ruido.

—Pero aquí...

—¡Aquí! Que todos estos cabrones lo vean —dijo riéndose otra vez, en clara referencia a las cuatro imágenes—. Pero antes te voy a atar. No quiero sorpresas.

Con el mantel que cubría la mesa del altar hizo dos piezas. No descuidó nunca la espada, de manera que tuvo que

ayudarse con la boca. Con uno de los trozos le inmovilizó las manos, asiendo el extremo sobrante a uno de los reclinatorios. Con el resto de la sábana le cubrió la cabeza haciendo un nudo lo más fuerte posible, por la nuca. No podía ver y apenas respirar, y empezaba ahora más que nunca a notar en su espalda y trasero la terrible frialdad del suelo.

Irene Lopezosa flexionó la pierna de la herida y la otra la dejó como estaba, como un palo, pues no podía moverla. Luego, muy despacio, se puso manos a la obra, ya que el muchacho no estaba para alardes sexuales. Dos minutos después acertó a pasar por allí sor

Mikaela, la cual, al ver la escena, emitió un grito fenomenal y cayó al suelo desmayada.

—¡Maldición! —exclamó sor Irene.

Su mente empezó a funcionar como el trueno. Este percance complicaba mucho las cosas y le impedía poder hacer el amor con Pelayo, cosa que, después de tanto tiempo, le apetecía hacer bastante. Ahora ya no quedaba tiempo para las relaciones carnales y debía de actuar deprisa si quería triunfar en su espeluznante empeño.

—Bueno, hermana Mikaela, te voy a agradecer esas malditas noches en vela para rezar.

Sor Mikaela fue desnudada y, con sus

propios hábitos, atada a Pelayo, cuerpo a cuerpo. El muchacho no dejaba de moverse y como veía todo muy negro no le importó ponerse a gritar, formando bastante escándalo. Ante esta nueva situación Irene, utilizando la empuñadura del cuchillo de caza, le dio un golpe en la cabeza, abriéndole una buena brecha que le calló de inmediato.

Por fin quedaron los dos como si fueran uno e Irene, aunque satisfecha, se volvió a lamentar del espantoso dolor que otra vez le producían sus dos piernas. Cogió la espada en la mano derecha y el cuchillo en la izquierda y empezó a caminar como una lisiada, apretando los dientes y tragándose el

sufrimiento que le daban la rodilla y el muslo. Aquel era el momento tan esperado de su venganza. Estaba herida, pero debía de vengarse ahora o nunca. Con seguridad algunas monjas estarían preguntándose a qué se debían el grito de sor Mikaela y el vocerío del pobre Pelayo... Así que su mente enferma pasó el dolor a un segundo plano, y en el primero puso la dulce miel de la tropelía que, después de pasar tanto tiempo pensando en ella, por fin iba a ejecutar.

Sor Cornelia salió de su celda al escuchar el grito de sor Mikaela. Deambuló un rato desorientada, sin saber de dónde procedía el alarido. Luego percibió los lejanos gritos desesperados de lo que parecía, sin lugar a dudas, un hombre joven. Tras un largo rato de recorrer el convento de forma desesperada se topó de repente con sor Irene. La monja quedó paralizada al ver a la hija de don Higinio desnuda, sangrando por una pierna, con la otra tesa completamente, con un arma en cada mano y con la cara de locura más espantosa jamás vista. La falsa monja aprovechó este momento de confusión y clavó el cuchillo en el

enorme vientre de la hermana. La rajó hasta el cuello en dos tiempos y luego sacó el cuchillo de forma que la abrió la barbilla en dos. La enorme mujer, justo antes de morir, tomó impulso y se desplomó encima de Irene, aplastando su cuerpo y retorciendo su pierna entumecida. Aulló por el dolor más intenso que había sentido nunca. Soltó la espada y ayudándose con ese brazo forcejeó para poder salir de debajo de la monja. Tardó un buen rato, pero al final consiguió librarse del tonelaje de la monja muerta. Su espalda y trasero quedaron destrozados debido a los raspones resultantes de restregarse por el suelo empedrado y lleno de chinias.

Sintió náuseas al comprobar que su cuerpo estaba embadurnado de sangre y restos de vísceras de la monja que acababa de abrir en canal. Tras vomitar de forma impulsiva buscó la espada. La recuperó del suelo mientras echaba por la boca mil maldiciones. De repente creyó escuchar pasos y, sin darla tiempo a reaccionar, fue izada por los hombros por sor Cipriana, que parecía haber salido de la nada y que de un silencioso y brusco movimiento terminó sosteniéndola como cogida por un par de tenazas. Irene Lopezosa tenía ahora el aspecto de un muñeco colgado de dos barras gruesas de acero. No podía soportar el malestar de todo su cuerpo,

en especial los hombros, que aprisionaban las manos titánicas de la fenomenal monja, y gritaba como alguien a quién queman vivo, moviendo el cuello con un algo parecido a los espasmos.

Enseguida hizo acto de presencia casi toda la congregación. Se empezaron a escuchar rezos y la mayoría de las religiosas hacían la señal de la cruz una y otra vez, pensando, tal vez, que el demonio volvía otra vez a poseer a la hermana Irene y que aquella espantosa escena no podía ser debida a otro motivo.

La inmensa hermana jefa de cocina esperaba instrucciones de la superiora,

pero sor Lorenza Justiniana no parecía poder articular palabra.

—Reverenda Madre, ¿qué debo de hacer con sor Irene? —fueron las últimas palabras de la gigantesca monja, ya que la hija de don Higinio soltó el cuchillo, agarró la espada con las dos manos y metiéndola con toda su fuerza entre sus dos piernas, atravesó el cuerpo de sor Cipriana que, afortunadamente para la asesina, cayó de espaldas, haciendo retumbar el suelo.

Irene abrió sin dificultad las manos que todavía le agarraban los hombros. Sacó la espada de la brutal monja, ante la mirada aterrorizada e impotente de todas las demás religiosas. Luego cogió

el cuchillo del suelo y la atravesó el cuello, dándole definitivamente la muerte, entre vómitos de tripas y sangre negra.

Las religiosas empezaron a dispersarse, pero sor Lorenza Justiniana no se planteó el huir, porque su edad habría hecho inútil el intento. Irene Lopezosa se acercó a la madre abadesa disfrutando asquerosamente del momento y sin mediar palabra, la degolló de un sólo golpe de espada. La buena mujer cayó sin vida al suelo, manando sangre por el cuello como un manantial.

—Querida Madre Reverenda...
Tendrá que buscarse a otra esclava.

Dicho esto, emitió una carcajada brutal que se escuchó fuerte y claro en todas las estancias del convento, helando la sangre de todas las moradoras del mismo.

7

Ninguna monja sabía dónde ocultaba la superiora las llaves de la puerta principal y sor Cipriana guardaba bien escondidas las pesadas llaves de la puerta trasera de la cocina. De manera que estaban todas acorraladas y así, una por una, fueron cayendo de un modo u otro, sin descartar algún infarto de

miocardio cuando eran sorprendidas por el monstruo en que estaba convertida Irene, que emitía ruidos espantosos de dolor por el esfuerzo de mover sus piernas heridas y otros de gozo comparables a los propios de una persona criada entre fieras.

Sor Inmaculada Concepción terminó sus días sin sus ojos, ya que Irene se encargó de sacárselos con la espada. Después, utilizando la misma arma, le atravesó la garganta. A Sor Graciela le seccionó las venas de las muñecas con cortes anchos y profundos y la dejó atada a un barrote de un ventanuco, desangrándose sin remisión. A sor Ana Toribia la encontró escondida en su

misma celda, y cogiendo el mazo de Pelayo le dio cuatro martillazos en la cabeza que le crearon un boquete... La brutalidad de Irene no parecía tener límites, y en el máximo de su locura era capaz de imaginar y llevar a cabo mil formas distintas de matar, a cuál más espantosa. Además, se tomaba su tiempo para llevar a cabo cada ejecución... Estaba disfrutando grandemente con todo aquello y aunque era la primera vez que quitaba la vida a un ser humano, parecía que lo hubiera hecho todos los días de su vida. Se sentía poderosa. Dueña y señora del destino de las pobres monjas y con semejante capacidad para imponer su voluntad,

después de tantos meses de mostrarse sumisa, no medía nada de lo que hacía.

Cuando creyó terminado su trabajo, fue a la cocina y comió con ansias todo lo que pudo. Luego se lavó la sangre de su cuerpo y curó en la medida de lo posible sus mataduras. Vendó de nuevo la herida del muslo que se había vuelto a abrir. Se enderezó la pierna, pues era así como menos dolor sentía y embadurnó su cuerpo del unguento que utilizaban en el recinto para sanar y desinfectar heridas. Olía francamente mal, pero supo aguantar el hedor sin vomitar lo que acababa de comer. Luego se hizo con dos sacos. En el primero metió algo de comida. El segundo lo iba a utilizar

para guardar todo que encontrara en el convento con algún valor y pudiera transportar.

En su búsqueda arrasó el despacho de la Madre Superiora. Tras destrozar contra el suelo un antiguo Eccehomo de madera —ya algo podrida— y esparcir pergaminos y otras cosas sin valor, metió en el saco dos crucifijos de oro bajo, un cáliz, una pequeña naveta de plata —que encontró detrás de un mueble, en un hueco de la pared—, una custodia de coral y cobre y algunas monedas. Esto es todo lo que saqueó del convento, pues en el resto de las dependencias no se topó con nada que entendiera que debía de llevarse. A la

vez que buscaba se encargaba de destrozar todo lo que encontraba a su paso. Así, por ejemplo, una pequeña pero muy bonita estatua de la Dolorosa, la imagen que era más querida por sor Cornelia, fue dividida en mil añicos de un golpe contra el suelo. Todos los cuadros fueron rajados con la espada con cortes en diagonal. Además, los bustos policromados que guardaban las reliquias de santa Matilde de la Medalla Milagrosa fueron arrasados, y los huesos de la santa, esparcidos por el suelo y, en general, pisoteados.

La supuesta mano incorrupta de la santa tenía un pequeño anillo en el dedo anular. Irene se percató de ello casi

cuando se marchaba del lugar destinado a su eterno reposo. Recogió los restos de la mano y, sin ningún asco, extrajo la joya. El dedo se convirtió en polvo como si el anillo fuera aquello que mantenía unida la estructura del supuesto anular de la santa. Tras una pequeña inspección tiró al suelo con desprecio la sortija, pues resultó ser un trozo de plomo con una piedra que, a pesar de ser de gran belleza, ni por asomo era preciosa.

La modesta biblioteca fue lo único que quedó intacto. Suponía mucho trabajo hacer inservibles todos los libros. La mayoría eran muy pesados y ella no estaba en condiciones de

manejar grandes pesos. Pensó en la posibilidad de dejar algunas antorchas encendidas en las partes bajas de las estanterías y así convertir en cenizas todo ese montón de siglos de cultura religiosa, pero enseguida desechó la idea pues podía ser arriesgada. Ella sabía de sobra lo peligroso que se hacía el fuego si llegaba a ser incontrolable y, además, generaría una cantidad de humo capaz, tal vez, de alertar a las gentes de Cursodura del Río Sequillo.

En su registro se topó con Sor Restituta que, postrada en la cama, vegetaba más que vivir. Tenía ciento doce años pero parecía tener trescientos. Era inútil gastar energías en

matarla. Allí, sin cuidados y sin alimento, moriría en un día a lo sumo.

Cuando el unguento secó, se hizo casi invisible y perdió en gran parte su pestilencia, fue a su antigua celda y se vistió con los trajes de Pelayo, que aunque no eran de su talla, eran más discretos que los hábitos. Todavía llevaba el griñón en la cabeza. Estaba manchado de sangre. Lo dobló y lo guardó en un bolsillo. Realmente le gustaba aquella prenda.

Sor Ana Toribia todavía estaba allí, en espera de la muerte, boca abajo y con su hendidura circular en el cráneo, supurando sangre pastosa, que empapaba su toca y su griñón. Irene se

fijó en la monja con cara victoriosa y sonrió. Luego puso su atención en unos objetos que coleccionaban polvo en una esquina. Entre ellas se encontraba el cuadro inacabado de sor Prudencia Ferdinalda y el material de pintura. Rápidamente se le ocurrió otra de sus innumerables ideas: Iba a finalizar el cuadro.

—Bueno, no queríais que lo terminara, ¡pues lo voy a terminar! — dijo hablando sola, pues sor Ana Toribia no estaba para escuchar nada.

Cogió pintura roja, algo reseca, con un pincel gordo y que le faltaban pelos. Acto seguido pintó de mala forma dos exagerados cuernos y un rabo de

demonio encima del Cristo que la hermana pintora dejara sin piernas, por haberle llegado la muerte antes de tiempo. Por debajo de la cintura, justo encima de lo que parecía ser un primer bosquejo de la parte inferior del Cristo, dibujó un par de patas, deformes genitales masculinos y pezuñas de carnero, aunque tan mal, que parecían cualquier cosa menos eso. Con pintura negra dibujó sobre las cejas originales otras que convergían en un punto imaginario situado en la parte inferior del cuadro.

—¿Qué te parece cómo ha quedado?
—Irene seguía hablando con sor Ana Toribia. La religiosa ya estaba muerta.

La falsa monja fue a la capilla, y dejó su obra, de la que resbalaban goterones de pintura, en el lugar de honor. Primero descolgó con dificultad el Cristo de dos metros, que se destrozó contra el suelo, aunque a la cruz de madera no le pasó nada. La parte superior de ésta, justo donde figuraba la palabra INRI en una especie de pergamino, estuvo a punto de dar en el cuerpo de Pelayo. El muchacho no habría sentido dolor. Hacía cinco minutos que había muerto. Se asfixió.

—Ahora es el momento de terminar lo que interrumpió esta bruja chillona — dijo Irene cuando vio los dos cuerpos atados. Al momento comprobó que Pelayo ya no respiraba. —Lástima —

dijo algo contrariada.

Sor Mikaela seguía inconsciente. Irene Lopezosa no pensaba matarla. Sabía que dejarla en aquella situación era aún más cruel que acabar con ella. No obstante le quitó el calzón y la amordazó con él, para que no se escucharan sus gritos si despertaba. Luego la ató todavía más fuertemente al cuerpo de Pelayo, con el trozo de mantel que le había quitado de la cara a éste, para que la muerte del muchacho, si es que era posible, se le contagiara también a ella. Lo mejor que le podía pasar a la hermana Mikaela, en esa situación, era morir pronto y antes de despertar.

Finalmente Irene bajó por la ventana

de su celda al camino, cargando con los sacos. Esta vez tuvo mucho cuidado de no rozar siquiera los hierros que le habían abierto su pierna izquierda. No le quedó otra solución que flexionar la extremidad tesa para poder pasar y el dolor a punto estuvo de hacerla caer de boca al camino que rodeaba el convento.

Se internó en el bosque y caminó, sin saber en qué dirección, durante una hora. En su caminar se encontró un riachuelo. Sacó su griñón y le limpió la sangre. Siguió su penoso andar hacia ninguna parte hasta que dos horas después cayó desvanecida. Su cuerpo destrozado ya no tenía más fuerzas.

Despertó quince horas después,

muerta de frío y hambre. Se enfundó la cabeza con el griñón, como si fuera una mañana más dentro del convento, y comió algo del saco de las provisiones.

CUENTOS Y CUIDADOS

1

—Persuwi, el niño pez, atravesó el mar a nado para ver si éste tenía algún final y cincuenta lunas después apareció

en la orilla contraria de la isla donde fue criado. Pisó la arena de la playa agotado y creyéndose perdido para siempre. — Night Skin acarició la descarnada mano derecha de Mario—. Desconsolado, comprendiendo ahora hasta qué punto no debía de haber hecho nunca aquel viaje, víctima inocente de su propia curiosidad, rompió en un incontenible llanto lastimero y sus gemidos fueron tan fuertes que atrajeron a una gaviota blanca llamada Quwii. La gaviota le preguntó si sus lamentos eran a causa de no saber dónde estaban sus padres, pues ya era vieja y sabía que los niños de su edad sólo lloraban allí por esa razón. Persuwi, naturalmente, le dijo que sí, y

el ave, observando fijamente al muchacho, le propuso un solemne trato: “Si me regalas esos dos peces que tienes atrapados en tu taparrabo te llevaré allí donde puedas encontrar a tus padres”.

Night Skin interrumpió su relato, contado en el dialecto propio de su gente, para observar a Mario. Creyó ver como movía un brazo. En los instantes siguientes el moribundo se mantuvo inmóvil. De repente enarcó tres veces su ceja izquierda de forma rápida y mímica, ensayando una especie de extraño tic. A Night Skin le invadió una oleada de alegría y confianza respecto de su recuperación. Le observó fijamente por espacio de una hora, pero

el enfermo había vuelto a sumergirse en su acostumbrado sopor profundo y comatoso.

La mujer de piel oscura decidió seguir contándole el cuento del niño pez. A pesar de la evidente ausencia en la que estaba Mario, ella no había parado en los días anteriores de hablar con él y dedicó todas las horas posibles a su cuidado, tratándole en la mayor parte de las ocasiones como a un bebé que necesitara todo tipo de ayudas. Estaba segura de que podía oírle, y pensaba que debía de estar muy aburrido dentro de aquel cuerpo incapaz de moverse. Cuando le preguntaba algo aseguraba que movía la cabeza para decir sí o no,

pero sólo era una suposición y sólo se lo creía ella. Mario Tolón llevaba días sin menear un músculo del cuello.

—El niño pez no se había dado cuenta que durante su nado se le habían colado aquellos dos pequeños peces, de manera que se los entregó a Quwii sin ningún reparo. Entonces la gaviota se los tragó de golpe, de tal manera que a punto estuvo de atragantarse. Luego le contó que hacía muchas lunas que unas personas de su misma tribu andaban buscando a un niño muy parecido a él. Tras decir esto le invitó a que se subiera encima, justo entre sus dos largas alas, y se agarrara muy fuerte a su cuello. Cuando el niño estuvo bien acoplado,

Quwii inició su vuelo y atravesó la isla hasta el poblado de sus padres, que le recibieron con los brazos abiertos. De esta manera Persuwi, el niño pez, se percató de que había terminado su recorrido donde lo había empezado, en Hooweallay, la misma isla donde yo nací.

2

—Tecplacca, el hombre come hormigas, subió al monte Lapiilli para descubrir el motivo por el que siempre estaba echando humo, y cuando volvió dijo ver arriba un gran agujero y en su

fondo una enorme choza de la que de repente salió Tamborasumbawa, Dios del fuego, muy enfadado. Gritó que nadie debía ir nunca hasta allí para perturbar su sueño y en castigo comenzó a echar fuego por su cabello con tanta furia que la roca tomó la forma del agua del mar y el color del fuego. Tecplacca corrió para no ser sepultado por el fuego de Tamborasumbawa que caía por la ladera de la montaña. Afortunadamente la cólera del Dios del fuego cesó cuando Tecplacca llegó al mar...

En ese momento entró en el chamizo José El Toro. Se sentó pesadamente apoyando su espalda en una pared. Tras resoplar se puso a escuchar

distraídamente las aventuras del guerrero que comía hormigas. No era la primera vez que oía aquella inverosímil historia y por eso al poco dejó de prestar atención desviando sus pensamientos hacía el día en que, al pasar por la playa de Santa María del Coral, divisó un barril abandonado en la orilla y se acercó hasta él para saciar así su curiosidad. Night Skin, que acompañaba al gigante, se quedó esperando a una distancia prudencial. El Toro arrastró el barril hasta la arena seca y se dio cuenta, por su peso, de que estaba lleno. Lo abrió —no sin sentir bastante asco— utilizando el hierro que empleaba para soltar los mejillones de

la roca o romperla, si es que encontraba percebes. La madera podrida se agrieto en el primer empujón del gigante. Luego, poco a poco, José fue abriendo un boquete con el hierro en forma de palanca. Un terrible hedor, capaz de enfermar al más sano, salió del interior. José volcó el tonel y de él salieron varios litros de agua de mar totalmente corrompida y un saco cubierto de una negra sustancia gelatinosa. Sin poder evitar alguna arcada abrió el costal y, sorprendiéndose grandemente, descubrió dentro algo que se asemejaba a un hombre.

—¡Dios santo! —exclamó El Toro al verlo—. ¿Quién diablos es capaz de

hacer esto a una persona?

Mario Tolón había sido tirado al mar hacía tres días.

El sanguinario capitán pirata Alexander Cliff Withers El Cortamanos, antes de zarpar del puerto gurracames de Guardamar del Delta, había mandado buscar a los hombres que tenían como misión robar a las personas que le confiaron el barril. No entendía que podía haber pasado. De lo único que estaba seguro era de que no le habían traicionado, pues sabedores de sus métodos, hacía largos años que nadie se atrevía a serle infiel ni en los pensamientos.

Las personas encargadas de la

búsqueda sólo dieron con uno de ellos. Estaba muerto e hinchado. Sentado con la espalda en el tronco de un árbol se secaba al sol de la tarde. Hallaron todo el botín robado a Sabino y Severo, que no era poco. Nadie se había atrevido a tocar aquel cadáver, tal vez porque en Cabañas de Fuentebabila las leyendas y supersticiones eran verdades como puños. Pero aquellos piratas eran gente que a nada temían y sin ninguna preocupación le quitaron todo a su antiguo compañero, dejándole completamente desnudo, de manera que al cabo de las horas los voraces cuervos del contorno, que ya le habían desfigurado en parte la cara a picotazos,

continuaron con menores dificultades su labor carroñera.

Una semana después de soltar amarras toda la tripulación percibió una terrible pestilencia que crecía según pasaban las horas. Era una peste que hacía más insoportable aun la que ya de por sí tenía la embarcación y que recordaba vagamente a la que desprendían los barcos negreros donde cientos de personas enfermaban y morían encadenadas, rebozadas en sus propias heces. De hecho, el capitán mandó a su vigía que mirara bien por si había alguno en las cercanías. A pesar de ser un completo asesino y ladrón, El Cortamanos odiaba aquellas

embarcaciones y siempre que se topaba con una se aproximaba a ella en son de paz y, en el momento menos esperado, le endosaba cuatro cañonazos y la hundía por completo, asesinando así a perjudicados y verdugos.

Un grumete informó del origen del problema. De manera que, una vez descubierta la fuente de tan insano aroma y sin pensarlo dos veces, se desprendieron del barril, tirándolo por la borda, para nunca más acordarse de él.

En la orilla de la playa de Santa María del Coral llevaba dos días, mecido por las subidas y las bajadas de la marea, cuando José y Night Skin lo

encontraron.

3

Night Skin enlazó la historia de Tecplacca, el hombre come hormigas, con otra que hablaba de una mujer de cuyos pechos fluía una leche exactamente igual que la de las cabras. José también había escuchado ya aquella disparatada historia. Miró aburrido al hombre tendido en el suelo. Recordó al instante el estado en que se lo habían encontrado. Estaba totalmente famélico. Parecía una momia, aunque la cara conservaba sus facciones principales.

La cabeza, bárbaramente rasurada, estaba blanca y verde por el moho. Tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo constantemente la hoja de la guadaña de la muerte delante de su rostro, a modo de espejo, lo que le dejaba una expresión en la cara de puro horror, capaz de contagiársela a cualquiera. Los brazos se mantenían encogidos y tiesos, y los dedos de las manos —desprovistos ya de uñas—, tensos y paralizados. Su color, si es que había alguno, era el del mundo de después de esta vida. La piel cubría la falta de carne con salitre y humedad marina, y daba la sensación de que si le tocabas, se rompería y tu mano se podría

alojar dentro de su podrido cuerpo... Aquel hombre era, en definitiva, un despojo humano.

—¡Pobre diablo! Qué final tan terrible —dijo El Toro tras el primer vistazo.

Night Skin corrió a la orilla. Cuando llegó junto a José se mantuvo en silencio, como si pensara en algo imposible que se había hecho realidad. Su cara mostraba asombro, incredulidad y, en cierto modo, alegría.

Debemos irnos de aquí cuanto antes —propuso el mariscador gigantesco dos minutos después—. Este cadáver no puede traer nada bueno...

—No, no. Quedar. ¡Ayudar hombre!

—¡Pero si está muerto! —dijo José, sin comprender qué tipo de chaladura le había entrado esta vez en la cabeza a su acompañante.

—No muerto. ¡Ayudar hombre!

—¡Qué ayuda! A este no hay quién le ayude.

—Yo ayudo.

—¡Pero te has vuelto loca! ¿Qué nos importa este hombre, o lo que sea? ¡Dejémosle descansar en paz! Ya no podemos hacer nada por él

La mujer callaba decidida a hacer lo que decía. José la agarró por los brazos para que le mirara.

—Escúchame. Este hombre puede tener la peste o la rabia, o yo que sé.

Puede contagiarnos a los dos y esas enfermedades no sabe curarlas nadie en esta isla. Tampoco tú. ¡Te estás enterando de lo que digo! —inquirió El Toro, intentándola convencer, mientras Night Skin parecía seguir sin cambiar de parecer, mirando fijamente al desecho que era a esas alturas Mario Tolón.

—Tú ayudar yo hace tiempo. Curar hombre igual.

—No es lo mismo. Cuando yo te encontré, tú aún estabas viva. ¡Parece que no te das cuenta del peligro que puede estar acechándonos! ¡Vámonos! Alguien puede vernos y acusarnos de la muerte de este pobre diablo— dijo José, mientras tiraba de la mujer, agarrándola

por el brazo.

—Ayuda yo hombre. ¡No muerto! — repitió de forma machacona Night Skin mientras se soltaba de la poderosa mano de José El Toro.

—Bueno, pues adiós —culminó el gigante, marchándose malhumorado, mientras farfullaba entre dientes una maldición y lamentaba el hecho de que a aquella mujer no se la pudiera hacer entrar en razón cuando se obstinaba con algo—. ¡Ahí te quedas! Yo me voy a coger marisco que es a lo que iba. No quiero saber nada de este asunto... — sentenció, aunque era consciente de que, al final, no podría estar al margen.

Night Skin llevó al moribundo hasta

el chamizo que les servía de refugio. Se lo cargó a la espalda y aguantó como si nada el olor y la sensación de llevar un pedazo de carne infesta y muerta pegada a su cuerpo. Mientras, José la perseguía a distancia vigilando sus movimientos.

Descargó a Mario en el centro de la choza. La mujer de piel oscura le quitó muy despacio los andrajos podridos de ropa que se pegaban a su pellejo como lapas a la roca. Algunos trozos de piel descompuesta se quedaron adheridos a la tela corrompida. Cuando quedó todo al descubierto encontró que la persona en su conjunto era un pedazo de carne plagada de magulladuras, heridas y marcas de huesos intentando rasgar el

pálido pellejo que los envolvía.

Le despojó con sumo cuidado de todos los cuerpos extraños que cubrían las heridas. Tras esto limpió cada centímetro de su anatomía con agua de mar limpia, en un acto que, de haber estado consciente y dado el estado de su piel, habría hecho a Mario bramar de dolor.

En un rincón de la choza Night Skin almacenaba plantas de las que ella misma buscaba. Se acercó hasta allí y seleccionó lo que creyó conveniente. Luego hizo una pasta a base de machacar laminaria, raíces de boj, rododentro, echevaria pulmona y tallos de melocactus salvaje; todo esto lo mezcló

con el jugo de una planta muy carnosa que ella identificaba como lessonia palmetta, pero que en realidad era otra que sólo se daba e Moraluño. Secó su propio sudor con dos hojas gigantescas de rafflesia ciclópea, las troceó después y las añadió a todo lo demás. Escupió en cinco hojas de abedul ruibarbo, y al poco, de los nervios y venas de éstas empezó a supurar un fluido espeso y de color blanquecino como el pus. Lo escurrió y lo incluyó en la mezcla. Agregó dos tallos de Eleborroj fétido, que incrementó el mal olor que ya, sin este último ingrediente, tenía el preparado. Y mezcló y amasó hasta que por fin el mejunje, de un color verde

oscuro espantoso, estuvo listo para ser usado. Entonces, de forma frenética, pero no por ello menos concienzuda, Night Skin se afanó en embadurnar a Mario Tolón por todos los resquicios de su cuerpo, ya que sabía que aquella mezcla no tardaría en solidificarse, y una vez en este estado ya sería imposible de extender.

En los días siguientes, sea como fuere, Mario estaba consiguiendo burlar a la muerte, aunque su aspecto no lo indicara. A pesar de que no terminaba de fallecer tampoco se podía decir que viviera. Parecía un muerto pintado de verde ennegrecido. Los únicos indicios que hacían pensar que le quedaba algo

de vida eran que respiraba por la boca, aunque sin ganas y con un terrible trabajo; y su corazón, que aún latía incomprensiblemente. Aquella coraza obraba en Mario el mismo efecto que la madre del tonel que le había servido de transporte por el mar: le mantenía con vida, pero no le sanaba.

Night Skin se encargó con ahínco de cuidar al desconocido, llegando incluso a alimentarle ella misma haciendo nutritivas papillas de pescado, marisco y plantas, que le obligaba a tragar. Cuando lo que había para comer era demasiado duro, ella misma lo desmenuzaba. Hasta con sus propios dientes, si era preciso. Ni a su propia

madre la hubiera cuidado igual. José El Toro no comprendía todavía el porqué de tanto trabajo, previsiblemente inútil. En su opinión no había forma humana de sanar a un hombre en tal estado, y ella no era una Diosa. Sólo se estaba posponiendo lo inevitable.

4

—Admunwem, el guerrero de pelo blanco, se internó cargado con todas sus armas en la isla para saber en dónde estaba su centro, y volvió cuatro lunas después con un mono enganchado a su espalda, desarmado y convertido en una

mujer gorda con las tetas más grandes jamás vistas por allí. —Night Skin hinchó sus mofletes e imitó los movimientos de una mujer gruesa, creyendo, tal vez, que Mario podía verla a través de sus párpados—. Admunwem dijo que en el interior de Hooweallay había extrañas fuerzas que se apoderaban de la voluntad de las personas y sin que se pudiera evitar de ninguna manera, hacían de éstas lo que querían. Jamás podría haber regresado si no fuera porque aquel mono le indicó el camino de vuelta. El simio resultó ser un hombre extrañamente transformado por las malignas fuerzas del interior y con el tiempo volvió a su estado normal;

pero Admunwem se quedó para siempre con su forma de mujer. El mono que se convirtió en hombre engendró tres hijos en el cambiado cuerpo del guerrero de pelo blanco, que fundaron otros tantos poblados a lo largo de la costa. —Hizo una pausa—. Desde entonces les está prohibido a los hombres de la tribu internarse en la isla y el justo castigo para toda mujer que se atreva a desobedecer a su esposo es obligarla a entrar en el interior de Hooweallay, para que así se enfrente a esas fuerzas desconocidas...

—¡Dios santo! —exclamó José, que volvía de buscar leña—. Aquí huele igual que dentro del caparazón de un

centollo muerto y dejado al sol tres días...

No había terminado de expresar su asco cuando pudo comprobar como Mario Tolón abría repentinamente los ojos y se incorporaba, descascarillando en parte su coraza verde. Parecía como si le hubiera vuelto la buena salud de un golpe y quisiera levantarse a dar un paseo. No dejaba de mirar a un punto fijo. Fueron los treinta segundos más intensos que sentía Night Skin en muchos años. Al instante el cuerpo del ladrón volvió a relajarse, quedándose como estaba, tendido en el suelo pero con los ojos más abiertos todavía. La mujer entonces movió su mano por delante de

la vista del moribundo, pero los ojos siguieron quietos en dirección a ese punto fijo inexistente, de manera que le volvió a extender los párpados, perdiendo un poquito más sus esquilmadas esperanzas.

5

—El Dios Metrowaní fue hombre antes que Dios. —La mujer del pelo color azabache sentía gran deleite cuando contaba la última de las leyendas de su pueblo y sonrió al hombre que, tendido en el suelo, no le devolvería nunca aquella sonrisa—. Cuando

Ciclomatewo, Dios hacedor de todos los mundos, creó la isla Hooweallay decidió que el primer hombre que la pisara debía de ser Metrowaní. Aquel mortal pasó mucho tiempo sólo recorriendo las costas de la isla, hasta que decidió que era un derroche el que aquel maravilloso lugar, repleto de comida, agua y belleza, fuera sólo habitado por él. Aquel paraíso debía de ser compartido por muchos más que fueran como él. De manera que preguntó a Nordencocomo, supremo Dios alado de todos los hombres, qué podía hacer. “Sólo hay una manera de poblar esta isla, pero ello requiere tu sacrificio”. Metrowaní era hombre generoso y

entendió que su vida valía menos que la de todas las personas que luego habrían de habitar la isla, de forma que le suplicó al Dios supremo para que le contara que debía de hacer. “Cómete entonces un árbol de enebro abedulado entero”, le dijo Nordencocomo. Aunque no sabía para qué serviría esto, Metrowaní no dudó de lo que le aconsejaba su Dios y buscó durante veinte días alguno de estos árboles. Cuando encontró el único que había en la isla comprobó que era el mayor de todos los árboles de Hooweallay...

—Me marchó al roquero —
interrumpió José El Toro, que empezaba a tener la cabeza aturdida de tantos días

de incansables historias inventadas—. ¿Vienes?

—No.

—No sé porqué me imaginaba que ibas a decir eso...

La mujer le miró fijamente con sus grandes ojos. El gigante sintió ternura por ella, como en tantas otras ocasiones, y salió al exterior.

Night Skin volvió a reanudar su historia:

—Con suma paciencia y a base de ejecutar un trabajo sobrehumano Metrowaní taló el enorme enebro abedulado y le extrajo la raíz. Después, lo partió en trozos que pudiera tragar y empezó a comer día tras día quince

pedazos cada vez que salía o se ponía el sol. Durante ocho lunas se alimentó sólo de la corteza, el tronco, las hojas, las raíces y los frutos todavía no maduros del árbol, haciendo que su cuerpo sufriera y se agrandara más allá de lo que ha podido ser capaz cualquier otro hombre. Cuando hubo digerido el último pedazo, el cuerpo se le rajó desde la boca hasta el ombligo y de su interior salieron veinte ejemplares humanos bellísimos y perfectos. Eran diez hombres y diez mujeres, que serían los primeros de mi tribu. Cada pareja tuvo cinco hijos e hijas y cada nueva pareja otros cinco... y así se formó poco a poco nuestro pueblo. —Hizo una pausa para

mirar a Mario—. El supremo Dios alado Nordencocomo decidió un buen día que el enorme sacrificio de Metrowaní debía de tener alguna recompensa, para así equilibrar las fuerzas de la justicia del mundo. Tras pensarlo mucho le erigió como el Dios de los nacimientos, y desde entonces en la cueva donde vivió cuando fue hombre se puede sentir su espíritu de vida. Es desde entonces nuestra costumbre llevar a todos los recién nacidos a la cueva y dejarlos durante toda la mañana. Si cuando se vuelve a por el bebé ha muerto o ha desaparecido devorado por algún animal, es que Metrowaní ha visto que en un futuro no iba a ser bueno para la

tribu y sólo podía traer la desdicha. Por el contrario, si aún vive se celebra una gran fiesta en honor del buen criterio del Dios de los nacimientos...

Night Skin permaneció callada por espacio de media hora. Ya no le quedaban más cuentos. Si Mario Tolón hubiera sido capaz de escuchar y entender algo, entonces podría decirse que conocía todas las historias del pueblo de Turhail, que eran veinticinco y debían de ser transmitidas en su orden cronológico inverso, en la lengua de los habitantes de la isla de Hooweallay y siempre en los momentos en que los Dioses no provocaran la lluvia. Ella se las había contado pacientemente durante

días y noches enteras. Ahora era como un miembro de su tribu y podía participar de la magia de sus Dioses... por tanto, aquel era el sublime momento de invocarlos para que sanaran al enfermo, el cual había perdido ya la motilidad, la sensibilidad y la inteligencia de forma inexorable.

Night Skin sentía miedo a fracasar y no se atrevía a empezar con la ceremonia. Lloró un buen rato. Todavía con lágrimas fue al rincón donde almacenaba sus plantas. Hizo una pasta a base de mezclar las flores rojas de la Annilata con el líquido exprimido de las enormes hojas de la misma planta. Luego de estar desnuda, utilizó la mitad

del ungüento para pintar su cuerpo con extraños dibujos geométricos, y el resto se lo comió a toda prisa pues sabía que el intenso sabor amargo de las flores de la Annilata podía provocar vómitos instantáneos si se saboreaban más de la cuenta. Empezó a sentir calor y empezó a sudar. Sabía lo que iba a pasar pues no era la primera vez que comía la planta de las ceremonias... Al momento tensó sus músculos al presentir lo que era inminente: Un terrible pinchazo estalló en su estómago, tan fuerte que la tiró al suelo y le hizo gritar como si le hubieran clavado un hierro ardiendo. Muy poco a poco el dolor fue remitiendo hasta que con la vista nublada por los efectos de

la droga, logró ponerse en pie y empezar la ceremonia.

Canturreó hechizos delante de Mario mientras danzaba en círculos y movía rítmicamente las hojas de perifollo que sujetaba en sus manos. Los Dioses debían de presentarse antes de que ella sintiera un segundo pinchazo en su estómago. De otro modo nunca sanaría Mario. Estaban tardando mucho. El sudor desdibujaba las figuras geométricas de su cuerpo y aunque no quería perder las esperanzas, empezaba a pensar que sus filtros de puro amor y conjuros ancestrales no servían de nada.

La pasta verde que cubría el cuerpo del enfermo estaba más seca y compacta

de lo que había estado nunca, y por algunos lados empezaba a cuartearse como si fuera el piso de un río afectado por una sequía centenaria. Ella sabía que eso no era buena señal.

De repente Turhail paró sus cantos en seco. Se había llevado un buen susto y perdió de un golpe toda la concentración acumulada durante la danza. Seguía con la vista nublada pero pudo distinguir justo enfrente al espectro de su padre, Shippo, el gran hechicero del otro continente. Debía de llevar mucho tiempo allí. La contemplaba inmóvil, con expresión severa, levitando por encima de todo, como si fuera un espíritu etéreo que llenara todo el

espacio de la estancia con su sola presencia.

Pasada la sorpresa inicial Turhaii exclamó:

—¡Padre, ayúdame!

—No.

—¡Por favor! —suplicó Turhaii al fantasma de Shippo, utilizando su lengua natal.

—Sólo vengo a comprobar lo inútil de tu empeño.

—¡Ayúdame y no volveré jamás a desobedecerte...!

—De nada sirve suplicarme ahora. No te enseñé todo. No hubo tiempo. Elegiste aquel hombre en vez de toda la sabiduría que yo te tenía que legar según

había ordenado nuestro Dios supremo. Ahora soy maldito por ello...

—¡Imponme cualquier condición, pero ayúdame!

Shippo prosiguió como si no la escuchara:

—No lo sabes todo. Te falta lo esencial. ¡Lo último que se aprende!

—¿Qué es lo que no sé padre? Bailo la danza del águila blanca en círculos iguales y a un mismo tiempo. Canto las oraciones de la serpiente y la araña negra que hacen desaparecer a los espíritus malignos, y todas las noches rezo e invoco a Holgurrwetam, Dios de la vida y de la muerte...

—Hace mucho tiempo que ningún

Dios te escucha. Renegaste de ellos...

—¡Hago todo lo que me dijiste! — exclamó, sin prestar ahora ella atención a lo que decía su padre.

—Eso no es suficiente.

—Enséñame cómo ganarme su confianza, padre —suplicó otra vez.

—No. Es tarde ya para eso. Los Dioses ya no te permiten aprender. —Y repitió—: Es tarde.

—Tú me demostraste que nunca era tarde para aprender...

—Y es verdad. Pero me refería a las cosas de este mundo. Un chamán debe controlar lo que está por encima del dominio humano. Yo te inicié por ese camino, pero tú...

—Terminemos ahora ese camino.

—Es imposible. El círculo ha quedado abierto para siempre. Además, la sabiduría total, la sapiencia máxima, no se enseña. No se debe ni se puede transmitir. El conocimiento infinito de un chamán se aprende en sí mismo; pero para llegar a este punto primero has de conocer todo lo que yo pretendí enseñarte. A la vista está, Turhaii, que no te has conocido a ti misma como requieren los Dioses —le reprochó Shippo a su hija— y te han negado los poderes para sanar.

—¿Qué podemos hacer para que los Dioses vuelvan a pensar en mí? —repitió.

—Nada. No se puede hacer nada. — Shippo hizo una pausa, mirándola de forma que daba a entender que lo que acababa de decir no admitía dudas—. Tú no quisiste saber. No quisiste culminar tu aprendizaje. Es tarde. Estás contaminada por las cosas de este otro mundo tan lejano de Hooweallay. Te fuiste y ahora pagas con tu sufrimiento todo tu egoísmo.

—¡Por favor! Luego puedes castigarme por todo... Estoy dispuesta a afrontar cualquier cosa para salvarle...

—Bastante castigo tienes ya por culpa de tu mal proceder; además, yo no soy un Dios que tenga que castigar a los hombres...

—Padre. ¡Haré lo que sea! —suplicó Turhaii, intentando coger las piernas de su progenitor para abrazarlas, pero evidentemente no pudo alcanzar lo que en realidad era una imagen fantasmalmente intangible.

—Te fuiste. Mi muerte significó el fin de la raza de chamanes de la aldea. Ahora nuestro pueblo muere sin nadie que le sane —y repitió Shippo, esta vez con una voz aún más sería—. ¡Paga con tu sufrimiento todo tu egoísmo!

Acto seguido la visión fantasmal de Shippo se esfumó en humo invisible.

—¡Noooo...! —gritó Turhaii, lamentando que su padre la abandonara.

Un instante después volvió a caer al

suelo paralizada por el segundo pinchazo, que esta vez se descargó en el interior de su cuerpo con la violencia de un rayo. Se quedó deprimida, intentando soportar el dolor mientras saboreaba la soledad más absoluta. Sintiéndose sin fuerzas, inútil, impotente e imperfecta. Sintiéndose, en definitiva, inservible a los ojos del mundo que representó su padre... A los ojos del mundo al que debía de pertenecer.

19

LA LISIADA DESTRIPIAMONJAS

1

Irene Lopezosa Quesada, tras la
carnicería del convento, había hecho de

todo para sobrevivir: robó, estafó, envenenó, saqueó y hasta asesinó por encargo. Todo valía si conseguía sacar algún dinero y, a decir verdad, el hecho de quitar la vida a otras personas cada vez le producía mayor placer.

Para llevar a cabo sus fechorías se ponía su querido griñón. Lo utilizaba como una especie de máscara, de manera que cuando su cabeza no estaba envuelta en él parecía otra persona. Su cabellera rubia le había vuelto a crecer hasta la longitud de sus días en La Alpurria del Campo y se lo peinaba de forma que casi le tapaba media cara. Así, con el griñón puesto no se podía saber si era morena o rubia; y sin él, era

una mujer con una melena larga que se balanceaba en torno a su rostro.

Con tanto bandolerismo y ratería a sus espaldas terminó por ser buscada por la justicia, aunque sin mucho éxito; pero un día mató o, por lo menos, se la relacionó con el estrangulamiento de ciertos personajes adinerados del sur de Gurracam. A partir de entonces se empezaron a repartir por los pueblos, para el conocimiento de las gentes, dibujos que hacían las veces de su retrato. Estos carteles la representaban con el griñón puesto, lo que le daba la tranquilidad de que iba a ser difícilmente reconocida, pero un día quedó muy asombrada cuando vio

colgado en una pared su cara sin el griñón, con su melena en la forma en que siempre la llevaba. Era casi como si se estuviera mirando en un espejo. A partir de ese día recogió su pelo en una coleta trenzada, que sin quererlo la hacía aún más reconocible.

Terminó por ser llamada en todo Gurracam con el mote terrible de La Lisiada Destripamonjas; alias que le fue justamente impuesto después de que los restos de la masacre del día de San Buenaventura fueran descubiertos y los guardias alguaciles la reconocieran como la única autora. El asunto se supo gracias a Bernabé Parrondo de Cachavera, el comerciante de dudosas

afinidades sexuales. Parrondo volvió al poco tiempo al recinto del convento, indignado por los productos envenenados que había comprado, y que tan feliz y rigurosamente cocinó Irene los días antes de escapar. Pasaron cuarenta días sin que nadie le abriera la puerta e informó a la justicia; ésta a su vez avisó a la Santa Inquisición, y cinco días después, estando presentes un secretario del Gran Inquisidor, el alcalde de Cursodura del Río Sequillo y la mitad de los paisanos del lugar, se tiró abajo la puerta principal del convento utilizando un ariete. Los seis hombres que traspasaron el umbral se encontraron con el espectáculo más

truculento jamás visto. Así, hallaron el cuerpo de sor Restituta en avanzado estado de putrefacción y el de sor Mikaela atado a Pelayo, que aún conservaba la expresión horrible del que se asfixia sin posibilidad de escape. La monja, sabe Dios cómo, todavía vivía. Parecía como si esperara la venida de alguien para delatar a la persona causante de todo.

—Nos ha matado Irene Lopezosa Quesada, hija de don Higinio Lopezosa Quesada de La Alpurria del Campo —sentenció con la voz de los muertos y después falleció con una extraña cara de satisfacción. Era la cara de aquel que muere sabiendo que ha culminado lo que

le trajo a este mundo.

No tardaron mucho en salir del espeluznante edificio los seis hombres que entraron. Cuando volvieron a ver la luz del sol habían cambiado su semblante y parecían tener veinte años más de la cuenta. Daba la sensación de que ya nada en este mundo podría sorprenderles a partir de aquel instante. Como si ya no les faltara nada más por ver.

En los días siguientes se intentó saber que era aquello tan espantoso que moraba en el interior del convento, pero ninguno parecía querer hablar. Por fin, uno de ellos confesó después de ser sometido a tortura por parte del avezado

secretario del Gran Inquisidor.

—Aquello era el Pandemónium —
dijo.

El pobre hombre había contemplado apariciones espectrales que pasaban por delante del cuerpo sin apartarse, atravesándote y dejando hasta la última gota de la sangre helada. Eran espíritus de monjas degolladas o con terribles heridas llenas de pus, que se deslizaban torpemente por entre los cuadros rajados e imágenes destrozadas; por entre las velas consumidas y los reclinatorios desgastados; por entre las celdas desiertas y polvorientas y los pasillos oscuros y sonoros... Los rostros de los fantasmas mostraban una tristeza y

patetismo tal que se apoderó de aquellos seis hombres para el resto de sus cortas vidas. Eran almas desgraciadas que no encontrarían sosiego hasta saber por qué el Dios al que consagraron casi toda su vida había permitido semejante final para su existencia.

Las explicaciones no debieron de gustar demasiado al secretario, el cual mandó informes negativos a San Josafar. El Gran Inquisidor decidió añadir a los seis hombres —pues ninguno desmintió las afirmaciones de su compañero— a los que ya formaban la lista del auto de fe del mes de septiembre. Les acusaron de herejes y adoradores del Diablo. Los pobres hombres perecieron en la

hoguera con ánimo dispuesto. En cierta manera era una liberación para ellos pues desde el momento en que salieron del convento ya no pasaron un minuto de su existencia sin tener en su mente los horrores vistos.

2

Llegó un tiempo en que La Lisiada Destripamonjas era prácticamente conocida por todo Gurracam. Había carteles en todas las poblaciones con su cabeza metida en el griñón y sin él, con la coleta y hasta con otros dos peinados que nunca había lucido en su

maravilloso pelo. Se decían pregones describiendo su manera de andar, causada por su legendaria pierna tiesa, y sus espantosas hazañas —la mitad inventadas o perpetradas por otros— iban de boca en boca, convirtiéndose así en una leyenda de maldades y despropósitos, engordada al ritmo de la viva imaginación de la gente.

Un día Irene Lopezosa pasó por el pueblo de Pozorondo. En la plaza un ciego narrador de historias contaba una de las que a ella se le atribuían. El hombre portaba una vara con una calabaza y de un hombro le colgaban dos conchas de peregrino que chocaban cuando movía su brazo. Mediante

dibujos, que iba señalando un niño provisto de un tamboril, el ciego recitaba un romance en el que Irene era contratada por un hombre para matar a su esposa. La Lisiada se encargaba de darla muerte y después también mandaba a la tumba al marido, le robaba su fortuna y le comía los brazos y las piernas y, además, con los ojos de los dos asesinados se confeccionaba un collar... La hija mayor de don Higinio, enfundada en una capa de lana con capucha, no podía dar crédito a lo que escuchaba.

Había tres hombres que no dejaban de observarla. Era tan evidente que ella se dio cuenta enseguida. Se alejó del

corro de gente con paso firme. Los tres hombres la empezaron a seguir. Irene no se explicaba cómo podían haberla reconocido. Iba con la cabeza gacha y enfundada en una amplia capucha, pero estaba clara su intención de atraparla. De alguna forma aquellas tres personas de aspecto lamentable sabían que era la mujer más buscada de todo Gurracam.

Los hombres apretaron el paso. Ella también. Cuando se encontró la calle despejada uno de ellos sacó una honda de su pantalón mil veces remendado. La Lisiada echó a correr. El hombre recogió una piedra de buen tamaño del suelo. Utilizó su honda. Un instante después la mujer estaba en el suelo con

una brecha en la cabeza.

3

El dueño del único burdel de Pozorondo, Emeterio Rodríguez Martín de Ruedas, era un hombre sin escrúpulos, velludo como un oso y corpulento. Había demostrado tener la fuerza de un gorila y tras ser curtido en mil batallas conocía perfectamente la forma de imponer su carácter, que era digno del peor maleante.

Hacía diez años que le faltaba un ojo. Se lo habían vaciado algunos enemigos de antaño, que el mismo se encargó de

liquidar con el tiempo. El hueco sucio y rojo oscuro que quedaba nunca se lo tapó con ningún parche. Así, su cara, entre la ausencia del ojo y un costurón de una cicatriz que le recorría la despejada frente de punta a punta, tenía una expresión monstruosa y feroz.

Aquel día Emeterio estaba muy feliz. Siempre se mostraba así cuando hacía nuevas incorporaciones a su negocio. Abrió muy despacio la puerta de la habitación donde sus secuaces le habían dejado a la mujer. La vio inconsciente apoyada en un rincón. Contempló su cuerpo desnudo. Era siniestramente guapa, a pesar de tener media cabeza vendada con un trapo y la cara

manchada de sangre reseca. Aquellos pechos valían una fortuna si se sabían emplear bien...

Al rato salió de la habitación. Media hora después volvió con un cubo lleno de agua tiznada de un dudoso color gris claro. Con un ágil movimiento de brazos volcó el contenido encima de la mujer.

Irene Lopezosa Quesada despertó con un fuerte dolor de cabeza, completamente desnuda y empapada de agua. Su ropa descansaba arrugada en un rincón de la estancia. Enfrente se encontraba el hombre con el aspecto más salvaje que había visto nunca.

—Escucha mujer —dijo Martín de Ruedas—. Estás en mi negocio. Has

sido contratada de forma forzosa — sentenció con una cara que no admitía dudas—. Pero primero he de probar si vales.

Antes de que La Lisiada pudiera decir nada empezó a ser manoseada por Emeterio, pero no como ella estaba acostumbrada, sino de una manera tan asquerosa y animal que Irene intentó apartarse de él nada más le puso una mano encima. Pero Emeterio no se lo permitió.

—¡He dicho que he de probar si vales! —gruñó el tuerto.

—¡Déjeme en paz, cabrón! —Irene se zafó de la manaza que le aprisionaba el final de su brazo y de un salto se fue al

rincón donde reposaba su ropa, dispuesta a vestirse. Estaba completamente aturdida. Sentían frío y, aunque no comprendía nada de todo aquello ni se explicaba cómo había llegado a semejante situación, entendió que lo más razonable, de momento, era cubrir su mojado cuerpo.

—¡Deja eso ahí! —ordenó el hombre, mientras la propinaba una descomunal bofetada que Irene, aunque lo intentó, no pudo esquivar. Cayó al suelo violentamente. Miró a la bestia que le había pegado. Le observó con unos ojos en los que no había miedo, sino asco. Le empezaba a repugnar profundamente aquel hombre. A decir verdad hasta un

ciego tendría repugnancia sin verlo. Sólo con sentir que estaba allí.

—Mira mujer, vas a trabajar para mí, lo quieras o no —ordenó Emeterio, que veía en aquella formidable dama la posibilidad de ganar mucho dinero. Las prostitutas de su burdel empezaban a ser viejas, gordas y respondonas. Sus clientes no eran exigentes, pero se estaba creando una reputación de prostíbulo para borrachos y esto le impedía llegar a aquellos hombres adinerados que pagaban bien por una mujer guapa que les hiciera olvidar la que tenían en casa.

—¡Está loco! Ni lo sueñe... Ahora mismo me marchó —replicó Irene

levantándose del suelo. La próxima vez pensaba dar primero ella. Volvió a intentar coger su ropa.

—No iras a ningún lado. Eres La Destripamonjas. —El hombre hizo una pausa—. Te he reconocido enseguida esta mañana. Nada más verte. Por mucho que metas esa preciosa cabeza tuya en una capucha, tu pierna tiesa te hace andar de manera que se te reconoce a cien metros —señaló—. Te buscan para encerrarte o para ahorcarte. Nadie te va a echar de menos y aquí puedes ser de gran utilidad. Eres muy hermosa y podrás ejercer sin problemas.

Irene Lopezosa se quedó asombrada. Aquel desconocido hablaba de ella con

toda normalidad, indicando quién era y cómo iba a ser su futuro más cercano.

—Mira, allí tengo tu cara. —El tuerto señaló a un dibujo puesto en un cartel, que realmente tenía cierto parecido con el actual rostro de Irene.

La Destripamonjas empezó a pensar que el hombre hablaba en serio. No la iba a dejar salir de allí. Tiró otra vez su ropa al suelo y se lanzó hacia la cara de Emeterio. Una vez le hubiera sacado el ojo que le quedaba con sus largas uñas ya no sería tan poderoso, ni hablaría tanto. Entonces se marcharía de ese lugar de locos. Pero el hombre fue más rápido y de un empujón la arrojó contra el suelo grasiento, dejándola muda de

terror. A continuación se echó encima, sujetándola con sus manos grandes y peludas. Ella estaba completamente inmovilizada, de manera que su única defensa fue morderle el cuello con toda su fuerza puesta en los dientes.

—¡Hija de puta! —protestó el tuerto, llevándose la mano al cuello.

Irene escupió un trozo de carne embadurnada de sangre y luego intentó escapar, pero el hombre la zarandeó como a un muñeco de trapo y le propinó tres colosales bofetadas diciendo:

—¡Así piensas tratar a la clientela, puta!

A Irene jamás la habían pegado con tanta fuerza. Emeterio la volvió a dejar

dócil con sus golpes y aprovechó para cogerle sus dos muñecas con una sola de sus manos. Ahora estaba totalmente atrapada, pues, además, el dueño del burdel estaba sentado encima de ella. Mientras Irene pensaba qué hacer, el hombre acercó sus ropas alargando el brazo. Buscó el famoso griñón que conocía y temía casi todo Gurracam.

—Destripamonjas, ¿ponte esto?

—No. ¡No pienso obedecerte, cabrón!

—Muy bien, lo haré yo. —Emeterio le enfundó la cabeza con fuerza—. Así estás más guapa. Y ahora para que no muerdas...

El hombre rodeó la cabeza de Irene

con sus dos manos y, con casi la suficiente fuerza como para romperla el cuello, forzó el griñón hasta ponerlo al revés. Así, por la parte de la abertura se asomaban el pelo y la nuca, en vez de la cara.

Irene, con el hombre encima y el rostro tapado, empezaba a respirar mal. Tenía sus propios cabellos metidos en la boca. Ahora estaba terriblemente asustada y comenzó a moverse con violencia.

—¡Estate quieta de una vez! —gritó el tuerto y la endosó otras tres bofetadas bestiales, que Irene no pudo ver por dónde venían.

La paliza calmó a Irene. De hecho ya

no movía ni un músculo. Estaba inconsciente. Emeterio no se paró a averiguar la razón de la repentina quietud de la mujer y aprovechó para bajarse los pantalones y, rápidamente, penetrarla como una bestia salvaje. Irene despertó de la peor de las maneras de su estado de inconsciencia. El hombre emitía gritos huracanados, que ella apenas escuchaba pues estaba medio sorda por las bofetadas. Cada una de las dos enormes manos del dueño del burdel —que parecían mordazas— agarraban un pecho de Irene, que apenas podía aguantar las fuertes sacudidas que daba su violador, según aumentaba su grado de excitación.

Cuando Emeterio acabó, Irene quedó aplastada e indefensa, como si hubieran pasado cien caballos por encima y por dentro de su cuerpo. Tenía la boca llena de la sangre del cuello de Emeterio mezclada con la suya, pues se había mordido durante la violación, en la lengua y en los carrillos.

—Bueno, ya he probado si vales... No ha sido para tanto ¿verdad? — comentó el dueño del burdel al rato, riéndose. En realidad no había nada que comprobar; simplemente Emeterio tenía por costumbre violar él el primero a las mujeres que ponía forzosamente a trabajar en su burdel.

Irene Lopezosa no podía articular

palabra. Se quitó el griñón de la cabeza con bastante dificultad, hasta que se lo dejó puesto a modo de sombrero. No pudo hacer más para despojarse de él. Se había medio recuperado de la sordera de las bofetadas, pero todavía yacía en el suelo sin poderse apenas mover. Tenía sus partes como reventadas y sus pechos parecían haber estado, momentos antes, a punto de estallar por la presión de las manazas del dueño del burdel.

Emeterio Rodríguez Martín de Ruedas observó con preocupación la cara de Irene. Estaba totalmente desfigurada. Debería de haber medido mejor la violencia de sus bofetadas.

Ahora tendría que esperar a que su rostro dejara de estar abultado para poder ofrecerla a los hombres ricos de Pozorondo, que se negaban a estar con sus poco apetecibles putas habituales. Resignado, decidió que de momento la utilizaría como a las demás.

—Vamos a hacer una cosa: yo te escondo de aquellos que quieren meterte en una mazmorra y tú, a cambio, trabajas para mí —propuso Emeterio Rodríguez, mientras se tapaba la herida del cuello con un pañuelo que debió de ser rojo el día que estuvo limpio—. Es un buen trato. Además, soy un hombre que sabe premiar el esfuerzo. Con el tiempo tal vez te de algún alejandrino de plata...

Siempre que, claro está, seas buena chica y te dejes hacer con algo más de dulzura que hoy —culminó, riendo su propia gracia.

La hija mayor de don Higinio, que no le interesaba lo que decía aquel hombre, se intentó incorporar con la intención de matarle como fuera y luego irse de ese infecto lugar, pero al primer movimiento le empezó a dar vueltas la cabeza y se vomitó encima restos de comida medio digerida, mezclados con sangre.

—¡Vaya por Dios! Venga. ¡Arriba! —gruñó Emeterio, levantándola con un sólo brazo—. Te has puesto hecha un asco. No te preocupes. Ahora alguien se encargará de adecentarte. También

tenemos que disimular tu pierna y pintarrajearte la cara. ¿No querrás que ninguno de los borrachos que vendrán a pasar el rato contigo te reconozca?

—Dejadme marchar, por favor — suplicó Irene, tal vez por primera vez en toda su vida.

El dueño del burdel la llevaba en volandas. Ella arrastraba los pies incapaz de dar un paso. Estaba absolutamente destrozada.

—¡Calla! Y sonríe, pues empiezas ahora mismo a trabajar.

—No, por favor —volvió a suplicar en un susurro.

Emeterio no escuchó.

Los siguientes días fueron un infierno para Irene Lopezosa Quesada. No era dueña de sí misma. Tuvo que lidiar con hombres deformes y subnormales y con otros de una brutalidad superior incluso a la de Emeterio. Era transportada por el dueño del burdel de una habitación a otra para poner fin a las urgencias del bajo vientre de decenas de clientes, beodos y pestilentes, rebosantes de vino de pésima calidad, que la embadurnaban con su aliento caliente y enfangado. Llegaban en un estado tan lamentable que no se daban cuenta de que la mujer

que tenían debajo estaba como muerta. Así pasó un mes en el que apenas comía y cuando lo hacía eran sobras del día anterior y gracias a que se las suministraban las otras prostitutas a escondidas, como un acto de buen compañerismo y caridad cristiana. Se pasaba el día postrada en un camastro, medio dormida y sufriendo pesadillas, en espera de que durante la noche diez o doce individuos innumerales y desconocidos utilizaran sus servicios. Llegó a estar tan enferma que Emeterio Rodríguez Martín de Ruedas, lamentando el mal negocio que había hecho con aquella mujer, decidió que ya no era acta para ejercer la prostitución,

de forma que un día muy temprano la montó en su viejo caballo negro y la tiró al borde del río Molonio, a dos horas de distancia desde Pozorondo.

Irene estaba medio muerta pero podía escuchar el agua del río, oler cierta peste que no sabía de donde venía y sentir el viento frío. Lo que no podía hacer era moverse. No tenía fuerzas. Se quedó durante horas con la postura en que la había dejado Emeterio cuando la tiró del caballo, igual que si fuera un saco de harina. A su mente le vino una frase que le atormentó más de lo que ya estaba:

¿Por qué el malo se va a reír de Dios, diciendo en su corazón: 'El no castiga

nunca'?

5

Irene Lopezosa logró salir de Gurracam y no perder la vida gracias a Pietro Sbaratto Finocchiaro, comerciante italiano, que la encontró medio muerta en la orilla del río Molonio, que bajaba a muy poca velocidad y con el agua muy turbia y espesa, casi grumosa. Aquel reguero que en otro tiempo fue de agua transparente y fría, donde vivían carpas de considerable tamaño, ahora transportaba cantidades inadmisibles de porquería, y

a veces hasta animales muertos en plena descomposición. El olor del río era nauseabundo, capaz de hacer vomitar a personas de estómago poco delicado. Tanto era así, que por los alrededores se le conocía por “El río Podrido”, y muchos lugareños jamás conocieron su nombre real, ni tampoco se atrevían a acercarse.

El comerciante Sbaratto bordeaba el afluente pestilente cuando acertó a ver el cuerpo de Irene. No fue difícil encontrarlo ya que un par de buitres negros dibujaban amplios círculos, con sus alas inmóviles, justo encima. Uno de ellos bajó a observar más de cerca al supuesto cadáver. No se percató de que

Pietro estaba llegando al lugar. El hombre bajó de su carromato y con un palo espantó al buitre, que echó a volar graznando de manera desapacible y siseando fuertemente.

La mujer llevaba más de un día tumbada al lado de aquella fuente de enfermedades, esperando una muerte rápida que no acababa de consumarse. Pietro Sbaratto la montó en su carromato, la curó y la alimentó durante los tres meses que duró su recuperación. El contacto diario hizo que el comerciante se enamorara locamente de ella, a pesar de su pierna tiesa, su modo de caminar siniestro y su cuerpo ajado y torturado por el mes y pico de

inmisericorde y desafortada prostitución.

Pietro e Irene fueron felices durante algún tiempo, pues a la asesina también le pareció el comerciante muy atractivo, y aunque no lo recordaba bien, le estaba agradecida pues pensaba —con mucha razón— que le había salvado la vida

Durante el viaje a la Península Itálica Pietro nunca hizo preguntas a Irene sobre su pasado, tal vez porque él tampoco quería contar el suyo. Así, en la completa ignorancia, ambos se amaron en una travesía sin contratiempos, llena de paisajes limpios e interminables, salpicados de aldeas y poblados de gentes sanas y campechanas.

Pietro era un hombre de costumbres

inquebrantables. En sus viajes había oído hablar de cientos de fórmulas secretas para vivir más y mejor y se había formado su propia lista, desechando aquellas que pensaba que eran pura palabrería. A veces lo que aseguraban que era muy bueno para el alma en el sur de Europa, resultaba ser mortal en el oeste de Asia. Por esta razón se había dado buenos sustos a lo largo de su vida. Así, según le habían recomendado en Roma, se tiró más de un año comiendo uvas y ciruelas antes del almuerzo, acabándolo siempre con nueces y almendras. Para su desgracia, luego se enteró en San Josafar que para no tener enfermedades había que hacerlo

al revés.

Esta actitud tan maniática la había adquirido cuando contaba menos de una quincena de años. En aquel momento le surgieron por la parte de la ingle unas dolorosas llagas que casi le impedían caminar.

—¿En dónde y haciendo el qué habrás estado? —le preguntaban y regañaban su madre y sus dos tías mientras observaban la evolución de las postillas que, muy poco a poco, se iban secando por la zona afectada... y el pobre niño, mientras tanto, sentía toda la turbación del mundo mostrando a los cuatro vientos sus vergüenzas.

—Pues tendrás que rezar... —le

ordenó su tía Faustina, la cual llevaba dos años seguidos orando mañana y tarde a Santa Lucía porque se estaba quedando ciega del ojo derecho.

Y Pietro rezó a San Francisco, el santo que decía su tía que sanaba las llagas. Rezó como si no hubiera venido a este mundo para otra cosa. Rezó para que aquel dolor desapareciera pero sobre todo para no pasar nunca más el examen diario de sus tías y no tener que oír a su madre que aquello era castigo de Dios y que le estaba bien empleado.

Fuera por la intervención de San Francisco o porque las llagas desaparecieron igual que habían llegado, esto es, sin ningún motivo

apreciable, el caso es que Pietro sanó y desde entonces rezó todas las noches de su vida a santos y santas variadas para evitar cualquier enfermedad.

El comerciante italiano intentó, con buenas palabras, acostumbrar a su amada a estas manías, aunque Irene simplemente le dejaba hacer lo que quisiera, mientras también ella pudiera gozar de ese privilegio. Aun así algunas de las costumbres de su acompañante terminaron por ser también suyas. Siguiendo las normas de Pietro no mezclaban muchos alimentos en sus comidas, todo lo tomaban templado, nunca comían hasta quedar hartos, desayunaban un huevo de gallina todos

los días menos en el verano, entre comidas jamás tomaban nada, ayunaban una vez por semana y las carnes siempre las cocían, estando totalmente prohibido el prepararlas fritas con cualquier otro aceite que no fuera el célebre de oliva español.

—Es esta vida todo hay que ejecutarlo con extremada moderación — predicaba Sbaratto—. Hay que cuidar no excederse con el alimento, con las horas de sueño, con la bebida y también con el trabajo.

—Supongo que por eso fornicamos tan poco tú y yo —le reprochaba Irene.

—Por supuesto —le respondía de inmediato, sin notar la crítica—, y la

misma máxima debemos de aplicar siempre a la hora de lavarnos — culminaba.

Con los años Irene volvió a recordar sus días felices en que tenía todos los hombres que quería y como ella los quería. Ese apetito desordenado que por los deleites carnales procesaba le hizo ser infiel a su bondadoso acompañante en muchas ocasiones, pues éste se pasaba meses enteros sin hacer el amor con ella, siguiendo sus propias máximas. Pietro se temía que Irene le era infiel, pero era tan dichoso a su lado que habiéndola descubierto en alguna ocasión con algún hombre desconocido en alegre conversación, la había

perdonado enseguida. Pero un día que sospechaba de dos hombres a la vez consideró que debía de parar aquella situación.

—Irene, sabes que te quiero con locura, pero, aunque no estamos casados, yo no puedo vivir siempre con la duda de si has estado con otro hombre. Así que eres libre de marcharte de mi lado. Pero si decides seguir conmigo han de terminarse tus aventuras por los pueblos —advirtió Pietro Sbaratto a su amada un día que iban en el carromato en dirección a Roma—, porque si vuelves a serme infiel te mato. ¡Por Dios que lo hago! Ahora tú decides qué es lo que quieres hacer...

—Pero si yo no...

—Sí. No mientas. Lo sé. Pero pienso olvidar todo si me prometes que ya no volverá a ocurrir.

—Está bien. Te lo prometo —
sentenció Irene y abrazando al italiano le dio un beso tan agradable que el hombre cambió de inmediato su gesto serio anterior.

Aunque Irene eligió continuar al lado del comerciante, sabía perfectamente que haría lo que le diera la gana, como había hecho durante toda su vida. Además, no se creía ni por un momento que Pietro fuera capaz de matar a lo que más quería en este mundo.

Un 16 de enero llegaron al pueblo italiano de Punta Civitavecchia. Se celebraba la fiesta de San Antón y había mucha gente por las calles. Como siempre en estas ocasiones la plaza acogía tenderetes de mercancías variadas y Pietro aprovechó un hueco al lado de un soportal de toscas columnas de granito para aparcar el carro e intentar vender los quesos franceses que transportaba: cuatro piezas de queso azul, tres Rambol, un Brie, un Camembert... Pero sobre todo una enorme rueda de pestilente Chaumes del

que se había quejado Irene en el viaje, pero del que sabía Pietro que sacaría buenas ganancias fuera del territorio francés.

—Iré un momento a ver qué están haciendo allí —dijo Irene a Pietro y señaló a un grupo de gente que se arremolinaba entorno a la iglesia, justo debajo de una imagen de San Antón el Viejo de algo más de un metro que habían sacado del interior. Junto a él la figura de un ceboncillo le acompañaba, mirando risueño a la cara del santo.

—Está bien —contestó Pietro—. Pero no tardes. Creo que hoy vamos a venderlo todo.

Irene saltó del carromato, se colocó

el vestido y caminó disimulando su cojera. Cuando llegó a la altura del santo egipcio de barba blanca y capuchón negro pudo ver como cuatro mozos sujetaban a sendos cerdos de tamaño medio que se mostraban nerviosos ante tanta gente vociferando.

—¿Qué es lo que hacen? —preguntó Irene a un joven y bien parecido campesino que no pudo evitar echar ojo al escote de la mujer. Ella irguió la espalda y movió un poco sus caderas.

—Puede usted ver aquella artesa de allí... Bueno, ahora soltarán a los marranos y el primero que llegue será coronado Rey de los Cerdos...

—¡Qué curioso! —dijo y cruzando

deliberadamente sus brazos, presionó su pechos.

La gente hizo un pasillo y los mozos soltaron a los gorrinos, los cuales corrieron emitiendo gruñidos desagradables y chocando entre sí. A los que se quedaban rezagados, los lugareños se encargaban de azuzarles con espinos, patadas y palos, de modo que algún guarro terminaba por ir en dirección contraria. Por fin llegó el primer cerdo a la artesa y sin que le dieran descanso lo cogieron y lo coronaron con ajos y guindillas. Finalmente lo cargaron encima de un asno para pasearlo por la plaza.

—Después lo sacrificarán —comentó

el campesino—, y cocinarán con él unas gachas con tropezones... Están muy buenas.

Irene sonrió como sólo ella sabía hacerlo. Acto seguido cogió del brazo al hombre y lo alejó de la gente llevándole a una callejuela. Allí le besó sin previo aviso mientras lo apretaba contra su cuerpo.

Pietro no pudo ver esto último, pero sí apreció cómo Irene hablaba con un joven y sabía qué era lo siguiente que ocurriría. Sin pensarlo dos veces recogió su mercancía —ante la desaprobación de las personas que esperaban su turno para comprar— y buscó en el carromato su arcabuz

Gurracamés de mecha, que no utilizaba desde hacía muchos años, pero que siempre mantenía limpio y en perfecto uso.

Caminó con paso firme hasta la zona por donde vio por última vez a Irene. De pronto dos mozos disfrazados de demonios aparecieron de la nada. Montaban en dos enormes cerdos machos que a decir verdad no controlaban. Así, uno de los mozos cayó de su montura dando un empujón al comerciante, que no estaba para bromas. Su cara seria y el trabuco en la mano hicieron salir corriendo al demonio.

Pietro se metió por la calle más cercana y caminó perdido a la vez que

se iba quedando más sólo y el ruido de la plaza se alejaba. Caminando sin rumbo llegó prácticamente al final del pueblo. El lugar era muy solitario y el comerciante se dio por vencido mientras se tragaba toda su cólera. Entonces oyó con toda claridad un sonido fuertemente familiar: la risa de Irene.

El comerciante abrió de un puntapié la puerta del pajar. Por primera vez en su vida no hizo caso de su norma sobre la moderación en los actos humanos y de dos disparos certeros y espaciados, para recargar el arma y encender la mecha, separó la cabeza de Irene Lopezosa Quesada del cuello, ante los gritos histéricos del mozo que vio como en

cuestión de segundos pasaba de estar en la gloria a encontrarse cubierto de sangre, con la pesada y desfigurada testa de la mujer de cabellos largos y rubios, a la que acababa de hacer el amor, entre sus piernas.

Pietro Sbaratto regresó a la plaza a buen paso, recogió su carromato y se marchó rápidamente de Punta Civitavecchia, para que nadie le recordara. Durante algunos años y en días muy señalados lloró por la inconsciencia de su amada, sin lamentar sus propios actos.

20

EL FINAL DE LA CANCIÓN

1

Don Higinio Lopezosa Quesada se quedó absolutamente sólo en un plazo de diez horas. El militar retirado recordaría

y maldeciría aquella decena de horas durante todos los días de los siguientes siete años. De haber cuatro personas en la mansión de la Plaza de los Cien Fuegos sólo quedo él. Con Irene y su hijo creía saber perfectamente lo que había pasado —incluida la leyenda y desaparición de La Lisiada Destripamonjas, de la que llegaron a preguntarle algunos guardias alguaciles venidos desde San Josafar, después de que empapelaran La Alpurria con el rostro de su primogénita—, pero el destino de Laura le era totalmente desconocido... y esta ignorancia le provocaba un profundo dolor. En este tiempo llegó a darse cuenta de hasta qué

punto quería a su hija menor. En alguna de esas diez fatídicas horas ocurrió el instante en que la vio por última vez, pero no recordaba si ese último contacto sucedió durante la cena o si aquella noche Laura, antes de retirarse a su habitación para dormir, le había dado un cariñoso beso de buenas noches en su incipiente calva, cosa que al antiguo militar en un principio le disgustaba, pero que con el tiempo se acostumbró a esperar como una de las pocas cosas agradables de cada día... En su mente no había ni rastro de aquellos últimos momentos, pero, para su desdicha, no había forma de que le abandonaran los recuerdos del abominable acto de

abandonar a su nieto en el bosque del Sauce Quemado. Y rememoraba como en aquel tiempo Laura no estuvo de acuerdo con dejar al niño en el bosque, y como por ser la menor no se le hizo ningún caso. Ni siquiera se la escuchó. Cuantas veces se había arrepentido don Higinio.

Se gastó una fortuna en buscar a su hija y tras pasar cuatro años de penas y falsas pistas, renunció a seguir con esta empresa. Había desaparecido. No sabía si estaba muerta, raptada o si simplemente se había marchado de Gurracam, pero era imposible dar con ella.

Don Higinio se convirtió en un viejo

triste y digno de toda lástima. Apenas comía o dormía, y por causa de ello parecía veinte años más anciano de lo que realmente era. Su tez se le volvió cetrina y rugosa, se le había caído todo el pelo que le quedaba y siempre se desplazaba ayudado por una garrota, encorvado como un cheposo. No cuidaba su aspecto ni su vestimenta, que en otro tiempo fue lujosa, y ahora era aburrida, vieja y simple. Además, no salía casi nunca de su habitación. En el pueblo ya se empezaba a creer que estaba muerto o enfermo de muerte, y se celebraba en secreto. Sólo aquellos que no le conocieran habrían apostado en ese momento su fortuna en contra de la

veracidad de que el indefenso viejo, que moraba en una descuidada mansión llena de escudos, fuera de joven un militar implacable, duro y autoritario.

En su chocheo se vestía a veces con su antiguo traje de Guardia Alguacil y manejando una de las muchas alabardas que había en la casa, jugaba a que era un soldado de la Real Guardia de Alguacilería de San Josafar, dando escolta de honor al Rey. Tanta pena tenía que incluso intentó suicidarse en varias ocasiones con alguna de esas alabardas, pero algún criado lo evitó o simplemente fracasó el mismo en su intento. Nunca se olvidará en La Alpurria la explosión que se produjo

cuando el viejo intentó manipular una bombarda en uno de los patios de la mansión. La máquina, que nadie recordaba ya como llegó hasta allí, reventó posiblemente al ser obstruida su boca y don Higinio terminó milagrosamente vivo, aunque con su pierna derecha destrozada. Las heridas curaron despacio y mal, y a causa de ello quedó medio cojo para el resto de su vida.

2

El bachiller Benito Castaños, que seguía fiel a su interesada amistad con

don Higinio y había engordado sin control, se presentó un día de primavera en la mansión, informando que había visto en la plaza del pueblo a alguien con bastante parecido con Laura. Si otra persona se lo hubiera dicho, a estas alturas, no le habría creído, pero si de algo tenía todavía conciencia el militar retirado era del respeto y el miedo que el bachiller tenía hacia él, a pesar de que en estos instantes no podía infundir temor a nadie. Sólo lástima.

El antiguo guardia alguacil marchó hasta el centro de La Alpurria y al ver la pobre estampa de su hija cayó al suelo llorando de pena, apenas sujetado por el servil y rastrero Castaños.

Hacía demasiado frío aquella mañana y José El Toro, que se había despertado hacía horas, no podía volver a dormirse por mucho que se acurrucara y tapara con los escasos harapos que utilizaba para este fin. Se escuchaban fuerte y claro las olas romper furiosamente contra el roquedal, desgastando y aplanando un poco más los bordes de la isla. El cielo amenazaba tormenta y las nubes negras que se desplazaban velozmente, chocaban de vez en cuando unas contra otras, no dejando ver la luz

del sol que pugnaba por erguirse en las primeras horas del día. Algunas ráfagas de viento se colaban sin permiso entre las paredes de la casa devastada que les servía de cobijo, dejando con sus silbidos un frío imparable. Los pocos árboles existentes se cimbraban, haciendo que sus ramas emitieran crujidos como si fueran quejas por el dolor de doblarse. Las aves volaban bajo, planeando y emitiendo chillidos de pánico. José empezó a imaginarse lo que iba a ocurrir de un momento a otro.

A lo lejos un relámpago iluminó un instante la mañana ennegrecida. Un poco más tarde, el trueno correspondiente sonó no demasiado lejos. José El Toro,

ya despierto del todo, se dio cuenta de que hoy no podrían buscar marisco. Tenían un mendrugo de pan, un trozo de un salchichón y una pequeña tripa embuchada. Los había cambiado por tres nécoras en la jornada anterior, pero aquello era insuficiente para saciar el hambre de los dos.

Sentía bastante rabia siempre que hacía mal tiempo. Terminaba enfadándose y volviéndose arisco e insoportable. Se avecinaba tormenta, lo que él más odiaba y temía desde niño. Y, además, los sonidos previos a este temporal se le metían en los oídos, y, por tanto, en el interior de su cabeza, sin que pudiera evitarlo. Se dio media

vuelta maldiciendo y vio como una especie de cucaracha del tamaño de una moneda de a diez alejandrinos de plata correteaba a la altura de su cara en busca de un escondrijo. Como un acto reflejo levantó su puño y lo dejó caer, descargando así toda su furia sobre el indefenso animal, que resultó estar bien repleto de su viscoso contenido. El gigante se incorporó blasfemando para limpiarse la mano y entonces se percató que entre todo el ruido que había a su alrededor, además, se distinguían los llantos de alguien. En un principio pensó que eran los delgados, sucios y sarnosos gatos vagabundos que parecían estar en celo todo el año, o que simplemente

maullaban muertos de miedo, escondidos en algún agujero. Pero no eran los felinos. Se puso de pie y vio a Night Skin, al otro lado de la choza, llorando desconsoladamente y en silencio, abrazada al descompuesto e irreconocible cuerpo de Mario, del que caían como las hojas de los árboles tortas verdes y reseca del potingue que le había recubierto la piel durante los últimos días.

—¿Tanto se parecía? —preguntó José, poniendo una mano en el hombro de Night Skin.

—Era él —fue la inmediata respuesta.

Laura Lopezosa Quesada pedía limosna en la plaza de La Alpurria del Campo con el aspecto más lamentable que se podía imaginar en la muchacha. Estaba famélica, sucia, descalza, apenas vestida con harapos y luciendo grandes manchas en la piel debidas seguramente a una prolongada desnutrición. Además, le faltaban algunos dientes, convirtiendo aquella sonrisa alegre y preciosa que lució de joven en un horror. La belleza fresca y sin tapujos del rostro y cuerpo de Laura era algo que parecía no haber existido nunca en la mujer que

mendigaba. El empobrecimiento del organismo de la hija de don Higinio era tal que cualquiera le habría dado sólo unos meses de vida más. En aquel momento debía de tener alrededor de veinticuatro años.

—¡Hija mía! —dijo por fin don Higinio.

Laura levantó la vista con pesadez. El viejo había abandonado su garrota y la empezó a abrazar.

—¡Padre! —exclamó sorprendida.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué me abandonaste?

La mujer calló.

—Laura, vuelve a casa. No soporto verte así. ¡Por favor! Vuelve y

perdóname por todo —suplicó don Higinio cuando dejó de abrazarla.

—No puedo volver.

—¿Por qué no?

—No, mientras Irene esté en casa.

—Irene ya no vive conmigo. La interné en un convento.

El antiguo militar no quiso recordar ahora la lamentable historia de La Lisiada Destripamonjas que su hija menor parecía desconocer.

—¿Y se dejó? —preguntó Laura incrédula.

—No, pero entre varios hombres lo conseguimos. Ahora, después de tanto tiempo, debe de ser una buena monja que sirve a Dios y a la Iglesia —

aseguró, aunque sabía que eso era lo que él quería que hubiera pasado, y no lo que en realidad sucedió.

—De todas formas no puedo ir con usted, padre.

—¿Qué es lo que pasa?

Laura volvió a sumergirse en un prolongado silencio que exasperó al pobre viejo. Luego extendió la mano pare ver si su padre le daba algo.

—¡Pero que estás haciendo! Tú eres mi hija y te quiero. Deja de humillarte así. No te estoy ordenando que vengas a mi lado. Te lo estoy suplicando. Bastante hemos sufrido ya.

—Volveré cuando reconozca como su nieto a Matías —dijo Laura a bocajarro,

pues ella tampoco había perdido el cariño por su padre. Pero a pesar de ello había asuntos que arreglar primero.

—¿Matías?

Laura señaló a un niño de casi ocho años que con una sola pierna, el pelo del mismo color que el de su madre y la cara llena de manchurriones, pedía limosna a los que pasaban por el centro de la plaza. El chaval se desplazaba con cierta destreza, ayudado por dos toscas muletas echas de un sólo tronco de encina. De vez en cuando hacía alguna pirueta o salto propio de un inválido habilidoso, o se ponía completamente vertical apoyado en las muletas, a lo que la gente respondía con vítores, aplausos

y alguna moneda de bajo valor.

—¿Es el hijo de Irene, verdad? —
recapacitó don Higinio.

—Sí.

—¡Tanto tiempo ha pasado! —se
lamentó el viejo.

—Sí.

Laura le miró con rabia y ternura a la
vez. Luego le preguntó:

—¿No quiere saber por qué perdió su
pierna?

Don Higinio callaba, de manera que
Laura le contó a grandes rasgos lo
ocurrido, sin olvidar recordar quién fue
el que dejó al bebé en el bosque.

—Créeme que desde el día que hice
aquello no he dejado de lamentarlo.

Laura evaluaba a su padre mirándole a los ojos. Trataba de averiguar si decía la verdad. Realmente parecía haber cambiado y no sólo por la legión de arrugas que ahora poblaban su rostro.

—Voy a hacer lo que justamente me pides —dijo el padre como respuesta a la mirada de Laura.

El militar retirado recogió la garrota del suelo y con la mayor de las decisiones, a pesar de su cojera, se acercó rápidamente hasta donde estaba Castaños y le susurró algo al oído. Éste negó con la cara como si le estuviera pidiendo que matara a su propia madre, pero el militar retirado le pasó unos alejandrinos de bronce al bolsillo que

fueron suficientes para que cambiara de actitud. Acto seguido el bachiller se desplazó al centro de la plaza para subirse al pedestal de la estatua que recordaba la figura del primer alcalde de La Alpurria del Campo: don Florentino Gil Gómez de Mendoza, El Tirano. A Castaños le costó bastante llegar arriba. Había engordado de forma impensable y más de un alpurriano se lo recordó, al verle hacer tantos esfuerzos para subir, con estas palabras: “Benito, te has hinchado igual que mi gato, el que castré hace tres años”. Lógicamente, al bachiller le seguían haciendo poca o ninguna gracia estas malignas aseveraciones, a las que, por otro lado,

ya estaba más que acostumbrado.

—¡Don Higinio Lopezosa Quesada reconoce como nieto suyo, hijo de Irene Lopezosa, a aquel muchacho! —vociferó señalando a Matías.

La gente dejó de hablar tras oír que alguien gritaba y cuando hubo un silencio suficiente Benito repitió lo que acababa de vocear. Algunos se rieron del charlatán, otros no sabían o ya no recordaban quién era Irene, y los que sí tenían memoria para recordarla, miraron con curiosidad al chico.

—Padre, ¿cree que podemos recuperar todos estos años? —preguntó Laura.

—Yo creo que sí, hija. Debemos de

intentarlo.

—Muy bien, pero todo tiene que cambiar. Se tendrá que hacer lo que yo diga... Matías se convertirá en un caballero que será respetado por su valía y buen hacer, no por el miedo... ¿entiende esto padre?

—Sí hija... Se hará lo que tú digas.

Don Higinio hubiera dicho que sí a su propia sentencia de muerte de haber salido por la boca de su hija en aquel momento. Aunque ya no era el de hace unos años, tampoco se iba a dejar dominar por Laura tan fácilmente. Su intención primera era que volviera a casa, que se recuperara la normalidad perdida y pasadas unas semanas ya se

vería qué hacer.

—Eso espero padre —sentenció Laura sabedora de cómo era su progenitor—, porque si no me volveré a ir y esta vez será para siempre.

5

Estalló la tormenta con un trueno fenomenal, que estremeció al gigantesco José El Toro. Night Skin ni se inmutó. No parecía ser consciente de lo que ocurría en el exterior de aquellas cuatro paredes descuajaringadas.

—¡Oh no! —replicó José intentando inútilmente consolarla—. Bien sabes

que aquel marino del que te enamoraste era inglés y este hombre era gurracames. ¡El mismo me lo dijo!

El techo de la choza empezó a calar por algunos sitios. Una rama arrancada de cuajo de algún árbol cercano entró por uno de los ventanucos, estrellándose contra la pared de enfrente. A El Toro la tormenta le estaba poniendo muy nervioso y hasta temblaba. Night Skin seguía imperturbable como un muerto.

—¡Reacciona de una vez, maldita sea! —prosiguió en su intento José, cimbreadola como un guiñapo—. Este pobre diablo no pisó nunca tu isla. Por mucho que se pareciera, tú sabes perfectamente que no era ese James

Trent. Te digo que este desgraciado era de Gurracam y se llamaba Mario.

Night Skin levantó levemente la cabeza y con los ojos encharcados y la expresión más infinita de tristeza que una cara pueda mostrar dijo:

—Era mi James —bajó su voz hasta que casi no se la escuchaba—; y ahora está muerto.

En el exterior las gotas de agua caían con furia sobre la tierra.

6

En la mansión volvían a oírse otras voces distintas a la cada vez más

lastimosa de don Higinio. En la antigua habitación de Laura, Matías intentaba acostumbrarse a la relativa blandura del viejo colchón de la cama que había sido testigo de los sueños infantiles de la hija menor de don Higinio. Como si todo invitara a volver a aquellos lejanos momentos Laura, sentada a su lado, cantaba a Matías la canción de ‘El Árbol Princesa’ tan bien como cuando era una niña de quince años.

Muchos años pasaron
y los Reyes enfermaron.
Muchos años albergaban
y los Dioses decidieron
llevarlos a los cielos.

Y la princesa ya no lloraba.

Se presentaba gran problema:
En el Reino no había heredera.
Fue lo que ansioso esperaba
un perverso descendiente lejano
de la dinastía de los Reyes enterrados
Y la princesa ya no lloraba.

Pronto fue el ruin coronado
y obedecidos sus ruines dictados.
Era ahora el que mandaba
hombre de actos malvados,
además de vengativo y despiadado.
Y la princesa ya no lloraba.

Fue lo primero que ordenó:

El mágico árbol princesa taló.

No contento con lo que hecho ya estaba,

mandó al árbol en mil pedazos partir
y por los afueras de palacio esparcir.
Y la princesa ya no lloraba.

Y dicen que los más viejos cuentan
que un labriego de esto se dio cuenta
y de los trocitos que ya se
marchitaban

cogió una raíz, la menos estropeada,
y al lado de su casa fue sembrada
Y la princesa ya no lloraba.

Laura pensó que Matías se había
dormido y haciendo el menor ruido

posible empezó a marcharse.

—No estoy dormido —protestó el niño.

—Es tarde. Vamos a molestar a tu abuelo...

—Por favor, termina la canción —suplicó a la vez que ignoraba por completo cualquier referencia a aquel viejo tan extraño del que nada conocía.

—Si la has oído cientos de veces... Ya te sabes el final.

—Por favor... Si ya queda muy poco.

—Está bien.

Recibió todo tipo de cuidados.

Nada fue descuidado.

El agua no se le escatimaba

y aunque revivir quería
la pequeña raíz se moría.
Y la princesa ya no lloraba.

Todos los demás labriegos, al saber,
hicieron lo que pudieron para poder
ver

al árbol princesa cual estaba,
pero nada conseguían
con todo lo que hacían.
Y la princesa ya no lloraba.

Hubo de ser corto el reinado
del ruin Rey malvado.
Aquel que el real alimento cocinaba,
tanta injusticia no aguantó
y la real comida envenenó

Y la princesa ya no lloraba.

Nadie al infame Rey lloró
pues a nadie en vida respetó.
Cuando enterrado ya estaba
en aquella pequeña raíz
se abrió una flor azul y gris
Y la princesa ya no lloraba.

El árbol empezó a crecer
y todos lo pudieron ver.
En poco tiempo estaba
como al principio estuvo
y así se mantuvo
Y la princesa ya no lloraba.

Don Higinio escuchaba furtivamente

en el pasillo. Estaba muy contento y sonreía de verdad por primera vez en muchos años. A pesar de todas las atrocidades cometidas a lo largo de su vida, el destino parecía que le reservaba toda la felicidad para el final de sus días. No era justo, pero así fue.

Poco tiempo pasó
y el árbol en dos se partió.
Lo que en su interior guardaba
salió de forma pausada.
Tenía una bella forma humana.
Y la princesa ya no lloraba.

Era la perfecta y linda princesa
que tras su periodo de vegetal presa

en su forma original se transformaba.
El árbol volvió a cerrarse
y allí tuvo a bien quedarse
Y la princesa ya no lloraba.

Pronto la princesa fue coronada
y por todo el Reino aclamada.
La Reina feliz pasara
el resto de vida que le quedaba
en paz y alegría ilimitada
Y la princesa ya no lloraba.



MARIO GARRIDO

Nacido en Madrid en 1972, es Ingeniero Técnico en Informática de Sistemas por la Universidad Politécnica de Madrid. En el terreno laboral

ha formado parte en diversos proyectos informáticos para Telefónica, Unión Fenosa, Vodafone o el Ministerio de Defensa de España. A pesar de su formación y actividad dentro del terreno técnico, su pasión es la literatura, escribiendo diversos cuentos y relatos de viajes. En las Redes Sociales ha conseguido tener cierto eco gracias a su cuento “Amor de consultor

informático” y la serie “Nostalgias Pretéritas”. Su obra más ambiciosa, hasta el momento, es la novela “El Reino de los Malditos”. En la actualidad está preparando su segundo libro: “Las sinergias de Marcio”.